

# AL SOL VOY

**Atisbos a la política martiana**





# AL SOL VOY

Atisbos a la política martiana

**Pedro Pablo Rodríguez**



La Habana, 2012

Edición / SILVIA AGUILA FONSECA  
Diseño interior y cubierta / NYDIA FERNÁNDEZ PÉREZ  
Corrección / REGINA ARANGO ECHEVARRÍA

Obra de cubierta / *Martí*, por Águedo Alonso

© Pedro Pablo Rodríguez: 2012  
© Sobre la presente edición:  
Centro de Estudios Martianos, 2012

ISBN: 978-959-271-202-7

Centro de Estudios Martianos  
Calzada 807, esquina a 4  
El Vedado, CP 10400  
La Habana, Cuba  
Fax: (537) 8333721  
cem@josemarti.co.cu  
editorial@josemarti.co.cu  
www.josemarti.cu

## Nota del autor

La acción y el ideario político de Martí se hallan entre las partes más estudiadas de su vasta obra práctica e intelectual. No obstante, me ha parecido oportuno reunir este grupo de trabajos —que comienza con el primer texto que escribí sobre el Maestro hace muchos años— no solo como una muestra del desarrollo de mis acercamientos a esta parte de su obra, sino también para exponer mi interés por ciertos ángulos que, desde su singularidad, permiten comprender su pensar como una totalidad ajustada siempre a su ética de servicio y a los intereses de las clases populares, contra los hegemonismos y las dominaciones.

Tal fue, pues, su marcha permanente tras la luz y el calor solares para alcanzar el mejoramiento humano, el equilibrio del mundo y la libertad de Cuba, con la entrega de lo mejor de sí, hasta su propia vida en el campo de batalla.

Al revisar y ordenar esta compilación me he percatado de que en ocasiones el lenguaje y ciertas expresiones obedecen a las épocas en que se escribieron. He creído de elemental ética intelectual mantenerlos sin cambios, porque, además, hay ciertos hilos conductores en ellos como las inseparables relaciones entre vida y obra escrita en Martí, al igual que la sistemática preocupación por entregar la integralidad de su pensamiento liberador, en permanente tensión con su tiempo, y la comprensión de que sus condiciones y características de escritor supremo como algo imprescindible para explicarnos cabalmente el cuerpo de sus ideas.

Algunos de estos textos fueron publicados y los inéditos se presentaron en diferentes encuentros académicos. Los ya impresos han sido sometidos a escasas e imprescindibles actualizaciones y correcciones de redacción y erratas. Aunque en algunos casos se repiten citas de escritos martianos, me ha parecido conveniente mantenerlas para no afectar la lógica expositiva de cada texto.

En el cuerpo de notas las siglas *OC* y *OCEC* indican, respectivamente, las *Obras completas* en veintisiete tomos, impresas en La Habana por la Editorial Nacional de Cuba entre 1963 y 1965, de las que se han hecho varias reimpresiones, y las *Obras completas. Edición crítica* bajo mi dirección general en el Centro de Estudios Martianos, aún en ejecución. Es necesario advertir al lector que en el caso de las citas que aparecen en ambos casos, se ha utilizado para su cotejo la lección que aparece en la edición crítica.

La Habana, 21 de noviembre de 2012

## Prólogo

¿Cómo adentrarnos en la copiosa obra de José Martí y encontrar sus claves, sus esencias, en la que para algunos parece una selva espesa? ¿Qué de nuevo decir después de tanto que se ha escrito sobre su vida y su obra? Debo advertir al lector, sin embargo, que está ante un libro donde puede hallar muchas de esas claves, indispensables para acercarnos a Martí desde nuestro tiempo.

Ponencias, ensayos y artículos presentados y publicados en distintos escenarios y medios, algunos de los cuales son símbolos publicitarios en la Cuba contemporánea, integran esta compilación de extraordinaria utilidad, virtud definidora en José Martí. No estamos, entonces, ante un libro más sobre el gran cubano. Estudioso sagaz y culto que ha dedicado gran parte de su vida a “ahondar” —para decirlo con un término martiano— en la obra del Maestro, su autor, quien ha producido resultados tan importantes y aportadores como *De las dos Américas*, entre otros, no puede entregar al público sino una obra con un sentido de contribución seria y enriquecedora.

El primer ensayo, de temprana juventud, ya anuncia una mirada propia sobre José Martí. El planteamiento metodológico abre un camino recorrido por el mismo Pedro Pablo Rodríguez en los últimos cuarenta años. Desde el principio, él nos advierte acerca de los enfoques que se fueron construyendo gradualmente en torno a Martí para afirmar, con razón, que se iban alejando de lo consustancial a nuestro gran héroe, su condición de político revolucionario: un hombre que, en aras de la transformación revolucionaria y el mejoramiento humano, hizo de su función política el centro de su vida.

En los años veinte del pasado siglo, ya Julio Antonio Mella asumía a Martí con preguntas que daban una clave metodológica para el estudio de su obra, de su proyecto revolucionario, lo que significó un vuelco en los acercamientos a esta figura, si bien no todos los que incrementaron a partir de entonces la bibliografía martiana han continuado por esa senda. Pedro Pablo Rodríguez presenta ahora, en un nuevo tiempo, un planteamiento metodológico alejado de la mistificación de quien fue, sin duda, la personalidad de la historia de Cuba más citada en el siglo pasado, para lo cual es necesario, como demuestra el autor, conocer desde una mirada crítica —en tanto ejercicio del criterio según la definición martiana— la producción precedente que forma parte de la construcción del símbolo Martí en la cultura cubana.

Esta obra nos presenta los núcleos del pensamiento martiano desde su rasgo esencial de ideólogo revolucionario y hacedor de la revolución, a partir de las etapas y los contextos donde transcurrió su vida, para encontrar en su obra de madurez las definiciones plenas que fue elaborando desde su juventud. La década de los ochenta y primer lustro de los noventa se atienden con especial cuidado, ya que es cuando el proceso de evolución de su pensamiento y, por tanto, de su proyecto revolucionario, alcanza esa plenitud.

El lector hallará aquí una provocación a la lectura activa en busca de respuestas posibles de compartir con el autor, al tiempo que verificará la extraordinaria coherencia de Martí a lo largo de su vida: ese Martí que se acerca a un asunto medular, como puede ser el de “nuestra América” —el concepto y también su ensayo homónimo—, o el de “república nueva” —más que estructura estatal o política, como tejido social construido por el colonialismo y que debía subvertirse— y lo va perfilando y completando hasta su definición conceptual madura, desde la ética que lo caracterizó, tal como demuestra Pedro Pablo en este libro que nos presenta a un revolucionario orgánico.

En estos estudios hay otros temas esenciales para entender a Martí y su proyecto, tales como el Partido Revolucionario Cubano con su funcionamiento y estructura —que implica la idea de partido

y de revolucionario—, la estrategia martiana en su tiempo para Cuba y América Latina, la superación de la revolución del 68, el cómo y por qué de la ruptura con el liberalismo para trascenderlo en tanto pensamiento de su época, el sentido y contenido de la modernidad para el gran cubano que vivía en ese tiempo al que calificó, como recuerda el autor, de “reenquiciamiento y remolde”. Recorre estas páginas la comprensión del tiempo y del cambio históricos en Martí al adentrarnos en análisis contextuales que, a su vez, permiten entender el antimperialismo martiano en su época y en su lugar dentro de su proyecto revolucionario, así como la unidad latinoamericana y su alcance en la visión martiana, lo que incluye el sitio de los sectores populares en la necesaria revolución.

Algunos asuntos menos trabajados, como las crónicas españolas dentro de las *Escenas europeas*, tienen también un espacio en los análisis de Pedro Pablo Rodríguez. Y todos tributan a desentrañar los aspectos medulares del pensamiento revolucionario de Martí, lo cual explica la recurrencia de los conceptos antes mencionados. Es un acierto, entonces, la insistencia en abordarlos para completar el análisis, plantear nuevos juicios y profundizar o ampliar en la comprensión de ellos; tanto como reunirlos en forma de libro, pues sería de lamentar que se perdieran en publicaciones dispersas estudios que, compilados, complementan y enriquecen la mirada sobre temas fundamentales.

Pedro Pablo Rodríguez nos llama la atención, también, sobre algo cardinal a la hora de leer a Martí: la importancia de su manera de escribir, del uso de términos, verbos, adjetivos, donde radica la riqueza de los textos martianos, y donde no hay palabra al azar, calificativo o sustantivo, ni siquiera signos de puntuación no meditados para comunicar con toda precisión una idea o provocar las reacciones necesarias.

La presentación del sagaz y real político que fue José Martí pocas veces se nos presenta en los estudios acerca del Maestro, por lo que esta es otra virtud del libro. Es el Martí cuya experiencia en procesos anteriores —especialmente su participación directa en la conspiración y dirección de la llamada Guerra Chiquita, así como

el análisis crítico de la Revolución del 68— le permitió entender en gran medida qué debía y podía hacerse en la nueva etapa, lo que estuvo a su vez mediado por el estudio de su época, sus condicionantes y peligros, así como las posibilidades que abría; el Martí que, como político, supo que no podía emplear el mismo lenguaje en todos los medios, ni abordar a todos los receptores de igual manera, al mismo tiempo debió estructurar el aparato dirigente y sus formas, y “acreditar la revolución”; el que, pocas horas antes de caer en combate, proyectaba el futuro inmediato donde tendría que continuar su labor fundadora.

La excepcionalidad de Martí queda colocada en su tiempo y contexto, con lo cual podemos asumirlo en su real dimensión y aportes. Martí afirmó: “Vengo del sol, y al sol voy”. De la mano segura de Pedro Pablo Rodríguez podemos intentar ir al sol con Martí, invitación que nos hará crecer a todos. Es un regocijo prologar el libro de un amigo de siempre, y al mismo tiempo uno de nuestros intelectuales de mayor valía. Con la certeza de presentar una obra útil, invito a los lectores a reflexionar y disfrutar la lectura de *Al sol voy*.

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA

## José Martí y la idea de la liberación nacional\*

José Martí ha sido tema obligado para gran parte de los escritores cubanos: fijar un criterio en torno a su figura ha sido casi siempre una profesión de fe intelectual y, también, algo más.

Tanto en las ocasiones en que ha sido considerado un caso literario —la mayoría— como en las que se le ha visto como político, se ha hecho algo más que sentar cátedra de intelectual. Martí ha cobrado relevancia en nuestra historia cultural en la medida en que se ha explicitado su significado político por circunstancias y coyunturas decisivas de la vida nacional. Esta estrecha relación entre política y cultura ante su personalidad es lo que ha hecho de su estudio una definición necesaria sobre la realidad inmediata a los autores.

La bibliografía sobre Martí en los años inmediatamente posteriores a su muerte y en las tres primeras décadas de la república parece ser escasa y deficiente si la comparamos con el alud de publicaciones después de 1930. Algunas causas de este desconocimiento de Martí han sido aducidas: Martí fue un líder político de la emigración y murió antes de poder convertirse en un líder nacional; Martí fue un independentista más que hizo resurgir las cenizas del 68; Martí fue un hombre bueno, más que un político, un moralista consumado. La seriedad de las respuestas va decayendo en la medida en que alargamos la lista, al tiempo que cada vez más se aleja la

\* Publicado en *Pensamiento crítico*, La Habana, no. 49-50, febrero-marzo, 1971. También en *Anuario Martiano*, La Habana, no. 4, 1972, pp. 169-213.

imagen de José Martí como político, sin que se le considere siquiera como revolucionario, quedando solo la impresión de un separatista contra España más o menos destacado y de un escritor descollante.

Las causas reales del desconocimiento martiano obedecen a profundas razones históricas: el fracaso de la revolución del 95 por la ocupación militar norteamericana y el establecimiento de una república semicolonial atada al imperialismo norteamericano. En este marco general apareció una ideología dominante proimperialista que se fundamentó en los criterios del fatalismo geográfico y de la incapacidad de la población cubana para el gobierno propio. Así, la conciencia social no alcanzó ribetes de nacional sino en casos excepcionales, y la vida intelectual se redujo, ateniéndose a los cánones estéticos europeos, a los dictados literarios españoles más reaccionarios y a los intentos de asimilar las normas político-jurídicas estadounidenses al caduco cuerpo jurídico español. Viviendo en un protectorado al borde de la anexión, la cultura fue poco creadora, siendo practicada por las figuras de la época colonial (antiguos autonomistas y separatistas, de corte liberal todos) y algunos elementos nuevos aparecidos en la república, casi todos dedicados a hacer política, los que constituían por tanto uno de los sustentos básicos de la sociedad semicolonial y dependiente establecida, y conformaban uno de los grupos más activos en el campo económico, que trataron de compartir los escasos márgenes de beneficio que dejaba el continuo proceso de penetración de los capitales norteamericanos.

Es evidente que en este contexto Martí no tenía lugar; había que mencionarlo porque su fuerza magnetizó a los emigrados y a sus seguidores del Partido Revolucionario Cubano, pero no se podía permitir que se le conociera tal cual fue. Los métodos empleados para ocultarlo fueron diversos: desde las explicaciones banales y descriptivas de políticos y profesores, expresadas en los términos señalados antes, hasta la escasa divulgación de sus textos.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Las primeras *Obras completas* no se empezaron a publicar hasta 1936 por la Editorial Trópico bajo la dirección de Gonzalo de Quesada y Miranda. Antes de estas solo existían una recopilación de quince tomos de Gonzalo de Quesada y Aróstegui, (Imprenta Rambla y Bouza, La

Este, por supuesto, no fue un proceso seguido únicamente con Martí: las más importantes figuras fallecidas de la independencia, —Maceo, Gómez— también fueron silenciadas en sus mensajes revolucionarios; los más honestos de los vivos fueron relegados y algunos hombres como Sanguily, Juan Gualberto Gómez y Enrique José Varona pudieron desempeñar una faena política y cultural en defensa de la nación, al precio de que esta acción fuera inorgánica e inscrita en las instituciones y partidos del semicolonaje.<sup>2</sup> Así, la república mediatizada por la dependencia imperialista conjugaba todas sus artes para dar crédito a la situación existente —premeditada o inconscientemente, según los casos particulares—, para trastocar el sentido del proceso revolucionario abierto a instancias de Martí y presentarlo como el último y ya logrado acto de la separación política de España.

La agitación social de la década del veinte contempló el primer intento por aprehender al Martí revolucionario. Julio Antonio Mella, síntesis de la agitación estudiantil, obrera y nacional en general, esto es, primer revolucionario cubano del siglo xx, buscó armas en José Martí para conocer y transformar la república plattista.

Esto es algo que no se puede pasar por alto en modo alguno, dado su significado político-ideológico e, incluso, su trascendencia cultural. La reaparición de una conciencia nacional tras la crisis de 1920-1921 se expresó en el inicio del movimiento estudiantil en 1923: Congreso Nacional de Estudiantes, fundación de la FEU; la organización de los obreros, Federación Obrera de La Habana; congresos nacionales y Confederación Nacional Obrera de Cuba, y

---

Habana, 1900-1919) y otra de Néstor Carbonell en ocho volúmenes, (Imprenta La Prensa, La Habana, 1918-1920). La primera biografía completa no fue publicada hasta 1924, (*José Martí. Estudio biográfico*, por Manuel Isidro Méndez).

<sup>2</sup> Caso notable en este desolador ambiente cultural fue la escuela pública, una institución de la sociedad cubana que cimentó los resortes de la nación. Destácase en particular la *Historia de Cuba* de Vidal Morales, texto por el que estudiaron a varias generaciones republicanas de escolares y que presentó a los héroes y la epopeya de la independencia.

la fundación de un partido político revolucionario y clasista: Partido Comunista, y condujo, al tiempo que trataba de hallar valores en la historia anterior, al encuentro con el pensamiento de Martí. Mella sentó un punto de partida para la cultura nacional —estudio y asimilación de Martí— que fue uno de los caminos seguidos, con mayor o menor fortuna, y con diversos intereses, por los opositores a la tiranía de Machado. Estos —a los que se pudiera llamar, sin mayores pretensiones por el momento, generación del 30— cambiaron de tal modo el ambiente cultural que cabe hablar de una etapa distinta tras el proceso revolucionario. Las figuras y el aroma cultural de la primera república desaparecen; hombres nuevos comienzan a echar las bases de la cultura nacional y, en consecuencia, los estudios sobre Martí proliferan.

El primer resultado de la revolución frustrada fue *Martí, el apóstol*,<sup>3</sup> de Jorge Mañach, que es posiblemente el mejor ejemplo del carácter también frustrado de la cultura de la época: se reconoce en una obra de peso la dimensión política de Martí, pero no se le asimila como un ideólogo revolucionario. Se opera un curioso proceso en estos años en el que el movimiento revolucionario no cuajó en un éxito y no pudo transformar las estructuras sociales, pero las obligó a una readaptación con elementos impuestos por el mismo. El problema nacional planteado por los revolucionarios tiñó todo el tiempo de 1935 en adelante y dedse entonces asistimos así al original caso de una intelectualidad que representó los intereses de una inexistente burguesía nacional. La investigación histórica, hegemonzada por la obra de Ramiro Guerra,<sup>4</sup> estudió las raíces de la nación en el siglo XIX, ubicando a Martí como una personalidad decisiva de la

<sup>3</sup> Publicada en 1933, es quizás la biografía mejor escrita de Martí, y la más conocida.

<sup>4</sup> La vida de este hombre es ejemplo singular de lo dicho. Publicó *Azúcar y población en las Antillas* en 1927, vigorosa denuncia del latifundismo y el monocultivo, y se mantuvo hasta su caída como uno de los artífices intelectuales de Machado. Su labor fundamentó las posiciones para un capitalismo nacional, no dependiente. Jamás fue revolucionario o marxista, y, sin embargo, nos ha dejado la más lúcida obra de conjunto

misma. Sin embargo, esto arrojaba un Martí para la derecha, no revolucionario: se le entendía como opuesto a Estados Unidos, pero no se definía cómo y por qué fue antimperialista. Y es esta la piedra de toque: se puede llegar a tener cualquier visión progresista de Martí y dejarlo ciertamente, desprovisto de su personalidad como ideólogo revolucionario si no se le entiende desde los parámetros de una opinión revolucionaria. Y es por eso que al inicio hablaba de que escribir sobre Martí era algo más que reconocerse como intelectual: es asumir una posición ante la problemática nacional.

El estudio de la personalidad de Martí ha sido una vía de definición ideológica en nuestro país; es quizás ese uno de los aspectos más notables del peso histórico de este hombre. Los años cuarenta y cincuenta manifestaron corrientes variadas de opinión sobre Martí: desde un materialista dialéctico<sup>5</sup> hasta un cristiano.<sup>6</sup> Los intelectuales cubanos asumieron la labor de conocer y divulgar a Martí; se le publicó en repetidas ocasiones, se le biografió a menudo, se le citó con más frecuencia. La cultura nacional reconoció así a uno de sus pilares, pero al precio de mistificarlo, mistificándose a sí misma de paso. La semicolonía se transformó en la neocolonia, los mecanismos de dominación imperialista se hicieron más sutiles y, en consecuencia, la cultura se abrió y se expandió aprovechando esta modernización de los vínculos de dependencia. Así, cobró cuerpo la investigación histórica y en medida menor la económica; la literatura y el arte se pusieron al día con el resto del mundo y se llegó a estatuir el más avanzado cuerpo jurídico de Latinoamérica con la Constitución del cuarenta.

---

sobre el subdesarrollado capitalismo cubano, la que contribuyó, indudablemente, al fortalecimiento de la conciencia nacional.

<sup>5</sup> Antonio Martínez Bello: *Ideas sociales y económicas de José Martí*, La Verónica, La Habana, 1940, llega a considerar a Martí un materialista dialéctico.

<sup>6</sup> Esta concepción domina toda la fecunda obra de investigación literaria sobre Martí de Cintio Vitier y Fina García Marruz, quienes se encuentran, sin lugar a dudas, entre los más profundos conocedores y los más activos divulgadores de su vida y obra en nuestros días.

Es innegable que lo anterior supera a las tres primeras décadas de la república; hablo de una mistificación porque todo esto se logra sacrificando una revolución contra el capitalismo y el imperialismo e impidiendo, entonces, que el pensamiento y la creación cobraran un sentido social activo.

El combate ideológico entre izquierdas y derechas no aniquila a ninguna porque las primeras se entusiasman con la modernización del país que las segundas van aceptando cada vez de mejor grado. Para las izquierdas, la cultura ha de ser popular (quizás fuera mejor decir populista); en lo que a Martí se refiere tratan de entenderlo como un hombre con preocupaciones sociales y políticas, acuñando el término de demócrata-revolucionario para definirlo. Las derechas insisten más en el poeta, en el escritor, aunque no dejan escapar al Martí independentista.

En general, se hace de Martí un problema intelectual y hasta libresco; el conocimiento de su figura y su pensamiento no preside ni apoya la actuación cotidiana. Por ello, hay coincidencias en situarle como el mayor de la independencia, pero poco se habla de su relación con la liberación nacional, a pesar de lo cual no se pueden dejar de considerar como aportes algunos de los estudios de esta época. Creo, incluso, que hoy solo queda partir de ellos; la propia crítica de los mismos es un punto de partida, el inevitable saldo de cuentas.

Urge entender especialmente el significado cultural y político de la obra historiográfica de Emilio Roig de Leuchsenring. Su enjundioso trabajo se centró en la divulgación sin descanso del antimperialismo y el republicanismo martianos, ajenos a toda la historia de la república desde 1902, permitiendo así que la obra política de Martí se convirtiera en un legado revolucionario para los años cincuenta.

El movimiento revolucionario cubano surgió desde el Moncada bajo la advocación del espíritu martiano, cuando su núcleo de combatientes iniciales se autodenominó “generación del centenario”<sup>7</sup> y cuando Fidel Castro —en *La historia me absolverá*— estableció

<sup>7</sup> Raúl Gómez García habla de la “juventud del centenario” en el *Manifiesto del Moncada* en julio de 1953, *Pensamiento Crítico*, no. 18-19 y en

repetidas veces el carácter formador de Martí para ellos, al ser su pensamiento el inicio obligado para la crítica de los males sociales de la república. Puede resultar un lugar común el establecer esta relación, pero se hace necesario recordarla una y otra vez, pues este es el caso de una revolución en el poder que se declara marxista-leninista y que a la vez se reconoce fundamentada en un pensador del siglo XIX que no fue marxista. Este reconocimiento no se trata de una graciosa reverencia a una figura histórica simpática o de relieves contemporáneos en algunos aspectos, pues cuando Haydée Santamaría dijo: “Allí fuimos (al Moncada) siendo martianos. Hoy somos marxistas y no hemos dejado de ser martianos, porque no hay contradicción en esto, por lo menos para nosotros”, y “¡Con profundas raíces martianas, hoy consideramos y creemos que somos marxistas!”<sup>8</sup> estaba dando un lugar a José Martí en la construcción de una sociedad diferente, lo cual sucede así porque es el propio Martí quien se gana este lugar.

El propósito de este artículo es demostrar por qué ocurre lo anterior, por qué hay, incluso, la necesidad de entender así a Martí dadas su significación ideológica para la Revolución Cubana y —cosa poco señalada desde esta perspectiva— los propios fines de su actividad revolucionaria. Ello sucede porque el pensamiento político martiano conforma una ideología de liberación nacional que va más allá de los propósitos y esquemas de la Guerra de los Diez Años, y que establece las bases para una sociedad fuera de las estructuras coloniales. En el plano del pensamiento, se llega a esta comprensión tan avanzada para su tiempo cubano y americano, porque progresiva y sutilmente Martí fue abandonando los presupuestos de la corriente liberal. Así, la ruptura con determinadas normas permite llegar a un campo de problemas nuevos que exige, en consecuencia, respuestas también nuevas.

Para finalizar, paso a expresar algunas consideraciones generales.

---

*Raúl Gómez García, el poeta de la generación del centenario*, Instituto del Libro, La Habana, 1968.

<sup>8</sup> Haydée Santamaría: *Haydée habla del Moncada*, Ediciones Políticas, Instituto del Libro, La Habana, 1967.

En el curso del artículo se presentarán sintéticamente las ideas políticas de Martí, tratando de hallar una coherencia, buscando la relación entre las mismas, sin agruparlas bajo diversos temas generales de arbitrario engarce como casi siempre nos ha sido mostrado. Así, no se hace biografía ni cronología de Martí; se estudian conceptos, juicios, tesis, de acuerdo al lugar que ocupan en su pensamiento político. Por esto, no se avalan los criterios del autor con largas citas del propio Martí, cosa frecuente cuando se escribe sobre el Maestro.<sup>9</sup> Si bien es un hecho cierto que esto ha contribuido a divulgar su pensamiento, en este caso no se trata para nada de conocer textos martianos, como se ha dicho antes.

En consecuencia, con esta metodología, se distinguirán momentos en el pensamiento de Martí, centrándose el trabajo sobre todo en los años noventa, donde sus ideas alcanzan a ordenarse como un cuerpo orgánico.

Las líneas a continuación no son más que el inicio de un largo trabajo de investigación en torno al pensamiento y la acción martiana. En el punto III se exponen algunas consideraciones sobre las ideas económicas de Martí que no deben entenderse como conclusiones rigurosamente establecidas, sino como hipótesis y líneas metodológicas de investigación.

## I

Si bien José Martí no fue un teórico, es incuestionable que su pensamiento político parte de determinados presupuestos teóricos. Es hora ya de emprender por aquí la búsqueda de un hilo conductor de las ideas políticas del Maestro, pues con demasiada frecuencia se

<sup>9</sup> Llamo así a Martí por una razón especial que no se fundamenta en ninguna de las empleadas por la literatura tradicional, empeñada en servirse de esos términos (Apóstol, Santo de América, etc.), como una manera más de mistificar su figura. La emigración cubana de La Florida, base política fundamental del Partido Revolucionario Cubano, llamó Maestro a Martí desde su viaje a Cayo Hueso en 1891. El reconocimiento que lleva implícito esa denominación merece ser tomado en cuenta.

han explicado estas desde criterios morales o filosóficos. No es desdénable la importancia de estos temas para un estudio a fondo de la personalidad de Martí y de su pensamiento, pero me parece convincente comenzar por inquirir en el propio orden de cosas que trato: el pensamiento político. Conectar los supuestos teóricos con las ideas políticas a que dan lugar permite una mejor evaluación *a posteriori* de las relaciones entre este tipo de concepciones y los criterios morales o filosóficos.

Un problema se plantea de inicio: ¿cuál es el pensamiento político de Martí?, o al menos, ¿en qué aspectos o puntos se pudiera caracterizar? Las respuestas que se han dado comportan una considerable cantidad de opiniones contrapuestas y solo son coincidentes en un aspecto, que de tan general es poco explícito: Martí fue independentista, pretendió la separación política de Cuba de España. Poco explícito porque el término independentismo se refiere a un asunto político demasiado genérico y, a la vez, con demasiada carga histórica para nuestro país.

La historiografía cubana sobre el siglo XIX ha fundamentado extensamente la existencia de una corriente ideológica independentista a lo largo de esta centuria, que culminó en 1868 con el inicio de la Guerra de los Diez Años. El afán separatista en la instancia política era autocontentivo, se agotaba en sí mismo, pues la tesis fundamental y única de este sector del pensamiento en la colonia era lograr la independencia de Cuba de la metrópoli española.

Si admitimos entonces que José Martí fue un independentista, lo estamos asimilando a esta corriente ideológica del siglo XIX y por más que nos esforcemos lo más que lograremos será consignarlo como un brillante exponente de la misma. Pero se ha repetido bastante también que Martí fue “un hombre excepcional”, “un genio que se adelantó a su época”, porque superó a sus antecesores —los que hicieron la guerra de 1868 a 1878— y a sus coetáneos en la manera de pensar la guerra para la independencia y la futura república por organizar. Sin embargo, con esta explicación se adelanta bien poco. La guerra y la república fueron temas pensados por el independentismo desde la contienda del 68, al extremo de llegar a producir una

República en Armas con su Constitución, sus organismos de gobierno, un Ejército y sus demarcaciones militares, etc. De lo que se trata es de conocer por qué Martí fue excepcional o genial para su época, lo cual no se sustancia entonces con una simple formulación.

Pero volviendo a lo que nos interesa, es justo consignar que desde el mismo siglo XIX, los propios hombres del 68 trataron de explicar la no consecución de los fines bélicos por ineffectividades ideológicas del independentismo como el regionalismo y el caudillismo que enfrentaron a las fuerzas insurrectas cubanas.<sup>10</sup>

Tanto ellos como los historiadores de este siglo no han logrado explicar por qué el independentismo no logró cohesionar las filas cubanas a la altura requerida y casi siempre, como en el ejemplo citado antes, se confunden las consecuencias con las causas. Para esclarecer el problema que nos ocupa —determinar el vínculo de Martí con el independentismo— esta vía tampoco ha explicado suficientemente la “superación” martiana de sus antecesores. Esta ha sido planteada como una cuestión de cantidad: “Martí pensó más sobre la república”, “Martí organizó el Partido Revolucionario Cubano y unió a los dispersos independentistas en un solo mando”, o “Martí fue el representante de los intereses populares de la nación a diferencia de los hacendados iniciadores del 68”. Todos estos argumentos, más o menos discutibles, nos dan la “superación” en tanto Martí fue como político más hábil que los demás independentistas, porque no alcanzan a explicar su pensamiento político como algo suficiente en sí mismo, que se deslinda del 68 a partir de un proyecto revolucionario.

El asunto no consiste entonces en señalar las ausencias del independentismo hasta Martí e ir anotando simplemente cómo este las descubrió y las fue rellenando. Se trata de considerar cuáles son los

<sup>10</sup> Enrique Collazo en *Desde Yara hasta el Zanjón* (1893) y Fernando Figueredo en *La revolución de Yara*, publicado en 1902, pero elaborado entre 1883 y 1885, insisten en atribuir a las diferencias entre los cubanos las causas que impidieron alcanzar el triunfo y que llevaron al Zanjón en 1878.

problemas centrales de reflexión en uno y otro caso y cuáles caminos se escogieron para resolverlos.

A estas alturas podría plantearse una pregunta maliciosa: ¿entonces Martí no fue un independentista? Y es precisamente esa pregunta la que cuestiono. No es del caso preguntarse si el Maestro fue o no independentista, pues así ya estamos inmersos en el marco del que intentamos salir.

No cabe duda alguna de que toda la obra martiana pretendía que Cuba se convirtiera en una nación soberana e independiente, pero este no era el solo propósito. Por eso consideraba antes como una generalidad de escaso valor llamar a Martí independentista, ya que él se propuso mucho más; la independencia era el paso inicial y quizás no el más significativo a largo plazo. Y es en este mucho más donde radica la superación, el irse más allá, o con más propiedad, el campo de problemas nuevos diferentes al del 68 que implicábamos al principio.

Las afirmaciones hechas hasta el momento conllevan el aserto de que las ideas políticas martianas tuvieron una coherencia y un orden de tal alcance que llegaron a constituirse como un pensamiento orgánico.

Sin embargo, hay elementos que podrían llevar a estimar lo contrario, como es, sobre todo, el hecho de que Martí nunca escribió una obra donde presentara sistemáticamente sus ideas, y haya que buscar estas a todo lo largo y ancho de una enorme cantidad de artículos periodísticos, folletos políticos, cartas y discursos. Esto no ha sido obstáculo suficiente para arredrar a la mayor parte de los estudiosos del Maestro, quienes se han valido una y otra vez de esos medios para presentar su pensamiento, sin establecer mayores distinciones de fines inmediatos o momentos en cada caso.

Aunque algunos autores como Emilio Roig de Leuchsenring a lo largo de toda su obra, se han ocupado de estudiar el pensamiento martiano a la par de su vida, no es común encontrar una rigurosa decantación de épocas o momentos en el mismo, lo que conduce, junto con el obvio carácter circunstancial de gran parte de la obra martiana, a encontrarnos con contradicciones flagrantes e

incongruencias notables en muchos casos. Algunos, como Leonardo Griñán Peralta,<sup>11</sup> que han cobrado conciencia de tales inconsecuencias, las han fundamentado, bien en circunstancias históricas, bien en la posición social de Martí, bien en ambas cosas a la vez. Sin embargo, con esto no se logra dar una visión coherente de las ideas del Maestro: las contradicciones y las incongruencias siguen en pie, dando lugar a pensar entonces en un eclecticismo político en Martí. Esta frase posiblemente no agradaría a casi nadie: todos los autores tratarían de impedir que de sus palabras se llegase a tal conclusión.

No es mi deseo, por lo mismo que nadie lo aceptaría, discutir la tesis del eclecticismo en Martí. Lo que quiero es recalcar que cuando se manejan párrafos de Martí —aun con la intención de presentar un pensamiento revolucionario congruente— que hablan lo mismo de su partidismo por los humildes o clases explotadas, que acerca de una república a fundar sobre la unión de todos los cubanos y de todos sus intereses; o que cuando se explican sus ideas republicanas lo mismo como ultrademocráticas y populistas que asimilándolas a las de los independentistas o pensadores latinoamericanos del siglo XIX, no se deja preciso el sentido del pensamiento político del Maestro.

En el primer ejemplo se manifiesta una contradicción que puede sustentarse lo mismo en textos martianos de diferentes épocas como en algunos coetáneos entre sí; el segundo plantea, sobre todo, una diferencia sutil de interpretaciones: todo estriba en el alcance que se le quiera dar a las ideas del Maestro, aunque a veces sus propias palabras pueden dar posibilidades para cualesquiera de las dos posiciones. Tanto uno como otro ejemplo alertan contra las palabras de Martí: no se le puede tomar al pie de la letra; es necesario elucidar cuidadosamente lo que quiso decir en cada caso y en qué contexto general fueron escritas.

Por todo lo anterior, se hace imprescindible efectuar una distinción por etapas del pensamiento martiano. Este paso inicial para un análisis de contenido de profundas miras de la obra del Maestro,

<sup>11</sup> Leonardo Griñán Peralta: *Martí, líder político*, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970.

puede ayudar a la labor de echar por tierra las confusas interpretaciones de la misma. Para esta periodización, tomo como índice principal los presupuestos teóricos martianos y las ideas derivadas de los mismos que fundamenten los criterios políticos generales, teniendo en cuenta siempre su actividad política y sus posturas ideológicas para explicar mutaciones y cambios en aquéllos. Solo así puede cobrar sentido este pensamiento, pues las contradicciones e incongruencias se explican según distintas épocas, circunstancias o propósitos.

Propongo tres etapas en esta periodización:

1. de 1871 a 1884,
2. de 1884 a 1889,
3. de 1890 a 1895.

Dejo fuera por el momento los años previos a 1871, que se pueden caracterizar como los años del acercamiento a la ideología independentista, porque no dispongo del suficiente conocimiento de las ideas de Martí en ese tiempo para poder fijar realmente todo su alcance; razón por la que me remito a los criterios comúnmente establecidos: el adolescente Martí, a través de Mendive, combatió por el ideal independentista participando junto con Valdés Domínguez en el subterráneo e incoherente movimiento antiespañol de la juventud habanera.<sup>12</sup>

Comienzo en 1871 porque es cuando hay exposiciones claras y terminantes en Martí compartiendo las ideas independentistas que sustentaban la guerra en curso y porque se llegan a manifestar, incluso, posiciones originales de alto valor para su evolución posterior.

El primer período se inicia con *El presidio político en Cuba* (1871) y *La república española ante la revolución cubana* (1873), ambos trabajos escritos y publicados en España, adonde había sido deportado.

Interesa, de manera especial, el segundo trabajo. En él se hace la primera crítica al liberalismo político.

<sup>12</sup> Cualquier biografía relata con mayor o menor minuciosidad estas actividades.

Hoy que la virtud es solo el cumplimiento del deber, no ya su exageración heroica, no consienta su mengua la República, sepa cimentar sobre justicia sabia y generosa su Gobierno, no rija a un pueblo contra su voluntad—ella que hace emanar de la voluntad del pueblo todos los poderes;—*no luce contra sí misma*, no se infame, no tema, no se pliegue a exigencias de soberbia ridícula, ni de orgullo exagerado, ni de disfrazadas ambiciones; *reconozca, puesto que el derecho, y la necesidad, y las repúblicas, y la alteza de la idea republicana la reconocen, la independencia de Cuba*; firme así su dominación sobre esta que, no siendo más que la consecuencia legítima de sus principios, el cumplimiento estricto de la justicia, sería, sin embargo, la más inmarcesible de sus glorias.<sup>13</sup>

Y “La República no puede usar del derecho de la fuerza para oprimir a la República”. “No se infame la República española, no detenga su ideal triunfante, no asesine a sus hermanos, no vierta la sangre de sus hijos sobre sus otros hijos, no se oponga a la independencia de Cuba.—Que la República de España sería entonces República de sinrazón y de ignominia, y el gobierno de la libertad sería esta vez gobierno liberticida”.<sup>14</sup>

Estas proposiciones vinculan la república española con la metrópoli española, reconocen las relaciones políticas entre el ideal republicano y el colonialismo; cómo aquel se distorsiona al tener que moverse en los marcos de este. Esta es una manera más de dominación —muy eficaz por su sutileza— que han empleado siempre los países colonialistas. El colonialismo español utilizó eficazmente la represión política y el miedo al negro como recursos para mantener su explotación sobre Cuba. El republicanismo fue la última promesa

<sup>13</sup> “La República española ante la revolución cubana”, 1873, José Martí: *Obras completas*, t. 1, pp. 96-97 y 98; *Obras completas. Edición crítica*, t. 1, pp. 108-109 y 110. (El subrayado es de PPR). [En lo adelante *OC* y *OCEC*, tomo y paginación, respectivamente. En los casos de igual referencia para *OC* y *OCEC*, se indicará la paginación correspondiente].

<sup>14</sup> *Ibidem*, *OC*, p. 98; *OCEC*, p. 110.

colonial hecha a los cubanos cuando estos ya se lanzaron a la lucha armada y a la desmistificación del “peligro negro”. Al efecto, vale la pena recordar las esperanzas que pusieron siempre los hombres de más avanzadas ideas de la colonia, adscriptos a los principios liberales en el partido republicano español, incluso ya en el curso de la Guerra de los Diez Años, cuando Martí publicó este folleto. Es esta, pues, la razón para darle un alto significado en el pensamiento del joven deportado.

No he querido decir antes que Martí abandonara ya en 1873 posiciones del liberalismo político, sino que el conocimiento de la relación entre republicanismo y colonialismo lo sitúa en una postura que cuestiona el ideal liberal. En el fondo del texto subyace la posibilidad de la materialización de ambas repúblicas pero, de todas formas, el alcance de esta posición para la política independentista es inobjetable: no se vela la lucha por la independencia con el espejismo de una España liberal que accedería de buenas ganas a ella.

Los años que corren entre 1871 y 1884 son los de formación intelectual y política básica. Martí estudia en España y conoce las ideas políticas y científicas que se mueven en Europa, vive y produce en América Latina, México, Guatemala y Venezuela, y se radica en Nueva York, donde participa activamente en los preparativos de la fracasada Guerra Chiquita dirigida por Calixto García.

En general, en esta etapa Martí adquiere su formación intelectual, en cuanto a horizontes culturales y expresión literaria, vive, dirigido por los hombres del 68, los problemas de la guerra contra España: carácter, dirección y modos de hacer la guerra, y asimila una enorme masa de información sobre las repúblicas ya constituidas en Latinoamérica, conoce en su propio terreno el caudillismo y la anarquía política, el llamado problema del indio, las economías agrícolas y monoproductoras.

El año de 1884 es notable en su vida. Martí polemiza con Máximo Gómez y Antonio Maceo sobre la manera de hacer la guerra cubana. Los conceptos vertidos en la carta a Máximo Gómez del

20 de octubre de ese año<sup>15</sup> son la expresión de una concepción sobre el problema colonial cubano muy distinta a la que mantenían las dos figuras más destacadas de la Guerra de los Diez Años. Se abrió aquí la posibilidad teórica para llegar a concebir el partido como organizador de la guerra, al cobrar Martí conciencia de sus diferencias con el 68, las cuales se expresaban alrededor de la dirección de la guerra por la independencia.<sup>16</sup> No se puede desconocer, pues, el valor de esta coyuntura en que se expresa una ruptura, aunque no se sustituya por el momento la tesis de Máximo Gómez con una contraposición fundamentada; las reflexiones de aquí en adelante se encaminarán a lograrla.

Por eso es que hay que seguir con suma atención el tiempo que media entre 1884 y 1889. El exiliado en Nueva York, el cónsul de Uruguay y Argentina, el cronista de *La Nación*, parece alejado, para todos, de los asuntos cubanos. Mañach<sup>17</sup> apunta hacia las incidencias familiares como causa del retraimiento político. Yo diría que es más bien el retraimiento el que permite a la familia gozar de la atención de Martí: pero tanto aquello como esto ocultan un complicado proceso de análisis y rechazo de viejos esquemas y de elaboración de otros nuevos.

Así, entre 1884 y 1889 ocurre la maduración intelectual y política de Martí: es una etapa de transición de su pensamiento y de redefiniciones de su personalidad. Su mente hurga en dos direcciones: Cuba y Estados Unidos. El estudio y la asimilación de los problemas del segundo —país en plena expansión industrial, con el sistema político calificado como el más democrático de esa época— valen para pensar los problemas actuales: la independencia, y los futuros: la república de la primera. La masa de conocimientos y experiencias adquiridas en el periplo latinoamericano se va decantando y organizando en la aparentemente tranquila segunda mitad de la década de los ochenta.

<sup>15</sup> Carta al general Máximo Gómez, Nueva York, 20 de octubre de 1884, *OC*, t. 1, pp. [177]-180; *OCEC*, t. 17, pp. 384-387.

<sup>16</sup> El significado de esta carta de 1884 para la polémica y para Martí será objeto de estudio más profundo en el punto II, del presente texto.

<sup>17</sup> Jorge Mañach, ob. cit., cap. XXI

Martí mueve su pensamiento en esos años en dos niveles: el universal y el nacional. La observación y el análisis profundo de Estados Unidos y del mundo capitalista desarrollado le permitieron distinguir el “problema social” de su tiempo e informarse de las teorías sociales e ideologías políticas en boga; no para dedicarse con este bagaje a resolver los problemas planteados allá, sino para llegar a una concepción más acabada del “problema nacional”. Los resultados los mostraría con la dinámica campaña en que se adentra desde el 10 de octubre de 1891 con el discurso en el club Los Independientes: la actuación política responde así a las interrogantes de los ochenta.

Los años noventa constituyen la última etapa, interrumpida por la muerte, sin poder darla a conocer apenas. Se destaca el dirigente, el político hábil que va dando la fundamentación de sus ideas políticas, presidido por esa función de líder; por ello no se dice todo y la mayor parte de su pensamiento queda implícito. La acción no permite que emerja el teórico, el escrito periodístico en *Patria* impide un tratado de política.

Las reseñas de la Conferencia de Washington (1890),<sup>18</sup> para *La Nación* de Buenos Aires fueron el aviso público del peligro que significaban los Estados Unidos para América Latina y por ende para Cuba.

El artículo “Nuestra América”<sup>19</sup> (enero de 1891), es el saldo de cuentas con los liberales del continente. En apenas ocho páginas para un periódico se señalan certeramente las causas del fracaso de la democracia liberal en América Latina.

La prolífica creación de 1889 culmina con el discurso pronunciado el 19 de diciembre de ese año en la Sociedad Literaria Hispanoamericana<sup>20</sup> donde recomienza la actividad política pública, incitando a la unidad latinoamericana.

<sup>18</sup> “Conferencia Internacional Americana”, 1889, *OC*, t. 6, pp. [33]-116.

<sup>19</sup> José Martí: *Nuestra América. Edición crítica*, investigación presentación y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos-Casa de las Américas, 1991; *OC*, t. 6, pp. [15]-27.

<sup>20</sup> “Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la sociedad Literaria Hispanoamericana, 19 de diciembre de 1889”, *OC*, t. 6, pp. [130]-140.

El pensamiento, aunque manifestado a retazos, de forma incompleta, se revela como un cuerpo elaborado. Partido, guerra por la independencia, detenimiento de la expansión norteamericana, república nueva “con todos, y para el bien de todos”, unión latinoamericana, son los conceptos y elementos que integran una opinión política coherente en sus fines y medios. Estamos pues, en presencia de un pensamiento revolucionario preciso y orgánico. Es aquí, en este momento, donde tomaremos a Martí para este estudio.

## II

### A. El Partido Revolucionario Cubano como organizador de la guerra de independencia.

La teoría política de Martí debe ser explicada a partir del concepto de partido, pues el análisis de las relaciones coloniales de Cuba y la manera de resolverlas parten del mismo. De este concepto llave se desgaja toda la teoría política que explica la guerra de independencia y sus causas necesarias, la constitución de la república como un corolario inmediato de aquella y el nuevo sentido de esta en el contexto latinoamericano.

Es harto conocida la polémica que durante toda la Guerra de los Diez Años enfrentó a la mayoría de los generales del Ejército Libertador, por un lado, y a los representantes a la Cámara, por otro, y cuyos efectos fueron tan nefastos que todos los historiadores coinciden en señalarla como una de las causas fundamentales del fracaso del esfuerzo bélico cubano. Con distintas palabras según los momentos y los individuos, la polémica se centró en dos posiciones: o la guerra la dirigen los civiles (la Cámara) con todo el aparato jurídico de la República en Armas o los militares encabezaban la dirección del movimiento. Entre estos dos polos giraban los criterios, aunque nos veamos obligados a reconocer que los más lúcidos fueron aquellos que pretendieron lograr una libertad de acción para los generales con la que pudieran establecer la estrategia y tácticas de la guerra. Sin embargo, esta lucidez de algunos —reconocer la capacidad

de los jefes militares para dirigir lo que les competía— no significa para nada que entendieran el problema de manera muy diferente a los otros. El asunto se veía bajo las mismas ópticas en ambos casos: todo se reducía a un problema de hombres. De ahí, entre otras cosas, la inoperancia de unos y otros ante las manifestaciones de caudillismo y de regionalismo tan frecuentes y debilitadoras de la causa independentista, sobre todo después de 1874.

De tal peso fueron estas discrepancias que las posiciones críticas de los independentistas, asumidas después del Pacto del Zanjón, se movieron en torno a estos dos puntos de vista, aunque el que más adeptos contó en la emigración fue el que cargó las causas de las disensiones mambisas y del fracaso armado a la política de la Cámara de Representantes, encaminadas siempre a coartar la libertad de acción de los jefes del Ejército.

Lo realmente notable en José Martí es que este no se ubica en ninguna de estas dos posiciones; para él la guerra se organiza y se dirige por un partido político. El problema del 68 ha sido superado: ya no se trata de civiles o de militares; ahora hay que unir y fundar clubes, elegir un delegado, recaudar fondos, organizar el ejército. El partido es quien realiza todo lo anterior, pues a través de él se efectúa la participación política de los cubanos independentistas contra la metrópoli española. Es claro que esta idea de un partido organizando la guerra significa, de hecho, una manera también radicalmente distinta de comprender la propia guerra: sus participantes, su organización, la estrategia militar, los objetivos mediatos e inmediatos del conflicto.

El abandono por Martí en 1884 de la colaboración con el proyecto conspirativo organizado por Máximo Gómez y Antonio Maceo nos ofrece la oportunidad de conocer cómo se da esa superación del problema planteado arriba. En la ya mencionada carta a Gómez, fechada en Nueva York el 20 de octubre de 1884, Martí sienta su posición ante el criterio de los militares —representados en este caso por el Generalísimo y por Maceo—, negándose a secundar el movimiento, para no ser “los caudillos valientes y afortunados que

con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo y para enseñorearse después de él”.<sup>21</sup>

Esto es: la guerra no puede dar lugar a los caudillos, a los representantes de intereses personales o de algunos grupos que se adueñen de los pueblos, como bien conocía Martí que había ocurrido en el siglo XIX latinoamericano, ni a sus versiones regionales como en los diez años de la guerra cubana, donde este fue uno de los factores fundamentales que impidió el triunfo insurrecto. Lo que da mayor interés a esta carta no es precisamente el emitir esta opinión —por demás, expresada por esa época en algunos trabajos martianos sobre distintos países latinoamericanos—, sino el que no se recurre a la contraria: los civiles, con su aparato jurídico apropiado, han de dirigir la guerra por la independencia para que esta no degenera en el caudillismo. En todo momento se abandonan estas posturas, aunque no se ofrezca en ese instante una opción nueva que dé respuesta al problema de la dirección revolucionaria. Martí se declara dispuesto a colaborar en una guerra “emprendida en obediencia a los mandatos del país, en consulta con los representantes de sus intereses, en unión con la mayor cantidad de elementos amigos que pueda lograrse”<sup>22</sup> que son las mismas razones esgrimidas posteriormente en las *Bases del Partido Revolucionario Cubano* en 1892 para explicar la existencia del mismo, y en el *Manifiesto de Montecristi* en 1895 para justificar la nueva guerra iniciada por el Partido.

Así pues, en 1884 se plantea el problema de quién o quiénes han de dirigir la guerra, y en 1891 se da la respuesta positiva y práctica: el partido. Los trece años pasados desde el Zanjón indican que ya no se trata de señalar defectos a los hombres del 68; es tiempo ahora de sentar el partido político como institución organizada para la guerra, dentro de la cual esos hombres del 68 (civiles o militares) cumplirán un papel. Una nueva manera de hacer política impone así Martí desde 1892; ya no es la acción de hombres dispersos que se mancomunan en una práctica política: un partido con sus células de

<sup>21</sup> Carta al general Máximo Gómez, Nueva York, 20 de octubre de 1884, *OC*, t. 1, p. 177; *OCEC*, t. 17, pp. 384-385.

<sup>22</sup> *Ibidem*, *OC*, p. 179; *OCEC*, p. 386.

base —clubes— agrupa y unifica a todos los que participan del ideal independentista.

Los partidos políticos que han de durar; los partidos que arrancan de la conciencia pública; los partidos que vienen a ser el molde visible del alma de un pueblo, y su brazo y su voz; los partidos que no tienen por objeto el beneficio de un hombre interesado, o de un grupo de hombres,—no se han de organizar con la prisa indigna y artificiosa del interés personal, sino, como se organiza el Partido Revolucionario Cubano, con el desahogo y espontaneidad de la opinión libre.<sup>23</sup>

He aquí sintetizado, en sus propias palabras, el criterio de Martí sobre el partido. Como se ve, al salirse de los límites del 68 en la forma de entender la dirección de la guerra e imponer una nueva solución, Martí se deshace de otros asuntos derivados como el caudillismo y el regionalismo. El partido no es para un hombre o para un grupo de hombres; es para promover, institucional y organizadamente, la participación política de todos los cubanos que comparten el ideal independentista. En él se une la nación; no caben diferencias de ningún tipo, mucho menos las del color de la piel.

Esta escuela de educación política para la conciencia nacional que era el partido para Martí, representaba, además, la puesta al día de Cuba en lo que a las formas de hacer política se refiere. Si se puede considerar al Ejército mambí del 68 como el partido político de la independencia, lo cierto es que esta corriente ideológica no pudo organizarse políticamente en una forma coherente, hasta José Martí, utilizando los métodos desarrollados que la evolución de Cuba y su relación con el mundo capitalista hacían posibles y necesarios. Fue el Partido Liberal Autonomista después del Zanjón, el que organizó a importantes sectores de la población cubana bajo lemas políticos, aprovechando los márgenes de legalidad que dejó el gobierno metropolitano.

Martí comprendió que solo en el mismo terreno podía la idea de la independencia derrotar al hijo ideológico del reformismo, cuando

<sup>23</sup> “El Partido”, *Patria*, 1892, *OC*, t. 2, p. [33].

hasta los intereses de la reacción más desenfrenada, el integrista español, también se dedicaban a organizar partidistamente a sus seguidores. La propaganda política, las maneras de transmitir la ideología, cobraron inusitado vigor en la colonia cubana durante la década de los ochenta y de los noventa. Solo se podía hacer del independentismo la tendencia ideológica dominante en la mayoría de la población cubana empleando eficazmente una organización partidista con probadas virtudes de organización y coherencia. Los primeros siete artículos de las Bases del Partido Revolucionario Cubano<sup>24</sup> hablan, con bastante imprecisión, de los propósitos a largo plazo de su actividad; son, a pesar de su vaguedad, lo que hoy nosotros llamaríamos un programa político.

El artículo 8vo. expresa los objetivos concretos:

- “I. Unir en un esfuerzo continuo y común la acción de todos los cubanos residentes en el extranjero.
- ”II. Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la Isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y a la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que después de ella se funden, y deben ir en germen en ella.
- ”III. Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la revolución, y congregar a los habitantes de la Isla en un ánimo favorable a su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas.
- ”IV. Allogar fondos de acción para la realización de su programa, a la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.
- ”V. Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan a acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundación de la nueva República indispensable al equilibrio americano”.<sup>25</sup>

<sup>24</sup> “Bases del Partido Revolucionario Cubano”, 1892, *OC*, t. 1, pp. 279-280.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 280.

Después de estas clarísimas proposiciones, no cabe lugar a dudas sobre el criterio martiano respecto al Partido Revolucionario Cubano como organismo dirigente de la guerra, al menos en lo que a la parte conspirativa y a la representación de la misma se refiere. No hay expresadas, sin embargo, opiniones sobre el partido en el curso de la contienda armada, lo que ha dado lugar a especulaciones que revelan la incompreensión del significado novedoso de la concepción martiana para la práctica política revolucionaria. Es necesario considerar algunas cuestiones:

- 1º: Que Martí se mantuvo todo el tiempo como Delegado, o sea, como máximo dirigente del Partido, hasta que vino a Cuba.
- 2º: Que sin discutir el interés martiano de cubrir una “deuda de honor” viniendo a combatir a la manigua, no es posible admitir, en un político de su talla, el simple impulso ético. Hondas razones políticas hubo en ese viaje: imponer sus criterios sobre la nueva República en Armas y asumir, por tanto, la dirección de la revolución desde el propio teatro de los hechos.
- 3º: Admitido lo anterior, el Partido, del que nunca habló Martí como algo a desaparecer en la guerra o después de la misma, quizás jugaría un papel de apoyo material desde el exterior y de fuerza política organizada en el curso de la guerra.

No es posible en este caso, como en muchos otros, sustentar estos criterios con palabras del Maestro. Martí murió apenas comenzada la lucha y es algo bastante ingenuo esperar que hablase claramente de estos asuntos en los mismos momentos en que estaban ocurriendo. No es frecuente que los políticos expliciten su actuación en todo momento: la discreción se hace imprescindible para lograr propósitos lejanos, máxime en el caso de Martí, cuya perspicacia superaba crecidamente a la de todos sus contemporáneos. Por otra parte, tén-gase de nuevo en cuenta que aunque se enfrentó a ellos a costa de separarse de la conspiración en 1884, Martí necesitaba del concurso militar y del prestigio político de Gómez, Maceo y otros viejos jefes del 68 para la causa emancipadora. No podía dar motivo para nuevas disensiones; suficiente en alto grado era que aceptasen su papel

como director de toda la conspiración, y del Partido Revolucionario Cubano entidad oficial de la guerra.<sup>26</sup> La reunión de La Mejorana trató de este asunto de la dirección de la guerra. Lo que queda en el diario de Martí deja entrever que Maceo en particular se mostró reacio a los criterios del Maestro. Las anotaciones del día 5 de mayo de 1895 son reveladoras: “Maceo tiene otro pensamiento de gobierno: una junta de generales con mando, por sus representantes,—y una Secretaría general:—la patria, pues, y todos los oficios de ella, que crea y anima al ejército, como Secretaría del Ejército”. A lo que Martí responde: —“[...]el Ejército libre,—y el país: como país y con toda su dignidad representada”.<sup>27</sup>

Son demasiado poco estas palabras, pero al menos no chocan con las que he señalado hace un momento: “el Ejército libre”, los generales dirigiendo la guerra; “el país con toda su dignidad representada”, lo que equivale a que los generales no ejercerían unilateralmente la dirección política de la guerra. Y esta es una enorme muestra de habilidad, pues parece que Martí se mueve entre dos aguas, entre los “civiles” y los “militares”, cuando lo que trata es de no inclinarse por una de las dos posiciones, de no caer en uno de los peligros extremos. Como ya no se trata de una nueva guerra para alcanzar la independencia, los dos polos, para Martí, están fuera de juego. Si hay que hablar en esos términos es porque los otros lo

<sup>26</sup> Recuérdese que en el mismo año de 1895, sobre todo por desconocimiento mutuo se plantearon diferencias entre Maceo y Martí acerca de la expedición en que el primero salió de Costa Rica hacia Cuba.

<sup>27</sup> *Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos, OC*, t. 19, pp. 228-229. Destaco las diferencias entre Maceo y Martí porque me interesa explicar el pensamiento de este último. Sin embargo, a pesar de esas discrepancias de criterios, Maceo fue el más destacado líder político y militar de la insurrección del 95, gracias a su vertical postura anticolonialista y en favor de una guerra popular. Ver Leonardo Griñán Peralta en *Antonio Maceo; análisis caracterológico*, La Habana, Editorial Trópico, 1936, y José Antonio Portuondo en *El pensamiento vivo de Maceo*, La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1962; ambos han ofrecido elementos documentales suficientes para considerarle no solo un hábil militar, sino también un político notable.

hacen así, porque ese sí es un problema para ellos, y no puede hacerse la revolución sin su concurso. Lo que llama la atención, repito, es que ni el 5 de mayo de 1895 ni en ninguna otra ocasión el Maestro se desprende del Partido.

En carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra (secretario y tesorero respectivamente del Partido Revolucionario Cubano) de 26 de febrero de 1895, dice Martí:

Y en cuanto a forma lo esencial es eso: las emigraciones constituyeron con Cuba el partido revolucionario, iniciador de la revolución, que va a Cuba a entregarse al país, y continuará existiendo como partido, aunque sus organizaciones viables y autonómicas subsistan, hasta el día, y solo hasta él, en que se constituya en Cuba la revolución, a fin de evitar la monstruosidad de antes: dos gobiernos para un solo país.<sup>28</sup>

Parece ser que la “constitución de la revolución” sería para Martí la creación de una especie de organismo único de dirección, pues el partido existiría hasta ese día “y solo hasta él”, para evitar la “monstruosidad” de un gobierno dual. Sin embargo, como quiera que el párrafo comienza afirmando que este es un asunto de forma, es factible pensar en una integración del aparato del Partido Revolucionario Cubano en ese órgano supremo de dirección revolucionaria encabezado, a todas luces, por el propio Martí.

De todas formas, el proyecto revolucionario de Martí, encaminado a fundar una “república nueva” en Cuba, y su estrategia continental antimperialista, confesada por primera vez en la carta inconclusa a Manuel Mercado,<sup>29</sup> necesitaban de una organización revolucionaria. No importa que esta se llamase Partido Revolucionario Cubano o que adoptase otras estructuras y denominación durante

<sup>28</sup> Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, [Montecristi], 26 de febrero [1895], *OC*, t. 4, p. 73.

<sup>29</sup> Carta a Manuel Mercado, Dos Ríos, 18 de mayo de 1895, *Correspondencia a Manuel Mercado*, compilación y notas de Marisela del Pino y Pedro Pablo Rodríguez, introducción Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2003, p. 337; *OC*, t. 20, pp. 161-164.

el conflicto bélico. El propio fragmento citado antes lleva implícita esta opinión: la revolución no triunfará mediante un proceso espontáneo; es resultado de una acción organizada con un proyecto de objetivos definidos.

B. Los objetivos inmediatos de la guerra como un medio para llegar a otros fines de más largo alcance.

Manifestarse partidario de la vía armada como solución al colonialismo español en los años noventa del siglo XIX, no es, ciertamente, algo original. Si el independentismo fue una ideología extendida entre amplias capas cubanas durante los finales de la década del sesenta y la del setenta y si llegó a cobrar un relieve político determinante al mantener una sangrienta contienda durante diez años, fue, precisamente, porque escogió la vía armada como vehículo de expresión. Mientras los más preclaros hombres del país no se decidieron a hacer de esta la solución al problema colonial, el reformismo —expresión de los intereses cobardemente contradictorios de gran parte de los hacendados cubanos— se pudo presentar como la panacea para la nación. Así, sin ser en lo absoluto nacionalista —entendiendo por tal aquello que efectivamente promoviera un desarrollo en todos los órdenes del país—, el reformismo ocupó caricaturescamente el lugar que correspondía al independentismo y que este no le disputó con efectividad hasta 1868. La Guerra de los Diez Años fue la prueba de fuego para el independentismo como corriente de pensamiento. La pasó, pero al precio de tener que transformar su carácter en lo adelante. La década bélica demostró una verdad, la única que axiomatizó el independentismo consecuentemente: la guerra, la violencia armada, era el único recurso para que España se fuera de Cuba. Y es este el máximo y el mínimo del independentismo: sentó esta afirmación, pero ninguna otra.

Arrancar, pues, del 68, era algo inevitablemente necesario para Martí, so pena entonces de errar totalmente en la estrategia política a seguir. En este sentido, el Maestro no tiene nada que aportar a

una estrategia antiespañola: de ahí que el partido se constituya para hacer “la guerra necesaria”. Pero esta formulación está colocada por Martí en un cuerpo de ideas más completo que se diferencia de las ideas del 68, no tanto por la letra como por el espíritu.

- 1º: La guerra ahora sería organizada por el Partido Revolucionario Cubano, que allegaría fondos, compraría armas, prepararía los hombres y tendría en sus manos todos los hilos de la conspiración en el interior del país y en el extranjero.
- 2º: El Partido Revolucionario Cubano decidiría en qué momento se iniciaría la guerra, después de considerar las condiciones que fueran más favorables para ello.
- 3º: El Partido Revolucionario Cubano haría la propaganda independentista a través de *Patria*.<sup>30</sup>
- 4º: El Partido Revolucionario Cubano sería un partido político celular. Así, la dirección no tendría por qué rivalizar entre criterios civilistas o militaristas, pues ambas facciones se diluirían en él.
- 5º: El Partido Revolucionario Cubano enfrentaría abiertamente como enemigos de la independencia y de la nación al autonomismo y al anexionismo; no habría tregua ideológica para ellos. Aquellos de sus filas que comprendieran la ineficacia y lo antihistórico de tales posiciones, podrían pasar al independentismo, pero dentro del Partido. Se admitiría así el traspaso de hombres honestos, pero no de ideas perniciosas.
- 6º: La lucha contra el miedo al negro no sería únicamente una resultante lógica del fin de la esclavitud logrado por el 68 sino también una política orientada contra toda índole de discriminación racial.
- 7º: La guerra sería por la independencia, pero comprendería más fines; no sería más que un hito en una estrategia política

<sup>30</sup> Aunque Martí, para desentrañar recelos de algunos diga lo contrario en “*Patria: no órgano*”, *OC*, t. 1, pp. 337-338, lo cierto es que *Patria* se convirtió de hecho en un órgano del Partido Revolucionario Cubano.

a muy largo plazo que, comenzando por Cuba, se continuaría con la independencia de Puerto Rico y con la unión progresiva de América Latina frente a los intentos *expansionistas de Estados Unidos, donde las Antillas serían el primer muro de contención*. Con esta estrategia se garantizaría la eliminación de todos los vestigios del colonialismo español en las sociedades latinoamericanas y se evitaría la creación de nuevas formas colonialistas estadounidenses.

Esto, que en lenguaje de nuestros tiempos se llamaría una estrategia continental de liberación nacional contra el imperialismo, es una condicionante general que transforma por completo la visión de la guerra legada por el 68. Esta estrategia, declarada en la carta a Manuel Mercado de 18 de mayo de 1895, como el objetivo verdadero de su pensamiento y acción, aparece expuesta parcialmente por Martí en las Bases del Partido Revolucionario Cubano, el *Manifiesto de Montecristi*<sup>31</sup> y la carta a Federico Henríquez y Carvajal<sup>32</sup> de 25 de marzo de 1895. Por demás, dentro de estas coordenadas la guerra no es solo un acto político, sino que es también el taller de forja de la conciencia nacional.

La guerra no se puede desear, por su horror y desdicha; aunque un observador atento no puede desconocer que la guerra fomenta en vez de mermar, la bondad y justicia entre los hombres, y que estos adquieren, en los oficios diarios y sublimes del combate, tal conocimiento de las fuerzas naturales y modo de servirse de ellas, tal práctica de unión, y tal poder de improvisación que, *en un pueblo nuevo y heterogéneo sobre todo, los beneficios de la guerra, por el desarrollo y unificación del carácter del país y de los modos de emplearlo son mayores que el desastre parcial*, por la destrucción de la riqueza reparable y la viudez de las familias. La conservación de la

<sup>31</sup> “Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario Cubano a Cuba”, 1895, *OC*, t. 4, pp. [93]-101.

<sup>32</sup> Carta a Federico Henríquez y Carvajal, Montecristi, 25 de marzo, 1895, *OC*, t. 4, pp. 110-112.

propiedad que se puede reponer, importa menos que la conservación, o la creación del carácter, que ha de producir y mantener la propiedad.<sup>33</sup>

Este reconocimiento explícito por Martí —la conservación o creación del carácter— del significado ideológico de la guerra, es una manera más de remitir el alcance de esta al objetivo fundamental de levantar una nación con la república, lo que no se obtendría con la mera independencia política.

Un aspecto más diferencia al Maestro del 68: la forma de preparar la guerra. Un esfuerzo de unión alentó Martí de 1891 en adelante, que se concretó alrededor de la:

1. unión de todos los cubanos al margen de su posición social,
2. unión de blancos y negros,
3. unión de la emigración con la población del país, unión regional entre el occidente y el resto de la isla y,
4. unión de la nueva generación surgida después de la guerra, con la del 68.

Este aunar fuerzas, este sumar grupos e individuos, solo era posible lograrlo alrededor de la idea de la independencia. Por eso, casi nunca habló Martí en los años noventa de otras cosas con más claridad, y por eso el Partido fue, de hecho, un frente único de grupos sociales y de individuos con intereses contrapuestos, agrupados y dirigidos por Martí como su líder político.

Al Partido Revolucionario Cubano correspondía, pues, ir logrando y manteniendo esas uniones a la vez que seguía una estrategia encaminada a establecer el carácter necesario de la guerra y debilitar el frente colonialista.

### C. La república, núcleo y fin del pensamiento martiano.

Los escritos políticos martianos insisten una y otra vez en la necesidad de organizar a los cubanos para levantarlos en una guerra por la

<sup>33</sup> “La guerra”, *OC*, t. 2, p. 61. (El subrayado es de PPR).

independencia, al tiempo que su actuación, desde finales de 1891, se centró con exclusividad en esta gigantesca labor. Primero la fundación del Partido Revolucionario Cubano, y después la utilización de este como vehículo para promover lo anterior y la lucha abierta contra el reformismo y el anexionismo, fueron asuntos que ocuparon la casi totalidad de su pensamiento desde la fecha señalada hasta su muerte el 19 de mayo de 1895. Por esta razón, las ideas republicanas de Martí aparecen vagas, al tener un carácter secundario en sus escritos, realizados la mayor parte de las veces por imperativos políticos inmediatos.<sup>34</sup>

Pienso, no obstante, que la noción de república contiene las reflexiones más importantes sobre los problemas sociales de su tiempo, a la vez que constituye su propuesta de solución para los mismos. Aunque Martí no explicita la idea anterior —pues hacerlo así era dar lugar a cuestiones de futuro, alejadas del imprescindible objetivo inmediato: la guerra—, la estrategia política a largo plazo, descrita apretadamente en el acápite anterior, da posibilidades para sostenerla con certeza.

Si, parafraseando la carta a Mercado, en silencio tuvo que ser la manera de plantearse los fines últimos, en silencio tuvo que ser también el pensamiento sobre la república; en él se manifiesta plenamente la separación de las ideas liberales y la asunción de posiciones originales y novedosas para explicar la sociedad cubana de su tiempo. De esta forma, el pensamiento republicano de Martí cobra un sentido muy distinto al de los hombres del 68 y no es posible establecer planos de igualdad entre ambos.

Tradicionalmente se ha dicho que Martí comparte los cánones republicanos de su época (liberales), en primer lugar por el propio uso del término república y otros afines (libertad, democracia, derechos del hombre, tiranía, etc.), dado el significado histórico que

<sup>34</sup> “Esos libros han sido mi vicio y mi lujo, esos pobres libros casuales, y de trabajo”. Así se refiere Martí a su obra en la carta llamada “testamento literario” a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, 10 de abril de 1895, cuando explicaba a este cómo organizar una publicación de sus obras, *OC*, t. 1, p. 28.

tenían todavía a fines del siglo XIX en Europa y América, y en segundo lugar, por las frecuentes observaciones contra la anarquía y el caudillismo que impidieron el curso estable de la vida republicana en América Latina. Sujetarse a estas formulaciones solamente da posibilidades para llegar a un Martí tan igualmente republicano como los franceses del siglo XVIII, los norteamericanos de la independencia o los latinoamericanos de las guerras contra España. Y así nos quedamos quizás con el último y hasta el más brillante liberal de la cruzada que comenzara en París en 1789. Pero bien poco hubiera valido entonces para el siglo XIX, que vio iniciarse en sus finales una nueva etapa histórica con el capitalismo imperialista, e incluso para el siglo XX, época de las revoluciones socialistas y contra el colonialismo.

Se trata, pues, en la figura de José Martí, de la discusión del valor del pensamiento de un hombre del mundo colonial y subdesarrollado en una coyuntura de tránsito notable del sistema capitalista. Y este encuadramiento general es el que determina la discusión, para establecer no ya un profeta o un perfeccionador, sino el genio que comprende este encuadramiento y sus proyecciones históricas futuras y actúa en el sentido más favorable a sus criterios. Un Martí liberal no explica ese genio: un Martí más allá del liberalismo, sí.

Estimo, por consiguiente, que las ideas republicanas de Martí exigen un camino metodológico diferente al usualmente empleado, que parta de organizarlas alrededor de dos tesis centrales:

1. el colonialismo español no es solo un asunto político, pues se ha impregnado en todas las instancias de la vida del país;
2. y Estados Unidos, en virtud de su desarrollo económico, se expande política y económicamente hacia América Latina, creando así un nuevo colonialismo y siendo Cuba el primer paso en esta dirección.

De esta suerte, la “república nueva” martiana sería la república anticolonial por excelencia, pues se pone el acento en el aspecto esencial de las relaciones sociales en nuestro país: los vínculos de

dependencia, tanto los vigentes en toda su extensión (1), como los futuros (2).<sup>35</sup>

La república no es entonces, para Martí, la nación que describe una forma de gobierno, sino el concepto que contiene todo un orden social diferente al mantenido por el colonialismo español, capaz a la vez de escapar al establecimiento de nuevos vínculos de dependencia.

El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la *patria una*, cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación, *y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen*, y sustituir al desorden económico en que agoniza con un sistema de hacienda pública que abra el país inmediatamente a la actividad diversa de sus habitantes.<sup>36</sup>

Así, la república abre el paso a la “patria”, a la nación, pero sobre las bases de la eliminación del colonialismo.

Esta relación colonialismo-nación, es una muestra de la profundidad del pensamiento de Martí para su tiempo latinoamericano y de su superación de la corriente independentista del continente de las primeras décadas del siglo XIX.

Hoy sabemos que, en líneas generales, ni los gobiernos conservadores ni los liberales pudieron romper en ese siglo la totalidad de los vínculos de dependencia de nuestros países y que fue esa una época importante para el mantenimiento del estado de subdesarrollo en que aún permanece la América Latina. El capitalismo británico principalmente, a través del comercio y de las inversiones en algunos sectores claves de la economía de la época, como los

<sup>35</sup> No tan futuros, pues las inversiones norteamericanas eran ya de notar en la economía cubana (aunque los historiadores no dan cifras similares se hacen girar alrededor \$ 50 000 000), y, por otro lado, Estados Unidos ya monopolizaba en los años noventa el comercio azucarero del país. Tanto estos asuntos económicos como la acentuación que hizo Martí del carácter político de la dependencia futura de Estados Unidos, serán tratados más adelante.

<sup>36</sup> “Bases del Partido Revolucionario Cubano”, artículo 6º, *OC*, t. 1, p. 280. (El subrayado es de PPR).

ferrocarriles, controló gran parte del mercado latinoamericano para la continua expansión de su industria. Los países recién liberados de España en la década del veinte de ese siglo vieron esfumarse paulatinamente, a pesar de la independencia política ganada en gloriosas campañas, las posibilidades de alcanzar un desarrollo, de salir del atraso consuetudinario y de alcanzar la nación en su pleno sentido. Causas internas y externas confluyeron; pero las más dinámicas —el capitalismo europeo en plena revolución industrial— se impusieron sobre las primeras y las aprovecharon para sus fines. El nacionalismo fue en el siglo XIX latinoamericano una constante ideológica en partidos, programas políticos y caudillos, pero resultó casi siempre ineficaz porque tomó como punto de referencia asuntos geográficos —provocando conflictos que debilitaron el fuerte espíritu internacionalista de las guerras de independencia— y símbolos políticos como la existencia formal de gobiernos propios. Así, no se entendió en absoluto cómo a través de la dependencia económica ciertos países europeos —y poco a poco Estados Unidos— mantuvieron una actuación colonialista, que implicó, incluso, la ordenación a grandes rasgos de la vida política de la América Latina, mediante constantes intromisiones que fueron desde presiones diplomáticas hasta intervenciones descaradas.

La discusión política entre los latinoamericanos, frecuentemente armada, versaba sobre la forma de gobierno: o se mantenía un ejercicio más pleno de la democracia (liberales) o esta se reducía para beneficio exclusivo de clases o grupos oligárquicos minoritarios (conservadores). Pero apenas se planteó el problema sobre las únicas bases que podrían haber llevado al desarrollo de la nación: el Estado, asumiendo formas de gobierno asequibles a estas realidades, sería el encargado o, al menos, tendría una participación directa en la promoción del desarrollo: y a todo ello correspondería una ideología verdaderamente nacionalista.

Al explicitar Martí la consecución de la nación como resultado del fin de todo vestigio de colonialismo, vale decir, de realizar una revolución transformadora de todo el orden de relaciones sociales existentes, está dando el primer paso para ubicar el problema en sus

justos términos. “El trabajo no está en sacar a España de Cuba; sino en sacárnosla de las costumbres”.<sup>37</sup> Y no solo a España, que creó desde la conquista las raíces del subdesarrollo, como diríamos hoy, sino también a Estados Unidos, que ya había dado muestras de su política de expansión territorial con México y que se aprestaba a cerrar los nudos para la dominación económica de Cuba. Por eso escribió: “...los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos”.<sup>38</sup>

La tarea nacional se concretaría en tres líneas de acción, acordes con la estrategia política definida antes, dedicadas a:

- a) Criticar los esquemas republicanos utilizados en América, copiados de Europa y de Estados Unidos y proponer nuevas formas de organización política.
- b) Considerar la república como la vía para entender el problema de los conflictos entre las clases sociales y para solucionar definitivamente el de las diferencias raciales.
- c) Señalar la función de Cuba para una unión latinoamericana frente a Estados Unidos.

Lo primero fue certeramente analizado en “Nuestra América”. Retomando una idea expresada en otras ocasiones ya desde la década del setenta, Martí desarrolla en este artículo un profundo análisis sobre las influencias de las formas de organización republicana, trasladadas de Francia y Estados Unidos hacia la América Latina.

<sup>37</sup> “Cuatro clubs nuevos”, *OC*, t. 2, p. 196. Sacarse a España de las costumbres lo explica así en el mismo trabajo:

De España hemos de ser independientes. Y de la ignorancia en que España ha dejado a nuestro campesino precoz y al cubano de padres de África. Y de los vicios sociales, tales como el despotismo y la soberbia de nuestra opinión, la falta de respeto a la opinión ajena y el indómito señorío que, por el hábito de él, y por el deseo natural de él en quienes nunca lo ejercieron, queda, como trastorno principal de la república naciente, en los países compuestos para la esclavitud, y moldeados, desde la uña al pelo, sobre ella. (p. 195).

<sup>38</sup> “Las guerras civiles en Sudamérica”, *OC*, t. 6, p. 27.

Explica cómo esta copia significó que no se tuvieran en cuenta las características propias de nuestros países.

A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.<sup>39</sup>

La ausencia de un gobierno con espíritu del país es para Martí la causa de la inestabilidad política de la república: “Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos”.<sup>40</sup> Por eso siempre se tuvo en un segundo plano a los indios y a los negros: por eso hubo un constante enfrentamiento entre los habitantes de los campos y de las ciudades. La atención a estos elementos de la población, decisivos por su número, y el estudio de nuestras realidades sociales, de nuestras propias maneras de ser, sin el libro europeo ni el libro yanqui, constituyen los fundamentos para organizar los gobiernos latinoamericanos, haciendo exclusión de los tropiezos acaecidos hasta esos momentos. “El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro

<sup>39</sup> *Nuestra América. Edición crítica*, ob. cit., p. 17; *OC*, t. 6, p. 17.

<sup>40</sup> Ídem.

suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella”.<sup>41</sup>

Es difícil encontrar en el siglo XIX una crítica tan a la raíz de la política latinoamericana, válida incluso en nuestra época, donde el liberalismo clásico, sobreviviente en los símbolos místicos de democracia y libertad, se mantiene vigente para sectores de opinión y partidos políticos. “Nuestra América” marca la ruptura definitiva con las formas del liberalismo político. Ni América Latina, ni Cuba dentro de ella, permiten la aplicación de esos principios de gobierno; la propia realidad latinoamericana será la encargada de mostrar las nuevas formas.

Martí se declaró explícitamente en favor del establecimiento de la república, pero de nada vale esgrimir este concepto si no se le explica en el cuerpo de pensamiento en que fue expresado. Esto es lo que se ha pretendido hacer al establecer el amplio sentido que tiene para Martí el término república, que denota un conjunto de relaciones sociales a establecer. Y por supuesto que estas son mis palabras y no las de Martí. Si él rompió con el liberalismo, tuvo que valerse del lenguaje y las ideas de su tiempo y sin enemistarse innecesariamente con sus contemporáneos, dados los fines políticos inmediatos de su actuación.

Aunque Martí no dejó caracterizadas las formas del poder en la nueva república cubana, las ideas apuntadas antes y algunas otras anotadas en sus escritos, permiten considerar que en la república:

1. los elementos más desposeídos, obreros, campesinos pobres, trabajadores agrícolas, tendrían mecanismos para participar activamente en la gestión gubernamental;
2. los militares serían una fuente de seguridad ante el exterior y no una fuerza política sobre los gobiernos;
3. el Estado asumiría algunas funciones económicas para garantizar un desarrollo de la economía nacional;

<sup>41</sup> *Ibidem.* p. 20.

4. y el gobierno seguiría una política exterior encaminada a promover la unión entre los países latinoamericanos y el enfrentamiento a Estados Unidos.

La segunda línea de acción, dirigida al problema de las fuerzas sociales del país, permite aclarar un poco más lo expuesto sobre la participación política de los grupos desposeídos en la república. Sintéticamente, la posición de Martí con respecto a este asunto se podría formular así: en la colonia española de Cuba hay grupos sociales, “clases”, que mantienen intereses contrapuestos, los que son atizados a su vez por el gobierno metropolitano como una manera de mantener desunida a la población cubana. Puesto que la estrategia independentista pretende lograr la liberación política de la nación cubana del dominio español, la táctica a seguir debe encaminarse a lograr la unidad de la nación, o sea, de *todos los intereses cubanos*, frente a España. De ahí lo nefasto que resulta avivar conflictos de clases, sobre todo entre obreros y propietarios, en los años noventa, mientras la tarea central era crear el Partido Revolucionario Cubano y a través del mismo impulsar el inicio de la guerra de liberación. Sería la república independiente la llamada a resolver estos problemas, reconociendo la justeza de las reivindicaciones de las clases oprimidas y siendo, de esta forma, una república “con todos, y para el bien de todos”.

Esta opinión armoniza y sustenta perfectamente la estrategia política a largo plazo: entrar a considerar conflictos entre fuerzas nacionales diferentes implica golpear la unidad nacional para la independencia, y como este es el primer paso para todo el resto de sus proyectos, Martí no puede permitirse en modo alguno destacar asuntos que lo obstaculicen. Por eso dice en “El obrero cubano”, publicado en *Patria* en julio de 1892:

¡y se nos queman los labios, de estas palabras innecesarias de ‘obreros’ y de ‘clase’; por la demostración diaria y elocuente en sus columnas de la capacidad dichosa del cubano para defender su interés sin olvidar culpablemente el interés de los demás, para defender a la vez los derechos particulares del

oficio mudable en que trabaja y los derechos superiores y radicales de la patria inmutable en que los oficios han de padecer bajo la colonia militar y de ensancharse con la república libre.<sup>42</sup>

Es cierto que Martí no apuntó la forma concreta de resolver los enfrentamientos de clase, “el problema social”. Fórmulas vagas con un evidente fin político inmediato como “la república con todos, y para el bien de todos” son las respuestas que dejó, lo que no quiere decir en modo alguno que Martí no tuviera conciencia de la trascendencia de este problema;<sup>43</sup> Hay que tratar de hacer algunas consideraciones tomando en cuenta las líneas generales de su pensamiento político. En otras palabras: no se puede dar una respuesta cabal a este asunto; solamente es posible ubicar las coordenadas en que se daría esa respuesta cuando el propio Martí lo estimara necesario, seguramente cuando el problema de la independencia no fuera tal.

Este asunto —que he llamado de las clases, sin pretender con ello que Martí conceptualizó este término—, como muchos otros alrededor del tema de la república, demuestra la necesidad metodológica de considerar que el pensamiento martiano se mueve siempre en dos niveles; que lo que se piensa es mucho más de lo que se dice y que los presupuestos de lo que se dice hay que encontrarlos en lo que no aparece expresado. Claro está que es una vía peligrosa la que propongo, porque puede llevar a no dar con Martí, sino con nosotros mismos. Es un riesgo siempre presente en todo estudio de esta índole, pero es la única manera de encontrarnos con su pensamiento real, ni ocultado por el propio Martí para velar sus objetivos últimos ni mistificado por interpretaciones tradicionales empeñadas casi siempre en reducirlo a lo que dijo, para que no cobrara vigencia su pensamiento en una república que no se atuvo a sus criterios.

<sup>42</sup> “El obrero cubano”, *Patria*, 2 de julio de 1892, *OC*, t. 2, p. 52.

<sup>43</sup> En carta a Serafin Bello, fechada en Nueva York, el 16 de noviembre de 1889, dice: “Lo social está ya en lo político en nuestra tierra, como en todas partes”, *OC*, t. 1, p. 253.

Volviendo al problema de las clases, se hace imprescindible recordar que Martí mantuvo un constante fin de justicia social en sus trabajos escritos, y que combatió las posiciones del autonomismo y del anexionismo, mantenidas por los sectores de poseedores cubanos más notables, vinculados estrechamente al régimen colonial de subdesarrollo. Estas dos posturas, consecuentemente mantenidas durante toda la actividad revolucionaria martiana, hay que tomarlas como premisas para poder pensar en una polarización progresiva —según se llegara a la nación plena— hacia los intereses de las clases y los grupos más explotados y desposeídos del país (su vinculación con la emigración obrera de Florida así lo evidencia). Por otro lado, y a partir de esos supuestos, no se pueden dejar a un lado acontecimientos históricos tales como el abierto enfrentamiento burguesía-proletariado en los países capitalistas más avanzados —en especial en Estados Unidos, donde residiera Martí largos años en íntimo contacto con todos sus sucesos—, la consiguiente proliferación de ideologías y organizaciones proletarias de todo tipo, incluso el socialismo marxista,<sup>44</sup> y la ausencia en Cuba, en rigor, de una clase obrera y, por lo tanto, de los fenómenos anteriormente señalados. Es imposible sostener que esta confrontación de realidades a partir de diferencias de enorme bulto no fuera efectuada por Martí, sobre todo si tenemos en cuenta que su preocupación por los sucesos de la vida norteamericana era movida, en primerísima instancia, por la consideración de que aquellos constituían un peligro para Cuba y el resto de la América Latina. Recuérdese también, al efecto, lo que se ha dicho antes sobre la comparación que hizo Martí de estas realidades distintas y las indicaciones sobre los

<sup>44</sup> Martí hizo un comentario sobre la muerte de Marx, notable tanto por el conocimiento que demuestra del autor de *El Capital* como de los líderes políticos y teóricos más destacados de la clase obrera en 1883, cuando fue publicado en *La Nación*. “Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos”. “Carta de Martí”, *La Nación*, Nueva York, 29 de marzo de 1883, *OC*, t. 9, p. 388; *OCEC*, t. 17, p. 65.

defectos de funcionamiento de las organizaciones políticas latinoamericanas copiadas de Europa y de Estados Unidos.

La noción de la república martiana se complementa con la idea, lanzada repetidas veces desde los ochentas, de la unión latinoamericana. Es imprescindible un estudio a fondo de las relaciones políticas entabladas por Martí durante sus estancias en México, Guatemala y Venezuela, pues la idea de la unión latinoamericana se mantuvo en los países del Continente, con distintos altibajo, durante todo el siglo XIX. Es preciso definir entonces qué elementos tomó Martí de sus contemporáneos latinoamericanos y de la tradición que existía el respecto desde la guerra de independencia. A reservas de esta elucidación, se puede establecer que de 1889 en adelante, después de la Conferencia panamericana de Washington y de varios años de un estudio intenso de los asuntos norteamericanos reflejado en las *Escenas norteamericanas*, el afán de evitar la dominación de Cuba y del resto de la América Latina por Estados Unidos presidió la acción política de Martí. Así lo declaró explícitamente en carta a su amigo mexicano Manuel Mercado:

Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.<sup>45</sup>

<sup>45</sup> Carta a Manuel Mercado, Dos Ríos, 18 de mayo de 1895, *Correspondencia a Manuel Mercado*, ob. cit.; *OC*, t. 4, pp. 167-168. El tremendo alcance de estas palabras obliga a examinar severamente las amistades de Martí. ¿Cómo el Maestro hace estas revelaciones a un mexicano, Mercado, y no a Gonzalo de Quesada, reputado habitualmente como su amigo más íntimo? Es cierto que la correspondencia que Martí le dirigió a este último entre 1889 y 1890, cuando se efectuaba la Conferencia de

Es indudable que por este camino solo Bolívar antecedió a Martí cuando demandó una unión latinoamericana tan poderosa como la que se estaba formando en el norte de América. Sin embargo, son épocas históricas bastante diferentes las de ambos hombres; Bolívar encabezó las guerras por la independencia de la América del Sur cuando los Estados Unidos iniciaban su expansión territorial hacia la costa del Pacífico, arrebatándoles las tierras a los indios, y Gran Bretaña dirigía el concierto del mundo capitalista desarrollado; Martí conoció los años decisivos del tránsito del capitalismo premonopolista al imperialismo en unos Estados Unidos que cerraron su hegemonía en los países del Caribe y se lanzaban a disputarles a los europeos el sur del continente. Lo que era una posibilidad más o menos remota en tiempo de Bolívar era una realidad en tiempos de Martí. Por eso este último hace del enfrentamiento con Estados Unidos el centro de su estrategia política y dice en el *Manifiesto de Montecristi* que la guerra de independencia cubana será por el bien de América y del mundo:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la

---

Washington (“A Gonzalo de Quesada”, Nueva York, octubre 29, 1889, *OC*, t. 1, pp. 247-252 y “Cartas a Gonzalo de Quesada”, *OC*, t. 6, pp. [119]-130), deja entrever muy sutilmente algunas consideraciones sobre Estados Unidos y el papel de Cuba independiente ante los mismos, pero nunca se expresa con igual nitidez como en la carta a Mercado. Una valoración de la confianza y del por qué de las relaciones de Martí con sus distintos amigos ayudaría a comprender muchas cosas: desde afirmaciones en cartas personales que a veces no concuerdan entre sí hasta hechos aparentemente contradictorios como contar para el PRC con Estrada Palma, conocido pronorteamericano ya en esos años, y ser, según todos los indicios, tan íntimo de Diego Vicente Tejera, cuyas ideas socialistas eran sabidas, pero no situarle en posiciones claves dentro del Partido. Esta sería una manera más quizás de realzar la habilidad política martiana, que utilizaba los servicios de los distintos hombres según sus distintas capacidades y según las distintas situaciones.

firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo.<sup>46</sup>

Queda así claro, en el documento escrito para exponer públicamente la ideología del PRC recién comenzada la guerra, la función de Cuba constituida en República —y en “república nueva”, vale decir, con una sociedad no colonial— como principio y motor de esa unión. Una pregunta se impone entonces: ¿es que la unión latinoamericana implica también una “república nueva” a escala continental? Las referencias hechas a lo largo de la obra martiana —como en “Nuestra América”, para recurrir a un escrito citado aquí— parecen indicar que sí. Pero esto es algo que hay que investigar fundamentalmente y queda, por tanto, para una ocasión posterior.

### III

La función de este acápite, a través de unas breves e incompletas consideraciones sobre las ideas económicas del Maestro, es vincular este aspecto del pensamiento martiano, bastante poco estudiado todavía, con sus ideas políticas y sociales en general, y ofrecer una manera de completar la noción de república abordada antes. En rigor, lo que pretendo es apuntar algunos de los caminos investigativos que pueden seguirse en lo que a ideas económicas se refiere. Así pues, estas notas no tienen un carácter positivo; van encaminadas a

<sup>46</sup> “Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario Cubano a Cuba”, 1895, *OC*, t. 4, pp. 100-101. Se han eliminado los corchetes, donde se transcribía en esta edición lo tachado en el manuscrito original.

negar el criterio de que Martí —al igual que en el resto de su pensamiento— se atuvo a los moldes del pensamiento liberal.

La opinión más seriamente expuesta de la posición anterior que he encontrado hasta el momento es la de Felipe Pazos.<sup>47</sup> Este autor utiliza una rigurosa lógica de exposición y maneja una abundante y muy bien ubicada cantidad de citas del Maestro. Siguiendo a Pazos, resulta bastante difícil rebatir el criterio de que Martí fue un liberal. Sin embargo, hay una objeción que cuestiona todo el trabajo, y es la consideración que hace el autor del pensamiento de Martí como algo indiferenciado en todas las épocas de su vida. Las citas en general apelan al Martí de los años ochenta y noventa indistintamente y es este, a mi parecer, el gran error. Precisamente aquí se muestra un ejemplo del uso indiscriminado de los trabajos del Maestro, sin una ubicación temporal de los mismos. En la periodización que proponemos se entienden los años de 1890 a 1895 como los de conformación de un pensamiento político revolucionario en Martí, que rompió con los principios del liberalismo, y que muestra el arribo a una etapa de maduración intelectual. Toda la concepción de la guerra, organizada por un partido político revolucionario, que entendía aquella tanto un paso previo a un proceso de descolonización totalizador como la manera de detener la expansión de Estados Unidos hacia América Latina, implica un vuelco completo en las formas de entender y hacer política en Cuba en esa época y, por consiguiente, en los propios presupuestos teóricos de que se parte, aunque estos no se expliciten. Un cambio de tal magnitud en el pensamiento político conlleva, necesariamente, a una mutación en las opiniones que se tenían sobre las relaciones económicas en general y sobre las de Cuba en particular. Dos evidencias históricas coetáneas no escaparon a Martí: el creciente proceso de concentración de capitales en Estados Unidos y el también creciente dominio de la economía cubana por aquella nación. Estos dos acontecimientos influyeron decisivamente en la formulación de las tesis políticas de Martí y no es

<sup>47</sup> “Las ideas económicas de Martí”, en *Vida y pensamiento de Martí*, Colección Histórica Cubana y Americana, La Habana, 1922, vol. II, pp. 177-269.

posible manejar razón alguna que impida considerarlas en igual sentido en lo que a sus ideas económicas se refiere. Lo que sucede es que en los años noventa Martí centró su pensamiento en la organización de la guerra por la independencia cubana; sus reflexiones sobre otros asuntos pasaron a ser ocasionales o desaparecieron.<sup>48</sup> Sus últimas opiniones claramente expuestas sobre materias económicas fueron entre 1888 y 1890, alrededor de la polémica entre las capas dirigentes de Estados Unidos sobre las posiciones librecambistas y proteccionistas, y al tratar algunos temas sobre las relaciones económicas entre ese país y la América Latina (como la Conferencia Monetaria de Washington, ya en 1891). Valga entonces esta breve argumentación para explicar por qué critico a Pazos desde su punto de partida. Se trata, pues, de integrar las ideas económicas de Martí en el conjunto de su pensamiento y por consiguiente, de estudiarlas en cada período del mismo.

Las ideas económicas de Martí se encuentran dispersas en su obra y no constituyen, en rigor, un pensamiento orgánico, como en el caso de las ideas políticas. Fueron un elemento destacado en su pensamiento a lo largo de las décadas de los setenta y los ochenta (primero referidas a las naciones latinoamericanas; luego a Estados Unidos) aunque no ocupan un espacio muy ajustado en su obra. Mi opinión, que recalca que Martí en los años noventa supera completamente el pensamiento del 68 en virtud de un largo proceso de crítica y abandono de los presupuestos teóricos liberales, me obliga, empero, a afirmar que el Martí de 1891 en adelante, el líder político que organiza la guerra, está determinado consecuentemente a buscar nuevas explicaciones para las relaciones económicas. La ausencia formal de las mismas se entiende perfectamente si se comprende que Martí no pudo transmitir todos sus pensamientos, pues se lo impidieron tanto su actividad política cotidiana preparando la guerra como su interés en mantener ocultos los propósitos más profundos de su pensamiento; sin olvidar tampoco que la muerte le impidió

<sup>48</sup> En esos años, Martí dejó de colaborar con los periódicos sudamericanos donde publicaba sus crónicas norteamericanas, que muestran sus criterios sobre este país y multitud de problemas sociales de aquel tiempo.

hacer coherente en todos sentidos, a tenor con sus rápidas mutaciones, todas sus reflexiones, que abarcaron innumerables instancias de la vida social.

Por otra parte, hay artículos de los setenta y los ochenta, dedicados a diversos temas sobre los países latinoamericanos, en los que Martí no se muestra ortodoxamente liberal. Cito un párrafo de un artículo publicado en la *Revista Universal* de México en 1875, a guisa de ejemplo.

Para apreciar con fruto, es necesario conocer con profundidad, y aún no conocemos absolutamente bien los problemas a que se busca solución. A esto debe sujetarse la polémica, no a encomiar determinada escuela económica; no a sostener su aplicación en México porque se aplicó con éxito en otra nación; no a ligarse imprudentemente con las exigencias de un sistema extraño:—debe la polémica ceñirse—según nuestro entender humilde—a estudiar los conflictos de nuestra industria; a estudiar cada ramo en su nacimiento, desarrollo y situación actual; a buscar solución propia para nuestras propias dificultades. Es verdad que son unos e invariables, o que deben serlo por lo menos, los preceptos económicos; pero es también cierto que México tiene conflictos suyos a los que de una manera suya debe juiciosa y originalmente atender.

La imitación servil extravía, en economía, como en literatura y en política.

Un principio debe ser bueno en México, porque se aplicó con buen éxito en Francia. Asíéntase esto a veces, sin pensar en que esto provoca una pregunta elocuente. ¿Es la situación financiera de México igual a la francesa? ¿Se producen las mismas cosas? ¿Están los dos países en iguales condiciones industriales?

Debe haber en la aplicación del principio económico relación igual a la relación diferencial que existe entre los dos países.

Así con los Estados Unidos, con Inglaterra y Alemania.<sup>49</sup>

<sup>49</sup> “La polémica económica. A conflictos propios soluciones propias. La cuestión de los rebozos. Cuestiones que encierra”, *Revista Universal*,

No se tome esta extensa cita como una prueba de que en 1875 Martí no tenía nada que ver con el liberalismo económico. Lo que interesa es comprender cómo en esa fecha tan temprana Martí, porque quiere tener los pies bien puestos sobre la tierra americana, no se declara ortodoxo en materias y preceptos económicos. Este no atarse a moldes no americanos establece una disposición que hay que tener siempre presente al estudiar el pensamiento martiano.

Martí dejó distintas notas, en artículos periodísticos dedicados a asuntos latinoamericanos, que revelan un criterio sobre cómo alcanzar un desarrollo económico. Podemos sintetizarlo así:

—desarrollo de una agricultura diversificada aprovechando los recursos naturales del país;

—creación de industrias a partir de la producción agrícola y de los recursos generales;

—y comercio exterior abierto con todas las naciones.

Por razones obvias no se entra ahora a elucidar la eficacia de esta política económica en aquellos momentos como una política de desarrollo. Para lo que nos interesa en estos momentos, este intento de política económica se enmarca en las formulaciones del liberalismo económico (se insiste en el librecambio y para casi nada se contempla el papel del Estado en la gestión económica), lo que puede constituir una razón para calificar a Martí como estrictamente liberal, mucho más si tenemos en cuenta sus fuertes ataques contra el proteccionismo mantenido por Estados Unidos durante los finales de la década del ochenta y los principios de la del noventa del siglo pasado. El peso de los criterios liberales en estas opiniones parece evidente y, sin embargo, cabe la duda sobre el verdadero papel de los mismos en Martí.

No se pueden olvidar las frecuentes referencias de Martí al estado de la propiedad de la tierra en América Latina y su manifiesto apoyo a una redistribución más equitativa de la misma. Esta idea ha

---

México, 23 de septiembre de 1875, *OC*, t. 6, pp. 334-335; *OCEC*, t. 2, pp. 187-188.

dado mucho que hablar y no pretendo entrar ahora a estudiarla. Quiero, simplemente, recordar que esta intromisión del gobierno o del Estado —única entidad que podía hacer esa redistribución— en un asunto privado como el que se trata, no es algo que se atenga demasiado a los criterios más ortodoxos del *laissez faire*.

Martí se refirió a la obra del “socialista agrario” norteamericano Henry George,<sup>50</sup> en estos términos: “No solo para los obreros, sino para los pensadores, fue una revelación el libro de George. Solo Darwin en las ciencias naturales ha fijado en nuestros tiempos una huella comparable a la de George en la ciencia de la sociedad”.<sup>51</sup> La obra de George no enfrentaba en absoluto la propiedad privada en general, sino que iba encaminada a una redistribución territorial que acabara con la excesiva concentración de la propiedad agrícola, causa, según él, de las injusticias sociales. Es posible que esta crítica ética al capitalismo fuera del agrado de Martí, al igual —y quizás aún más— que esa política redistributiva, dada su evidente necesidad en las circunstancias latinoamericanas y cubanas. De todas formas, George no pensaba abolir el régimen de libre empresa a partir de principios colectivistas de algún tipo o por la participación del estado en la gestión económica. Resulta importante, pues, un estudio a fondo de la obra de este autor para poder determinar su influencia en Martí.

<sup>50</sup> Nació en Filadelfia en 1839, llegando a ser en California fundador de *The San Francisco Post*. En 1880 se estableció en Nueva York y en dos ocasiones estuvo a punto de ser elegido alcalde de la ciudad al ser llevado como candidato por agrupaciones políticas obreras. Su libro más famoso *Progress and Poverty (Progreso y miseria)*, publicado en 1879, la emprende contra la injusta distribución latifundista de la tierra y lanza un programa para asegurar una distribución equitativa de la misma mediante un impuesto único sobre las rentas. El término socialista parece ser demasiado para George, quien no fue partidario de ningún tipo de colectividad agrícola, y en la campaña electoral de 1887 se negó a admitir el apoyo del Partido Obrero Socialista. Más datos sobre su vida y obra pueden encontrarse en G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, t. II, pp. 345-349.

<sup>51</sup> Citado por Felipe Pazos, op .cit., p. 195.

Teniendo en cuenta lo apuntado sobre la no ortodoxia liberal de Martí desde los años setenta en México, el sentido de su pensamiento en los noventa hace difícil mantener para esos años su sujeción a los esquemas liberales, por el propio alcance general de sus ideas y el contexto en que se mueven.

Es cierto que en artículos anteriores como “En comercio, proteger es destruir”<sup>52</sup> y “Libertad, ala de la industria”,<sup>53</sup> ambos publicados en 1883, se hace un fuerte ataque al sistema proteccionista; en el segundo se critica la política seguida en tal sentido por el gobierno norteamericano y se termina con esta afirmación rotunda: “Solo la libertad trae consigo la paz y la riqueza”.<sup>54</sup>

A este respecto resulta de sumo interés la opinión expuesta por Salvador Morales en *José Martí y sus ideas económicas*<sup>55</sup> trabajo encaminado, entre otras cosas, a demostrar cómo Martí, durante su estancia en México en la década de los setenta, no se pronunció definitivamente por el librecambismo o el proteccionismo, sino que remitió el uso de ambos criterios a las condiciones diferentes de los países en que estos se aplicarían. Este llamado a atender realidades nacionales específicas es un argumento constante en la totalidad del pensamiento martiano, por lo que debe ser tomado en consideración para el estudio de los artículos antiproteccionistas de 1883 y de sus ideas económicas en general.

Además, si recordamos las ideas de Martí sobre la organización de la república de acuerdo a sus principios de justicia social y en consonancia con las realidades de nuestro país (para que el Estado no fuera causa de trastornos políticos que casi siempre culminaban en tiranías y caudillismos), es lícito pensar que la vida económica de la república independiente habría de discurrir

<sup>52</sup> “En comercio, proteger es destruir”, *La América*, Nueva York, marzo de 1883, *OC*, t. 9, pp. [381]-383; *OCEC*, t. 18, pp. 17-19.

<sup>53</sup> “Libertad, ala de la industria”, *La América*, Nueva York, septiembre de 1883, *OC*, t. 9, pp. [451]-452; *OCEC*, t. 18, pp. 142-143.

<sup>54</sup> *Ibidem*, *OC*, p. 452; *OCEC*, p. 143.

<sup>55</sup> *Anuario Martiano*, no. 2, Departamento de Colección Cubana, Biblioteca Nacional, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1970, pp. 164-175.

sobre cauces diferentes a los de América Latina: a una “república nueva” en el plano político institucional correspondería, seguramente, también una “república nueva” en cuanto a su organización económica.

¿Cuáles serían esos cauces? No es posible dar una respuesta cabal a la pregunta. Se hace necesario desterrar este género de inquietudes, pues obligan a buscar un sí, una construcción que Martí no ofreció. Interesa entender, entonces, hasta dónde pudo llegar el pensamiento económico de Martí y por qué no explicitó una crítica que nos permita hablar en propiedad de una superación de los esquemas liberales, como hizo en el terreno de las ideas políticas.

Por último, es necesario introducir todo lo anterior en la consideración martiana del proceso de dominación de la economía cubana por parte de Estados Unidos, que él entendió muy claramente en ocasión de las protestas y presiones sobre el gobierno metropolitano de los propietarios de la isla —españoles o cubanos— durante los años 1891 a 1894, encaminados a normalizar las relaciones económicas con el país del norte. La relación que estableció Martí entre las posiciones asumidas por estos intereses y sus posturas anexionistas, dan muestra de su intuición política. Fue esta, indudablemente, una razón más para su antimperialismo.<sup>56</sup> Esta comprensión de las motivaciones económicas del anexionismo —el de Cuba y el de Estados Unidos—, unida a sus previsiones sobre los resultados económicos, políticos e internacionales de la concentración de riquezas y de propiedades dentro de Estados Unidos, son elementos a considerar en el asunto que tratamos. Todo parece indicar que Martí no

<sup>56</sup> La valoración de la fundamentación económica del antimperialismo de Martí es sumamente difícil, pues exigiría un riguroso estudio del proceso de formación del capital monopolista en Estados Unidos. Parece ser, que no era muy evidente en 1890 lo que estaba ocurriendo en el vecino norteño, pues a estas alturas las investigaciones no son terminantes al respecto. Es interesante una observación de James O'Connor en “El significado del imperialismo económico”, *Pensamiento Crítico*, no. 43, p. 2, sobre recientes investigaciones acerca de la formación de monopolios a fines del siglo XIX.

hubiera dado una respuesta liberal<sup>57</sup> en sentido estricto, después de 1895, a estos acuciosos problemas de la nación cubana.

#### IV

Con la exposición hecha hasta el momento sobre el pensamiento político de José Martí, he tratado de demostrar cómo este arranca de un interés determinante en eliminar todas las formas que asumía el colonialismo en nuestro país a finales del siglo pasado. Por eso su acción no se limitó exclusivamente a organizar una guerra para alcanzar la independencia de España: Martí comprendió cabalmente que los mecanismos de dominación de aquella nación se encontraban enraizados en toda la vida de la sociedad cubana y que en las circunstancias de su tiempo, con unos Estados Unidos en franca expansión territorial y económica hacia el sur del continente, la mera separación política tenía un alcance muy limitado. De ahí, que su estrategia política a largo plazo contemplara la independencia de España solo como el primer paso hacia una efectiva descolonización, garantizable únicamente, a su vez, por la progresiva consecución de los demás momentos de esa estrategia, que culminaría con el establecimiento de una unidad de América Latina, económica y políticamente capaz de no ser dominada por el vecino norteamericano. Por esto, cabe hablar de un antimperialismo martiano, aunque el término no fuera siquiera usado en su época, pues su programa iba destinado de hecho a impedir la manifestación de esta etapa del capitalismo en Estados Unidos, mediante un equilibrio continental y universal, como se dice al principio del *Manifiesto de Montecristi*.<sup>58</sup>

<sup>57</sup> No se puede olvidar que fueron precisamente los políticos y teóricos liberales latinoamericanos quienes abrieron descarnadamente, durante el siglo XIX, las puertas para la dominación y penetración económica de los capitalismo británico y norteamericano. Así, el librecambio sirvió a Inglaterra para dominar y a América Latina para ser dominada, jugando la misma teoría papeles distintos para las colonias y para la metrópoli.

<sup>58</sup> Véase el párrafo a que se refiere la nota 46.

Por este afán anticolonial merece el pensamiento de Martí ser calificado como revolucionario; pero el concepto resulta todavía más apropiado si se considera que su estrategia política implicaba una visión de las relaciones sociales cubanas y latinoamericanas. Con otras palabras: la acción martiana no se encaminaba solamente a presentar un frente contra el imperialismo norteamericano y al establecimiento de nuevos vínculos de dependencia por este, sino que también iba dirigida a estructurar las sociedades latinoamericanas para hacer desaparecer todas las adherencias de España y todos los elementos que pudieran favorecer el nuevo tipo de colonialismo. No es del caso pretender un programa acabado y concreto. Basta simplemente esa profunda intención que mueve todo su pensamiento y su actuación para considerarlo el revolucionario de más altos propósitos del siglo XIX latinoamericano, razón por la cual han mantenido vigencia sus ideas en este siglo XX.

Es que el centro de la problemática martiana —el anticolonialismo— ha sido, precisamente, el problema de nuestro siglo en América Latina, dominada mediante multitud de resortes de diferente índole por el imperialismo norteamericano, manteniéndose así el cuadro general de subdesarrollo y dependencia que viviera Martí en las postrimerías del XIX.

En rigor, Martí superó, pues, en toda la línea, al independentismo de la Guerra de los Diez Años. Las comparaciones hechas a lo largo de este trabajo han pretendido fundamentar en asuntos específicos esta superación martiana de la ideología independentista del 68. Pero ello fue posible en esos casos porque se enmarcaban en una visión general más completa y universal de la época que vivió y de las relaciones coloniales en ese tiempo.

Se podría aducir que Martí pudo irse más allá del 68 porque tuvo ante sus ojos precisamente esa nueva etapa histórica, la del nacimiento del imperialismo. Y con ello no se dice nada nuevo ni se echa por tierra la afirmación del párrafo anterior. Esta perogrullada se prueba por sí misma, pero nada más. De lo que se trata es, precisamente, de distinguir cómo un pensador se ubica ante esas coordenadas que le imponen las relaciones sociales de su tiempo (el

condicionamiento histórico) y hasta dónde las trasciende. Y en el caso de Martí se dieron una ubicación y una trascendencia excepcionales ante su época.

Es necesario, además, para comprender mejor lo anterior, hacer notar que solamente los estudios sociales contemporáneos, con un instrumental mucho más completo que el del siglo pasado y condicionados por una ideología revolucionaria más verificada históricamente, pueden dar los verdaderos contornos del pensamiento de Martí, el que, por demás, no podía ser entendido hasta sus más hondas raíces por los hombres de su tiempo. Recuerdo esta última idea, bastante extendida, porque parece ser que el propio Martí tuvo conciencia del problema al mantener ocultos los fines últimos de su actuación y confesarlos solamente, que sepamos, a Manuel Mercader, entre sus amigos o compañeros.

Quede bien claro, sin embargo, que cuando afirmamos que Martí superó a los hombres del 68 al presentar un proyecto revolucionario dirigido a establecer nuevas relaciones sociales en nuestro país, no queremos llevar a la idea de que el Maestro era un promotor del socialismo. Este es un asunto que se hace espinoso y que siempre aparece sobre el tapete porque el socialismo es desde 1917 la solución histórica evidente al capitalismo en todas sus formas. Pero téngase en cuenta que Martí murió en mayo de 1895, cuando el marxismo tenía un escaso peso en Estados Unidos —no ya en América Latina donde apenas si era conocido— y se oficializaba en Europa a través de los partidos de la II Internacional. Para Martí, tanto el marxismo como cualesquiera de las múltiples concepciones socialistas que imperaban en aquellos años, aparecían como soluciones de países desarrollados para los problemas de países subdesarrollados. Y Martí quiso y fue siempre un pensador del mundo colonial, subdesarrollado. Por otra parte, en la época de Martí, la propia teoría marxista había efectuado contados análisis referidos a los países coloniales y no fue hasta la década del veinte de este siglo, más o menos, que a partir de consideraciones anteriores, sobre todo de Lenin, la teoría revolucionaria trató de abarcar a estos países.

Solo nuestra época ofrece posibilidades para una comprensión totalizadora de las relaciones entre los llamados países desarrollados y subdesarrollados, y del papel de ambos en la historia del capitalismo como sistema universal, tanto por la creación de conceptos específicos para denotar estas relaciones y estructuras, como por el propio significado contemporáneo de la revolución socialista como salida al sistema establecido. En este aspecto, resulta descabellado y pedante solicitar a José Martí una fundamentación anticapitalista y socialista en los términos del marxismo, y lo que es mucho peor: metodológicamente lleva a no poder considerar, en sentido estricto, su pensamiento como revolucionario de veras, y todo lo más que se puede llegar a decir es que Martí fue un radical, un demócrata revolucionario o cualquier cosa parecida, en la que la suma de adjetivos no logra el objetivo de aclarar en qué sentido fue revolucionario. El problema no es de palabras más o menos, no es asunto de términos, sino de puntos de vista. Para llegar al Martí revolucionario —ni contradictorio, ni al servicio de posiciones de derecha— parece ser lo más conveniente seguir las líneas expuestas: estudio del colonialismo español, liberación del mismo mediante la guerra organizada por el Partido, presentación de un plan de acción contra el naciente imperialismo norteamericano y establecimiento de otras relaciones sociales bajo el rótulo republicano.

Las circunstancias epocales que se han descrito impusieron un lenguaje a Martí, quien, por otro lado, no vivió más allá de la Guerra de Independencia y no tuvo que emitir respuestas que se hubieran hecho necesarias según los problemas mismos las hubieran exigido. Por eso sus palabras son en ocasiones vagas o confusas y apelan tan a menudo a razonamientos y justificaciones de tipo ético.

Las críticas al capitalismo aparecen en algunos casos, planteando casi siempre problemas éticos. No se puede descontar que las ideologías siempre necesitan como principal trasmisor razones de esta índole para que puedan cobrar vigencia entre amplios sectores de la población, aunque no creo que en Martí esta sea la única causa de la utilización de este tipo de argumento. Hay que considerar también que en esos años era factible pensar en un desarrollo de lo que podría

llamarse un capitalismo nacional, al margen de las relaciones de dominación. No es del caso discutir ahora si esta apreciación era acertada o no; razones había que daban lugar a este criterio —la más importante de todas, que la dependencia aún no se manifestaba en el marco financiero ni en el control de la economía en general por la metrópoli, que se impusieron como características en la etapa imperialista—, por lo que no es nada raro que Martí no expresara abierta y decididamente una negación absoluta de este sistema social. Las críticas, por eso, se hacen descarnadas y más frecuentes cuando habla de Estados Unidos, y en la que se refiere a Cuba y a América Latina, como los problemas se presentan desde distinto ángulo, todo el esfuerzo se dirige a impedir el colonialismo.

Todo lo anterior nos lleva a entender como un falso problema el de las relaciones entre Martí y el marxismo, en los casos en que se ha pretendido que aquel se ajuste a este. El asunto, de plantearse, tiene que considerar que el marxismo era en aquella época la más sólidamente fundamentada teoría anticapitalista que existía, que se había convertido en una ideología de peso considerable en Europa y que no había reflexionado sobre el mundo de las naciones dependientes, mientras que Martí explicitó una ideología independentista sobre las bases de un pensamiento encaminado a lograr la liberación nacional de su país. En la medida en que el marxismo se ha convertido en la teoría y la ideología para la liberación nacional en nuestros tiempos, cobra un relieve notable el pensamiento de Martí, que perseguía ese objetivo desde los finales del siglo pasado. La clave radica entonces en la actitud ante el problema colonial —vale decir, el problema nacional—, que fue y es la cuestión fundamental por resolver en las relaciones sociales imperantes en los países dependientes.

La denominación de la ideología política martiana como ideología para la liberación nacional, a pesar de que esta es una noción creada con posterioridad a Martí, está plenamente justificada, pues, por sus propósitos de terminar con el colonialismo en todos los órdenes para alcanzar la nación en su verdadero sentido. El Maestro llegó a establecer esta ideología trascendiendo al independentismo del 68 y al de sus contemporáneos, al llegar a una ruptura teórica

con el liberalismo. El abandono de los principios teóricos de esa corriente, dominante entonces en el pensamiento a pesar de que había sido sometida a fuertes críticas dentro de su propio marco burgués, es lo que permitió a Martí asumir la pupila del colonizado y expresarse como el primer antimperialista de esta parte del mundo.<sup>59</sup>

Y no se pida que cite un párrafo de Martí donde este sustituya el término liberal con otro, porque no hay tal párrafo; ni me interesa tampoco endosarle una etiqueta; su obra quedó trunca cuando apenas comenzaba a ser realidad, por lo que poco valor tiene situarle teóricamente en alguna casilla que nunca le ajustará con exactitud. Tómesele hasta donde llegó y compréndanse las perspectivas que abrió para el pensamiento revolucionario cubano al romper con el liberalismo y obligar a sus continuadores a definirse por otros caminos teóricos e ideológicos. La asunción del marxismo, que era el paso inmediato a dar, se ha efectuado históricamente en Cuba partiendo precisamente de él. Y esto da ya bastante que pensar.

<sup>59</sup> Roberto Fernández Retamar en “Martí en su (tercer) mundo”, *Ensayo de otro mundo*, Instituto del Libro, La Habana, 1967, hace el primer intento por abordar al Martí de los colonizados y del subdesarrollo, lo que constituye un aporte digno de ser tomado en cuenta. Este trabajo, publicado originalmente como introducción a una selección de la obra del Maestro, presenta un Martí resultado de una lectura en tanto que poeta, como dice el autor en la introducción al libro. Sin embargo, esta “lectura culturable” como poeta, que por tanto, no entra a fondo en un riguroso estudio de las ideas de Martí y en un uso preciso de los conceptos, es notable por sus puntos de partida dedicados a esclarecer la vinculación entre el pensamiento y la obra martiana y su entorno colonial.

## El Partido Revolucionario Cubano: culminación de la ideología revolucionaria martiana\*

Cuando en enero de 1892 la emigración cubana de Cayo Hueso aprobó en emotivo acto patriótico la creación del Partido Revolucionario Cubano, quizás no muchos participantes avistaron las diversas aristas y profundas sendas que se abrían con aquel acto. Pero con toda seguridad hubo, al menos, un hombre francamente consciente del alcance de tal hecho en aquella época histórica: el redactor de las Bases y de los Estatutos secretos y principal artífice del nuevo partido, José Martí.

El camino político e ideológico seguido por el Maestro, desde su incorporación a la lucha por la independencia en 1868 —que le valiera la prisión con trabajo forzado y el exilio— hasta su muerte en combate en 1895, es una marcha ascendente que lo lleva a ser el ideólogo y dirigente político de la liberación nacional de América Latina.

Para comprender ese proceso, en el que la creación del Partido Revolucionario Cubano marca el punto culminante del período en que Martí se apresta a comenzar su magna obra, y, por ello, el inicio de una etapa superior en su obra político-revolucionaria, hay que considerar tanto algunos acontecimientos en la vida política del

\* Publicado en *Bohemia*, La Habana, año 67, no. 4, 24 de enero de 1975, pp. 84-89. Reproducido en *Bohemia*, La Habana, año 95, no. 4, 24 de enero de 2003, pp. 90-95, y *Suplemento Martiano* (digital), Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, La Habana, no. 4, abril de 2012, pp. 4-8.

Maestro como la evolución de sus ideas; unos y otras en estrecha interdependencia.

Desde el comienzo de la Guerra de los Diez Años, el adolescente Martí testimonió con elocuencia su alineación política: “O Yara o Madrid” tituló a uno de sus primeros escritos, y de apóstata calificó al compañero de estudios incorporado al cuerpo de voluntarios españoles en carta que firmó con Fermín Valdés Domínguez y que lo llevó a proceso judicial y condena de seis años de presidio.

La actitud posterior de Martí en España y en los países latinoamericanos en que vivió hasta su regreso a Cuba en 1878, indican su permanencia en su filiación independentista, la que si no le impregnó el espíritu con las vivencias de la guerra en el campo de operaciones, sí le marcó el alma y además el cuerpo con las no menos terribles situaciones de la cárcel descritas en *El presidio político en Cuba*.

Pero su regreso al país es lo que le permite, mediante la participación directa en los trájines conspirativos, iniciar el análisis y comprensión de por qué la Guerra de los Diez Años no desembocó en la república independiente cubana sino en el Pacto del Zanjón.

Desde el punto de vista de la dirección, exclusivamente, la Guerra de los Diez Años no contó con una fuerza, órgano o institución que les diera una coherencia y unidad de actuación en todo momento a los combatientes por la independencia. Un cúmulo de razones lo explican; en síntesis se pueden englobar en la afirmación de que la nacionalidad cubana aún no se había logrado, y que precisamente la guerra fue el proceso que le permitió cuajar como tal. Como dijera Fidel Castro el 10 de octubre de 1968 en su discurso por el centenario: “Hace cien años no existía esa conciencia, hace cien años no existía un pueblo con pleno sentido de un interés común y de un destino común”.

La estructura de gobierno de la República en Armas creada por la Constitución de Guáimaro dio pie a las constantes fricciones entre la Presidencia, la Cámara de Representantes, la jefatura del Ejército y los distintos jefes militares. Sabemos, por supuesto, que la Constitución no fue más que la expresión del estado de desarrollo

de la conciencia nacional entre los diversos sectores sociales del país integrados a la lucha armada, y que también son consecuencia de ello las diferencias entre las instancias y jerarquías de gobierno y mando, y entre los hombres que las ejercieron.

En otras palabras: un análisis marxista debe partir del conocimiento de las estructuras sociales (económicas, políticas, ideológicas), y de las contradicciones que enfrentan a las clases sociales para, sobre esta base, estudiar las formas mediante las que estas manifiestan tales antagonismos. En el caso de una sociedad colonial este esquema debe completarse con los elementos que explican la posición de cada grupo social ante las relaciones coloniales de dominación.

Para lo que nos interesa en esta ocasión es suficiente establecer el significado de la ausencia de una dirección única y centralizada en el desenvolvimiento y fin de la Guerra de los Diez Años, problema que resultó evidente muy pronto para los propios combatientes, quienes asumieron posiciones críticas hacia una u otra de las jerarquías de decisión: Presidencia, Cámara, Ejército. Es por eso, pues, que “el problema de la dirección” estará constantemente sobre el tapete de las discusiones entre los revolucionarios cubanos en los años siguientes a 1878.

Es claro que no podemos pedirles a los criterios vertidos en aquellos años una comprensión como la que se puede ofrecer en nuestros días como resultado de investigaciones asumidas con la metodología del marxismo. Pero sí se trata, en el caso de Martí, de entender cómo, a través de una práctica histórica y de una aprehensión de su realidad que se apartó en mucho de los puntos de partida teóricos del momento, se llegó a resolver este “problema de la dirección” del movimiento revolucionario cubano, al alejarse de los razonamientos que quedaban en la epidermis de la cuestión.

En el orden de la práctica histórica hay que estimar la participación martiana en la conspiración y organización de la Guerra Chiquita. Situémonos en el momento —1879— y comprendamos cómo tiene que haberse desarrollado aquel joven recién llegado del exilio, sin experiencia militar en la contienda recién terminada y que solo contaba en su aval revolucionario con la estancia en presidio.

Martí, activo conspirador en La Habana durante el año 1879, deportado a España y muy pronto fugado de la misma, se convierte en Estados Unidos en un elemento activo y de importancia en las tareas cotidianas de preparación de la expedición que dirigirá el general Calixto García, como jefe del movimiento, en apoyo de los que ya se han alzado en la Isla. Sin lugar a dudas que este período señaló un salto en su estatura política: realizó labores conspirativas de diversa índole y asumió responsabilidades de importancia en las esferas de la dirección política del movimiento revolucionario cubano.

Es eso lo que le permite la agudeza que se observa en el párrafo que sigue de la Proclama escrita a nombre del Comité Revolucionario Cubano de Nueva York, donde se anuncia la llegada de Calixto García a Cuba:

Con el general García han ido a Cuba la organización militar y política que nuestra patria en lucha requería; con el hombre de armas ha ido un hombre de deberes; con la espada que vence, la ley que la modera; con el triunfo que autoriza, el espíritu de la voluntad popular que enfrena al triunfador. A vencer y a constituir ha ido el caudillo; no solo a batallar. No a abarcar en sus manos un poder omnímodo, cualesquiera que puedan ser las razones que para ello le dieran los amigos de semejantes soluciones. A prepararnos para la paz, en medio de la guerra, sin debilitar la guerra: a esto ha ido.<sup>1</sup>

Nótese cómo en esta ocasión —1880—, Martí, al referirse al arribo a Cuba de Calixto García, habla de *organización militar y política* y cómo la idea se aclara con las frases que le siguen. ¿No es una manera delicada y sutil de comparar con lo sucedido en la guerra anterior al decir que esa organización era lo que la patria en lucha requería? ¿Acaso no hay una crítica que se desliza suave y cuidadosamente porque Martí no puede ni quiere enfrentar a los hombres que han sostenido la Guerra de los Diez Años? ¿Y qué frases más directas cuando habla de que el caudillo ha ido a más que

<sup>1</sup> “El Comité Revolucionario Cubano de Nueva York”, *OC*, t. 1, p. 153; *OCEC*, t. 6, p. 174.

batallar a vencer y a constituir, a prepararnos para la paz en medio de la guerra?

En el texto se observa ya una preocupación que se irá acrecentando en el Maestro en el curso de los años, a medida que aumente su experiencia política, su trato con los hombres del 68, su conocimiento de las situaciones cubanas y su percepción de los fenómenos que indicaban el paso a una nueva época histórica: la del imperialismo.

En 1884 Martí pasa por un momento difícil, posiblemente uno de los más en su nada fácil carrera política. En Nueva York se encuentran los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo: el héroe de la invasión a Las Villas, maestro de jefes y brillante estratega, y el valiente, disciplinado e intransigente jefe de la Protesta de Baraguá. Son la historia viva —y de la mejor— de la guerra y de la patria. Están uniendo opiniones, colectando recursos, preparando una nueva guerra, porque a pesar del Pacto del Zanjón no han cesado en sus esfuerzos independentistas.

“Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento”,<sup>2</sup> así escribió Martí a Máximo Gómez el 20 de octubre de 1884. La brillantez de la imagen ha llevado a repetirla con frecuencia cuando se habla del asunto; pero se ha olvidado un tanto comprenderla dentro de la totalidad de la misiva. Más difícil es aún concebir que esa carta nos indica el camino por el que avanza Martí en sus concepciones sobre cómo dirigir la guerra por la independencia. “¿Qué somos, General?: ¿los servidores heroicos y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo para enseñorearse después de él?”<sup>3</sup>

Y más, adelante, Martí niega su apoyo

[...] a una aventura personal, emprendida hábilmente en una hora oportuna, en que los propósitos particulares de los

<sup>2</sup> Carta al general Máximo Gómez, Nueva York, 20 de octubre de 1884, *OC*, t. 1, p. 177; *OCEC*, t. 17, p. 384.

<sup>3</sup> *Ibidem*, *OC*, p. 178; *OCEC*, pp. 384-385.

caudillos pueden confundirse con las ideas gloriosas que los hacen posibles; a una campaña emprendida como una empresa privada, sin mostrar más respeto al espíritu patriótico que la permite, que aquel indispensable, aunque muy sumiso a veces, que la astucia aconseja, para atraerse las personas o los elementos que pueden ser de utilidad en un sentido u otro; a una carrera de armas por más que fuese brillante y grandiosa, y haya de ser coronada por el éxito,—y sea personalmente honrado—el que la capitaneé;—a una campaña que no dé desde su primer acto vivo, desde sus primeros movimientos de preparación, muestras de que se la intenta como un servicio al país, y no como una invasión despótica;—a una tentativa armada que no vaya pública, declarada, sincera y únicamente movida, del propósito de poner a su remate en manos del país, agradecido de antemano a sus servidores, las libertades públicas; a una guerra de baja raíz y temibles fines, cualesquiera que sean su magnitud y condiciones de éxito.<sup>4</sup>

¿A qué niega Martí su concurso? A la manera lógica de responder situándose en uno de los opuestos —la dirección del movimiento revolucionario centralizada absolutamente en el jefe militar supremo— que pueden ofrecer los que han sufrido la “tiranía del poder civil” de la Cámara, como se le llegó a decir incluso. Entonces, ¿Martí es un “civilista”? ¿Responde en 1884 como han hecho ya algunos de los participantes “civiles” de la gesta heroica, defendiendo a capa y espada las normas establecidas en Guáimaro y los organismos ejecutores de las mismas?

Muchas veces se ha respondido que sí.

Léanse de nuevo las citas. Póngase atención en algunas ideas claves: campaña intentada como un servicio al país, tentativa armada para poner en manos del país las libertades públicas.

No se trata de contraponerse irreflexivamente a una afirmación frecuente. Es preciso ver cómo el Maestro enfrenta opiniones de los generales Gómez y Maceo, quienes estiman imprescindibles plenos poderes

<sup>4</sup> *Ibidem*, *OC*, p. 179; *OCEC*, p. 386.

y mando absoluto en todo sentido para el jefe del movimiento (Gómez), sin pedir un órgano legislativo o instituciones “civiles” que limiten a aquel. Martí emplea términos vagos como el país, el pueblo a fundar, sin precisar quién, quiénes o cuáles formas representan al país, pero dan lugar a pensar en las formas rechazadas por los generales.

De quedarnos con el texto de 1884 podríamos afirmar quizás, que hay imprecisión, pero cuando leemos las Bases y los Estatutos Secretos de Partido Revolucionario Cubano, constatamos que en los años que corrieron de 1884 a 1892 se conformaron precisiones conceptuales decisivas en Martí.

¿Cómo y por qué llega Martí a concebir la creación de un partido político?

La Revolución Cubana ha reclamado reiteradamente el pensamiento de José Martí como una de sus fuentes ideológicas y teóricas y ello nos ha permitido iniciar un conocimiento más cabal de su figura. En la actualidad no caben dudas de que Martí comprendió algunos aspectos relevantes del naciente imperialismo norteamericano y de que se lanzó a una veloz y desigual empresa desde finales de la década de los ochenta del siglo XIX: impedir la expansión imperialista de Estados Unidos hacia el sur del continente, levantando en Cuba una “república nueva” tras la independencia de España.

Sin detenernos a describir de un modo acabado las ideas del Maestro sobre este asunto, es necesario recalcar que su concepción sobre el partido es un elemento —y de notable importancia— dentro de su estrategia político-revolucionaria.

Si por ahora resulta difícil precisar un momento exacto, se puede aseverar que ya desde unos años antes de crear el Partido Revolucionario Cubano, Martí elaboró el objetivo primordial de su actuación política: “Impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”.<sup>5</sup> Basta para ello una

<sup>5</sup> Carta a Manuel Mercado, Dos Ríos, 18 de mayo de 1895, *Correspondencia a Manuel Mercado*, compilación y nota de Marisela del Pino y Pedro Pablo Rodríguez, introducción de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2003, p. 337; *OC*, t. 20, p. 160.

simple lectura de sus trabajos “Madre América,” discurso pronunciado en la Sociedad Literaria Hispanoamericana en diciembre de 1889, publicado por primera vez en un periódico mexicano en enero de 1891, y de sus crónicas periodísticas sobre la Conferencia Internacional Americana celebrada entre 1889 y 1890 y la Conferencia Monetaria Americana de 1891 en la que participó como delegado de Uruguay.

De acuerdo a su objetivo antimperialista, el Maestro no piensa en la independencia de Cuba siguiendo únicamente los dictados de su amor patrio, manifestado continuamente desde los 16 años, sino que sus actos trascienden los marcos alcanzados durante la Guerra de los Diez Años por los dirigentes independentistas del pueblo cubano y exigen una definición de cómo impedir esa extensión norteamericana por las Antillas hacia Nuestra América. Por tanto, Martí explicará que se construirá una “república nueva” donde no se repitan las situaciones de las repúblicas latinoamericanas, que en su interior poseen factores que pueden sustentar las nuevas formas de colonialismo imperialista.

Pero es claro que para esa “república nueva” cubana hay que comenzar por obtener la separación política de España. O sea, mediante la “guerra necesaria” hay que lograr la independencia, pues para Martí no hay otra salida del dominio español que la lucha armada.

Aquí es donde cobra todo su valor la concepción martiana sobre el partido. Se trata de que toda su estrategia comienza por buscar los modos más naturales de llegar a la guerra por la independencia, paso inicial e insoslayable dentro de la misma. Ya hemos visto la experiencia política anterior con que cuenta Martí: la Guerra de los Diez Años y el irresoluto “problema de dirección”.

Se trata, entonces, de buscar formas que puedan salir del bache ideológico “militarismo-civilismo”, que hacen ver el asunto como un problema de hombres y de formas institucionales contrapuestas y que ha impedido, desde 1878, entre otras cosas, la unión de las fuerzas social e ideológicamente alineadas en la corriente a favor de la independencia.

La agrupación de elementos en una organización vertebrada en jerarquías e instancias de decisión permite a Martí, además, ir promoviendo una participación política que desde su principio no aparezca viciada por el regionalismo y el caudillismo, de manera de ir preparando la república desde la guerra. Y si es cierto que el caudillismo es considerado un mal de las repúblicas de América Latina, Martí no pretende sustituirlo por fórmulas de gobierno alejadas del país, que den lugar en definitiva, como dice sagazmente en su ensayo “Nuestra América”, a ese caudillismo como lógica respuesta del “hombre natural” al europeizante y colonizado que pretende hacer valer esquemas de gobierno y de política propios de situaciones diferentes.

¿Acaso algo de esto, salvando las distancias históricas, no se revela en las polémicas y rencillas de nuestra Guerra de los Diez Años?

Por otra parte, no se puede pasar por alto la experiencia de mundo moderno vivida por Martí, tanto en Europa como en América Latina y sobre todo, en la república norteamericana, instancia social en la que las cuestiones se dirimen sobre la base de las agrupaciones partidarias. Hasta en la propia Cuba, colonia política de España, después de 1878 se fundan partidos políticos legales que modernizan las mediaciones políticas entre algunos de los diferentes sectores sociales del país y sus representantes. ¿Cómo, pues, el partido de la independencia no se va a estructurar como tal? ¿Cómo no va a asumir las formas superiores de la política de su tiempo, cuando sus contrincantes autonomistas e integristas así lo han hecho?

En otro orden de cosas, para ubicar en su justo lugar la concepción sobre el partido en Martí, hemos de considerar, aunque no lo desarrollemos en esta ocasión, el propio grado organizativo alcanzado por la emigración cubana. Ella influye en las ideas del Maestro por dos vías: una, la existencia de numerosos clubes y asociaciones de emigrados en Cayo Hueso, Tampa, Nueva York y Filadelfia, con amplia experiencia en las labores patrióticas y de apoyo a los que luchaban dentro de Cuba cuando la guerra; otra, la influencia

numérica mayoritaria de trabajadores, sobre todo tabaqueros, en tales organizaciones.

Es obvio que quien en 1891 había señalado en “Nuestra América” como causa fundamental del fracaso del liberalismo en las repúblicas latinoamericanas la no integración a partir de sus esquemas políticos del “hombre natural” —el indio, el negro, el campesino—, se solidarice con tales elementos “naturales” de su propio pueblo. De hecho, se observa ya desde fines de la década del 80 una verdadera toma de partido por Martí hacia los sectores más explotados de la población cubana (negros, campesinos, trabajadores), que se evidencia en su labor magisterial en la asociación de emigrados La Liga, en Nueva York. Pero decisivo fue, indudablemente, fundar el Partido Revolucionario Cubano sobre las organizaciones predominantes obreras de la emigración cubana en Estados Unidos: la profundización en la problemática social de Cuba se agudiza en sus trabajos de *Patria* entre 1892 y 1895, al mismo tiempo que su acercamiento a diversos sectores trabajadores se hace más explícito.

No se piense que se presenta aquí un Martí líder del proletariado. Se trata de señalar un acercamiento a los grupos populares del país, sostén fundamental de su programa político de transformaciones sociales en la “república nueva”, pero sin llegar a considerar a Martí expresión únicamente de aquella clase social entonces muy débil en cuanto a su desarrollo en Cuba.

Por eso, el Partido Revolucionario Cubano será, para Martí, sumar, y hasta sus propias estructuras parten de y mantienen como célula de base a las asociaciones y clubes de los emigrados. Por ese camino, la creación y actuación posterior del partido significan también el ascenso de Martí como dirigente político de los emigrados cubanos primero y de todo su pueblo después. Con lo cual se reafirma su línea de acción dirigida hacia la liberación nacional de Cuba y de nuestra América al enfrentar los primeros pasos del imperialismo norteamericano en formación.

Una organización política partidaria sirve para solucionar un conjunto de aspectos diversos, por lo que es perfectamente natural

que Martí escoja esta vía para dar los pasos iniciales hacia la consecución de sus propios objetivos políticos.

Es en este sentido que la creación del Partido Revolucionario Cubano es la culminación de la ideología revolucionaria martiana en tanto y en cuanto de ese modo se concretan de manera práctica sus objetivos, a la vez que abre una nueva etapa en su vida y sus ideas: la del dirigente de hombres enfrascados en la materialización de sus ideas.

Hasta 1892, Martí había anunciado y alertado desde la prensa y la tribuna los peligros que acechaban a Nuestra América. Con el Partido Revolucionario Cubano comienza la obra de unión de diversos intereses y sectores del pueblo cubano en torno al objetivo inmediato: la independencia de Cuba.

El 5 de enero de 1892 los emigrados cubanos de Cayo Hueso aprobaron la creación del Partido Revolucionario Cubano, el 10 de abril de 1892 también en Cayo Hueso se anunció la proclamación oficial del partido: se iniciaba así la primera campaña contra el imperialismo norteamericano en América Latina.

## Originalidad y tradición en el Partido Revolucionario Cubano. Apuntes para un estudio\*

### I

El 10 de abril de 1892 fue proclamado el Partido Revolucionario Cubano por la emigración patriótica cubana de Nueva York, Tampa y Cayo Hueso. Surgía así, veintitrés años después de haber sido aprobada en Guáimaro la constitución que creó la República en Armas, una nueva empresa revolucionaria que aspiraba también a alcanzar la independencia de Cuba frente al colonialismo español.

El solo hecho de haberse escogido esa fecha para la proclamación del Partido es muestra evidente del sentido de continuidad del nuevo movimiento con la Guerra de los Diez Años, el primer esfuerzo bélico cubano contra la dominación hispana. Por eso en el documento en que el Partido explicó al pueblo cubano las razones y propósitos de la nueva guerra comenzada el 24 de febrero, en el *Manifiesto de Montecristi* —25 de marzo de 1895—, se dice en sus primeras palabras: “La revolución de independencia, iniciada en

\* Ponencia presentada en el Encuentro de Historiadores, convocado por la Sección Cubana de la Asociación de Historiadores de Latinoamérica y el Caribe (ADHILAC) en La Habana, entre el 1<sup>o</sup> y el 4 de marzo de 1992. Publicado en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, no. 15, 1992, pp. 85-98.

Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra”.<sup>1</sup>

Pero esta continuidad no implica una mera repetición de lo ocurrido antes: el movimiento patriótico cubano entra de lleno en una nueva fase con profundos y significativos cambios en sus concepciones, organización y métodos con la creación precisamente del Partido Revolucionario Cubano.

Desde su discurso ante la emigración neoyorquina a poco de su llegada a la ciudad del Norte, el 24 de enero de 1880, conocido como la Lectura de Steck Hall, José Martí había trazado un apretado y completo cuadro de los problemas internos que condujeron al Pacto del Zanjón y de la necesidad de superarlos mediante un movimiento surgido de la reflexión y de la cordura. De ese texto es la siguiente frase que sintetiza su comprensión de la necesidad de asumir nuevos criterios y métodos: “Esta no es solo la revolución de la cólera. Es la revolución de la reflexión”.<sup>2</sup>

Obsérvese que este razonamiento no excluye la cólera —que podría identificarse como el elemento movedor de la Revolución del 68—, sino que a ella le adiciona la reflexión. Por eso, en el propio discurso, cuando sintetiza su idea acerca de la Guerra Chiquita —entonces en pleno desarrollo y para cuyo apoyo se había convocado el acto en que leyó la pieza oratoria—, Martí la caracteriza como una suma de pares con los que nos indica la unión de los viejos y los nuevos factores que la motivan: “Cordura y cólera, razón y hambre, honor y reflexión la engendran”.<sup>3</sup>

Sin embargo, la acción bélica comenzada en 1879, y por cuya participación en sus labores conspirativas en La Habana Martí fue detenido y enviado a España de donde se fugó a Estados Unidos para unirse a la dirección del nuevo intento libertador, no logró ser esa revolución de la reflexión propugnada por él. Martí reconocería

<sup>1</sup> “Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario Cubano a Cuba”, Montecristi, 25 de marzo de 1895, *OC*, t. 4, p. 93.

<sup>2</sup> “Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en Steck Hall, Nueva York”, 24 de enero de 1880, *OC*, t. 4, p. 192; *OCEC*, t. 6, p. 143.

<sup>3</sup> *Ibíd.*, *OC*, p. 206; *OCEC*, p. 160.

más adelante que se incorporó a aquel movimiento del cual surgió la Guerra Chiquita, pero que comprendió desde el primer momento que este no había logrado aún rebasar los esquemas de acción de la Guerra Grande.

Se abrió entonces un largo compás, justamente de doce años, que no fue dedicado a la espera. Las personalidades del independentismo, establecidas en su mayoría en la emigración, impulsaron diversos planes y proyectos para reiniciar la guerra contra España. Todos fracasaron en sus propósitos, y, de un modo u otro, contribuyeron a mantener y aun a aumentar las diferencias y rencillas dentro de sus huestes, manteniéndolas desunidas e incapaces de constituirse y desempeñar el papel organizador y movilizador de una vanguardia política.

Como es sabido, Martí formó parte de varios de aquellos intentos, incluso del más formidable de todos: el programa revolucionario de San Pedro Sula, encabezado por el general Máximo Gómez, episodio muy tratado en la bibliografía sobre el Maestro en virtud de su autoexclusión en 1884 por discrepancias con la forma de conducción de aquel proyecto.

Dejando a un lado sus fracasos y errores, las sucesivas tentativas de reanimación revolucionaria llevadas a cabo desde las emigraciones demostraron que estas constituían un elemento clave en el desencadenamiento del combate por la independencia, en razón de su elevado número, su significación social y política para los habitantes de la Isla y dentro de muchas de las propias comunidades extranjeras en que residían, su capacidad económica vista de conjunto y su posibilidad de ejercer una propaganda y una acción contra el colonialismo que no se hallaba impedida por la represión directa de este, quien, dentro de la Isla, prohibía sistemáticamente toda propaganda u organización que proclamase la independencia como fin.

Escindida por los lugares de residencia; por la composición social —clasista, educacional y de razas—; por los regionalismos a partir de su procedencia geográfica desde Cuba y por sus concepciones acerca de cómo llevar la guerra a la Isla, quién debía asumir el mando, cómo se organizaría el movimiento y cómo se estructuraría

la república, la emigración mantuvo como elemento común su conciencia patriótica, manifestada en la perseverancia en el objetivo de alcanzar la independencia mediante la lucha armada para instaurar un gobierno de tipo republicano. En dos palabras y en breve esquema: esos eran los únicos elementos comunes a las posiciones divergentes dentro de los emigrados, exactamente los mismos factores que caracterizaron su conciencia patriótica durante la Guerra de los Diez Años, cuando ya quedó evidenciada su insuficiencia debido a la incapacidad de la emigración de actuar en forma unida y, por tanto, de jugar su papel efectivo de retaguardia para los combatientes dentro del país.

Se trataba, pues, de aprovechar y de sustentarse en tales elementos comunes, pero trascendiendo los múltiples factores de desunión. La solución magistral aportada por Martí fue precisamente el Partido Revolucionario Cubano, en cuya concepción y concreción práctica resulta patente que estaba enfrascado, al menos, desde enero de 1880, como dicen sus palabras en la referida lectura de Steck Hall, y como él mismo afirmó en el periódico *Patria*, una semana antes de la proclamación del Partido: “Así, de la obra de doce años callada e incesante, salió, saneado por las pruebas, el Partido Revolucionario Cubano”.<sup>4</sup>

## II

Quizás esta estrecha relación, o mejor, el sentido de equilibrio entre la tradición y los elementos de originalidad aportados con la creación del PRC, resulta algo sobre lo que no se ha lanzado atención suficiente, a pesar de que desde los años setenta del siglo xx la bibliografía sobre la temática se ha ido acrecentando notablemente. Lo más frecuente ha sido ir a buscar las experiencias, tanto cubanas como universales, que puedan haber influido o haber sido consideradas por el Maestro durante su larga reflexión para lograr

<sup>4</sup> “El Partido Revolucionario Cubano”, *Patria*, 3 de abril de 1892, OC, t. 1, p. 369.

la forma organizativa adecuada para el movimiento revolucionario cubano.

No se trata de pasar por alto tales experiencias. Es más; hay que insistir en el hecho de que las luchas políticas dentro de la propia Isla se efectuaban ya a través de partidos políticos, es decir, mediante los mecanismos creados por la política moderna propia de la sociedad burguesa, y de que, sin descontar su seguimiento sistemático de la coyuntura política europea,<sup>5</sup> Martí tuvo ante sus ojos y escribió incontables páginas acerca de la vida política de Estados Unidos, dedicando verdaderos estudios al funcionamiento, composición y carácter de los partidos políticos de ese país.<sup>6</sup> Como tampoco, por supuesto, puede desecharse la propia experiencia —como se ha dicho antes— vivida por los patriotas cubanos desde 1868.

Hay que insistir con toda claridad en algo esencial: el desarrollo del pensamiento político martiano y de lo que podría llamarse su teoría del partido es parte de un proceso histórico, cognoscitivo y práctico de ese movimiento patriótico cubano en el que Martí fue figura señera, pero nunca atalaya desraizada de él.

Lo que pretendo en esta ocasión es insistir en la importancia de considerar cómo en su comprensión de la necesidad de crear un partido político para organizar la guerra para la independencia, el Maestro procedió con suma ponderación, sin trazar rupturas que olvidasen esa misma experiencia acumulada ni mantenerse encuadrado en los marcos de esta, cuya práctica había demostrado su ineficacia y su insuficiencia para el logro de sus objetivos.

El delicado equilibrio entre la tradición y la originalidad es, a mi juicio, el real y justo aporte martiano, lo que le permite llegar a ofrecer un (el) nuevo camino para alcanzar y elevar los propósitos del movimiento patriótico cubano mediante una fórmula —el PRC— verdaderamente autóctona que permitiese llegar a la necesaria unidad de la emigración y al impulso de su obra dentro de Cuba. Se trataba, entonces, de trascender, de renovar, de aportar,

<sup>5</sup> Ver sus “Escenas europeas” reunidas en el tomo 14 de *OC* y en los tomos 10 y 11 de *OCEC*.

<sup>6</sup> “Cartas de Martí”, *OC*, t. 10, p. 183; *OCEC*, t. 22, p. 27.

pero con las bases firmemente instaladas en la experiencia histórica acumulada e, incluso, tomando muchos de los elementos por ella ofrecidos e insertándolos en el nuevo esquema organizativo.

Ahí descansa el sentido de autoctonía del PRC, organización surgida y basada en la práctica histórico-social del pueblo cubano, y no aparecida como solución mágica de la cabeza martiana ni como copia o simple asimilación de las agrupaciones políticas nacidas de otras circunstancias. Autoctonía que se fundamentaba, además, en la plena comprensión martiana de la nueva época histórica que se estaba abriendo en aquel mundo finisecular, y a cuyo equilibrio contribuiría, según su estrategia, la fundación de las repúblicas de Cuba y de Puerto Rico.

### III

La estructura adoptada por el Partido de acuerdo a sus *Estatutos secretos*<sup>7</sup> es una de las llaves maestras de la pericia organizativa martiana que le permitió en un relativo corto tiempo —los primeros meses de 1892 y, cuando más, la totalidad de ese año— reunir en su seno a la mayoría de la emigración cubana de Cayo Hueso, Tampa, Nueva York, otras localidades de Estados Unidos, más las de Jamaica, República Dominicana, México y la América Central.

Cuando se estudia el crecimiento de clubes afiliados y de su membresía, resulta sorprendente el corto tiempo en que florecieron tales instituciones y en que, como reguero de pólvora, el Partido Revolucionario Cubano se extendió por todas esas áreas donde residían los cubanos. El secreto de esa rápida extensión parece fundamentarse en que se partía de las formas asociativas enraizadas en las tradiciones de la emigración, permitiéndoles cualquier manera de organizarse y actuar, siempre y cuando contribuyesen a los fondos de guerra y acción, así como aceptar las *Bases* y los *Estatutos*. Por tanto, cada patriota, cada grupo de emigrados y cada localidad se sintieron convocados a unirse sin abandonar sus intereses e ideas

<sup>7</sup> “Estatutos secretos del Partido”, 1892, *OC*, t. 1, pp. 281-284.

particulares, en nombre del ideal supremo y común de la patria, con un margen de autonomía muy grande y con independencia de sus posturas ideológicas, siempre que admitiesen ese programa mínimo que fueron las *Bases* del Partido.

Una de las bases del buen gobierno, y de las garantías de satisfacción entre los que contribuyen a él, es la de la independencia interior de sus organizaciones, ajustables, así a lo particular y local, en todo aquello en que ni en espíritu ni en métodos choque con los fines precisos para que las organizaciones están constituidas. Pero del mismo modo es necesario que esta independencia no llegue a perturbar o debilitar con reglas contradictorias sus fines y medios de acción.<sup>8</sup>

Los *Estatutos* definían una estructura piramidal bien simple y operativa: las asociaciones de base formaban con sus presidentes los Cuerpos de Consejo por localidad, encargados de comunicarse con el delegado y el tesorero, electos anualmente por los clubes. De ese modo, el Partido se creaba aprovechando las propias formas organizativas espontáneamente creadas por la emigración patriótica desde antes del 10 de Octubre de 1868, a la vez que se aseguraba la representatividad de los intereses particulares de cada comunidad, algo que había levantado demasiadas susceptibilidades y rencillas durante la Guerra de los Diez Años y el período posterior entre los emigrados de Estados Unidos, especialmente entre los de Nueva York y Cayo Hueso, los dos centros numérica y políticamente más importantes. Al mismo tiempo, todos los clubes estaban representados en el Cuerpo de Consejo en igualdad de condiciones, sin preeminencia de alguno sobre los demás a causa del poderío económico, representatividad social o posiciones ideológicas y hasta personales de sus integrantes. Además, los deberes concedidos al Cuerpo de Consejo lo circunscribían a mantener las relaciones con el delegado y a promover la unidad en su localidad, pero no le permitían interferir en la vida interna de cada asociación.

<sup>8</sup> “A los presidentes de los Cuerpos de Consejo de Key West, Tampa y Nueva York”, 13 de mayo de 1892, *OC*, t. 1, p. 443.

Al explicar a los cubanos de Jamaica el propósito de los Cuerpos de Consejo, Martí explicitó los fundamentos de su creación “como una forma nueva de los mismos Clubs, y para facilitar la acción unida y la armonía entre ellos, y evitar la intriga posible del poder ejecutivo”.<sup>9</sup> Y continuó explicando que ante “La arbitrariedad y arrogancia o el espíritu personal y perturbador con que dirigieron a las emigraciones en la guerra pasada las Juntas supremas, y de propia y caprichosa creación, de una sola de las localidades de la emigración”, los Cuerpos de Consejo son “esas juntas de concordia entre las Emigraciones, con el sufragio directo por base y sin sujeción al capricho de hombre alguno, o clase social alguna [...]”.<sup>10</sup>

Esta original estructura que mantenía la independencia de las asociaciones de base y les daba coherencia en su accionar y en sus relaciones con el nivel superior del Partido se completaba con los deberes de sus máximos funcionarios, quienes además de ser solo dos personas —el delegado y el tesorero—, no podían tampoco interferir en la vida cotidiana de las asociaciones ni de los Cuerpos de Consejo, limitándose los deberes del delegado a extender el Partido en el exterior y la conspiración dentro de la Isla, y a organizar los preparativos para la guerra, por lo cual se le permitía disponer de los fondos de acción, mientras que el tesorero debía responder por tales fondos y su empleo.

Cierto es que el delegado concentraba en sus manos todos los hilos organizativos de la guerra, lo cual se correspondía con el carácter necesariamente secreto que habría de mantener tal labor y con el sentido clandestino con que ella debía ejecutarse dentro de la Isla. Pero su gestión estaba limitada por la elección anual y por el derecho de revocación concedido a los Cuerpos de Consejo a solicitud de uno de ellos.

Luego, el aparato del Partido creaba estructuras intermedias muy funcionales, solo a los fines de mantener la representatividad de las localidades y agilizar el intercambio con el nivel superior, mientras

<sup>9</sup> Carta al presidente del club José María Heredia, Nueva York, 25 de mayo de 1892, *OC*, t. 1, p. 459.

<sup>10</sup> Ídem.

que este era mínimo y se centraba en la principal tarea inmediata: la organización de la lucha armada. El Partido, pues, evitaba así crear un cuerpo de funcionarios y dirigentes al margen de las asociaciones, mientras que estas disfrutaban de la posibilidad de control permanente sobre la labor del delegado y del tesorero. El organismo intermedio, el Cuerpo de Consejo, cuyo presidente y secretario también eran objeto del sufragio anual entre los presidentes de las asociaciones que lo integraban, tampoco asimilaba funcionarios ni dirigentes fuera de los elegidos dentro de cada asociación ni podía imponer normativas ni disposiciones que regulasen la vida cotidiana de las asociaciones de base. Quedaba claro que los *Estatutos* fijaban el papel destacado y decisivo de aquellos; de ahí, pues, la favorable acogida que encontró la nueva organización entre las emigraciones.

## IV

Las *Bases* del Partido, presentadas por José Martí y aprobadas el 5 de enero de 1892 en Cayo Hueso por un grupo de patriotas residentes en esa ciudad y en Tampa, constituyen el programa, la plataforma de acción y objetivos del Partido, tanto durante su fase formativa entre enero y abril de 1892 como ya en su labor preparatoria de la *guerra necesaria*.

En uno de los escritos más sintéticos de la prosa martiana, con absoluta economía expresiva y envuelto en un lenguaje alusivo, las *Bases* exponen, por un lado, propósitos esenciales de la vasta estrategia martiana de liberación nacional y unidad continental, y, por otro, proporcionan los puntos básicos que podían ser adoptados por la comunidad emigrada en su gran mayoría. Entregan, por tanto, lo máximo dentro de lo posible: un programa mínimo de objetivos revolucionarios que permitiesen la unidad y que pueden ser calificados como una explicación compendiada de la nueva sociedad republicana que habría de fundarse en la Isla.

En las *Bases* se halla entonces una de las más valiosas muestras de la delicada urdimbre tejida por Martí entre tradición y originalidad.

La tradición está recogida en el artículo primero que plantea el propósito de alcanzar la independencia de Cuba y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico. Desde ahí, las *Bases* insisten en precisiones acerca de la república, que pretenden dar una idea de lo que esta sería, lo cual constituye el aporte martiano respecto de los proyectos revolucionarios que antecedieron al PRC.

Los artículos medulares para conocer ese programa republicano son el cuarto y el sexto. El cuarto señala todo el amplio sentido descolonizador de la república —contra la perpetuación del “espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia”—, que fundaría “un pueblo nuevo y de sincera democracia”, asentado en el “trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales”. Mientras que el sexto plantea que el PRC se establece para fundar “la patria una, cordial y sagaz”, que desde su propia preparación fuera disponiéndose “para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen” y para sustituir el desorden económico colonial por un sistema que “abra el país inmediatamente a la actividad diversa de sus habitantes”.

Por eso, la república es un proceso que se inicia desde la propia guerra, de “espíritu y métodos republicanos” —artículo tercero—, que no será para beneficio de grupo alguno sino “para el decoro y el bien de todos los cubanos” —artículo quinto—.

Los hondos y universales alcances de la república son aludidos en el artículo tercero cuando se dice que la guerra buscará crear una nación capaz de cumplir, “en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala”. Y a estos deberes se refiere el artículo octavo cuando enuncia que la república cubana era “indispensable al equilibrio americano”.<sup>11</sup>

## V

La estructura y el programa del PRC se sustentaban en un funcionamiento de carácter democrático extraordinariamente preciso y avanzado para su tiempo.

<sup>11</sup> Todas las citas pertenecen a “Bases del Partido Revolucionario Cubano”, *OC*, t. 1, pp. 279-280.

Preocupado por el estudio y el conocimiento de la vida republicana en el Continente, Martí rechazó siempre tanto a las tiranías y a los caudillos que impusieron regímenes autoritarios y personalistas como la aceptación de los esquemas gubernamentales y de organización social que, partiendo de experiencias de otras regiones, no condujesen al ejercicio de un sistema democrático para las amplias mayorías. En su ensayo “Nuestra América”,<sup>12</sup> de 1891, nos entregó la más profunda crítica y el más hondo análisis del disfuncionamiento de los modelos liberales en América Latina: para él, ello residía en el apartamiento del hombre natural, es decir, del indio, del negro y del campesino. Por tanto, su concepto de democracia es inseparable de la justicia social, como vimos en el artículo tercero de las *Bases* cuando se habla de fundar un pueblo de “sincera democracia”.

Ese sentido democrático, para él, estaba presente en el legado de la Guerra de los Diez Años asumido por el PRC: “¡Bello es, cuando el peligro mayor del país está en el trato áspero y apartado de sus habitantes, ver nacer un partido de revolución el día mismo en que se proclamó la constitución democrática de la república!”<sup>13</sup>

Al explicar al presidente del club José María Heredia, de Kingston, el contenido de los *Estatutos* del Partido, Martí señala el propósito democrático de su estructura, basado tanto en la experiencia cubana como en la republicana de la América Latina. Los Cuerpos de Consejo, entre otras cosas, previenen “la intriga posible del poder ejecutivo”, el cual es controlado en su poder mediante el sistema electoral anual. Veamos estas ideas en las propias palabras del Maestro.

Pero pudiera el Delegado tratar de usar en su beneficio, y como autoridad inherente de su persona, el poder que solo tiene por encargo y delegación de su partido,—o conducir a

<sup>12</sup> José Martí: *Nuestra América. Edición crítica*, investigación presentación y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos-Casa de las Américas, 1991; *OC*, t. 6, pp. 15-23.

<sup>13</sup> “La proclamación del Partido Revolucionario Cubano el 10 de abril”, 1892, *OC*, t. 1, p. 389. Estas ideas se repiten en su “Carta a los Presidentes de los Cuerpos de Consejo de Key West, Tampa y Nueva York”, 9 de mayo de 1892, *OC*, t. 1, pp. 435-439.

este durante el tiempo de su empleo por caminos contrarios a los que el Partido le fija, y desviarlo de sus fines.—Y por eso obligan los *Estatutos* al Delegado a mantener ante los Cuerpos de Consejo el estado de sus gestiones, a responder a las preguntas que los Cuerpos de Consejo, y los Clubs aislados donde no haya estos, tienen el derecho de hacerle,—a atender a las indicaciones de los Cuerpos de Consejo[...].—Por eso se fija en el plazo brevísimo de un año la autoridad del Delegado. El objeto principal a la fecha de la organización del Partido, debió ser y fue el de ajustar este al momento en que aparecía y a los elementos con que podía contar, y de propósito, sin duda, se pusieron en los *Estatutos*, de una manera susceptible de ampliación, las mismas ideas que son tal vez esenciales a su éxito y que la reglamentación sucesiva pueda completar.—Por eso, para asegurar la organización de los cubanos con las ideas y métodos esenciales, sin cerrar la puerta a las mejoras posteriores posibles, establecen los *Estatutos* el derecho y el modo de proponer, discutir y alcanzar todas las reformas que la mayoría del Partido creyera conveniente.<sup>14</sup>

Esa íntima vinculación, de contrapeso, entre los órganos intermedios y el superior del Partido, y el sistema de elección anual de todos sus funcionarios son la clave del funcionamiento democrático del PRC, su manera de trascender los problemas dejados por la experiencia revolucionaria desde 1868 y de abrir camino a la república nueva.

Con estas *Bases* y *Estatutos* se ha querido evitar el recaer en los errores notorios y funestos de las impotentes organizaciones revolucionarias anteriores y procurar desde la raíz salvar a Cuba de los peligros de la autoridad personal y de las disensiones en que, por la falta de la intervención popular y de los hábitos democráticos en su organización, cayeron las primeras repúblicas americanas. El argumento de este peligro de las primeras repúblicas, el argumento de la tiranía posible y

<sup>14</sup> Carta al Presidente del club José María Heredia, ob. cit., p. 460.

del desorden social, es tal vez el que con más éxito usan en Cuba los cubanos tímidos que se oponen a la revolución; y fue otro objeto de las *Bases* y *Estatutos* atacar este argumento, demostrando que el mismo Partido Revolucionario, que se reserva energía suficiente para otras, se establece precisamente para cortar las tiranías por la brevedad y revisión continua del poder ejecutivo y para impedir por la satisfacción de la justicia el desorden social.<sup>15</sup>

Destaca Martí insistiendo en la novedad del método electivo del PRC: “Por eso los Estatutos reconocen a cada cubano revolucionario el derecho de elegir la persona que ha de representarlo en el Partido, derecho que ninguna otra organización revolucionaria le había concedido antes”.<sup>16</sup>

Esta alta significación dada al original derecho electivo aportado por el PRC se completa, incluso, con la elección del general en jefe mediante sufragio de los jefes militares residentes en la emigración. Así hasta la organización de la más alta jerarquía militar de la guerra en preparación dependía del ejercicio del voto, no de la designación del propio jefe por sí mismo, ni siquiera de una decisión impuesta a los jefes militares por el Partido a través de alguna de sus instancias.

Otro aporte que redondea el carácter democrático del partido martiano es el establecimiento de un sistema de contribución monetaria para las asociaciones, a cuya custodia quedaba una parte —los fondos de guerra—, lo cual implicaba el reconocimiento de una alta responsabilidad a los clubes, a pesar de que al mismo tiempo se centralizaba en el delegado el empleo de los fondos de acción.

Por último, no puede pasarse por alto que en la concepción martiana del partido y en su trabajo al frente del mismo siempre hubo conciencia expresa de que este no sustituía al pueblo residente en la Isla, y que la revolución, al estallar la guerra, debía crear formas apropiadas de organización que representasen los intereses de todos

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 458.

<sup>16</sup> *Ibidem*, pp. 458-459.

los cubanos y no solo de los emigrados. Así lo declaró el *Manifiesto de Montecristi*:

En la guerra inicial se ha de hallar el país maneras tales de gobierno que a un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas para la ayuda y respeto de los demás pueblos [...] Desde sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no la conduzca a las parcialidades o a la tiranía.<sup>17</sup>

A poco de su desembarco en la Isla, ya él y Gómez firmaban documentos en sus respectivas condiciones de Delegado y de General en Jefe convocando a la reunión de los representantes del país para decidir la forma de constituir el gobierno y la dirección de la guerra.

El Partido Revolucionario Cubano, acude, pues, a todo el pueblo cubano revolucionario visible, y con derecho a la elección que en el pueblo alzado en armas, y a cada comarca de él pide un representante, para que reunidos, sin pérdidas de tiempo, los de las comarcas todas acuerden la forma hábil y solemne de gobierno que en sus actuales condiciones debe darse la revolución.<sup>18</sup>

## VI

Un último aspecto recoge la singular asimilación martiana del legado patriótico cubano: el partidarismo o la filiación del Partido.

Este es uno de los puntos más discutidos entre los estudiosos del tema. No pretendo decir la palabra final sobre el asunto, ni tampoco desarrollarlo *in extenso*. Se trata, simplemente, de constatar, al menos, que esa filiación no hizo del PRC un representante de la oligarquía dominante en Cuba, sino que lo fue del resto de los elementos que podríamos llamar populares, y que engloban a todas las

<sup>17</sup> “Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario Cubano a Cuba”, Montecristi, 25 de marzo de 1895, *OC*, t. 4, p. 99.

<sup>18</sup> Carta a Félix Ruenes, 26 de abril de 1895, *OC*, t. 4, p. 135.

clases, capas y estamentos que cumplieran una función trabajadora y que asumieran la defensa de la nación.

En las numerosas citas que he hecho, resulta claro que la persistente atención dada por el Maestro a la justicia social, indica, en virtud de ese reconocimiento de su necesidad, que habrían de ser atendidos esos requerimientos justicieros de aquellos a quienes les habían sido negados. Ya ello es un indicador de la posición martiana y de la del propio Partido.

Es bajo esta mirada que hay que entender su idea del equilibrio social, expresada en frases que han hecho historia como “Con todos, y para el bien de todos”,<sup>19</sup> o cuando escribió que el Partido “nace de aquella democracia que consiste más en permitir a todos la expresión justa, que en aspirar sin medida”.<sup>20</sup>

El amplio sentido de la unidad que tiene Martí, no cierra las puertas del PRC —y de la propia revolución— a nadie, como también dice en el mismo texto citado antes: “[...] porque no trae en sí la mancha de un solo derecho de hombre desatendido o coartado; porque es el símbolo visible de la unión de los cubanos de todas las procedencias y de los hombres buenos de todos los países, en la idea pura de la creación y emancipación definitiva de la patria”.<sup>21</sup>

Esa filiación justiciera se asentaba, además, en su temprano reconocimiento —desde el discurso de Steck Hall— de la relación entre la masa popular y los dirigentes del movimiento revolucionario. De estos, precisó: “Para ir delante de los demás, se necesita ver más que ellos”; y de aquella: “el pueblo, la masa adolorida es el verdadero jefe de las revoluciones”.<sup>22</sup>

Ahí radica entonces, la razón del espíritu democrático que animó al partido martiano: el delegado y demás representantes eran,

<sup>19</sup> “Discurso en el Liceo Cubano, Tampa”, 26 de noviembre de 1891, *OC*, t. 4, p. 279.

<sup>20</sup> “Carta a los presidentes de los Cuerpos de Consejo de Key West, Tampa y Nueva York”, *ob. cit.*, p. 438.

<sup>21</sup> *Ibidem*, pp. 438-439.

<sup>22</sup> “Lectura en la reunión de emigrados cubanos en Steck Hall”, *ob. cit.*, *OC*, p. 193; *OCEC*, p. 145.

para Martí, solo eso, representantes de una parte de la masa adolorida —el pueblo cubano emigrado—, en la que radicaba la verdadera jefatura de la Revolución. Y por eso, al comenzar la guerra, el Partido —y su delegado— devolvían sus poderes al pueblo de la Isla en armas, para el cual sería la república cuya fundación inició el Partido desde los trabajos preparatorios de la guerra.

De ahí, la insistencia de Martí en el artículo citado de *Patria*, del 3 de abril de 1892, cuando se refiere al Partido: “Él es el fruto visible de la prudencia y justicia de la labor de doce años”.<sup>23</sup>

En dos palabras: el Partido Revolucionario Cubano fue la original creación de José Martí mediante el largo y detenido examen y asunción de las tradiciones revolucionarias cubanas. He ahí su lección.

<sup>23</sup> “El Partido Revolucionario Cubano”, ob. cit., p. 369.

## Alcance y trascendencia del concepto de república de José Martí\*

El aparato categorial de Martí ha sido tan poco estudiado que ni siquiera se ha establecido un cuerpo de sus conceptos o analizado a fondo algunos de ellos. Han sido los estudiosos que han abordado sus escritos con otros propósitos, quienes alguna que otra vez han señalado el alcance o el valor categorial de algunos de los términos. Esta ausencia se enmarca dentro de otra de mayor alcance: aún esperamos todos por un examen que nos dé las claves de su pensamiento. Los estudios acerca de su filosofía —que parecerían ser los que tendrían que habernos aportado en tal sentido— han pecado generalmente de insistir en la clasificación de sus ideas y en una organización de estas como cuerpo filosófico en sentido estricto, sin la pretensión de analizar los presupuestos, basamentos y estructuraciones de ese pensamiento que fue expresado de manera consciente como un todo, como una cosmovisión.

Disponemos por suerte de un inteligente y abarcador examen de su pensamiento económico;<sup>1</sup> pero no ocurre lo mismo con su

\* Ponencia presentada en el XXIII Congreso de la Latin American Studies Association (LASA, 2001), en Washington, 7 de septiembre de 2001. Publicado en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, no. 25, 2002, pp. 46-50.

<sup>1</sup> Rafael Almanza Alonso: *El pensamiento económico de José Martí*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1990. Este mismo autor publicó un valioso y aportador ensayo referido al pensamiento martiano

ideario político, que ocupa el mayor espacio en su obra y acerca del cual se ha escrito mucho. En este último terreno podría decirse que patria y libertad son los conceptos que más han atraído la atención, y, recientemente, equilibrio y república, aunque en la aplastante mayoría de los casos los acercamientos han sido más contextuales que dedicados a explicar la lógica de funcionamiento del pensar martiano. Una excepción notable ha sido el libro de Paul Estrade acerca de la democracia como uno de los ejes principales del pensamiento de Martí.<sup>2</sup> En realidad, la obra trabaja con exhaustividad con este concepto mediante una aprehensión totalizadora de sus ideas económicas, sociales y políticas, por lo que resulta notable en virtud de sus valores analíticos y metodológicos.

Hay que reconocer, sin embargo, que durante los últimos treinta años algunos estudiosos han examinado el término martiano de república justamente como un concepto al que ha de conferirse una importancia singular para la comprensión de la totalidad de su pensamiento.<sup>3</sup>

globalmente en: “La acción histórica en José Martí”, en *Contracorriente*, La Habana, no. 1, julio-septiembre, 1995.

<sup>2</sup> Paul Estrade: *José Martí, los fundamentos de la democracia en América Latina*, Madrid, Ediciones Doce Calles, 2000.

<sup>3</sup> Véanse los textos siguientes: Pedro Pablo Rodríguez: “La idea de la liberación nacional en José Martí”, en *Pensamiento Crítico*, La Habana, no. 49-50, febrero-mayo de 1971 y *Anuario Martiano*, La Habana, no. 4, 1972; Ramón de Armas: *La revolución pospuesta*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, p. 198, y La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2002. (*N. de la E.*), y “La república cubana de Martí”, en *Casa de las Américas*, La Habana, no. 76, enero-febrero de 1973; Manuel Maldonado Denis: “Martí y su concepto de revolución”, en *Casa de las Américas*, La Habana, no. 67, julio-agosto de 1971; Jorge Ibarra: “La república moral de Martí”, en *José Martí, dirigente político e ideólogo revolucionario*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1980, pp. 214-287; Luis Toledo Sande: “Doce puntos sobre gobierno y funcionamiento social en José Martí”, en *Casa de las Américas*, La Habana, no. 198, 1995, y La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2008; e Ibrahim Hidalgo Paz:

La revisión de su obra permite comprender sin mayor esfuerzo que cuando Martí habla de república es frecuente que no se esté refiriendo a una forma de gobierno, sino a un tipo de sociedad, y que en su amplia escritura en torno a la independencia de Cuba — aunque no solo allí— emplea la palabra con un valor conceptual aún superior, pues le sirve para denotar el nuevo tipo de sociedad que a su juicio debía constituirse en las Antillas libres.

Tal sentido es lo que le confiere alcance conceptual al término, al extremo de que puede considerarse como su categoría fundamental para explicar su idea de las transformaciones que habrían de producirse en Cuba a fin de garantizar una verdadera independencia.<sup>4</sup>

La república era para Martí un proceso que comenzaba desde la guerra por la independencia e, incluso, desde la organización de esta. Así, si la guerra habría de conducirse con método y espíritu republicanos, el Partido Revolucionario Cubano —vehículo para concertar la unidad entre los patriotas hacia la lucha armada— sería ya una especie de ensayo republicano. De ahí la importancia que Martí concedió a la democracia dentro del Partido y al ejercicio del sufragio. Recuérdese que en los *Estatutos secretos*,<sup>5</sup> se establecían tanto la representatividad en los Cuerpos de Consejo de las localidades de todos y cada uno de los clubes allí adheridos al Partido, como la celebración anual de elecciones en que se escogía al presidente de dichos Cuerpos, y al delegado y al tesorero de la organización. Y bien sabemos que hasta su muerte Martí fue un

---

“Reconquistar al hombre. Notas sobre la revolución de José Martí”, en *Temas*, La Habana, no. 8, octubre-diciembre de 1996, y en *Partido Revolucionario Cubano Independencia y democracia*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, primera edición 2010 y segunda edición 2011, pp. 258-270.

<sup>4</sup> Tal apreciación fundamenta la conocida obra de Emilio Roig de Leuchsenring *La república de Martí*, La Habana, 1960; quien allí afirma que en Martí se expresa un “programa de fundamental nacionalismo y de radical transformación republicana de la colonia”.

<sup>5</sup> “Estatutos secretos del Partido”, 1892, *OC*, t. 1, p. 281.

celoso cumplidor de estos principios de funcionamiento de esa organización política.

Su insistencia desde su desembarco en Cuba en abril de 1895 para constituir un gobierno, no era solamente con el propósito de impedir la manifestación del caudillismo entre los jefes militares. Su voluntad era educar a los patriotas sobre las armas —como había venido ocurriendo entre los emigrados— en el ejercicio de métodos republicanos, lo cual no contradecía impedir los obstáculos que durante la Guerra de los Diez Años se habían levantado contra el desarrollo de las operaciones militares.

Esta escueta frase de su *Diario de campaña* sintetiza su idea: “el Ejército, libre,—y el país, como país y con toda su dignidad representado”.<sup>6</sup>

Luego la república se forjaba desde la guerra. Primero: porque el gobierno por constituir adoptaría la forma republicana. Segundo: porque mediante el ejercicio del sufragio los patriotas en armas elegirían sistemáticamente a sus representantes.

Así, al lograrse la separación política de España se habría acumulado una práctica, una cultura republicana, que se volcaría hacia la nueva nación.

Si revisamos cuidadosamente las diversas referencias martianas a la república ya alcanzada la independencia, encontraremos que nunca la explica como una forma de organización estatal sino como una manera de ser, como una forma de vida. La república, en sus palabras, no obedece a un esquema gubernamental preconcebido, sino que una y otra vez es un deber ser hacia el que había de tender la sociedad republicana, independizada del colonialismo.

Observaciones directas a la forma de gobierno solo encontramos en una ocasión en su *Cuaderno de apuntes*,<sup>7</sup> y de ellas quedan claros su deseo de respetar el criterio de la minoría aunque se adopte el de la mayoría y un cierto ejercicio del poder de forma colegiada. Sin embargo, son numerosas las referencias a cuáles serían los objetivos de aquella república.

<sup>6</sup> *Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos, OC*, t. 19, p. 229.

<sup>7</sup> “Fragmentos”, *OC*, t. 22, pp. 108-109.

En su magistral ensayo “Nuestra América”<sup>8</sup> se halla la mejor síntesis de tales objetivos. Es obvio que su crítica a las repúblicas criollas del Continente indican claramente cómo no debía ser la antillana. Se trataba de que la colonia no continuase viviendo en la república a través de la implantación de modelos políticos y de organización social que perpetuasen el hábito de mando de los opresores. Había que situarse del lado de los oprimidos, del hombre natural (el indio, el negro, el campesino) y cumplir sus ansias de justicia social.

Luego, es evidente que la república cubana tendría que remover el modo de vida colonial —para Martí algo de mucho más alcance que las formas del despotismo político colonial— y abrir cauce a la justicia social, lo cual, a todas luces, implicaba transformaciones sociales radicales. Por tanto, la perspectiva republicana de Martí, además de incluir la forma de estructuración del Estado y del gobierno, subordinaba esta al cambio social en función de las clases populares.

Sabemos que para él ese cambio habría de ser para alcanzar el equilibrio social entre las diferentes clases y capas. Llamo la atención acerca de que su concepto de equilibrio expresado en fórmulas tan conocidas como “con todos, y para el bien de todos”, no significaba en modo alguno sostener el *statu quo* colonial o reproducir el practicado en las repúblicas de nuestra América. En ambos casos eran sociedades de injusticia, desequilibradas. No se trataba, pues, de mantener esos desequilibrios que hasta ponían en peligro el sostenimiento de la independencia frente a la amenaza expansiva de Estados Unidos, sino de alcanzar el equilibrio. Este es entonces un desiderátum al que solo podría arribarse si se practicaba efectivamente la justicia social.

Por consiguiente, esa es la clave de la república cubana, y de ahí el evidente alcance ético de la república martiana. Tal perspectiva era —y es aún— de franco carácter revolucionario, aunque Martí

<sup>8</sup> José Martí: *Nuestra América. Edición crítica*, investigación presentación y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Marianos-Casa de las Américas, 1991; *OC*, t. 6, pp. 15-23.

insistiese en que no se trataba en modo alguno de hacer desaparecer las clases propietarias, sino de eliminar el “exceso de nuestras vanidades y soberbias”.<sup>9</sup> Sí se trataba para él de evitar que la república fuese una cuenta corriente o cosa palaciega de una docena de criollos.<sup>10</sup> Por eso, cuando proclama que la república sería de “justicia para todos”, queda claro que en su opinión faltaba justicia para muchos. Ese desbalance, ese desequilibrio sería el que habría de romper la república para llegar en la república democrática al “equilibrio de la justicia de los hechos”.<sup>11</sup>

Tan importante era para él alcanzar la justicia que en una de sus crónicas norteamericanas proclamó que la política es “el arte de ir levantando hasta la justicia la humanidad injusta”.<sup>12</sup> La república cubana, pues, sería la práctica de la política así concebida.

Él mismo estableció cómo se alcanzaría la salvación de la patria mediante la obtención de justicia para todos:

En “la justicia práctica de sus leyes y costumbres”.

En “el carácter original y directo de sus hijos”.

En “el inmediato ensanche de las fuerzas del trabajo maravillosas”.<sup>13</sup>

El que Martí no dejase un programa de gobierno, un plan concreto de medidas por ejecutar luego de ser obtenida la independencia, no significa que no estemos en condiciones de comprender hacia dónde estas serían orientadas.

Sabemos, por una parte, que insistió en que la tierra era la base esencial de la riqueza y que no podía estar concentrada en pocas manos. Una clase de propietarios campesinos sería el bastión de una

<sup>9</sup> Carta a Ricardo Rodríguez Otero, 16 de mayo de 1886, *OC*, t. 1, p. 194.

<sup>10</sup> “Autonomismo e independencia”, *OC*, t. 1, p. 355.

<sup>11</sup> “La proclamación del Partido Revolucionario Cubano el 10 de abril”, *OC*, t. 1, p. 391.

<sup>12</sup> “En los Estados Unidos”, *OC*, t. 12, p. 57.

<sup>13</sup> “A los presidentes de los Cuerpos de Consejo de Key West, Tampa y Nueva York”, 9 de mayo de 1892, *OC*, t. 1, p. 437.

nación de base agrícola que habría de desarrollarse mediante la diversificación productiva y de mercados, y cuya industria habría de fundamentarse en sus capacidades agrícolas. Sobre tal esquema económico-social, por otro lado, la república debería alcanzar y sostener el equilibrio, que se aseguraría mediante la posibilidad de ofrecer trabajo y una educación que permitiese una agricultura de alta productividad y una sociedad moderna, asentada en sus propias bases de autoctonía mediante la adopción de un sistema político y social original, no mera reproducción de los que ya funcionaban en otras partes del orbe.

En más de una ocasión Martí habla de la república nueva en Cuba. La novedad, desde luego, habría de venir por su forma —que debería ser original— tanto como por su contenido: terminaría con el espíritu colonial y los desequilibrios sociales, se abriría al mundo moderno desde su propio tronco y proporcionaría un desarrollo económico capaz de sustentar las necesidades básicas de su pueblo. Desde tales condiciones y, al mismo tiempo, para garantizarlas con efectividad, la república cubana habría de contribuir al equilibrio de América y del mundo. Su propia existencia en las condiciones históricas en que se procuraba su surgimiento, sería ya parte de tal contribución: Cuba —junto a Puerto Rico también libre— evitaría el derrame de Estados Unidos hacia la región centroamericana y antillana y su avance más al sur del Continente.

Para Martí se trataba —lo sabemos bien— de impedir una nueva forma de dominación en esta zona del mundo y de evitar la disputa que esa nueva hegemonía de la naciente potencia levantaría desde las potencias europeas. Al equilibrio internacional era imprescindible entonces una república en Cuba, ya no colonia de España, pero capaz también de asegurar su permanencia en el concierto de naciones libres mediante el justiciero equilibrio social interno y el verdadero desarrollo económico y social en función y desde sus propios intereses.

Desde esa república nueva se avanzaría, entonces hacia el fin supremo de toda su obra y de su vida: “desuncir al hombre” mediante

la conquista de la victoria en la lucha más definitiva y universal “entre el desinterés y la codicia y entre la libertad y la soberbia”.<sup>14</sup>

Esa esperanza, ese sueño que Martí con enorme realismo practicó al echar hacia delante la lucha por la república cubana, es aún sueño de muchos, en esta época incierta que vivimos. Ojalá que según sea conocido, el pensamiento martiano sirva de acicate para ello como lo ha sido para los cubanos.

<sup>14</sup> “Los pobres de la tierra”, *Patria*, 24 de octubre de 1894, *OC*, t. 3, p. 304.

## La república, Martí y la nación\*

*“Sé desaparecer.  
Pero no desaparecería mi pensamiento...”<sup>1</sup>*

A algo más de un siglo de su muerte en combate y ante el inminente sesquicentenario de su nacimiento, José Martí es uno de los símbolos reconocidos de la nación cubana. No hay duda alguna de que ninguna otra personalidad de la historia insular ha cobrado tal sentido. Antonio Maceo y Máximo Gómez, los hombres que constituyeron junto a Martí la tríada dirigente de la Revolución de 1895, y Carlos Manuel de Céspedes, venerado como el Padre de la Patria por haber sido el iniciador de la lucha armada contra el colonialismo español, no han alcanzado en la posteridad el mismo hondo sentido simbólico y paradigmático que Martí, quien, además, durante los últimos decenios ha sido crecientemente reconocido en tal carácter también fuera de Cuba.

\* Ponencia leída durante el Segundo Congreso Internacional “Cuba: Cultura, Iglesia y Sociedad”, Eichstatt, Alemania, 6-8 de noviembre de 2002. Reunidos a propósito del centenario de la república cubana, los organizadores del congreso limitaron el análisis conjunto a sus primeros 57 años. De allí que en este estudio solo se consideren las líneas esenciales y los elementos del proceso por el cual Martí se convirtió en símbolo de la nación durante dicho período. Publicado en *José Martí. Estudios en conmemoración del sesquicentenario de su natalicio. (1853-2003)*, Society of Spanish and Spanish-American Studies, Estados Unidos, 2003, pp. 3-14.

<sup>1</sup> Carta a Manuel Mercado, 18 de mayo de 1895, en José Martí: *Correspondencia a Manuel Mercado*, compilación y nota de Marisela del Pino y Pedro Pablo Rodríguez, introducción de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2003, p. 337; *OC*, t. 20, p. 163.

El proceso mediante el cual el líder de la independencia antillana alcanzó tal significación comenzó durante su propia existencia, pero tuvo lugar sobre todo luego del 20 de mayo de 1902. Varias razones de muy diferente naturaleza fueron interactuando para dar lugar a ese sentido de símbolo nacional alcanzado por Martí, en un complejo proceso que se afianzó y cobró nuevos aspectos después del triunfo revolucionario del 1º de enero de 1959.

Se ha dicho en más de una ocasión que ya en vida Martí tendió a ser tomado como uno de los símbolos de la patria, como lo evidencia el que fuera llamado por los emigrados Maestro y Apóstol. Es cierto que ambos nombres enfatizan en su condición de guía, de conductor, lógico correlato de su condición histórica de dirigente del movimiento patriótico. Su indudable carisma que atraía a personas de diferentes sectores sociales, lo reiteran los testimonios de quienes lo trataron y lo vieron en la tribuna patriótica y se trasluce en tales calificativos. A ello contribuyeron también su dedicación a las labores patrióticas con patente desprendimiento de lo material y de lo personal, sus ideas acerca de crear una república de justicia y equidad social —recordemos su frase que se repetía como un lema desde los años previos a la Guerra de Independencia: “Con todos, para el bien de todos”—,<sup>2</sup> y su manifiesto acercamiento en su acción política a los hombres de trabajo, en particular a los obreros de las tabaquerías, un sector social entonces con alta conciencia patriótica y de clase.

Se trata, en suma, de que la condición ética del hombre y del dirigente político a todas luces fue apreciada por sus contemporáneos, incluidos sus adversarios políticos e ideológicos.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> “Discurso en el Liceo Cubano de Tampa”, 26 de noviembre de 1891, *OC*, t. 4, pp. [266]-279.

<sup>3</sup> El periodista español Adolfo Llanos y Alcaraz lo llamaba “el primer Apóstol filibustero, alma de la insurrección y jefe indiscutible de los laborantes”. (“Los separatistas cubanos, *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 8 de mayo de 1895. El acápite dedicado a Martí se reproduce en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, no. 20, 1997, pp. 258-259). Filibustero y laborante llamaban los partidarios del

Si su presencia en 1895 en los campos de Cuba libre fue fugaz en el tiempo (apenas algo más de cinco semanas) y no pudo quizás influir decisivamente en la mayoría de los hombres que pelearon durante la contienda bélica, en las emigraciones sí caló hondo su personalidad, tanto en Nueva York —su lugar de residencia continuada desde mediados de 1881—, como en el combativo Cayo Hueso, en Tampa y otros lugares de la Florida y de Estados Unidos, al igual que en Jamaica, República Dominicana, Haití y Costa Rica, donde encontró una emigración de campesinos agrupados en torno a sus jefes de la Guerra de los Diez Años.

Esa emigración que lo leyó sistemáticamente, que lo oyó y lo vio en sus discursos, que se entusiasmó y esperanzó con él y con un promisorio futuro para la patria —aunque el proceso histórico de su liderazgo no fuera tan unánime ni tan velozmente aceptado como suele presentarse—, fue asumiéndolo como una especie de mesías, cuya imagen se completó con su muerte en combate.

En una población como la cubana, de cultura católica de siglos, es evidente la cercanía a los símbolos y el lenguaje del cristianismo, por lo que de algún modo quedaba implícita la posibilidad de su resurrección, obviamente no la física —idea ya imposible para mentes educadas también en la modernidad y el positivismo—, pero sí de su pensamiento y de la ejecución en la práctica de su proyecto republicano.<sup>4</sup>

---

colonialismo español a los patriotas cubanos. José Ignacio Rodríguez, prominente intelectual cubano establecido por muchos años en Estados Unidos, anexionista y fuertemente vinculado con los políticos expansionistas del Partido Republicano, apreció lúcidamente el radicalismo antimperialista de Martí y lo consideró peligroso. A ello dedicó una parte del capítulo XXIX de su libro *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la isla de Cuba a los Estados Unidos de América*, reproducido en *Casa de las Américas*, La Habana, enero-febrero de 1973, pp. 98-100.

<sup>4</sup> De hecho, a lo largo de la república se habló en más de una ocasión de la necesidad de la resurrección del pensamiento martiano, palabra empleada también con frecuencia luego de 1959.

Después de su caída el 19 de mayo de 1895, la memoria de los emigrados conservó y agrandó aquella imagen, orlada ahora con el atractivo del sacrificio de su vida: el líder aceptado y admirado por su capacidad y dedicación para unir a los patriotas fue desde entonces también el mártir, cuya decisión de ir al combate tendió a ser desaprobada. No solo los intelectuales cubanos y latinoamericanos que habían leído o conocido a Martí consideraron innecesaria —y hasta un error— su presencia en la guerra, sino que en muchas de las publicaciones de la emigración también se expresó semejante enjuiciamiento, lo que constituyó la base sobre la cual se levantaría la absurda tesis del suicidio, que cobró arraigo en la conciencia popular y que aún hoy se expresa, a pesar de los serios estudios que la echan por tierra plenamente.<sup>5</sup>

No puede desdeñarse el peso de tal imagen en la conciencia social cubana finisecular y de comienzos del siglo xx, aunque hoy sea sumamente difícil de medir en términos históricos y sociológicos.

Cuando la república surgió, aunque nadie mencionara a Martí en los discursos oficiales del 20 de mayo de 1902, su recuerdo y su imagen simbólica estaban presentes en sectores de los que habían peleado por la independencia y entre los emigrados, muchos de los cuales regresaron al país con la esperanza y el deseo de impulsar la república martiana.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Esta idea del suicidio parecería a primera vista que choca con la del héroe como símbolo de la nación, aunque suele fundamentarse en razones éticas, que realzan la estatura moral de Martí: buscó la muerte frente a las balas españolas desencantado políticamente porque Maceo —y para algunos Gómez también— rechazaban su presencia en Cuba, o —con mayor altruismo aun— porque entendía necesaria su caída para cerrar su obra de impulso patriótico. Valdría la pena someter a estudio los enunciados escritos y las expresiones orales de la idea del suicidio, aunque es patente que no suele enjuiciarse este supuesto acto martiano como una cobardía, conducta evidentemente inadmisibile en el símbolo de una nación que se constituyó derrochando coraje en los combates por la independencia, cuya aureola de gloria ha estado siempre en el ideal nacional.

<sup>6</sup> Fueron los emigrados que regresaron a la Isla quienes recolectaron fondos para comprar la casa natal en la Habana Vieja y la entregaron a la madre de Martí a finales de 1901.

Se ha escrito durante mucho tiempo que la personalidad de Martí estuvo olvidada o, al menos, apagada durante los primeros veinte años republicanos. Estudios recientes demuestran que no fue así exactamente.<sup>7</sup> Ciertamente en la política cotidiana y en lo que pudiera llamarse la alta cultura, al parecer la presencia martiana fue relativamente débil, si se le compara con lo que sucedería posteriormente: se conocen una mala novela con episodios ficticios de su vida que no trascendió literariamente;<sup>8</sup> la estatua del Parque Central, erigida por votación solicitada a un grupo de personalidades (entre ellos escasas personas de ejecutoria patriótica extensa); la primera biografía<sup>9</sup> y la obra del manzanillero Julio César Gandarilla, quien combatió arduosamente en sus artículos la injerencia yanqui en nombre de Martí, obra considerada durante mucho tiempo como casi excepcional dentro del periodismo nacional de la época.<sup>10</sup> Sin embargo, en los frecuentes juicios, análisis y referencias a la situación cubana que produjo buena parte de la intelectualidad de la época, aunque preocupada por el mantenimiento de la identidad nacional y propulsora de muchos caminos para ello, no se solía acudir a Martí para sostener tal punto de vista. A lo mejor no le conocieron

<sup>7</sup> Marial Iglesias Utset: “La descolonización de los nombres: identidad nacional y toponimia patriótica en Cuba. 1898-1902”, *Debates Americanos*, La Habana, no. 9, enero-junio de 2000, pp. 44-54; y el capítulo 2 del monumental libro de Ottmar Ette: *José Martí. Apóstol, poeta revolucionario: una historia de su recepción*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.

<sup>8</sup> *Martí. Novela histórica por un patriota*, La Habana, La Moderna Poesía, 1901. Según Ottmar Ette, (ob.cit.), apareció nuevamente en 1915, firmada por Franco Rander —al parecer un seudónimo—, y fue reimpressa en 1929 y en 1931.

<sup>9</sup> *América. José Martí*, por Roque E. Garrigó, La Habana, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., 1911.

<sup>10</sup> Gandarilla reunió sus escritos en el libro elocuentemente titulado *Contra el yanqui*, que publicó en La Habana, en la Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., en 1913. Uno de los textos allí compilados se titula “Resucita, Martí”. Hay ediciones más recientes como la de la Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.

o lo leyeron muy poco; quizás quienes se acercaron al Maestro lo apreciaron demasiado radical para sus proyectos de regeneración nacional.

Pero, ¿cómo pasar por alto, y no comprender su significado en el proceso de simbolización martiana, el hecho de que en los días subsiguientes al cese de la soberanía española hubiera un movimiento masivo en las alcaldías, con amplio apoyo popular, para dar nombre a las calles con los de los patriotas, y que prácticamente en todas las localidades exista desde entonces una calle Martí, siempre una de las vías principales de la población? ¿Y qué decir de las cenas martianas y de los festejos por su nacimiento los 28 de enero surgidos durante la primera década del siglo veinte? Quizás aquel culto comenzaba sin mucha elaboración conceptual y sin un conocimiento hondo de la palabra y los hechos martianos; quizás daba rienda suelta a la sensibilidad y a las emociones patrióticas, y probablemente se asentaba en muchos elementos del inconsciente. Pero lo cierto es que la cultura popular sí se reconoció y se afianzó a sí misma con un fuerte y claro sentido nacional, en lo que la personalidad martiana —y la de otros líderes revolucionarios— iba alcanzando un sentido simbólico.

Pero tales manifestaciones de inicio de un culto al líder, por entenderse que este condensaba la nación, no solían dejarse por escrito ni obedecían a un análisis de su acción y de su pensamiento, ni tampoco eran privilegiadas por los medios de difusión ni por la acción oficial del Estado y su aparato, ni por las instituciones representativas de la intelectualidad y las clases acomodadas.

La tesis que quiero presentar en estos breves apuntes es que la creación del símbolo fue un proceso de creación colectiva, conformador, y a la vez impulsor, de la conciencia nacional, y cuyas manifestaciones más significativas en los comienzos republicanos se fueron dando en la práctica social por diferentes medios de la cultura popular. La simbolización de la nación cubana en Martí no fue, a mi juicio, obra de una persona ni de un grupo intelectual o político, como a veces han dado a entender los acercamientos al tema, aunque el examen de este proceso no puede excluir el aporte de varias

personas y de ciertos grupos, los que—inclusive—pudieron contribuir decisivamente al proceso en determinados momentos. Fue justamente un proceso histórico-social, que formó parte del propio desarrollo de la conciencia social cubana durante la república en su proyección y ejecución de la nación.

Como se ha señalado más de una vez, las propias condiciones de la república nacida el 20 de mayo de 1902 contrastaban con el proyecto revolucionario del 95 enarbolado por Martí durante la preparación de la Guerra de Independencia. Ello, desde luego, favoreció que la práctica social simbolizara en su personalidad todos aquellos anhelos frustrados a partir de entonces.

La soberanía del Estado cubano limitado por la Enmienda Platt, que prácticamente lo convertía en un protectorado, fue la primera gran frustración del ansia independentista que mayoritariamente animaba al pueblo cubano. Si hubo algunas dudas acerca del alcance de la referida Enmienda, estas quedaron desechadas luego de su aplicación en 1906, tras la renuncia de Tomás Estrada Palma. El acelerado dominio de la economía cubana —especialmente el decisivo sector azucarero, el comercio exterior, la banca y los principales servicios públicos— por el capital financiero de Estados Unidos, que ocasionó el despojo definitivo de la propiedad de la tierra para el pequeño y mediano propietario cubano y la notoria disminución del capital hispano-cubano en la industria azucarera, completó el panorama hegemónico del vecino del Norte sobre la Isla.

A la frustración política se unía, pues, la económica. Y si a ello se suma que el control del poder del estado fue compartido por antiguos patriotas y personalidades de los partidos que aceptaron el *status quo* colonial, reunidos todos en el interés de mantenerse o ascender socialmente desde esas posiciones de poder que también abrían el acceso al sistema dependiente azucarero, queda claro por qué para muchos sectores populares desde muy pronto la república no cumplía con las esperanzas de justicia social levantadas durante la Revolución del 95. Ello fue especialmente claro desde un principio para el campesinado, que se veía despojado aceleradamente de la propiedad de la tierra, y para los negros y mulatos, quienes vieron cerrarse las

posibilidades de la plena igualdad tras la sangrienta represión contra el Partido de los Independientes de Color en 1912.<sup>11</sup>

La república fue semicolonial, racista, corrupta, con pocas oportunidades económicas para amplios sectores nacionales, por mucho que la clase política proclamara su cubanía como expresión del espíritu nacional y de equidad social que condujera las luchas por la independencia. Si la apatía, el escepticismo y la procaz picardía para la supervivencia fueron formas de expresar la frustración ante esa situación, mientras el sistema dependiente fue capaz de crecer en sus volúmenes de azúcar para exportar a Estados Unidos, ello sirvió de estabilizador y de contención a los inevitables conflictos sociales a que conducían la frustración, el desencanto y el malestar.

Pero la crisis como consecuencia del rápido estancamiento del sistema dependiente azucarero durante el decenio de los veinte, y su brutal eclosión durante la crisis mundial de los treinta, clausuró cualquier posibilidad y cualquier esperanza de que las clases medias y sectores del proletariado —y hasta grupos de la burguesía agraria y la pequeña industria— pudieran hallar acomodo dentro del sistema. Se trataba, para la mayoría de tales sectores, simplemente de alcanzar la más elemental supervivencia.

Desde entonces, lo que había sido preocupación de personas de larga vista y angustia cotidiana sobre todo del campesinado desposeído, fue cobrando cierta masividad e impulsó la búsqueda de soluciones al problema nacional. Se pasó de la crítica de minorías lúcidas a la acción concreta de amplios sectores y clases sociales para rescatar la nación para los cubanos. La dependencia económica a través del dominio de la nación y sus recursos por el capital financiero extranjero fue reconocida bien pronto como

<sup>11</sup> En su propaganda antirracista y en favor de la equidad racial, los independientes “respaldaron con cuidado sus declaraciones con citas de Martí sobre la igualdad”, afirma la historiadora Aliñe Helg en su libro *Lo que nos corresponde. La lucha de los negros y mulatos por la igualdad en Cuba. 1886-1912*, La Habana, Imagen contemporánea, 2000, p. 209. La edición original en lengua inglesa se titula *Our Rightful Share*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1995.

el corazón del problema cubano, que cerraba el dogal sobre la soberanía del estado nacional impuesto a través de la Enmienda Platt, incluida en la Constitución cubana y rubricada como Tratado Permanente entre Cuba y Estados Unidos. Para tal conocimiento más de un texto martiano resultaba útil, al igual que, y sobre todo, para emprender la transformación de esa sociedad dependiente en una república verdaderamente nacional para la mayoría de los cubanos.

Así, Martí pasó de ser uno más de los héroes —no siempre el más destacado— querido en lastimoso llamado —“Martí no debió de morir”, se cantaba— a ser empleado como contraste crítico con la realidad, y, finalmente, a ser el ejemplo al cual se apelaba para enfrentar el orden de cosas y para transformarlo, de modo de alcanzar “el sueño martiano”.<sup>12</sup> Símbolo y al mismo tiempo paradigma de la nación que despertaba se iba convirtiendo Martí. El culto martiano favorecía, pues, la movilización para el cambio social.

La construcción del símbolo requería, por supuesto, del conocimiento de su vida, de su obra, y, sobre todo, de su pensamiento. Durante los años veinte y treinta aparecieron rápidamente varias biografías que gozaron de buena aceptación, y las publicaciones periódicas comenzaron a sistematizar la apertura de espacio a su recuerdo y estudio en sus aniversarios de natalicio y de muerte, y a reproducir sus escritos con relativa frecuencia. Los intelectuales, especialmente los jóvenes, impulsaron la impresión de sus textos y varias ediciones, los divulgaron hasta con éxito de público, en franco contraste con la escasa venta de la primera edición de sus *Obras completas*, preparadas por Gonzalo de Quesada y Aróstegui.

Justamente durante esos decenios se inició la obra de estudio, edición y divulgación de quienes serían hasta la revolución de 1959 los principales conocedores de la obra martiana: Gonzalo de Quesada y Miranda, Jorge Mañach, Juan Marinello y Félix Lizaso,

<sup>12</sup> Sería también interesante un serio estudio de la formación y el alcance de esta imagen del “sueño martiano”.

todos jóvenes de la llamada Generación del 30.<sup>13</sup> Junto a ellos se destacaron los aportes al conocimiento de la vida y la obra martiana de Emilio Roig de Leuchsenring,<sup>14</sup> cuya obra historiográfica fue declaradamente antimperialista.

El conocimiento del hombre y de sus ideas era imprescindible para la apropiación de su personalidad por quienes aspiraban a modificar el *status quo* republicano. Así, prácticamente todos los que se iniciaban también por entonces en el liderazgo político leyeron con fruición y dedicación los escritos de Martí. Julio Antonio Mella ha

<sup>13</sup> Quesada y Miranda, hijo de quien fuera secretario de Martí en Nueva York y el primer compilador de sus *Obras completas*, continuó esa labor de su padre y publicó estas en setenta y cuatro volúmenes a precio popular, (La Habana, Editorial Trópico, 1936-1953), fue el director técnico de la colección aún vigente en veintisiete tomos, reimpressa en varias ocasiones luego de aparecer en 1963-1965, (La Habana, Editorial Nacional de Cuba), escribió además numerosos libros y escritos en torno a Martí, y promovió su conocimiento desde la Fragua Martiana. Mañach, además de sus varios artículos y ensayos de tema martiano, fue su biógrafo por excelencia: su *Martí, el Apóstol*, publicado por vez primera en 1933, (Madrid, Espasa-Calpe, S.A.), anda ya cerca de la vigésima edición. Marinello se dio a conocer como estudioso de Martí con una cuidadosa y anotada edición de sus versos, (*Poesías de José Martí*, La Habana Cultural, 1928), escribió numerosos ensayos y en su vejez actualizó su compilación poética con acierto, (*Poesía mayor*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1973). Lizazo fue el primer compilador de la correspondencia martiana, (*Epistolario de José Martí*, tres tomos, La Habana Cultural, S. A., 1930-1931), se dedicó a investigar múltiples aspectos de su vida y obra, y a recopilar y publicar muchos de sus escritos, además de publicar numerosos artículos y una biografía, (*Martí, místico del deber*, Buenos Aires, Editorial Losada, S.A., 1946, reimpressa en 1952 por la misma editorial).

<sup>14</sup> Publicó, entre otros, un importante estudio histórico: *Martí en España*, La Habana Cultural, S.A., 1938; *La República de Martí*, que alcanzó varias ediciones antes de 1959; y publicó muchos textos y compilaciones martianas en folletería a través de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, bajo su dirección, además del volumen *Vida y pensamiento de Martí*, que reúne un notable grupo de estudios.

sido destacado más de una vez, con razón, por su clarinada para estudiar a Martí.<sup>15</sup> Y también pasaron por igual necesidad y satisfacción de conocimiento Rubén Martínez Villena, Raúl Roa, Pablo de la Torriente Brau y otros destacados antimachadistas luego líderes revolucionarios.

Todos los nuevos movimientos políticos surgidos desde los años veinte que no respondían a los viejos caudillos republicanos, y los líderes que aparecían, se afincaron con ahínco en el análisis de los problemas del país desde la perspectiva martiana y se convirtieron, sin dudas, en lectores frecuentes de sus textos y en verdaderos conocedores de las líneas esenciales de su pensamiento, independientemente de las variadas perspectivas metodológicas e ideológicas desde las que lo abordaron.

Pero no podemos limitar el análisis solo a estas personalidades de la cultura y de la política. Impulsado y sostenido por esos estudios y puntos de vista, es cierto, la personalidad de Martí fue ganando espacio crecientemente en la conciencia popular también mediante dos procedimientos esenciales: el rechazo y la crítica a la sociedad republicana en nombre de sus ideales republicanos y el despliegue de su ética de servicio como paradigma moral para el individuo y para la sociedad.

Como se ha reconocido más de una vez, la escuela y los maestros fueron forjadores de la conciencia nacional sobre la base del culto a la historia y a las tradiciones patrióticas que formaron la nacionalidad, e impulsaron la incorporación de Martí, de su vida, de su palabra, de su ética, al proceso pedagógico y a la formación de valores morales y nacionales en varias generaciones de niños republicanos. Lo hicieron puede decirse que de manera espontánea o sin que fuera aspecto establecido de la política educacional, al menos hasta los años cuarenta.

<sup>15</sup> *Glosa al pensamiento de José Martí*, publicado originalmente en un folleto en 1926 y reproducido en numerosas ocasiones. Ver Julio Antonio Mella: *Documentos y artículos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975. Este texto resulta notable por la perspectiva que plantea para el abordaje de la obra del Maestro.

La larga y profunda crisis estructural del sistema azucarero dependiente puso el problema nacional sobre el tapete del debate del país en los más diversos órdenes. Hubo una voluntad de atrapar y expresar lo cubano en la esfera artística, se intentó explicar la psicología social del país, y se examinaron los problemas tratando de rescatar la nación soñada por Martí y los libertadores del siglo XIX. Y, sobre todo, la lucha social se fue agudizando y planteando con claridad según los sectores antimachadistas fueron comprendiendo las raíces históricas y sociales de la dependencia hacia Estados Unidos.

Así, no es casual que en los programas políticos de casi todas las organizaciones que afrontaron la tiranía de Gerardo Machado y que se plantearon el cambio de algunas estructuras y, sobre todo, el rescate de la soberanía nacional mediante la eliminación de la Enmienda Platt, se esgrimieran explícitamente las ideas de Martí como sostén principal de sus análisis y perspectivas. El combate por el rescate y la transformación de la nación para sí se hizo en nombre de Martí y se legitimó a su sombra por los más diversos y variados actores, grupos políticos, clases y estamentos sociales, todo lo cual, a su vez exigió concederle entonces un particular sentido simbólico a su persona dentro de ese proceso.<sup>16</sup>

Puede decirse entonces que fue el proceso revolucionario de los treinta el que aportó la comprensión o la necesidad de simbolizar la nación en Martí.

Las complejas circunstancias posrevolucionarias favorecieron ese proceso de simbolización. La revolución no triunfó, y las reformas que estableció la Constitución del 40 prácticamente no fueron implementadas jamás. Pero la Enmienda Platt fue derogada en 1934, y disminuyó con ello notablemente la sensación de humillación nacional. Por otro lado, el liderazgo represivo militar de Fulgencio Batista, que descabezó al proceso revolucionario, vino abajo

<sup>16</sup> Así puede constatararse en los programas del Directorio Estudiantil Universitario de 1930 y del Ala Izquierda Estudiantil, de los partidos ABC, Joven Cuba y, posteriormente de la Izquierda Unida, de la ORCA, del Partido Agrario Nacional y del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico).

en 1944 con el triunfo del Partido Auténtico, y el acceso al poder político de los verdaderos e inmaculados hasta entonces luchadores antimachadistas, lo cual pareció abrir el camino a las reformas contenidas en el texto constitucional de 1940.

La canonización del símbolo se oficializó entonces desde los organismos del Estado. El partido gobernante se llamaba Revolucionario Cubano, como el de Martí; al presidente electo, Ramón Grau San Martín, muchos lo llamaban el Mesías porque era considerado el que llevaría cabo las reformas y porque había tenido que abandonar el poder al caer el gobierno revolucionario de los Cien Días en 1934, nunca reconocido por el gobierno norteamericano. Integrado por grupos diversos que tenían en común su pasado antimachadista, su deseo de remover a Batista y al Ejército, y la noción de que era necesario impulsar cambios para un desarrollo nacional burgués, los auténticos implantaron una retórica martiana desde el gobierno en el discurso oficial y promovieron de cierto modo la difusión de su obra escrita. Martí fue canonizado como el símbolo de la nación, para lo cual fueron momentos efectivamente aprovechados la inauguración del mausoleo en Santiago de Cuba donde reposan sus restos, los actos conmemorativos por el centenario de su nacimiento —preparados bajo el gobierno auténtico de Carlos Prío Socarras, quien no los pudo ejecutar al ser derrocado el 10 de marzo de 1952 por el golpe militar de Batista—, y los proyectos iniciales para erigir un conjunto arquitectónico administrativo y conmemorativo en la Plaza Cívica, hoy Plaza de la Revolución, en el que se destacaba el Monumento a Martí que llevaría una gran estatua suya.<sup>17</sup>

Pero los auténticos no encontraron una burguesía nacional en que apoyarse y cuyos intereses pudieran representar desde el gobierno,

<sup>17</sup> Antoni Kapcia ha estudiado con inteligencia la relación entre la construcción de lo que llama el mito de Martí y el populismo posrevolucionario: “Cuban Populism and the Birth of the Myth of Martí”, en Abel, Christopher y Nissa Torrents, eds., *José Martí. Revolutionary Democrat*, Londres, The Athlone Press, 1986, pp. 32-64. En un libro reciente, este autor examina más a fondo el tema: *Cuba. Island of Dreams*, Oxford, New York, 2000.

ni tampoco pudieron aprovechar la época de la Segunda Guerra Mundial para impulsar un despegue industrial mediante los mecanismos de sustitución de importaciones, como ocurrió en otros países latinoamericanos. Su reformismo quedó castrado, y Cuba se mantuvo, como antes, atada a Estados Unidos por la dependencia azucarera, con una tendencia marcada a disminuir su presencia en el mercado norteamericano organizado por el sistema de distribución de cuotas anuales. Y al igual que sus predecesores antes de la fracasada Revolución del 30, la nueva clase política solo dispuso del poder del Estado para el ascenso social, el enriquecimiento personal y la posibilidad de entrar en el mundo de los negocios.

Estas circunstancias del país valen de igual manera para otros grupos políticos surgidos del vendaval revolucionario de los años treinta, que ya habían participado en el gobierno constitucional de Batista de 1940 a 1944, como el ABC, el Partido Demócrata y otras agrupaciones. Fue un fenómeno generalizado a la clase política cubana que se adaptaba al sistema dependiente renovado por el New Deal y la política del Buen Vecino rooseveltianos. Por tanto, la simbolización de la nación en Martí buscaba no solo sostener ideológicamente en principios nacionalistas al régimen sino también legitimarlo como el verdadero heredero del Maestro.

Dadas estas circunstancias, lógicamente Martí, su obra y sus ideas, se convirtieron en parte de las luchas y debates políticos, señalados por una creciente frustración y desencanto entre quienes apreciaban la incapacidad del Partido Auténtico para emprender al menos una obra de reformas nacionalistas, no ya un programa de transformaciones revolucionarias. El descrédito de la política como sinónimo de corrupción se sustentó en muchos casos en la recurrencia a la ética martiana, y crecientemente se hablaba de nuevo de la lejanía de la república con los sueños de Martí.

Luego el descrédito de los auténticos y, de hecho, de cierta manera, de la misma democracia burguesa, no alcanzó a Martí, quien fue entendido de diferente manera como símbolo de la nación. Para la clase política, como un mecanismo legitimador de su actuación; para los contestatarios y disidentes, como el símbolo que incapacitaba

la acción de aquellos y que incitaba a culminar la obra de constituir la nación a plenitud. Incluso, el partido marxista de la época, tras no pronunciarse al respecto durante mucho tiempo, aunque sus fundadores e iniciadores más destacados fueron martianos —Baliño, Mella, Martínez Villena—, de algún modo oficializó una postura ampliamente favorable a Martí. Su secretario general entonces, Blas Roca, lo llamó en 1948 “revolucionario radical de su tiempo”, y reconoció su sentido paradigmático para las aspiraciones de justicia social y antimperialismo nacionalista del Partido.<sup>18</sup>

Ello explica el auge del tema martiano en la vida intelectual cubana y en la cultura toda de los años cuarenta y cincuenta, lo cual, a su vez, contribuyó a fijar el sentido de Martí como símbolo de la nación. Proliferaron los bustos de Martí en calles, plazas, parques, escuelas y todo tipo de organismos públicos y privadas. Se institucionalizó la conmemoración del 28 de enero con paradas escolares, anuncios pagados en la prensa por industriales y comerciantes, y todo tipo de actos oficiales y privados. Lo más significativo, es quizás, que Martí entró a formar parte del imaginario del cubano en chistes, cuentos, reflexiones, mitos, el cancionero popular. Fue “ese misterio que nos acompaña”, como diría en su peculiar lenguaje el escritor José Lezama Lima.

Por entonces hubo varias ediciones de sus *Obras completas*<sup>19</sup> y numerosas compilaciones temáticas; se editaron varias biografías que aportaron pocos nuevos conocimientos o enfoques acerca de su vida, pero que tuvieron lectores; y se publicó una enorme folletería con sus escritos, semblanzas y pensamientos sueltos que aprovecharon su estilo aforístico para ofrecer frases útiles para recordar en los momentos más diversos de la vida social. El centenario de su natalicio, el 28 de enero de 1953, propició una amplísima cantidad de

<sup>18</sup> La Editorial Páginas publicó un folleto suyo con ese título en 1948. Véase en *Siete enfoques marxistas sobre José Martí*, La Habana, Editora Política, 1978, pp. 39-67.

<sup>19</sup> A las ya mencionadas de la Editorial Trópico, se unen las conmemorativas por el centenario de su nacimiento preparadas por la Editorial Lex, en dos tomos, La Habana, 1946, reimpresas en 1948 y 1953.

publicaciones y de actos conmemorativos, tanto oficiales como de variadas instituciones, en las que se resaltó comúnmente, y desde las más variadas posiciones, el sentido simbólico de la nación que encarnaba Martí. Y es sintomático que los jóvenes que se comenzaron a organizar justamente en ese año para combatir la nueva tiranía de Batista se denominaran “generación del centenario”, y se acogieran a la sombra martiana para proclamar la necesidad de salvar la nación de aquel gobierno considerado espurio y de abrirle caminos a las reformas pendientes para el desarrollo del país.

Se ha dicho, no sin cierta razón, que ese estilo aforístico y sentencioso de Martí ha permitido el uso de sus frases —como aún hoy se hace a menudo— para los más variados propósitos y desde las más diversas ópticas.<sup>20</sup> Sin embargo, no puede pasarse por alto, que jamás ha sido empleado para validar un juicio o una postura contra los valores humanos y éticos más elementales. Pueden objetarse muchos de los usos y abusos que se hicieron entonces —y que también se hacen en nuestro tiempo— de las palabras martianas y hasta cuestionarse hasta dónde mantienen el verdadero sentido del que las escribió, pero más allá de las intenciones de quienes lo han hecho, no he hallado hasta el momento empleo alguno para justificar conductas inmorales o expresamente contrarias a la idea de la nación, aunque, por supuesto, haya más de un criterio en torno a esta, sino todo lo contrario.

Martí como símbolo de la nación cubana fue establecido durante los años de la república dependiente como paradigma moral de hombre y de personalidad histórica, y hasta como ejemplo de perfección individual y colectiva, y así ha seguido siendo, por cierto, hasta nuestros días.

Tal ha sido, sin dudas, uno de los aportes a la conciencia nacional que nos han dejado los años republicanos.

<sup>20</sup> Habría que estudiar también el indudable parecido que salta a la vista de inmediato en muchos casos entre los procedimientos de lectura de los textos martianos y de la *Biblia*.

## Otro acercamiento a La Mejorana\*

La historia de toda época y de todo país suele tener puntos oscuros, controvertidos o francamente polémicos, a veces porque se trata de asuntos difíciles de conocer por falta de información, o porque se hallan sometidos al debate interpretativo, o porque se mantienen francamente desconocidos hasta que alguien los saca a la luz pública.

En el caso de la historia de Cuba, la conferencia efectuada en el ingenio demolido La Mejorana entre José Martí, Antonio Maceo y Máximo Gómez es uno de esos temas que levanta hace mucho tiempo agudas divergencias de criterios entre los historiadores, y que siempre ha suscitado el interés de buena parte de los cubanos.

No pretendo en estas notas estudiar exhaustivamente la cuestión, sino solo presentar un criterio o, más bien, un ángulo que me parece que no ha sido observado en la numerosa literatura al respecto.

En primer lugar, se trata de un hecho bien conocido en lo que se refiere a su fecha, los participantes y los aspectos esenciales. La conferencia entre los “tres grandes” de la revolución cubana ocurrió el 5 de mayo de 1895 en la casa de vivienda de la finca La Mejorana, abandonada por su propietario. Así lo atestiguan numerosas personas que estuvieron aquel día en ese sitio.

En segundo lugar, hay abundancia de testimonios escritos por los propios presentes o recogidos por terceras personas. Se trata, sin lugar a dudas, de fuentes primarias, de primera mano, consideradas

\* Publicado en *Universidad de La Habana*, La Habana, no. 246, enero-diciembre de 1996, pp. 37-42.

entre las más valiosas por los investigadores. Y entre ellas resaltan las de dos de los protagonistas —Martí y Gómez—, escritas casi inmediatamente en sus diarios respectivos al término de la reunión.

En tercer lugar, y como el asunto viene dando guerra hace mucho a los interesados en la historia de Cuba, son numerosísimos los estudios, las reflexiones y las simples opiniones emitidas sobre lo que allí se habló entre los tres líderes.

Luego, no caben dudas de que nos hallamos ante un acontecimiento bastante conocido, a pesar de que la desaparición, arrancadas, de las páginas del diario de Martí correspondientes al día del encuentro han dado una aureola de misterio al asunto, y obviamente nos impiden saber exactamente qué pensó y cómo se sintió el Delegado en ese momento.

El problema parece girar entonces en torno a la siguiente pregunta: ¿qué fue lo tratado en La Mejorana? Sin embargo, lo interesante es que más de un testimonio de los allí presentes indica los temas conversados, como expresan, y claramente lo escribieron, Martí y Gómez en los apuntes de sus diarios.

Así, por ellos mismos sabemos perfectamente que se trató (además, al parecer, de la invasión a Occidente y de la distribución de los mandos del ejército) acerca de la conducción política del movimiento revolucionario iniciado el 24 de febrero de 1895, específicamente de cómo sería organizada la dirección de la guerra. E, incluso, conocemos que hubo un fuerte choque de opiniones contrarias entre Martí y Maceo, pues el General insistía en que la representación del movimiento patriótico debía quedar en manos de figuras militares, o sea, que la conducción política y militar del movimiento debía estar absolutamente unificada en las mismas personalidades guerreras.

No quiero citar frases bien conocidas dados los límites de propósitos y de espacio que yo mismo me he impuesto para presentar mi enjuiciamiento principal. Solo estoy recordando que es sabido que hubo un disenso de opiniones, en el que Gómez se inclinó —según los indicios— del lado de Martí, y que la conversación fue agria, enconada, pugnaz.

Pero hay más. La casi totalidad de los que se han acercado a examinar el asunto —incluidos Gómez y Martí—, coincide en que hubo acuerdos: se convocaría a una asamblea de representantes de quienes se habían integrado a las filas del Ejército Libertador, en la que se tomaría la determinación final sobre el asunto en cuestión.

Entonces, ¿qué se debate hoy?; ¿por qué la conferencia de La Mejorana aún apasiona los ánimos y levanta las expectativas de los auditorios cuando el conferencista o el escritor se refieren al tema?

No puedo inventariar la numerosa bibliografía y, por tanto, tampoco puedo relacionar los numerosísimos criterios vertidos en torno a la reunión. Quiero simplemente expresar que realmente lo que se ha estado debatiendo casi desde hace cien años es quién tuvo la razón, si Martí o si Maceo. De un modo u otro, y aunque así no se explicita, lo que se ha tratado en la aplastante mayoría de los casos, es inclinar la balanza hacia uno de los lados, y hay que reconocer, por cierto, que se ha tendido con mayor frecuencia a darle la razón al Delegado.

Quiero aclarar que es perfectamente comprensible que el debate se haya dado sobre tal base, pues la posteridad siempre enjuicia los hechos precedentes y sus actores: esa es, sin lugar a dudas, una de las principales maneras que tenemos de apropiarnos del pasado e incorporarlo a nuestro presente.

Por otro lado, el debate ha sido muchas veces solapado; muy pocos se han atrevido a afirmar que están enjuiciando la actitud de los “tres grandes”, o que siquiera pretenden hacer tal cosa. El comprensible y necesario respeto hacia las personalidades cimeras de nuestras gestas independentistas, la sacralización a que siempre son sometidas —en toda época y en todas partes— tales personalidades históricas de estatura tan elevada, han impedido el reconocimiento cabal del real asunto en debate.

Incluso, quienes han hecho expresa su voluntad de que su análisis de La Mejorana justifique asuntos del presente, bien que se han cuidado de no permitir arrojar sombra de duda acerca de su probada veneración por la personalidad cuya opinión de hecho, sin embargo, han desestimado u objetado.

Por suerte, parece que no hemos tenido explícitamente una línea pro Martí y otra pro Maceo, aunque —repito— en el fondo de los debates lo que se ha estado haciendo una y otra vez es enjuiciar las concepciones de ambos. Y aunque a veces haya asomado tal partidismo, es una suerte que no se haya planteado explícitamente, pues así se ha impedido no solo el cuestionamiento de tales personalidades dentro del culto patriótico, sino también la aparición de una corriente historiográfica martiana y otra maceísta, como sí ha ocurrido con los diferendos patrióticos dentro de la Guerra de los Diez Años, cuando hoy todavía se escribe una y otra vez exactamente desde las mismas perspectivas y alineaciones de entonces.

Por otro lado, ha de reconocerse que —probablemente sin que nadie así se lo haya propuesto— luego del triunfo revolucionario de 1959, especialmente a partir de los años setenta, en nombre de la unidad revolucionaria y desde la veneración de nuestras tradiciones, se tendió a orillar el debate en torno a La Mejorana. Sin que nadie lo declarara un tema tabú, prácticamente desapareció de la divulgación histórica y de la enseñanza el hecho real del desacuerdo profundo y la enconada discusión allí sostenida entre Martí y Maceo, sin que, sin embargo, el problema dejase de permanecer vivo en la conciencia popular.

Se hablaba a menudo de aquella reunión como una seráfica conversación en la que hubo pleno acuerdo y de la que salieron la Asamblea y la Constitución de Jimaguayú, con la creación de un Consejo de Gobierno con facultades legislativas y ejecutivas al mismo tiempo, que solo intervendría en la dirección de las operaciones militares “cuando a su juicio sea absolutamente necesario a la realización de otros fines políticos”. Y, sorpresivamente, tal transacción entre los grupos, concepciones e intereses representados en aquel sitio histórico camagüeyano, nos aparecía como el lógico, necesario y feliz resultado de lo acordado en La Mejorana.

El estudio del desencadenamiento de la Guerra de Independencia y de sus primeros pasos —como el de todo proceso histórico— no puede en modo alguno ser reducido a una perspectiva lineal en que los hechos se suceden unos tras otros y se explican por ese

encadenamiento causal, ni —mucho menos— como la aplicación en el acontecer o en los acontecimientos de una o varias voluntades, de una o varias ideas luminosas, de uno o varios acuerdos tomados.

Por suerte, los grandes hombres, en particular los grandes políticos, suelen darse cuenta de esto aunque no lo teoricen, y no es de extrañarnos la insistencia de Martí en continuar la marcha hacia Camagüey junto a Gómez, a “deponer” su autoridad de Delegado ante la Asamblea de representantes, en lo que a todas luces parecía una campaña de proselitismo político, como tampoco nos ha de sorprender que Maceo declare que enviará a esa reunión hombres que no puedan ser enredados por el doctor Martí. Ambos sabían muy bien que estaban en medio de una lucha política dentro de la revolución, y ambos salieron de La Mejorana con el propósito de asegurar la prevalencia de sus respectivas ideas, como era de suponer en personalidades con plena conciencia de su talla histórica y sinceramente deseosas de alcanzar el objetivo independentista por el que luchaban.

Lo que se trata en nuestros días, cien años después de aquel encuentro, es de intentar comprender las razones de uno y otro, los fundamentos de sus criterios respectivos y la manera en que ambos fueron tratando de llevarlos a vías de hecho, con el obvio respeto debido a quienes abrieron el camino de la patria libre, pero sin la parálisis en el análisis que nos impida entender cómo y por qué vieron las cosas de determinada forma.

La conformación del pensamiento de Martí ha sido mucho más estudiada que la de Maceo, seguramente porque el Maestro dejó por escrito sus ideas en su voluminosa obra. Pero se requiere estudiar más a fondo las concepciones del Titán, por cierto bien sostenidas durante la Protesta de Baraguá y la formación del efímero gobierno con jefes militares que intentó prolongar la contienda del 68, y en los comienzos de los aprestos del Plan de San Pedro Sula, en 1884, cuando expresó a Máximo Gómez la reiteración de sus ideas acerca de la necesidad de la unión del mando político y militar en los mismos jefes militares del movimiento.

Sin embargo, aún es muy poco lo que conocemos del vasto plan que Maceo movió durante su estancia en Cuba en 1890, como tampoco disponemos de un estudio de su significación y presencia durante la organización de la Guerra de Independencia, sobre todo que en su caso no tenemos hasta ahora documento alguno que lo señale explícitamente como un elemento de la rama o la parte militar de la acción del Partido Revolucionario Cubano, como sí ocurre con Máximo Gómez, aunque no es de dudar, por supuesto, de su leal colaboración al proyecto encabezado por Martí en su condición de Delegado, como así lo atestiguan las entrevistas y la correspondencia entre ellos durante el período 1892-1895.

Luego creo —ante el centenario de la caída del Titán de Bronce— que no hay lugar para el ocultamiento. La Mejorana fue un choque, en mi opinión, de concepciones y de liderazgo. Sin embargo, creo que sí tenemos pleno derecho a reflexionar acerca de cómo aquel enfrentamiento se dio dentro de una ética y de principios revolucionarios que impusieron férreos límites a la acción de sus protagonistas.

La historia de los procesos revolucionarios —como agudos momentos de contiendas políticas armadas— muestra en más de un caso cómo dentro de estos se han desatado luchas intestinas entre grupos o personalidades, que a menudo se han dirimido mediante enfrentamientos armados y ejecuciones, aunque haya habido una comunidad de intereses en los objetivos profundos y más generales. No por gusto se creó la frase de que la Revolución devoró a sus propios hijos en la Francia revolucionaria.

En otros casos, sin llegar al derramamiento de sangre, las luchas intestinas han impedido la unidad de acción entre las fuerzas revolucionarias, como ocurrió en Cuba con el desgaste progresivo de la unidad patriótica durante la Guerra de los Diez Años, lamentable y desgarrador proceso vivido bien dentro de los acontecimientos por Máximo Gómez y Antonio Maceo, y experiencia necesariamente recurrente para el movimiento patriótico cubano posterior, como se aprecia en las ideas de Martí.

Pero la propia Guerra del 68, a pesar de que no pudo sostener la unidad revolucionaria, ofrece más de un ejemplo en que las diferencias internas fueron resueltas o, al menos afrontadas, dentro de los propios marcos de legalidad e institucionalidad creados por los patriotas. Recordemos la dictadura de Donato Mármol en Tacajó, quien cedió ante la autoridad de Céspedes; o las diferencias entre este y jefes militares como Ignacio Agramonte —quien hasta renunció a su mando— o Máximo Gómez —quien fue destituido y no aceptó algunas propuestas de sus subordinados de rebelarse contra el Padre de la Patria—; o las insubordinaciones de los villareños contra jefes de otras regiones y contra el propio Gómez, aceptadas por los jefes que dejaron sus mandos. Incluso el gravísimo cantonalismo de Holguín, o las protestas de Lagunas de Varona y Santa Rita encabezadas por Vicente García, o la deposición de Céspedes, y hasta el proceso final que condujo a la firma del propio Pacto del Zanjón, fueron indudablemente elementos negativos para la unidad revolucionaria; pero en todos los casos fueron presentados por sus protagonistas como acciones dentro de la legalidad impuesta por el ordenamiento acordado en la Asamblea de Guáimaro, aunque la acción divisionista fuera dirigida a alterar tal ordenamiento.

Se trata, pues, de que el movimiento patriótico cubano se conformó en medio de la lucha armada bajo el sistemático afán de sostener una institucionalidad propia, que fue considerada fuente de derecho, incluso cuando se imponían acciones que objetivamente la hacían tambalear.

Prueba de ello es también que las dignidades civiles y militares conferidas por la República en Armas fueron reconocidas durante la Guerra Chiquita, la “tregua fecunda” y la Guerra de Independencia. Lo que se inició el 10 de Octubre y lo acordado en Guáimaro, por más criticado que fuera, por más disputas y pasiones encontradas que provocara, fue admitido como el basamento, como el inicio de un proceso continuado en otros momentos históricos.

Así lo reconocieron expresamente Martí y Gómez en el Manifiesto de Montecristi, cuando iniciaron ese texto recordando que la guerra comenzada en Yara entraba luego del 24 de febrero en un

nuevo momento. Es decir, había conciencia de la pertenencia a un mismo proceso histórico-político.

Ese afán institucionalizador, ordenador, se halla igualmente en La Mejorana. Obsérvese que la discusión entre Martí y Maceo no cuestiona la necesidad de crear un aparato que dirija la guerra y que conduzca hacia la república independiente: el debate es acerca de cómo hacer ese aparato y de quiénes quedaban con el poder revolucionario en sus manos.

De igual manera tampoco se discute el derecho de que sean los hombres sobre las armas —Cuba libre— los que decidan acerca de la conducción de la contienda en que se juegan la vida.

Y lo más importante: el desencuentro no culminó en un cisma. A pesar de cierto ambiente ominoso que Martí cree hallar tras la reunión en la finca, Maceo lo recibe a él y a Gómez al día siguiente —el 6 de mayo de 1895— en su campamento, donde son vitoreados y reconocidos en su liderazgo por sus tropas. Como, por supuesto, tampoco encontramos que el Delegado y el General en Jefe actúen contra Maceo: ambos ni piensan en sustituirle de su mando natural en Oriente o de discutirle su derecho a la disensión con ellos dos.

Es evidente que había un reconocimiento entre ellos acerca del papel capital de la tríada en los destinos de Cuba bajo un camino desatado en buena medida por su acción. Y lo que es más importante: ese reconocimiento implicaba la comprensión de la necesidad de la unión por encima de las disensiones, aunque se tuviera la voluntad, al mismo tiempo, de tratar de hacer prevalecer el punto de vista de cada cual.

No tenemos ninguna prueba documental ni razón que permita sospechar algún indicio de que una de las partes intentara eliminar a la otra, bien física, bien políticamente. Todo parece indicar que Maceo pensaba que el lugar de Martí era el exterior, en Estados Unidos, pero ello no deja de asignarle una posición que el propio General comprendía que era decisiva para la guerra y para la política independentista, como lo demostraron los mismos acontecimientos.

Hubo diferencia, hubo disenso, hubo disputa fuerte en La Mejorana, pero se mantuvo la ética del respeto al liderazgo y a la

condición incuestionablemente revolucionaria del otro. Esa fue grandeza, honradez y pureza entre dirigentes decididos a alcanzar el objetivo de la república independiente, y entre hombres de carácter firme y conscientes de su valía y de su representatividad.

Esa es, *grosso modo*, mi lectura contemporánea de la reunión de La Mejorana, la que creo además más útil hoy cuando la nación atraviesa por uno de sus momentos más difíciles. Y esa firme conducta moral, de respeto al compañero de bando y de ideas, sin dejarlo fuera de juego, fue, tanto en Martí como en Maceo, botón de gloria que el pueblo cubano ha asimilado y debe sostener siempre.

## 18 de mayo de 1895. La última carta de Martí a Manuel Mercado\*

Esta carta iniciada por Martí el 18 de mayo de 1895 y que nunca pudo terminar porque cayó en combate el día siguiente, ha sido convertida por la posteridad en uno de los documentos básicos para explicar las líneas maestras de su pensamiento.

La misiva fue escrita por el Maestro en el campamento de Dos Ríos, donde pernoctó aquella noche junto al general Máximo Gómez. Ambos se dirigían hacia Camagüey, tras la entrevista con Maceo en La Mejorana unos días antes, y continuar los pasos organizativos de la revolución en marcha mediante la constitución de un gobierno representativo de los patriotas sobre las armas.

La propia carta ilustra acerca de los propósitos que animaban a su remitente y de la delicada urdimbre política que tejía Martí por entonces con su habitual delicadeza y probada habilidad en tales menesteres.

El destinatario que nunca recibió aquellas letras, el mexicano Manuel Mercado, era su amigo desde su estancia en el hermano país entre 1875 y 1876, y la correspondencia entre ambos había crecido a lo largo de los años hasta aquel día.

Las cartas de Martí a Mercado muestran la confianza que el cubano depositaba en este: con frecuencia abría su alma y le contaba

\* Publicado en *Bohemia*, La Habana, no. 11, año 92, mayo, 2000, pp. 4-6. Todas las citas de su carta están tomadas de José Martí: *Correspondencia a Manuel Mercado*, compilación y nota de Marisela del Pino y Pedro Pablo Rodríguez, introducción de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, pp. 377-340; *OC*, t. 20, pp. 161-164.

sus angustias, sus pesares, sus dolores. Esta, que sería la última, sigue ese patrón, y quedó trunca justamente cuando el revolucionario cubano pasaba a tratar los temas íntimos, en este caso su propia amistad con el mexicano, en cuya casa había residido a mediados de 1894, durante su última visita a México.

### El porqué de su hacer silencioso

El primer párrafo se abre calificando a Mercado de hermano, como en otras tantas cartas, pero se destaca en esta ocasión el calificativo de queridísimo, no usado antes. Quizás la índole de las revelaciones a continuación llevó a Martí a remarcar con el superlativo la demostración de amistad. De inmediato, tras ese saludo, viene la bien conocida larga tirada en que sintetiza los magnos objetivos antiimperialistas de su acción política y el porqué de su hacer silencioso e indirecto.

En los dos párrafos siguientes Martí comenta su entrevista con Eugene Brysson, corresponsal del periódico norteamericano *The New York Herald*, cuya presencia en Cuba todavía hoy no sabemos si era solamente de carácter profesional o si cumplía alguna misión encubierta. La duda surge en primer lugar por el sentido de la conversación de aquel corresponsal, quien se había movido libremente por las líneas españolas y hasta había conversado con Arsenio Martínez Campos, quien intentaba entonces conducir la insurrección a un nuevo Zanjón, como en 1878.

Martí cuenta a Mercado que Brysson le habló de los intereses anexionistas en Cuba, de manejos financieros yanquis para comprar la Isla y hasta de la confesión del propio Martínez Campos de que España preferiría entenderse con Estados Unidos —como ocurriría en las conversaciones de paz de París, en 1898— antes de que con los patriotas cubanos. Singular entrevistador este Brysson, quien logra llegar hasta donde se hallan el general en jefe y el delegado del Partido Revolucionario Cubano, es decir, las dos figuras centrales del movimiento independentista, nada más y nada menos que para

hablarle a Martí del traspaso de la colonia al vecino del Norte. ¿Estaban tanteando al Delegado aquellos intereses anexionistas? ¿Querían saber cómo tomaba la dirección revolucionaria la posibilidad de la anexión?

Me inclino a pensar que Martí comprendió la jugada, en primer lugar por la extensa y detallada relación de esa conversación con el periodista que relata a Mercado, lo cual le hace declararle al amigo sus objetivos antimperialistas desde el comienzo de la carta. “Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David”, es la muy citada frase con que Martí enlaza ambos asuntos.

Es decir, vivió en el monstruo y por eso pudo él trazarse un proyecto liberador para impedir la expansión de Estados Unidos hacia el sur de América a través de las Antillas españolas; y como vivió en el monstruo intuyó los intereses anexionistas y quizás pudo sospechar el carácter encubierto del viaje de Brysson.

### La guerra de Cuba “ha venido a su hora...”

A continuación, el líder cubano explica que él cumple con su deber impulsando la guerra, acción que se ejecuta explícitamente contra la anexión. Es interesante apreciar que al referirse a este asunto, Martí reitera una idea que ha escrito antes hasta en textos públicos como el Manifiesto de Montecristi: la guerra de Cuba “ha venido a su hora en América”.

De nuevo, insiste en el carácter continental de aquella contienda por la independencia. Y, con visión de estadista, fundamenta al amigo mexicano la opinión de que persistir en la lucha armada era la manera de impedir la anexión, pues a su juicio Estados Unidos no aceptaría que España le traspasase la colonia en guerra ni estaría en condiciones de continuarla contra los patriotas cubanos.

La carta sigue con un largo párrafo en que se tratan varios asuntos, derivados del anterior. Como estadista, Martí privilegia la acción diplomática y pregunta qué podría hacer México para contribuir a evitar la anexión de Cuba. La interrogante no era solo para el

amigo sino también para el hombre que ocupaba la subsecretaría de Gobernación, y cuyas relaciones y gestiones con altas personalidades del gobierno mexicano le habían permitido al cubano encontrarse con el presidente Porfirio Díaz durante su viaje de 1894, a quien explicó en una carta —y seguramente también en la entrevista— la significación de Cuba libre y no anexada para sostener la propia independencia de México frente a Estados Unidos. Tan importante considera este asunto que afirma rotundamente: “Esto es muerte o vida, y no cabe error”.

### “...obra de relación, momento y acomodo”

Como señala que él mismo buscaría la manera de impulsar ese apoyo de México, Martí le explica a Mercado cómo está trabajando en la manigua para constituir la autoridad de la revolución dentro de la Isla, con su cuidadosa manera de actuar: “estas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodo”.

Tal análisis conduce su escritura por un momento al relato, y cuenta cómo arribaron él y Gómez, y de sus andanzas durante esas cinco semanas en Cuba. Pero la perspectiva del político en plena faena abrevia e interrumpe su prosa narrativa y la carta vuelve en el mismo párrafo a explicar cómo aprecia él la opinión acerca de la constitución de una dirección representativa de los cubanos en armas: el ejército sin trabas y una organización republicana sencilla.

### “Sé desaparecer”

Para darle esa forma a la revolución dice que marchan él y Gómez al centro, a Camagüey, para allí deponer Martí su autoridad de delegado: Por eso concluye hablándole al amigo de su persona y de cómo aceptaría incluso quedar al margen de la dirección que allí se constituyera. “Sé desaparecer” son sus palabras, a las que agrega de inmediato la convicción de cómo sus ideas habían calado y cómo continuaría sirviendo: “Pero no desaparecería mi pensamiento”.

Obvia es la importancia de esta carta, referida una y otra vez por quienes se han dedicado a estudiar las ideas martianas en torno a la organización de la guerra y a los pasos prácticos emprendidos por él para ello. No pueden pasarse por alto estos pasajes de la carta por quien pretenda referirse a los días finales de su vida. Y parece, sin embargo, que a veces no se ha leído esta misiva cuando algunos insisten en afirmar que Martí se aprestaba a salir de Cuba por aquellos días, rechazado por los jefes cubanos, y que se hallaba tan amargado que al día siguiente de comenzar esta carta fue a suicidarse al combate

### Es evidente que iba a ser terminada

No hay dudas de que esta carta se interrumpió por circunstancias fortuitas, pero es evidente por su texto que iba a ser terminada. ¿Qué sentido tenía entonces escribirle estas confesiones políticas a Mercado? El tono y el sentido todo del documento son optimistas y peleadores. Son las palabras de un político en plena acción que revela al amigo los fines más hondos de su obra y los pasos más inmediatos en que se hallaba inmerso.

No hay derrotismo sino despliegue de voluntad cuando en las primeras líneas señala que tiene ánimos con que realizar su deber de impedir la expansión estadounidense. Al igual que hay conciencia de los riesgos, pero no búsqueda desesperada de la muerte cuando afirma: “ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y mi deber”.

### Para esa importante tarea Martí quería vivir

¿Pensaba abandonar a Cuba, a la guerra al fin desatada a su impulso, el hombre cuya mayor preocupación es cerrarles el paso a los anexionistas? ¿Suicida el optimista incurable que se identifica con el pequeño David de la Biblia, que logró vencer con una honda al gigante, o que dice en sus líneas finales que sólo la emoción del deber

le alzó de la muerte apetecida? ¿Buscaría la muerte a conciencia el 19 de mayo el hombre que acababa de escribir la noche antes que él le hallaría a México “modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende”? ¿Aplastado por el choque de opiniones en La Mejorana quien, unos días después, como político sabio, escribe a Mercado que comprende y acepta la opinión de que el ejército sea libre y de que la organización republicana sea sencilla, pues, “en cuanto a formas, caben muchas ideas”?

El hombre que montó a caballo en Dos Ríos el 19 de mayo cuando el campamento mambí fue sorprendido, dentro de sus muchos deberes pendientes quería sin dudas terminar esta carta, no solo para culminar sus ideas acerca de la amistad a propósito de la reciente muerte del poeta mexicano Manuel Gutiérrez Nájera, amigo mutuo de Mercado y de Martí, sino porque la misiva tenía además una importantísima función que cumplir en los círculos gubernamentales mexicanos. Para esa tarea Martí quería y tenía que vivir, para cumplir lo que consideraba su deber ante América y el mundo: “impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”. Cuanto hizo hasta entonces fue para eso; cuanto le quedaba aún por hacer, era para eso.

## El otro ante Estados Unidos. Las “Impresiones” de un español recién llegado a Nueva York\*

Se ha rastreado poco en la prensa cubana del siglo XIX en busca de escritos que nos indiquen cómo fue visto Estados Unidos desde nuestra cultura, particularmente en lo referido a sus proyecciones y relaciones con las naciones hispanoamericanas. El hecho de que se manifestaran una postura y una acción anexionistas en determinadas épocas ha tendido a fijar el criterio de que la admiración ante sus avances materiales y formas de organización política y social fue generalizada y condujo a la asunción del vecino del Norte como referente modélico para Cuba y para el resto del Continente.

No sería extraño que, al menos en momentos tales como la independencia y posterior anexión de Tejas, la guerra contra México, las aventuras anexionistas de William Walker en Centroamérica, y sobre todo la existencia de la esclavitud hasta la Guerra de Secesión hayan dado lugar a apreciaciones desfavorables sobre Estados Unidos entre ciertos sectores ilustrados con acceso a la prensa de la época. Tenemos el bien conocido caso de los textos contra la anexión de Cuba publicados por José Antonio Saco, todo un respetado e influyente forjador de opinión, que marcaron consciente distancia ante la posición de tomar a Estados Unidos como modelo y que

\* Ponencia presentada en la Conferencia Internacional *Con todos, y para el bien de todos*, efectuada en La Habana del 25 al 27 de octubre de 2005. Ver en CD ROM *Con todos, y para el bien de todos. Memorias*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2005.

indudablemente alertaron acerca del avasallamiento de nuestra identidad ante la del vecino.

¿Fue Saco una excepción en el panorama intelectual cubano del siglo XIX o le acompañaron otros en juicios similares o parecidos? Quizás cuando nuestra amiga Ana Cairo publique la compilación en que trabaja de visiones cubanas sobre Estados Unidos a lo largo de aquella centuria podamos tener una idea mejor del asunto.

El tema de la esclavitud conmovió profundamente a lo mejor de la conciencia cubana, y aún le debemos a aquella un estudio a fondo de su desenvolvimiento. En relación con Estados Unidos, baste recordar ahora que el propio José Martí nos contó cómo él, al igual que otros muchos en La Habana, ostentó una banda negra en su brazo como luto por la muerte de Abraham Lincoln,<sup>1</sup> evidencia palpable del sentimiento antiesclavista y de las simpatías por los nortefijos y su líder durante la contienda civil norteamericana.

Hace muchos años Juan Marinello advertía acerca de la importancia del estudio de las fuentes y raíces del antimperialismo de José Martí, uno de los tantos “misterios” aún no develados de su vida intelectual. Parte de ese examen necesario debería incluir, por supuesto, el propio desenvolvimiento de sus ideas acerca de Estados Unidos, al que dedicó más de trescientas crónicas —sus famosas Escenas norteamericanas—, expresión esencial y magnífica de su madurez literaria, análisis único en su época en la lengua española de aquella nación, todo un verdadero *corpus* literario y de pensamiento cuya revisión es imprescindible para conocer la génesis y la lógica de su antimperialismo.

Aquel llamado no lo hemos podido cumplir todavía. No lo puedo cumplir yo esta tarde, por supuesto. Pero sí quiero, dado que me han otorgado la responsabilidad de comenzar este ciclo, dedicarme al menos a los primeros escritos martianos de tema estadounidense, sobre todo para llamar la atención sobre ellos, compartir con ustedes algunas reflexiones —varias de ellas de carácter metodológico— para su análisis, y sobre todo para insistir en la falta de base de

<sup>1</sup> “Vindicación a Cuba”, *OC*, t. 1, p. 238.

ciertas expresiones que se siguen reiterando acerca de la serie titulada “Impressions of America”.

Más de una vez los estudiosos de la obra martiana han advertido los sorprendentes juicios que escribiera en fecha indeterminada en su Cuaderno de Apuntes durante su primera estancia madrileña. Vale la pena leerlo nuevamente esta tarde.

Los norteamericanos posponen la utilidad al sentimiento.— Nosotros posponemos al sentimiento la utilidad.// Y si hay esta diferencia de organización, de vida, de ser, si ellos vendían mientras nosotros llorábamos, si nosotros reemplazamos su cabeza fría y calculadora por nuestra cabeza imaginativa, y su corazón de algodón y de buques por un corazón tan especial, tan sensible, tan nuevo que solo puede llamarse corazón cubano, ¿cómo queréis que nosotros nos legislemos por las leyes con que ellos se legislan? // Imitemos. ¡No!—Copie-mos. ¡No!—Es bueno, nos dicen. Es americano, decimos.— Creemos, porque tenemos necesidad de crear. Nuestra vida no se asemeja a la suya, ni debe en muchos puntos asemejarse. La sensibilidad entre nosotros es muy vehemente. La inteligencia es menos positiva, las costumbres son más puras ¿cómo con leyes iguales vamos a regir dos pueblos diferentes? // Las leyes americanas han dado al Norte alto grado de corrupción. Lo han metalificado para hacerlo más próspero. ¡Maldita sea la prosperidad a tanta costa!<sup>2</sup>

¿Qué conocía entonces José Martí acerca de Estados Unidos? ¿Cómo se había creado en él semejante conciencia acerca de la diferencia de identidades entre aquel pueblo y los nuestros del Sur, y en especial con el cubano? ¿De dónde proviene esa conciencia de identidad tan contrastante con la que se manifestaba por esa época en intelectuales ya canónicos de Hispanoamérica, como Sarmiento, quien veía justamente en el Norte el modelo de progreso y modernidad por seguir?

<sup>2</sup> *Cuaderno de apuntes*, no. 1, OC, t. 21, pp. 15-16.

No es desacertado, pues, colegir que en el ambiente insular flotaban, de alguna manera, esas u otras ideas cercanas, que contribuyeron como una especie de humus para que aquel joven deportado a Madrid elaborara semejantes criterios de honda penetración y maduración conceptual, sorprendentes a los dieciocho años de edad.

Luego puede afirmarse definitivamente que desde esa temprana edad ya Martí veía las sombras de la sociedad estadounidense y no se encandilaba con sus imponentes luces: la veía con “ojos judiciales” —frase feliz que escribiría muchos años después—, como evidencia la explícita condena moral en los apuntes que he leído, cuya motivación y objeto desconocemos.

Es muy fuerte esa maldición final: “¡Maldita sea la prosperidad a tanta costa!”. Inusitada expresión esa en el Martí posterior; pero clara, absolutamente clara en su indicación del rechazo a la mercantilización —la metalificación, como él la llama desde entonces— y que aquí en el apunte, como hemos escuchado, es presentada como una consecuencia de las “leyes americanas”, es decir, de su organización política, de su sistema de gobierno.

Finalmente, tampoco puede pasarse por alto ese contraste en la frase que dice “ellos vendían mientras nosotros llorábamos”, quizás debida al desagrado del patriota por la falta de solidaridad del gobierno norteamericano con los combatientes cubanos, algo que hemos señalado los historiadores más de una vez como factor radicalizador del ideal independentista durante la Guerra de los Diez Años, en cuyos inicios hubo una tendencia hacia la anexión.

Esa frase, al mismo tiempo, nos coloca de lleno ante la idea que quiero presentarles: se trata de *nosotros* (sobrentendidos estos como los cubanos y hasta como los hispanoamericanos) y *ellos* (los estadounidenses), o sea, somos distintos, somos *otros*, no solo porque somos diferentes sino, además, porque nos contraponemos de tal manera *nosotros* y *ellos* que la conclusión del joven es el rechazo de *ellos*, de los *otros*. Los pronombres personales explicitan, pues, esa conciencia de otredad desde entonces.

Si este es un antecedente imprescindible para explicarnos al hombre que arribó en 1880 a Nueva York, tampoco puede dejarse de lado su primer encuentro físico con la sociedad estadounidense, justamente con aquella ciudad, en su tránsito hacia México para reunirse con su familia. Entre el 14 y el 26 de enero de 1875 estuvo en la urbe, y por frases sueltas en textos posteriores sabemos que caminó mucho por ella. ¿Quiénes lo esperaban, quiénes lo alojaron, con quién habló? Son preguntas todavía sin respuestas. Pero sabemos que no se rindió ante la imponente metrópoli que ya admiraba a los viajeros a su arribo a ella, pues durante su posterior estancia mexicana no solo denunció con vehemencia las amenazas norteamericanas contra el país que le daba asilo sino que repitió sus apreciaciones contrastantes sobre Estados Unidos.

Así, por ejemplo, en una gacetilla acerca del regreso a su país del pintor mexicano José V. Carbó, quien había residido en Estados Unidos, escribe que el artista “viene a respirar aire latino en climas menos opresores para un alma tropical que los severos y materialistas climas del Norte”.<sup>3</sup> De nuevo, pues, el materialismo del Norte, evidente alusión a su espíritu mercantilista.

Por si fuera poco, el propio camino de elaboración de su concepto de nuestra América durante sus estancias en México y Guatemala, al insistir en el adjetivo posesivo nuestra para singularizar la especificidad de la identidad latinoamericana, muestra a las claras que el joven escritor ampliaba y desarrollaba su conciencia de otredad frente a Estados Unidos, tema en el que no me extendiendo pues ya he escrito acerca de él con frecuencia.

Con tales antecedentes y con tales presupuestos llegó a Nueva York en enero de 1880, conducido, como sabemos perfectamente, por su responsabilidad en la lucha patriótica cubana que transcurría entonces por la Guerra Chiquita, dentro de la cual él ya se destacaba como una personalidad dirigente, y porque la gran urbe era entonces el centro más importante de la emigración patriótica cubana.

<sup>3</sup> “El pintor Carbó”, *OCEC*, t. 4, p. 287.

Vale la pena insistir en ello, pues ese liderazgo —que se acentuaba a lo largo de aquel año en medio de la emigración patriótica— tuvo que ser, incuestionablemente, factor decisivo en el sostenimiento y desarrollo de su perspectiva para apreciar al país en que se establecía: ya no era un talentoso y precoz joven ilustrado con vocación patriótica sino un conductor de hombres con todas las responsabilidades que ello implica. Su atención hacia Estados Unidos estaría necesariamente mediada desde entonces por esa condición de liderazgo y por su declarada misión de defensa latinoamericanista.

Bajo esas circunstancias básicas hay que asumir entonces el examen de sus “Impressions of America”, la serie de tres artículos que publicara en inglés en el semanario neoyorquino *The Hour* en 1880. No era Martí un joven inexperto en política, ni un previo admirador de Estados Unidos, ni llegaba a Nueva York en busca de mejores condiciones de vida material. El joven que escribió aquellos textos en modo alguno pudo admirarse irreflexivamente ante aquella nación, ante su desarrollo agrícola e industrial, ante sus avances tecnológicos, ante su sistema político sustentado en el ejercicio del sufragio, ante la urbe neoyorquina que aglomeraba hombres de tantos países y culturas, gigantescas fábricas, numerosos barcos, puentes enormes.

Era Martí un viajero con prevenciones, como hemos visto, y escribió, como veremos, desde esas prevenciones. Era un emigrado político, un verdadero exiliado que quería continuar la pelea por la independencia de Cuba y que no arribaba en busca de lecciones y normas de vida moderna. Hasta entonces no había admirado a Estados Unidos ni a la modernidad industrial y burguesa que se imponía en el mundo, como puede leerse también en sus juicios sobre París. Por eso, desde entonces, a su mirada no pudo esconderse lo feo, lo grosero, lo primitivo, lo desagradable, el acometimiento, la ferocidad de aquella sociedad en que la luz eléctrica iba iluminando espacios hermosos en nombre de la Libertad, como quizás ¿ingenuamente? lo creyeron los franceses de la Tercera República cuando unos años después regalaron a Nueva York *La Libertad*

*iluminando al mundo*, la monumental estatua de Bartholdi cuya inauguración reseñara el cubano en una de sus mejores crónicas.<sup>4</sup>

Por eso fue el cronista magnífico y abarcador, que nos dio a la nación del Norte en su totalidad, “en junto” —como él decía—, en sus luces y sus sombras, en su vida material y en su espíritu, en su historia, realidades y deseos, para de ese modo promover el conocimiento de la potencia emergente entre la clase letrada latinoamericana —sus lectores—, y contribuir así a mantener la soberanía de nuestra América y evitar que esta fuese absorbida por la sociedad norteamericana que tantos de sus propios lectores seguramente asumían como modelo.

Insisto en esa imposibilidad de que Martí pudiera tornarse en lo que no había sido hasta entonces ni sería jamás después —un admirador irreflexivo de Estados Unidos— porque aún se repite a menudo el juicio de que en el serial “Impressions of America” se evidencia tal postura en su autor.

Quiero examinar algunos puntos significativos acerca de los textos en cuestión, que estimo demuestran a plenitud exactamente lo contrario: el serial, para mí, es un ejemplo de sus prevenciones que lo conducirían a convertirse en lo adelante en el antimperialista convencido que se reconoce habitualmente. Y es también un ejemplo destacado de la sagaz y brillante estrategia comunicacional que desplegó Martí desde entonces como periodista, escritor y político. Pero antes debo puntualizar algunos aspectos imprescindibles para ese análisis.

Primero: el serial fue escrito para lectores de Estados Unidos, no de Hispanoamérica, hacia los cuales, obviamente, no podía haber acercamiento sobre la base de la crítica descarnada.

Segundo: su escritor era un extranjero proveniente de una tierra considerada por los lectores como primitiva, salvaje, con negros y esclavos, exótica cuando menos, y sometida a una metrópoli decadente, arcaica y atrasada. En fin no era Martí un escritor del centro, desde los paradigmas.

<sup>4</sup> “Fiesta de la Estatua de la Libertad”, *OC*, t. 11, pp. 97-115; *OCEC*, t. 24, pp. 309-326.

Tercero: la publicación, *The Hour*, por su diseño e ilustraciones, estilo literario y temas publicados habitualmente no era un diario de masas para un universo amplio y variado de compradores, sino un semanario elegante iniciado en ese mismo año de 1880 para personas ilustradas, cultas, refinadas, una verdadera élite entonces en Estados Unidos, particularmente asentada en Nueva York.

Cuarto: Martí, necesitado de recursos económicos para sostenerse junto con su familia, había logrado colar sus colaboraciones desde el 21 de febrero de aquel año gracias al pintor cubano Tomás Collazo, y solo había tratado temas de arte y de asuntos españoles. El cubano era, pues, un asalariado de la pluma obligado a moverse dentro de las reglas fijadas por la publicación.

Quinto: Como todavía no dominaba la lengua inglesa, Martí escribió la serie casi seguramente en francés, como nos consta que hacía con los que entregaba a *The Sun* en esos mismos meses. Luego no podemos olvidar cuando trabajamos con estos textos que no disponemos exactamente de la palabra de su autor, sino que lo hacemos con una traducción al español de un escrito en inglés que a su vez tradujo el texto en francés de Martí. Tanto los textos en inglés como la traducción al español son muy cuidadas y diría que hasta atrapan rasgos del estilo martiano; pero por buenas que sean hay que recordar que no nos hallamos directamente ante la escritura martiana.

Sexto: No olvidemos que la experiencia de vida cotidiana que por entonces tenía Martí de Estados Unidos se reducía prácticamente a Nueva York, pues hasta donde sabemos solo había hecho salidas rápidas a lugares cercanos como Cap May, en función de sus labores revolucionarias. Luego no tenía conocimiento *in situ* ni acumulación de lecturas y reflexiones del país en su conjunto ni de su variedad sociológica. Claro está, por supuesto, que Nueva York marcaba el rumbo de la modernidad capitalista estadounidense.

Estos puntos hacen inevitables ciertas preguntas. ¿Por qué escribe las impresiones sobre Estados Unidos, única ocasión en que aborda ese tema tanto en *The Hour* como en *The Sun*, diario neoyorquino donde se han hallado colaboraciones suyas durante 1880 y

1881? ¿Fue por su iniciativa o se las pidieron los editores? ¿Por qué no publicó nuevamente sobre esa temática?

El primer artículo apareció el 10 de julio de 1880. El segundo texto fue publicado el 21 de agosto, es decir, cuarenta días después, y el tercero, el 23 de octubre, pasados algo más de dos meses. El que se publicaran con números romanos indica su planeamiento como serie, pero la distancia que media entre uno y otro lleva a preguntarnos si fueron escritos de una sola vez o si se redactaron en diferentes momentos. ¿Se pensó al inicio en más artículos o siempre fueron tres los acordados? No son ociosas las preguntas; si las pudiéramos responder podríamos tener cierta idea acerca de su acogida por el público y por los editores. ¿Hubo insatisfacción en estos, ya que tras el tercer artículo solo se ha determinado una colaboración martiana más en *The Hour*, “Spanish Artists”, aparecida el primero de enero de 1881?

Lo primero por tratar es la firma de la serie: “A very fresh Spaniard”. Me parecen convincentes y aceptables los razonamientos de nuestro hermano Luis Toledo Sande acerca de la traducción como “Un español recién llegado”, por lo que les remito a su texto al respecto.<sup>5</sup> Quiero llamar la atención ahora solamente hacia la condición de español del autor anónimo, como solía aparecer la mayoría de los textos en *The Hour*, no solo los del cubano. Lo interesante es que Martí aceptara tal “nacionalidad”, impuesta quizás por los editores, quienes, según evidencia la colección de ese año, gustaban de acercarse a la cultura europea occidental, como otras publicaciones estadounidenses de su corte. Daba indudablemente más prestigio al semanario y más crédito a las opiniones vertidas contar con las impresiones sobre el país de un europeo que las de un cubano, por demás absolutamente desconocido entonces por los sectores ilustrados estadounidenses.

<sup>5</sup> Luis Toledo Sande: “A very fresh spaniard: personaje literario de José Martí”, *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, no. 12, 1989, pp. 187-200. También aparece en su libro *José Martí, con el remo de proa. Catorce aproximaciones*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1990, pp. 139-155.

Si a primera vista pudiera resultar curioso para algunos que Martí aceptase el gentilicio de español para identificar la autoría de las “Impresiones”, ello es congruente con el hecho de que antes y después varios de sus trabajos fueran de temas españoles y que nunca publicara en el semanario neoyorquino texto alguno sobre Hispanoamérica. Además, es sabido que el patriota cubano nunca renegó de sus raíces españolas ni se contrapuso con la España popular y antimonárquica. Es más, siempre hubo en él cierto orgullo por su linaje con esa España, a la que sentía más afín con nuestra América en cultura, hábitos, costumbres e identidad que los propios Estados Unidos. Por tanto, estoy seguro que para Martí las impresiones del español recién llegado a Nueva York eran perfectamente compatibles con las del cubano o las de cualquier otro hispanoamericano: para él todos esos eran seguramente *otros* —compartían una identidad de alguna manera—, frente al país norteamericano.

Obsérvese, por ejemplo entre otros momentos, que en el comienzo del primer artículo dice “nosotros, la gente del sur” (“we, the Southern people”). Sabemos que hasta época bien reciente ese punto cardinal designaba en Europa la parte continental de menor desarrollo capitalista, como en América se hacía ya desde Estados Unidos respecto a sus vecinos meridionales. España era aún parte del sur, no del Norte industrializado, burgués, capitalista a plenitud.

Analícemos la estrategia comunicacional del autor que quiere y necesita convencer a sus lectores estadounidenses —yanquis y neoyorquinos con más precisión— de que es un *outsider, a foreign people*. Tal voluntad hace que en la primera crónica el comentario aparente ser ligero, con observaciones de una primera ojeada, las propias de un venido de fuera que acaba de llegar a la ciudad por primera vez. Esas observaciones se entremezclan con los enjuiciamientos, siempre en primera persona, que insisten en aspectos que podríamos llamar positivos, sobre todo en aquel sobre el cual ha descansado la conciencia norteamericana: la libertad.

El español recién llegado dice que cada uno parece ser su dueño, que se respira libremente, que la libertad es esencia de la vida, que

todos trabajan y leen, y que los hombres son incomparables, aunque no nos dice por qué. Pero en medio de esas afirmaciones positivas, Martí hace algunas preguntas turbadoras: ¿siente cada uno en igual medida que lee y trabaja?; ¿es la mujer tan perfecta como el hombre? Y ante la mujer explicita el criterio cuestionador del autor acerca de ella, que se envuelve en la identidad del meridional: a nosotros nos gustan las mujeres débiles y flexibles, tiernas y voluptuosas. Obviamente, pues, la norteamericana no suele ser así, lo cual, implícitamente, no es aprobado por el recién llegado.

Más allá del análisis de género, que no estoy en condiciones de hacer, no puedo dejar de llamar la atención de ustedes en cuanto a que Martí no olvida a la mujer y la convierte en uno de los puntos básicos de su apreciación negativa, al extremo de que a ella dedica un buen espacio en el segundo artículo. Es obvio —lo sabemos bien quienes lo hemos leído a menudo en su voluminosa escritura— que para Martí no anda bien la sociedad en que no anda bien la mujer. Luego, repito, podría analizarse su propio criterio valorativo acerca de la mujer, pero no puede quedar dudas de que su señalamiento negativo cuestiona especialmente a la sociedad corruptora y mercantilizada, más que a la propia mujer.

Vuelvo a ese largo párrafo inicial del primer artículo, porque en él Martí aprovecha una descripción de las agitadas calles neoyorquinas (a propósito, recordemos que la agitación de la urbe moderna fue, puede decirse, un tema literario en Martí) para, por una parte, comparar desfavorablemente para los países europeos la actividad agitada de la ciudad, pero también para objetar el espíritu mercantilista de sus ciudadanos. Una frase aforística introduce ya, como haría en otras ocasiones en lo adelante, la comparación con Cartago, el símbolo del mercantilismo en la Antigüedad: “El poder material, como el de Cartago, si crece rápidamente, rápidamente declina”. Mas adelante se extiende en el desequilibrio que aprecia entre lo material y lo espiritual:

Si este amor de riqueza no está moderado y dignificado por el ardiente amor de los placeres intelectuales,—si la benevolencia

hacia los hombres, la pasión por cuanto es grande, la devoción por todo lo que signifique sacrificio y gloria, no alcanza desenvolvimiento parejo al de la fervorosa y absorbente pasión del dinero, ¿a dónde irán? ¿dónde encontrarán suficiente razón para excusar esta difícil carga de vida, y sentir alivio a su aflicción?.<sup>6</sup>

¿Pueden, en propiedad, ser estas las palabras de un admirador irreflexivo, desmesurado, unilateral o ingenuo? ¿Un admirador de tal tipo se declararía “sorprendido” por la febril actividad, justamente de base y objetivo mercantil?

Como para aflojar su fuerte y casi aplastante señalamiento negativo, Martí vuelve en el segundo párrafo a comenzar por lo positivo: en Estados Unidos siempre aparece un amigo, se encuentra trabajo, hay terreno para la buena idea, para lo útil. A continuación introduce entonces recuerdos admirados del país cuando su infancia para culminar con la explicación de su método para conocer aquella realidad: estudiar su escuela, la familia, sus placeres, las religiones, la política, “toda la grandeza de la libertad y todas las miserias de los prejuicios”;<sup>7</sup> se trataba para él, en fin, de conocer esa oscilación del país que iba, a su juicio, de la originalidad a la imitación.

¿Estamos ante un admirador o ante un cuidadoso analista que obviamente no quiere enajenarse a sus lectores, pero a quienes no miente al describirles sus debilidades, sus miserias, sus lados oscuros?

Y así halla al pueblo estadounidense un “espléndido pueblo enfermo [...] pueril y pobre”<sup>8</sup> porque le faltan los placeres intelectuales y se entrega a la riqueza. “Medida y número” declara que son los elementos de la grandeza en Estados Unidos. No cierra, sin embargo, todas las puertas el español recién llegado y reconoce que el

<sup>6</sup> “Impresiones sobre Estados Unidos de América. Por un español recién llegado. (I)”, *OC*, t. 19, p. 107; *OCEC*, t. 7, p. 136.

<sup>7</sup> *Ibidem*, *OC*, p. 108; *OCEC*, p. 137.

<sup>8</sup> *Ibidem*, *OC*, p. 109; *OCEC*, p. 138.

verdadero norteamericano, el viejo colono, tiene vigor para sostener lo mejor de la tradición positiva de la nación.

Esta idea acerca de ese sector de antaño que se mantiene como fuente incluso del renacimiento del país sobre bases no meramente mercantilistas, será idea que el cubano repetirá en más de una de sus Escenas norteamericanas posteriores. En ellas también irá perfilando y perfeccionando su opinión acerca de la inmigración masiva desde la Europa feudalizante como la fuente esencial de ese mercantilismo desafortunado que objeta desde estas “Impresiones”.

La anécdota final del primer texto, con cierto tono de humor que pocas veces suele apreciarse en sus escritos, revela de manera amable la distancia física y espiritual ante el otro: narra cómo una anciana a la que el recién llegado fue a ayudar a levantarse en medio de un tren descarrilado, se negó a ese socorro que implicaba que sus manos, su cuerpo, fuera tocado por otra persona, además, añadido yo, con tipo latino, de gente del Sur. Es el rechazo ante el otro que encuentra el recién llegado lo que nos entrega esta anécdota.

La segunda crónica, más breve, aplica la misma receta discursiva: los juicios se entremezclan, se argumentan y se matizan con anécdotas y escenas de costumbrismo neoyorquino, a la vez que predomina el uso de la primera persona, desde luego propia de la lengua inglesa, pero cuyo énfasis evidencia una indudable voluntad de estilo.

El escritor comienza el segundo escrito con un guiño cómplice al lector masculino: confiesa sus amoríos pasajeros en otras latitudes para quejarse de que aún no ha encontrado alguno en Estados Unidos. Desde allí, Martí vuelve sobre la mujer estadounidense para decir cómo le desagrade de ella la ausencia de casta franqueza, sabrosa languidez, cariñosas miradas, tierna dulzura y suave gracia “de nuestras mujeres del sur”.<sup>9</sup> Sé que estas apreciaciones martianas han sido reiteradamente aludidas por quienes han enjuiciado su criterio acerca de la mujer. Claro que no ofrece tampoco ninguna mirada admirada sobre las féminas del Norte, sino todo lo contrario.

<sup>9</sup> “Impresiones sobre Estados Unidos de América. Por un español recién llegado. (II)”, *OC*, t. 19, p. 116; *OCEC*, t. 7, p. 143.

En verdad, el tema de la mujer —especialmente sensible para cualquier sociedad patriarcal y especialmente para los cultos lectores de *The Hour*— le sirve al periodista para introducir nuevamente el tema del mercantilismo, a mi juicio, el más esencial en su crítica moral y social del país. Para Martí, la mujer norteamericana muestra esas “carencias” sobre todo porque la mueve el amor a la riqueza. Es ese, como dije antes, el verdadero centro de la crítica, del desagrado del recién llegado con Estados Unidos.

Y cierra con otra anécdota y su correspondiente comentario moralizador, ahora sobre las burlas de unas ricas damas neoyorquinas a propósito de la ostentación de una nueva familia rica del Oeste, lo cual le sirve para afirmar su cercanía y preferencia por las personas y la sociedad de trabajo, capaces de labrarse su destino por su esfuerzo. Justamente en sus Escenas norteamericanas, Martí hablará más de una vez contra esa especie de nueva aristocracia del dinero que se estaba formando por entonces en Estados Unidos, y a la cual objetaba por su rechazo al trabajo creador.

El tercer y último artículo va desde el inicio directamente a la apreciación crítica al contrastar la opinión positiva sobre Estados Unidos que se tenía en el extranjero por quienes aspiraban a dar remate a una nueva era humana, con las realidades del país que él muestra mediante anécdotas recogidas en sus apuntes (¿el paratexto dentro del texto?). El recién llegado declara que esa —ese dar fin a un mundo nuevo ansiado también por Martí— pudiera y debiera ser nada más y nada menos que “la significación trascendental de los Estados Unidos”.<sup>10</sup> Pero este tercer artículo indica que su respuesta es negativa: esa nación no era el modelo ni el paradigma de una sociedad más justa, más equilibrada, más humana. Por eso, aunque no las responde, ya de por sí son inquietantes las preguntas que lanza a sus lectores y que, de hecho él mismo contesta con el propio tercer artículo: “¿Pero tienen los Estados Unidos los elementos que se supone poseen? ¿Imponen ellos su propio carácter, o aceptan ellos la imposición del carácter de otros? ¿Van los Estados

<sup>10</sup> “Impresiones sobre Estados Unidos de América. Por un español recién llegado. (III)”, *OC*, t. 19, p. 124; *OCEC*, t. 7, p. 149.

Unidos hacia Europa o viene Europa hacia los Estados Unidos?”<sup>11</sup> Con otras palabras: ¿va la república norteamericana hacia la monarquía, las herencias imperiales, el aristocratismo feudal? Recordemos a esos efectos cómo ya en los años noventa llamó a Estados Unidos la Roma americana.

¿Qué otra conclusión se puede extraer, si no, de la niña que nos cuenta va a la escuela cargada de joyas; de su apreciación acerca del idioma inglés que se habla reducido a una sola palabra, “como una conmoción eléctrica”<sup>12</sup> y que convierte en tema de conversación solamente asuntos vulgares; de los cuadros de pobreza en el Nueva York nocturno que nos describe sombríamente, en avanzada de sus goyescas presentaciones de la pobreza neoyorquina en sus futuras crónicas para los diarios hispanoamericanos?

Me pregunto entonces dónde está la admiración por Estados Unidos. A pesar de escribir para lectores estadounidenses en una publicación neoyorquina, el cubano que firma como español expone ciertas entrañas desagradables de aquella sociedad, por cierto ausentes de *The Hour*, cuya colección de 1880 he revisado detenidamente.

En resumen y concluyendo esta apresurada revisión: el español recién llegado, su personaje literario, más allá de los avatares y normas a que estaba sometido como escritor para el semanario, se expresa en absoluta congruencia con los planteos anteriores del autor que se esconde tras el seudónimo y dirige los dardos de sus juicios hacia la mercantilización y el afán de riqueza, justamente los elementos que constituirán desde entonces el fundamento de la crítica ética, política y social martiana de la nación del Norte durante su tránsito hacia el imperialismo.

Fiel a sí mismo, a sus propósitos de siempre, el José Martí que se enmascara tras “el español recién llegado” ejerció una sagaz y honda crítica a Estados Unidos dirigida a sus propios ciudadanos, esa crítica, esa sacudida que hoy tanto se necesita para que el pueblo

<sup>11</sup> Ídem.

<sup>12</sup> *Ibidem*, OC, p. 125; OCEC, p. 150.

estadounidense contribuya decisivamente a impedir el fin de la civilización al que nos encaminan sus clases dirigentes. Fue, pues, esta serie, "Impressions of America", un profundo acto de honradez y valentía moral, y uno de los más osados y brillantes ejercicios del criterio por parte de aquel joven intelectual y líder político de veintiocho años de edad, que iba con rumbo seguro a convertirse en el Maestro.

## El reto martiano al imperialismo\*

El antimperialismo es aspecto, desde luego, de indudable importancia dentro del pensamiento social y político de José Martí, al que se le ha dedicado mucha atención en los últimos decenios. Sin embargo, el proceso formador de ese antimperialismo aún no está explicado a plenitud, sobre todo en lo referido a cómo el líder patriótico cubano fue atrapando los elementos de la sociedad estadounidense que le permitieron comprender, desde fecha temprana, el peligro que aquella potencia emergente representaba para Cuba y para toda nuestra América.

Varios momentos resultan decisivos en tal proceso, cuya comprensión cabal exige no perder de vista tanto el desarrollo de su ideario como el camino recorrido por Martí para llegar a ser el líder del movimiento anticolonial cubano.

### La crítica ética

Todo parece indicar que la vía de acceso a su antimperialismo de madurez se fue abriendo paso en Martí al menos desde su adolescencia en Madrid. En uno de sus cuadernos de apuntes de aquella estancia como deportado expresa claro entendimiento de las

\* Publicado en *Bohemia*, La Habana, año 98, no. 10, 12 de mayo de 2006. También en *La Nueva Revista Venezolana*, año 2, no. 3, Caracas, julio-diciembre, 2006, pp. 9-18.

diferencias de sicología social entre su Isla y el país del Norte, cuando afirma: “Los norteamericanos posponen a la utilidad el sentimiento.—Nosotros posponemos al sentimiento la utilidad”. Tal comparación le hace rechazar explícitamente el empleo de las leyes estadounidenses en Cuba, y concluye con una fuerte crítica moral al mercantilismo de aquella sociedad: “Las leyes americanas han dado al Norte alto grado de prosperidad, y lo han llevado también al más alto grado de corrupción. Lo han metalificado para hacerlo próspero. ¡Maldita sea la prosperidad a tanta costa!”<sup>1</sup>

Tal maldición enfatiza su negativa a tomar a Estados Unidos como modelo. No sabemos en qué elementos informativos y analíticos se basaba el joven para ello, pero tal punto sería decisivo en la perspectiva de su mirada hacia aquel país hasta el final de sus días. Se hace necesario, pues, investigar a fondo en las visiones acerca de la sociedad estadounidense que se movían en Cuba durante su infancia y adolescencia para tratar de comprender las fuentes de que dispuso el jovencito para sus precoces apreciaciones, como tampoco debe pasarse por alto el conocimiento sobre el país norteamericano en la propia España, donde transcurrieron sus años de estudios universitarios.

En México y Guatemala el joven cubano insistiría en sus llamados al respeto a la autoctonía de la que ya comenzó a llamar nuestra América y a la aplicación de soluciones originales para sus problemas. Por eso, al asentarse en Nueva York en 1880, no era Martí un admirador servil que quedara apabullado por la potencia y el ímpetu que pudo apreciar en Estados Unidos, como demuestra en la serie de tres artículos titulada “Impresiones sobre los Estados Unidos de América”, que publicara ese año en inglés.

En esos escritos califica de fervorosa y absorbente la pasión por el dinero que allí aprecia, y compara al país con Cartago, símbolo del mercantilismo de la Antigüedad. De nuevo, pues, el señalamiento martiano enjuicia con sentido negativo ese espíritu mercantil

<sup>1</sup> *Cuaderno de apuntes*, no. 1, OC, t. 21, p. 16.

que ve imperar en el vecino del Norte, inaceptable para la ética de servicio humano que siempre presidió su conducta.

### ¿En silencio ante la potencia naciente? Las denuncias en *La América* de Nueva York

En uno de sus textos publicados en 1884 en el periódico mensual *La América*, dice Martí: “Hay provecho como hay peligro en la intimidad inevitable de las dos secciones del Continente Americano. La intimidad se anuncia tan cercana, y acaso por algunos puntos tan arrolladora, que apenas hay el tiempo necesario para ponerse en pie, ver y decir”.<sup>2</sup>

El periodista aludía así, con esos verbos finales, a la misión que debía cumplir *La América* en defensa de los intereses latinoamericanos en vista de esa fuerza arrolladora que aproximaba a ambas partes del continente americano. De este modo, alertaba desde entonces, de manera pública, acerca de la amenaza que representaba Estados Unidos para nuestra América.

En carta al mexicano Manuel Mercado, fechada el 13 de noviembre de 1884, en la que Martí le cuenta acerca de su frustrada presencia en el proyecto revolucionario liderado por el general Máximo Gómez, abundó con claridad en su aprensión. Allí escribió: “De esta tierra no espero nada, ni para Uds., ni para nosotros, más que males”.<sup>3</sup>

Así que tanto para Cuba como para México —yo diría que ese “Uds.” valdría también para toda América Latina— ya Martí para esa fecha solo esperaba males del país del Norte. Por eso, al decirle a Mercado que inicialmente andaba planeando con Gómez la búsqueda de “ciertos medios” para ejecutar el plan patriótico, le señala que

<sup>2</sup> “Los propósitos de *La América* bajo sus nuevos propietarios”, *La América*, enero de 1884, *OC*, t. 8, p. 268; *OCEC*, t. 19, p. 13.

<sup>3</sup> Carta a Manuel Mercado, 13 de noviembre de 1884, Nueva York, en José Martí: *Correspondencia a Manuel Mercado*, compilación y nota de Marisela del Pino y Pedro Pablo Rodríguez, introducción de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2003, p. 156.

desecha la colaboración de Estados Unidos y que se aprestaba a pedir, dice, “el cariño y la ayuda de todos los pueblos pobres y generosos, de nuestra América”.<sup>4</sup>

Varias inferencias pueden hacerse de estas frases. Primero, que quizás no solo pensó en viajar a México en octubre de 1884, sino que quizás tuvo en mente trasladarse hacia otros pueblos del Continente. Segundo —y es lo que más nos interesa ahora—, que en su práctica política dejaba de lado la solicitud de apoyo a Estados Unidos y prefería hacerla a los pueblos de nuestra América. Tercero, que ya era francamente negativa su apreciación acerca de las intenciones, —obviamente, las malas intenciones— de Estados Unidos hacia Cuba y el resto del Continente.

Evidentemente no fue aquel arranque impensado ni consecuencia siquiera de algún hecho particular ocurrido en esos momentos, pues no lo dice ni en esta carta ni en documento alguno de la época.

El rechazo a sostener o relacionar la tarea de la independencia cubana con la búsqueda del apoyo de Estados Unidos es resultado de una convicción, que lo continuaría presidiendo hasta el final de sus días, incluso cuando asumió el liderazgo organizativo de la Guerra del 95 en su condición de Delegado del Partido Revolucionario Cubano. Estamos, pues, en presencia de una decisión de estrategia política planteada claramente desde aquellos finales de 1884 en un documento privado, adoptada, sin embargo, quién sabe desde cuándo. ¿Sería acaso durante aquel año de 1880 cuando estuvo en las filas de la alta dirección del movimiento patriótico que en Nueva York impulsó la Guerra Chiquita? Nos quedamos por el momento con la interrogante, para reafirmar simplemente lo que sí está absolutamente claro: para fines de 1884 Martí solo apreciaba males de Estados Unidos para Cuba y América Latina, por lo que prefería desentender de aquel país la acción revolucionaria cubana.

Desde hace mucho se han fijado etapas en el desarrollo del pensamiento martiano con el fin de aprehenderlo mejor. Por lo general se ha estimado que hacia 1884, más o menos, se aprecia en sus “Escenas norteamericanas” un ahondamiento en las entrañas sociales,

<sup>4</sup> Ídem.

a tenor del creciente encono que desde entonces y hasta el término de ese decenio alcanzarían las luchas de clases en ese país, en particular las protestas de los obreros asalariados y de los granjeros ante el empeoramiento de sus condiciones de vida, junto al repudio ético y la denuncia de las expresiones económicas y políticas de la acelerada concentración de la propiedad y de las riquezas.

Sobran los señalamientos de tales asuntos en las crónicas martianas para los periódicos hispanoamericanos, acompañados siempre de su enjuiciamiento crítico en términos morales, y de su sostenida fundamentación de la mercantilización, del dinerismo o mercadismo como escribió en ocasiones, de aquella sociedad en su conjunto.

No hay dudas de que el proceso de análisis y explicación para sus lectores de lo que iba pasando en Estados Unidos es la manera en que se iba produciendo en él ese proceso cognoscitivo de los cambios acelerados que estaban sucediendo en aquella nación hacia una potencia imperial, como la vía de que disponemos para comprender ese desarrollo del entendimiento martiano de la formación imperialista en el vecino país.

Pero les invito a reflexionar no solo en los procesos mentales, sino en los fundamentos de la actuación del político, parte también, desde luego, de ese proceso cognoscitivo.

Desde principios de 1884, de manera pública, Martí dejó establecido en un editorial de *La América* al asumir la dirección de la revista, cómo ya él se planteaba enfrentar aquellos males que meses después dijo a Mercado esperaba vinieran de Estados Unidos.

Los propósitos de la revista bajo su nuevo director eran:

Definir, avisar, poner en guardia, revelar los secretos del éxito en apariencia,—y en apariencia solo,—maravillosos de este país; facilitar con explicaciones compendiadas y oportunas, y estudios sobre mejoras aplicables, el logro de éxito igual,—¡mayor acaso, sí, mayor, y más durable!—en nuestros

países; es decir a la América Latina todo lo que anhela y necesita saber de esta tierra que con justicia le preocupa.<sup>5</sup>

En algún momento calificué de “progresión dramática indicadora de peligros” los tres verbos que abren la cita: “Definir, avisar, poner en guardia”. Veamos esa progresión de acciones, que no son exactamente iguales y que indican grados de responsabilidad y de comprometimiento diferentes y cada vez mayores por parte de su ejecutor. *La América*, es decir, Martí, tendría primeramente que definir, o sea, estudiar y precisar; por tanto, habría de ir la revista más allá del examen y tendría que avisar, divulgar; y, por último, poner en guardia, esto es, preparar para la defensa ante el peligro, ante un ataque. El analista, el periodista estaba mediado por el político sagaz y previsor y finalmente confluía en él.

Para entonces, Martí sabía perfectamente bien que Estados Unidos representaba una amenaza real e inminente para la identidad y la soberanía de nuestra América, sobre la cual advertía a sus lectores. El pensador era ya también el peleador, el político en acción cuya arma era en ese momento la letra impresa.

Observen en la cita anterior el énfasis al señalar que el éxito estadounidense lo era solo en apariencia, o sea, que sonaba a moneda falsa, y que el de América Latina podría ser (fíjense que escribe “acaso”) mayor y más durable. ¿Negativa a aceptar el progreso económico de Estados Unidos? ¿Exagerado optimismo al referirse a nuestra América?

Ciertamente Martí no explicó tales ideas en ese editorial de enero de 1884, pero ya desde mucho antes, en sus apuntes de Madrid, había maldecido la prosperidad del Norte a costa de la metalificación de aquella sociedad.<sup>6</sup> Y si suponía más durable la prosperidad que podría alcanzar nuestra América, ello nos indica de alguna manera que ya a inicios de 1884 estaba apreciando que Estados Unidos se acercaba a sus límites, iba de más a menos, como diría en momentos posteriores. La mercantilización y el consumismo —aspecto

<sup>5</sup> “Los propósitos de *La América* bajo sus nuevos propietarios”, ob. cit.

<sup>6</sup> *Cuaderno de apuntes*, no. 1, OC, t. 21, pp. 15-16.

que apreciaría crecientemente durante aquellos años ochenta—, a su juicio iban en sentido contrario del indudable impetuoso crecimiento económico de la nación que ya intentaba colarse en el pequeño grupo de las grandes potencias.

Es verdad que la base de esa crítica a la sociedad norteamericana era ética. Lo fue desde su juventud y nunca la abandonó, aunque es incuestionable también que el cronista que denunció los manejos de la Conferencia Internacional Americana de Washington y el diplomático que participó en la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América fue un lúcido, brillante y precoz exponente de las raíces de la hegemonía económica que se iba trazando desde el Norte hacia el Sur del Continente, al igual que en su condición de dirigente de la Revolución del 95 sabía que Cuba libre tenía que desempeñarse como el valladar de la expansión nortea hacia el Sur.

La preocupación justa acerca de Estados Unidos que, según dice en la frase citada, que se halla en América Latina, él la explicitó en el mismo número de *La América*, cuando escribió: “Hay provecho como hay peligro en la intimidad inevitable de las dos secciones del Continente Americano. // La intimidad se anuncia tan cercana, y acaso por algunos puntos tan arrolladora, que apenas hay el tiempo necesario para ponerse en pie, ver y decir”.<sup>7</sup>

Era entonces Martí, a plena conciencia, el defensor de la soberanía latinoamericana y el enemigo declarado de lo que llamaría años después “el peligro mayor de nuestra América”.<sup>8</sup>

Así lo evidencia también su fenomenal estudio, publicado también en *La América* en 1883,<sup>9</sup> acerca del Tratado Comercial entre México y Estados Unidos, en el que manifiesta su oposición a la política de la reciprocidad comercial que ya comenzaba a aplicar el

<sup>7</sup> “Los propósitos de *La América* bajo sus nuevos propietario”, ob. cit.

<sup>8</sup> José Martí: *Nuestra América. Edición crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2000, p. 28.

<sup>9</sup> “El Tratado Comercial entre Estados Unidos y México”, *La América*, Nueva York, marzo de 1883, *OC*, t. 7, pp. 17-22; *OCEC*, t. 18, pp. 11-16.

país del Norte, pues consideraba que tal reciprocidad era imposible entre naciones con asimetrías económicas tan marcadas.

## El cronista del Sur enjuicia al Norte

Al examen detallado, sistemático y abarcador de los diversos factores que conducían a ese peligro dedicó Martí más de trescientas crónicas sobre Estados Unidos que publicara en numerosos periódicos hispanoamericanos y que orientara reunir bajo el título de “Escenas norteamericanas”. Esa imponente masa de informaciones, juicios y análisis acerca de Estados Unidos, por un lado muestran su proceso de estudio y conocimiento de esa nación en tránsito hacia el sistema imperialista, y, al mismo tiempo, nos permiten entender la conformación y desarrollo de su ideario antimperialista.

Él mismo aclaró que el propósito esencial de aquella prosa en que sus estudiosos reconocen su madurez literaria era ilustrar a sus lectores acerca de cómo y por qué la nación norteaña no debía ser asumida como el modelo a seguir en Latinoamérica, al igual que pretendía explicar cuáles eran los factores históricos, de psicología social y de desarrollo económico que conducían a Estados Unidos a desdeñar a los pueblos del Sur y a verlos crecientemente como una región apetecible para su expansión territorial y comercial.

Durante casi diez años esas “Escenas norteamericanas” fueron seguidas con entusiasmo por la clase letrada de Hispanoamérica, admirada ante aquella avalancha de frases encabalgadas, de neologismos perfectamente castizos, ante la combinación de la descripción abarcadora y el trazo nervioso y ágil tan rápido como el ritmo de la vida moderna, de derroche de colores y luces que daban novedad a la lengua española y al estilo. Semejante éxito literario aseguraba, sin duda, la asimilación de su novedoso y combativo cuerpo de ideas, y hoy se consideran esas crónicas casi unánimemente como el cuerpo más notable producido por un extranjero sobre Estados Unidos durante el siglo XIX. Son, pues, la sinfonía de la modernidad

en su tránsito al imperialismo desde uno de sus polos del capitalismo industrial.

Hechos y hombres, hábitos y costumbres, lo cotidiano y lo excepcional desfilan por aquellas páginas que iban mostrando el despertar de un coloso —como el mismo Martí le llamó más de una vez— que rápidamente tomaba conciencia de su poderío y se apresuraba a ejercerlo con sentido dominador, marcado por ese espíritu mercantil, del dinerismo, que, como hemos visto, desde sus años mozos el cubano había apreciado con juicio negativo.

Aquel decenio de los ochenta, convulso para Estados Unidos como todo momento de cambio, en que fuerzas sociales a veces contrapuestas se veían amenazadas por la pujanza de los monopolios nacientes, en que la combatividad proletaria acercaba al país aceleradamente al problema social que ya marcaba a Europa, en que una casta enriquecida en poco tiempo aspiraba ya a dirigir el Estado en servicio propio y se veía obligada a romper los esquemas de la industrialización sobre la base del capitalismo de libre competencia, es el gran telón de fondo que Martí supo ver, y enmarcaba a aquella sociedad, cuyas incidencias menudas eran conectadas por él con aquel volcán de soberbia pujanza que se desplegaba por la nación y que se desbordaba hacia Hispanoamérica.

Lo que llama la atención hacia 1883-1884 es cómo, probablemente en virtud de aquellas preocupaciones sostenidas desde su juventud, Martí tuvo los ojos bien abiertos para apreciar los rasgos iniciales del proceso formador del imperialismo en Estados Unidos, por cierto, según los estudiosos del tema, no plenamente consolidado sino hasta el siglo xx.

Ya la propia conciencia social estadounidense se debatía en los enfrentamientos entre los enriquecidos industriales que convergían hacia los monopolios y los sectores y clases afectados por ellos; ya toda una vanguardia ideológica de la expansión territorial justificaba en la historia del mundo y de la nación, en la religión, y en el cientificismo la superioridad del país norteamericano sobre sus vecinos para ampliarse sobre el Continente en su totalidad, mientras una vanguardia política intentaba sacar la política exterior del aislacionismo tradicional frente a las potencias

europas. El imperio echaba músculos, los tentaba y los más avisados y ambiciosos de poder buscaban el modo de darle uso a esa fuerza creciente.

Tales debates fundamentaban la estrategia escritural que Martí se fijó con sus “Escenas norteamericanas”, como le dijo a Bartolito Mitre y Vedia, y a Mercado,<sup>10</sup> en cuanto a no decir ni a criticar sino lo que en esa misma tierra se señalara. Los temas que seleccionó para sus lectores de Hispanoamérica, y muchas veces hasta sus mismos enfoques, estaban en la misma prensa estadounidense, en sus propios pensadores y personas públicas. Lo original, y por ello lo notable, en Martí, es su extraordinaria capacidad para reunir el todo bajo la perspectiva de los cambios que se estaban dando y los problemas que ellos significaban para la vida de la propia nación del Norte y para nuestra América.

Comprendamos, por otra parte, que el cubano no escribió ni nunca se lo planteó siquiera al parecer, escribir un libro en que estudiase el fenómeno de las transformaciones de la vida norteamericana, sino que fue siguiendo ese proceso en su propio devenir a lo largo de más de diez años, mediante un género periodístico, la crónica, que le permitía ofrecer el análisis desde una perspectiva singular a través de los más diversos recursos literarios.

Aunque puedan compararse, en tanto ambos fueron aportadores de una visión de conjunto de toda una época de la nación norteamericana y se plantearon además un criterio acerca de su devenir, Martí no entregó un libro como *La democracia en América*, de Alexis de Tocqueville. A diferencia del francés, Martí no quiso escribir para una franca minoría gobernante, sino para los sectores que tenían acceso a la letra impresa en Hispanoamérica, una minoría en verdad dentro del conjunto de la población de la época, pero el universo mayor de lectores al que podía aspirarse entonces mediante las publicaciones periódicas. No era el del cubano un alerta precoz para las monarquías europeas acerca del rival que emergería en el Nuevo

<sup>10</sup> Véase la primera, del 19 de diciembre de 1882, en *OC*, t. 9, pp. 15-18; la segunda, del 22 de marzo de 1886, en *Correspondencia a Manuel Mercado*, ob. cit., pp. 174-175.

Mundo, sino un sacudimiento sistemático, continuado, a la clase letrada continental para despertar su patriotismo, para sacarla de su mimetismo inferiorizante en muchos casos ante el “éxito solo en apariencia” de Estados Unidos, para tratar de convencerla de la necesidad de la justicia social hacia las clases populares y para hacerle conocer en todo caso a los otros Estados Unidos: el de los indios, el de los trabajadores, el de los fundadores de la nación, el de los reformadores también asustados por aquel presente conflictivo.

Son dos escritores, dos políticos, dos hombres bien distintos Tocqueville y Martí. Por eso, aunque dejaron brillantes y lúcidos exámenes del país del Norte, sus procedimientos fueron también diferentes como lo fueron igualmente sus propósitos. El ilustrado hizo gala del racionalismo clasicista, mientras que el cubano nunca deja de lado el sentimiento y, especialmente, el juicio ético: es un permanente preocupado por el bien del hombre, y machaca a sus lectores con esas perspectivas: les quiere convencer en el cerebro y en el alma. Son, sin duda, dos maneras de afrontar la modernidad capitalista. Y, probablemente nos resulte más contemporánea hoy la de Martí por ser justamente una lectura de Estados Unidos desde y para los márgenes, que conscientemente procuró no inscribirse en la lógica de la razón inmanente sino en la de la patria y la poesía, que sería como decir, en el lenguaje de las ciencias sociales, desde el subdesarrollo o el capitalismo subordinado y el ámbito de las letras.

Había, pues, una conciencia de emplear esa escritura, ese periodismo, como parte esencial de la descomunal batalla en que el cubano se empeñaba cada vez más para impedir el cambio histórico hacia lo que luego sería llamado el imperialismo. El periodismo, sus crónicas, eran también las armas del político, además de las expresivas del escritor que con ese periodismo, junto con su poesía, transformaba la lengua y el estilo.

La economía y la sociedad norteamericanas fueron estudiadas por Martí, quien apreció cómo la inmigración masiva que venía de Europa tendía a aumentar el afán de dinero que corroía desde antes a esa sociedad, cómo la industria protegida encarecía la vida de las clases trabajadoras y buscaba fuera de sus fronteras mercados

consumidores y abastecedores de materias primas, cómo el consumismo se iba tornando un modo de vida y una cultura. Y por todo ello, la república, dijo, se acercaba a las monarquías y se apartaba de sus orígenes, iba de más a menos, como escribió varias veces.

La corrupción política que se adueñaba de la nación fue comprendida por él cada vez más no como una infeliz coyuntura, sino como algo consustancial al interés de aquella casta de poderosos que se aristocratizaban velozmente, que se adueñaban de los partidos políticos y del aparato estatal, y que dirigían los asuntos exteriores de acuerdo a sus negocios.

En esos textos periodísticos el cubano estudia la política de reciprocidad comercial que quería imponer a Latinoamérica un intercambio asimétrico y desigual, los movimientos durante la Guerra del Pacífico para asegurarse la posesión del guano de Perú, las peligrosas acciones del aventurero Cutting y de sus progenitores que intentaban anexarse varios estados del norte de México, las permanentes intenciones de apoderarse de las penínsulas de Samaná en República Dominicana y de San Nicolás en Haití, la descarada injerencia en la guerra civil haitiana, las acciones intervencionistas en Centroamérica para dominar la región canalera y el control de las obras del canal de Panamá. Todas esas acciones en el área de nuestra América le hicieron dedicar muchas páginas a su denuncia, como hizo también con las ideas que entonces se manejaban de anexarse a Canadá y los pasos que ya se daban y que concluirían con la anexión del reino de Hawái, en el Océano Pacífico.

Bajo el prisma de su crítica moral, agudizada por esos años, la economía, la sociedad y la política, el país en su conjunto, levantan sus prevenciones y le urgen a actuar contra esa lógica dominadora que se inauguraba.

## La marcha hacia el Sur

La vuelta de los republicanos al poder en 1888, con la designación de James G. Blaine para la Secretaría de Estado, puso el tema latinoamericano en el centro de la atención de la política exterior

estadounidense. Desde años atrás, Blaine era seguido por Martí, quien consideraba a este una de las cabezas que empujaban a la acción expansiva. De inmediato, el Secretario de Estado convocó a una conferencia internacional de las naciones de América, proyecto que había sido aplazado cuando tuvo que abandonar ese mismo cargo luego del asesinato del presidente Garfield.

El cónclave se reunió en Washington y, tras varios meses de debates, adoptó un grupo de acuerdos que buscaban acercar comercialmente a los pueblos latinoamericanos con Estados Unidos, aunque todo quedó muy por debajo de la agenda esgrimida por Blaine y su equipo en los inicios. Martí informó puntual y sistemáticamente acerca de aquella Conferencia en sus crónicas para el diario bonaerense *La Nación*, y alertó acerca de los verdaderos y ocultos objetivos estadounidenses: asegurarse mercados consumidores y controlar las materias primas de la región. Para el cubano, aquel era el comienzo de la marcha hacia el Sur, la cual contemplaba, además, la aprobación para la anexión de Cuba, aunque fuera de modo tácito y no se afirmase en documento público alguno.

No sabemos al detalle cuáles fueron entonces sus pasos concretos para impedir esa labor anexionista: su impecable discreción de político y conspirador hacen difícil iluminar sus acciones durante el cónclave. Sin embargo, en su correspondencia de la época con el joven cubano Gonzalo de Quesada, que luego sería su secretario, no solo destaca la importancia capital del asunto para el futuro de Cuba y de Latinoamérica, sino que expresa claramente que se movió activamente para evitar que los gobiernos de nuestra América prestasen su apoyo abierto o mediante la indiferencia al proyecto de anexión de la Isla que se manejó entre bambalinas.

Así empezaba ya la gran batalla martiana por la libertad de Cuba y de América Latina contra la expansión hegemónica del imperialismo yanqui. Ese enfrentamiento se repitió en 1891 en medio de la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, donde Martí representó a Uruguay y mediante su activa y destacada participación contribuyó decisivamente a echar por tierra la aspiración estadounidense de imponer una moneda única para todo el continente.

No le bastó ser la voz independiente de nuestra América en la reunión sino que, además, publicó un escrito que aun hoy marca pautas para el análisis de las relaciones económicas entre pueblos de diferentes grados de desarrollo. Allí dijo:

Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político.

Y agregaba, en aviso de la que sería idea decisiva dentro de su estrategia ant imperialista: “Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América”.<sup>11</sup> Anunciaba así su idea del equilibrio del mundo.

Esos años y esos acontecimientos le indicaban que sus sospechas y prevenciones estaban acertadas, y por eso habló más de una vez de la necesidad de evitar no solo la anexión de Cuba —idea que siempre había rechazado— sino la de América Latina: ya se erigió, cual nuevo Bolívar, como el defensor de la soberanía de nuestra América.

Su acción de denuncia acerca de los propósitos imperiales, su gestión diplomática en favor de nuestros pueblos, se completó con su ensayo maravilloso titulado “Nuestra América”, el más acertado estudio acerca de la razones de la debilidad interna de las repúblicas latinoamericanas para afrontar con éxito la nueva dominación que se iniciaba. Se trataba de recrear las repúblicas, sin copia del modelo ajeno y concediendo atención y justicia a las clases populares. Es por eso también, que desde entonces, se aprestó a una lucha junto con los aliados dentro de los propios Estados Unidos, con aquellos sectores internos también afectados por el imperialismo que surgía.

En 1891 ya estaba listo Martí para asumir su liderazgo contra la lógica de la dominación imperial.

<sup>11</sup> “La Conferencia Monetaria de las repúblicas de América”, *La Revista Ilustrada*, Nueva York, mayo de 1892, OC, t. 6, p. 160.

## Contra la Roma americana

El gran imperio de la Antigüedad era símbolo de la expansión territorial, y al mismo tiempo ideal en los sueños conquistadores de las nacientes fuerzas imperialistas. Por eso, en varias ocasiones, el cubano llamó a enfrentar a aquellos Estados Unidos que cada vez más se acercaban a la Roma antigua.

Desde entonces, su vida y sus actos coordinarían armoniosamente su vocación libertadora hacia su patria con una vasta y pujante estrategia antimperialista. Cuba y Puerto Rico debían liberarse rápidamente del colonialismo hispano, antes de que pasaran a manos estadounidenses y se abriera la era del control por aquellas de la región latinoamericana. Fue una carrera contra reloj la que libró Martí con entusiasmo y optimismo, buscando la unidad de los patriotas cubanos y puertorriqueños, y apuntando a la meta de la república que él llamó nueva, moral, de paz, trabajo y equilibrio social, que aboliese las trabas de la vieja cultura colonial. Los fines mayores de la guerra de Cuba los fijó en el *Manifiesto de Montecristi*: la dignidad plena del hombre, la confirmación de la república moral en América y la creación de un archipiélago libre.

“Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso”,<sup>12</sup> escribía horas antes de su inesperada muerte en combate el 19 de mayo de 1895, mientras urgía a su amigo Manuel Mercado a encontrar fórmulas para incorporar al gobierno mexicano a esa estrategia. El Maestro demostraba así firmeza de agudo estadista, visión de futuro y energía sobrada para empeñarse nada más y nada menos que en trastocar la lógica de la historia de la nueva dominación.

Las balas de Dos Ríos interrumpieron la obra previsor, sagaz y atrevida del líder antimperialista de Cuba y de América Latina. Pero ante nosotros, como ante las generaciones que nos precedieron, se halla el alcance mayor y permanente de su acción y de su obra política, válidos cuando enfrentamos ahora al imperialismo norteamericano, hegemónico entre las grandes potencias, particu-

<sup>12</sup> José Martí: *Correspondencia a Manuel Mercado*, ob. cit. p. 156; OC, t. 20, p. 161.

larmente agresivo en el plano militar para asegurar su preeminencia ante el agotamiento de recursos imprescindibles como los combustibles y el agua, y cuando se empeña en ampliar su control sobre nuestra América a través del ALCA o de los caminos parciales de los tratados de libre comercio bilaterales y grupales, al mismo tiempo que amenaza y arremete contra cualquier intento liberador de nuestros pueblos.

La lección de suprema ética humana que nos entrega aquel inspirado líder de la verdadera libertad aún nos indica la ruta en esta larga pelea por el culto pleno de la dignidad y el bien mayor del hombre.

## Formación del pensamiento latinoamericanista de Martí\*

Afirmar que una de las vertientes fundamentales del pensamiento de José Martí es el latinoamericanismo, puede parecer un lugar común. Son tan frecuentes las referencias a la América Latina a lo largo de su obra que resulta imposible no advertir que estas constituyen una de sus temáticas. Desde que llega a México en 1875, hasta su muerte en combate en 1895, los países latinoamericanos y sus problemas particulares y generales estarán presentes en la pupila martiana, que irá, desde el deslumbramiento ante la naturaleza continental al llegar al país azteca, hasta la búsqueda, con la guerra liberadora cubana, de amplios objetivos de unidad latinoamericana contra la expansión imperialista de Estados Unidos, como dejó claro el día antes de su caída en su carta testamento a Mercado.

Pero junto al reconocimiento de esta presencia temática, se hace necesario fijar las características del pensamiento latinoamericanista de Martí y el lugar que ocupan dentro del conjunto de sus ideas.

Como se ha venido señalando en investigaciones aparecidas en los últimos tiempos, es imprescindible distinguir momentos en el desarrollo de ese pensamiento. Marcado indeleblemente desde la adolescencia por su filiación a la corriente independentista, las ideas de Martí atravesaron un importante proceso que lo condujo, en los

\* Conferencia pronunciada en la Biblioteca Nacional José Martí el 17 de enero de 1979. Publicada en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 2, La Habana, 1979, pp. 135-148.

años noventa del siglo pasado, a convertirse en el principal dirigente del movimiento armado por la independencia de Cuba y en un precoz ideólogo de la liberación nacional latinoamericana. Sobre la base del conocimiento de facetas significativas de Estados Unidos que permiten caracterizarla como una sociedad en tránsito hacia el imperialismo, y del desarrollo de su notable perspicacia política, Martí trazó, con toda la finura de su sensibilidad de artista, una elaborada urdimbre que, partiendo de la independencia de Cuba y Puerto Rico, debería culminar con la creación de formas de unidad entre las naciones de la América Latina, que impidiesen el avance hacia el Sur de la dominación territorial y económica de Estados Unidos.

Es decir, que los propósitos antimperialistas del Maestro se materializarían a través del viejo ideal bolivariano de unidad de América Latina. Por tanto, en la etapa de madurez de su pensamiento, el latinoamericanismo martiano es antimperialista; se basa, en primera instancia, en el reconocimiento de que el mundo moderno y futuro establecía una nueva dinámica de relaciones entre el norte y el sur del Continente, que obligaba a los países del sur a unirse frente al enemigo común.

Para decirlo con sus propias palabras, recordemos esa brillante síntesis, muchas veces citada, de los objetivos imperialistas de Estados Unidos al convocar el Congreso Panamericano de Washington:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora,

después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.<sup>1</sup>

Con esa segunda independencia, el revolucionario cubano buscaba abrir cauces a la manifestación plena y acabada de la identidad latinoamericana. Precisamente, en su proyecto revolucionario, Martí señaló que tras la independencia habría de fundarse en Cuba la república “nueva”, que de veras extirpase todas las manifestaciones de la vida colonial y que, al darles participación significativa a las masas populares, crease una sociedad lo suficientemente equilibrada que satisficiera los seculares anhelos de justicia social, y que dejase sin sustento a los elementos internos que buscaban en formas de dominación extranjera el mantenimiento de su preponderancia social.

Estas ideas que desarrollará ampliamente en ese texto capital que, con motivo del tercer aniversario del Partido Revolucionario Cubano, subtituló “El alma de la Revolución, y el deber de Cuba en América”,<sup>2</sup> no son una especulación del Maestro ni la expresión de un deseo utópico. Se basan en el más sólido y profundo estudio de la realidad latinoamericana hecho en el siglo XIX, expresado brillantemente en su ensayo “Nuestra América”.<sup>3</sup>

Sustentándose en razones históricas y sociales, José Martí nos ha dejado en ese texto un notabilísimo estudio del por qué del fracaso del modelo político liberal en las tierras de la antigua América española, y de la necesidad de otro ajustado a los requerimientos latinoamericanos para evitar que en los propios desajustes y desequilibrios de nuestras naciones se asentasen

<sup>1</sup> “Congreso Internacional de Washington. I”, *OC*, t. 6, p. 46.

<sup>2</sup> “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”, *Patria*, 17 de abril de 1894, *OC*, t. 3, pp. 138-143.

<sup>3</sup> José Martí: *Nuestra América. Edición crítica*, investigación presentación y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1991; *OC*, t. 6, pp. 15-23.

los nuevos y más sutiles mecanismos de la dominación norteamericana.

El camino recorrido por Martí para llegar a esa suma y compendio de su latinoamericanismo antimperialista que es “Nuestra América” pasa por diferentes momentos.

En esta conferencia trataremos la primera aproximación de Martí a la temática latinoamericana, que se produjo, siendo él sumamente joven, durante sus estancias en México y Guatemala. En nuestra opinión, hay una primera fase de la evolución del pensamiento martiano que cubre aproximadamente hasta 1884 y durante la cual tiene lugar su formación básica política e intelectual. En esos años, el adolescente y luego el joven que sería conocido mucho después como el Maestro, sufre el presidio político por sus opiniones independentistas, vive como exiliado en México, Guatemala, Estados Unidos y Venezuela, y participa en las labores conspirativas, organizativas y de dirección propias de la lucha por la liberación cubana, durante la Guerra Chiquita y el llamado plan Gómez-Maceo.

Las experiencias que le brindó la práctica social y la asimilación de una vasta masa de información por sus lecturas y relaciones personales, le dieron el horizonte cultural y el basamento político a partir de los cuales —y sin abandonarlos ya— asimilaría la aparición de la fase imperialista en Estados Unidos, y se dedicaría posteriormente, en su plenitud, a poner en ejecución su magno proyecto revolucionario continental.

Para un mejor estudio de la evolución de su pensamiento, dentro de esa primera fase se pueden señalar etapas que van indicando la incorporación sucesiva de componentes que le caracterizarán hasta el fin de su vida. No cabe duda de que desde que aparecen observaciones, opiniones y análisis sobre la América Latina, estos constituyen un verdadero cuerpo temático en el conjunto de su ideario, tanto por su extensión, como por su contenido e importancia, y que, por esas mismas razones, esa temática es, a su vez, un elemento básico que explica el proceso de desarrollo de su pensamiento.

La formación inicial de un núcleo temático de ideas sobre la América Latina ocurre en Martí precisamente durante su primera

aproximación física e intelectual a la misma al arribar a México en 1875. Seguramente que las primeras noticias sobre los asuntos latinoamericanos las recibió durante su infancia y adolescencia en Cuba, y que fue influido especialmente por su maestro, Mendive, y el círculo de ideas liberales en que este se movía.

Es de notar que el pensamiento liberal cubano, y, sobre todo, el de los hombres que anhelaban un sistema político republicano, mantuvo una tradición de mirar hacia el Continente. Ello era lógico, pues el modelo político a que se aspiraba para Cuba se había puesto en práctica con la independencia de la América hispana desde los años veinte del pasado siglo, y en Estados Unidos desde antes, a fines del siglo XVIII. Según se fue conformando el proceso de hegemonía ideológica del liberalismo en Cuba, hasta que llegó a ser el modo habitual de manifestación de la conciencia social en el país —como la expresión más consecuente del crecimiento impetuoso de una economía mercantil volcada hacia el comercio exterior—, las experiencias republicanas del norte y del sur del Continente concitaron, cada vez más, la atención de diferentes sectores de la clase dominante y de sus ideólogos. Es válido afirmar que desde antes de mediados de siglo las corrientes políticas en boga —tanto la reformista dominante como el anexionismo y el independentismo— partían de similares supuestos liberales.

Pero las manifestaciones cada día más palpables de la crisis estructural de la sociedad de plantación —la producción de azúcar con esclavos para el mercado mundial— y el propio desarrollo de la lucha de clases en medio del proceso de gestación de la nacionalidad, dieron lugar a esas variantes —reformismo, anexionismo, independentismo—, de solución a los problemas del país, a pesar de su tronco teórico común. Ya para los años sesenta del siglo pasado se hace patente como grupo orgánico, la presencia en el plano social y político de intelectuales y profesionales —entre ellos Mendive— desvinculados de la producción, que se proyectan como abolicionistas y republicanos y que, por consiguiente, se pronunciaban por la separación política de España, muchos de ellos sin distinguir del todo claramente entre independencia y anexión. Alejados de la

producción material y, por tanto, de la crisis estructural de la plantación —que limitaba, como tanto se ha repetido, la manifestación de las posiciones abolicionistas e independentistas entre los azucareros propietarios de esclavos—, el grupo intelectual continuó viendo el modelo político a imitar en las repúblicas americanas, y especialmente en Estados Unidos —en los países de sur, en muchos casos, se había copiado su sistema de gobierno— el paradigma del liberalismo y del democratismo político, sobre todo tras la Guerra de Secesión y el fin de la esclavitud. Habiendo aceptado, en principio, la dirigencia de los reformistas en la lucha política, y muy cercanos a sus similares de Oriente y del centro —entre los que muchos sí eran propietarios—, este grupo tuvo en Occidente, antes y durante la Guerra de los Diez Años, una influencia ideológica que, aunque poco estudiada, seguramente fue notable, al tener el control de la educación y de las publicaciones periódicas.

Es evidente en los pocos textos que escribió en Cuba, y sobre todo en los redactados en España, que Martí recibió una formación dentro de los marcos teóricos del liberalismo, que, junto a su extracción de clase y a su propia vida, le hizo manifestarse desde adolescente como abolicionista, republicano e independentista. Formación que se vio aumentada en tal sentido con sus estudios universitarios en España y con las ideas escuchadas en el círculo de relaciones en que se movió allí, integrado fundamentalmente por liberales y republicanos.

Es lógico imaginar, pues, que cuando llegó a México a los veinticinco años, tenía un buen caudal de lecturas que presentaban a las repúblicas latinoamericanas como una caricatura del modelo liberal republicano. Sin embargo, y esto es algo que amerita ser investigado a fondo, parece que en Cuba las críticas más acerbas contra las repúblicas latinoamericanas provenían de los reformistas, lógicamente interesados en sostener su criterio de que la independencia llevaría al país al caos y a la anarquía, mientras que los sectores medios liberales tendían a presentar épicamente las contiendas libertadoras y a admirar a sus dirigentes como una manera de contraponer los valores de las nacionalidades americanas frente al absolutismo español. Ello, amén de las numerosas lecturas de escritores

latinoamericanos, como las que él mismo contó que hizo en la gran biblioteca del guatemalteco Bernardo Valdés Domínguez, que le ofrecieron un conocimiento poco frecuente entonces de la historia de la región, son factores, entre otros, que ayudan a comprender la rápida identificación de Martí con México y sus problemas, y, a través de este país, con Latinoamérica toda.

El joven que desembarcó en Veracruz en 1875 no era un hombre de mente cerrada por prejuicios de clase, como los reformistas cubanos, ni un teórico ortodoxo dispuesto a medir la realidad mexicana con su único y sapiente metro liberal. Todo lo contrario. Como se puede apreciar en su trabajo *La república española ante la revolución cubana*,<sup>4</sup> la afinidad de principios con los liberales españoles no impidió al joven cubano alinearse junto a su pueblo colonizado contra los colonialistas, aunque en ese momento aquellos hablaran el lenguaje liberal. Este profundo reto a que fueron sometidos los fundamentos de los liberales cubanos por la práctica social, encontró en Martí no solo la respuesta, en la instancia política, de continuar al lado del independentismo sino que, en el plano de las ideas, le hizo tomar conciencia de las diferencias, aunque los principios fuesen similares, entre la situación del dominado y la del dominador. Y ello, cuando solo contaba con veinte años de edad. Por tanto, puede decirse que al arribar a México venía con atisbos de la contraposición, por su posición diferente ante el problema nacional, entre el colonizado y el colonizador.

Los años pasados en México y Guatemala, su primer contacto con su (nuestra) América, lo marcarán para siempre al hacerlo avanzar —sin retorno o desvío— por el camino por el que solo había dado balbuceos en la Península.

Como se sabe, el bienio mexicano aportó a Martí, a través de la observación directa, un conjunto de experiencias y el conocimiento de problemas nunca antes vistos para quien, como él, había vivido en su patria antillana aún colonia y en la metrópoli europea.

<sup>4</sup> “La República española ante la Revolución cubana”, Madrid, 15 de febrero 1873, *OC*, t. 1, pp. 89-98; *OCEC*, t. 1, pp. 101-110.

La abundancia de textos escritos en México indica, posiblemente, un doble alborozo: por poder aportar sus opiniones —más él, que había dejado su patria sometida a una férrea censura de prensa— acerca del mundo tan nuevo que se abría ante sus ojos; y, al mismo tiempo, por recibir tales experiencias. Recuérdese que ya en aquel entonces para él, el periodismo —y en general escribir— es una unión de placer estético con deber social. Indudablemente que a través de esas páginas, tanto por su número como por su contenido, Martí ejercitó, feliz, su condición de ciudadano, como reconoció en su último trabajo escrito en México donde proclamó que ante el peligro no sería extranjero, sino “siempre ciudadano”.<sup>5</sup> Y aunque la vida mexicana, como veremos, le enseñó diversos problemas latinoamericanos, desde sus primeros escritos, singularmente, el joven Martí reveló que era capaz de unir a su patriotismo, la preocupación y la dedicación por otros pueblos, al poner de manifiesto su cariño por la naturaleza, la historia, los hombres y la sociedad mexicanos. Es imposible encontrar en sus palabras —ni siquiera recién llegado, cuando todavía no había creado lazos afectivos— muestras de nacionalismo estrecho, a pesar de los varios escritos que dedicó a Cuba y a su guerra por la independencia. Si se debe reconocer que Martí, como hombre que no fue de odios, expresó su cariño por la tierra y las gentes de España a pesar de ser esta la metrópoli de Cuba, es indudable que sus escritos mexicanos expresan un vínculo más íntimo que con la Península.

Ello no es resultado solamente de emociones: la fase colonial común entre Cuba y la América Latina, lo acercaba a México; al igual que las preocupaciones por el futuro. Además de entregarle, a través de la propia naturaleza, una imagen tangible de las diferencias de su (nuestra) América con Europa, durante la estancia mexicana Martí tomó partido en las luchas políticas de aquellos años (se ejercitó como ciudadano) y conoció directamente dos problemas que para él serían centrales a la hora de brindar sus análisis y solu-

<sup>5</sup> “Extranjero”, *El Federalista*, 16 de diciembre de 1876, *OC*, t. 6, p. 363; *OCEC*, t. 2, pp. 248-300.

ciones de la problemática del Continente: la integración nacional de la población y el carácter de la economía.

El primer aspecto se le manifestó a través de la presencia de la población indígena, separada cultural y socialmente del resto de la comunidad nacional, y el segundo, por la existencia, de una economía asentada desde los tiempos coloniales prácticamente en la extracción minera. Las respuestas que ya entonces dio indican su preocupación por el futuro de la región y constituyen hitos significativos en su ideario latinoamericano.

Con respecto a los indios, aunque hallamos rechazo a lo que él llamó su espíritu servil<sup>6</sup> —lo que revela, por tanto, incompreensión de los fundamentos histórico-sociales del mismo—, siempre reconoció su importancia para la integración de una verdadera nación, y señaló soluciones parcialmente acertadas para ello. “¿Qué ha de redimir a esos hombres? La enseñanza obligatoria. ¿Solamente la enseñanza obligatoria, cuyos beneficios no entienden y cuya obra es lenta? No la enseñanza solamente: la misión, el cuidado, el trabajo bien retribuido”.<sup>7</sup>

En la educación habían visto los liberales de Europa y de América una fuente de progreso, pasando por alto el carácter clasista de la misma, y sin atender a las condiciones materiales como la causa principal de las desigualdades entre los hombres. Es interesante, pues, que Martí una a la aspiración educacional la necesidad de trabajo bien retribuido para los indios. Como se ve, ya se inclinaba hacia el camino que lo llevaría a afirmar casi veinte años después que la salvación de nuestra América frente al imperialismo norteamericano pasaba por la integración plena a la sociedad del indio, junto al negro y al campesino, sobre la base de la solución de sus problemas materiales seculares.

Por otra parte, la economía minera mexicana fue sometida a aguda crítica por Martí, no solamente porque él consideraba entonces a

<sup>6</sup> “Boletín”, *Revista Universal*, 10 de julio de 1875, *OC*, t. 6, pp. 265-266; *OCEC*, t. 2, pp. 117-118.

<sup>7</sup> “Boletín”, *Revista Universal*, 14 de septiembre 1875, *OC*, t. 6, p. 328; *OCEC*, t. 2, pp. 179.

la agricultura como la principal y la verdadera fuente de riquezas y de equilibrio económico, sino porque la extracción minera, según él entendía, favorecía más al extranjero y aumentaba las distancias entre ricos y pobres. Aunque sus enjuiciamientos sobre este asunto aciertan solo parcialmente, es interesante su preocupación por defender los recursos naturales latinoamericanos y un comercio mutuamente provechoso, unido a sus afanes de justicia social. Veamos algunas de sus palabras:

México se sostiene merced a los metales productores que conserva dormidos en su seno: solo esta riqueza accidental equilibra la pobreza creciente de los medios de vida que le restan, y el metal decae, y la industria no crece, y el comercio favorece más al extranjero que a nosotros, y el mal sube y aprieta, y los dormidos no se despiertan todavía.<sup>8</sup>

Pero donde se demuestra cómo fue de sagaz ya en 1875 su penetración en la comprensión de la especificidad latinoamericana es en uno de sus trabajos en la *Revista Universal*, significativamente titulado “La polémica económica.—A conflictos propios, soluciones propias”, y en el que da su opinión ante la polémica entre los criterios libre-cambistas y proteccionistas.

A esto debe sujetarse la polémica, no a encomiar determinada escuela económica; no a sostener su aplicación en México porque se aplicó con éxito en otra nación; no a ligarse imprudentemente con las exigencias de un sistema extraño:—debe la polémica ceñirse—según nuestro entender humilde—a estudiar los conflictos de nuestra industria; a estudiar cada ramo en su nacimiento, desarrollo y situación actual; a buscar solución propia para nuestras propias dificultades. Es verdad que son unos e invariables, o que deben serlo por lo menos, los preceptos económicos; pero es también cierto que México

<sup>8</sup> “Boletín”, *Revista Universal*, 14 de agosto de 1875, *OC*, t. 6, p. 310; *OCEC*, t. 2, pp. 169.

tiene conflictos suyos a los que de una manera suya debe juiciosa y originalmente atender.

La imitación servil extravía, en economía, como en literatura y en política.

Un principio debe ser bueno en México, porque se aplicó con buen éxito en Francia. Asíéntase esto a veces, sin pensar que esto provoca una pregunta elocuente. ¿Es la situación financiera de México igual a la francesa? ¿Se producen las mismas cosas? ¿Están los dos países en iguales condiciones industriales?

Debe haber en la aplicación del principio económico relación igual a la relación diferencial que existe entre los dos países.

Así con los Estados Unidos, con Inglaterra y Alemania.<sup>9</sup>

Es larga la cita, pero la importancia del texto lo amerita. Obsérvese la similitud de estas ideas con las que expresaría años después en “Nuestra América”. Es evidente por sus propias palabras que ya en México el pensamiento martiano tiene claro que hay diferencias raigales entre América Latina y los que hoy llamamos países capitalistas desarrollados. Es perceptible, pues, que su pensamiento va en camino de calar en las diferencias estructurales existentes entre una y otra parte del mundo.

Aunque en el texto citado Martí se refiere a condiciones económicas diferentes entre Francia y México, la fundamentación de tales diferencias la dará en sus escritos guatemaltecos, en los que se puede apreciar una verdadera revelación de nuestra América. Sin tantas páginas como los de México, sus textos de Guatemala durante 1877 y 1878 señalan que apresó problemas esenciales, vistos en México, y que elaboró todo un cuerpo de ideas que manifiestan explícitamente su toma de conciencia del problema de la identidad latinoamericana. De ahí en adelante ese cuerpo de ideas será uno de los componentes esenciales de su pensamiento, desde el punto de vista

<sup>9</sup> “Boletín”, *Revista Universal*, 23 de septiembre de 1875, OC, t. 6, pp. 334-335; *OCEC*, t. 2, pp. 187-188.

cognoscitivo, y la razón fundamental que explica su acercamiento crítico a la realidad norteamericana desde su primera estancia neoyorquina en 1880.

Este avance notable en la definición de su latinoamericanismo se aprecia, en primer lugar, por el empleo de los términos *madre América* y *nuestra América*.<sup>10</sup> Es obvio que el uso de estas frases desde 1877 indica tanto la preocupación de Martí por establecer una distinción nominal para la América Latina —que, obsérvese, implica la existencia de otro polo, la América que no es nuestra— como su interés por demostrar su filiación, por nacimiento y sentimiento, con esta parte del mundo. Esta conciencia de nuestra identidad queda reforzada con las referencias explícitas que le hacen distinguir en el Nuevo Mundo a América Latina de Estados Unidos. Así, en su prospecto de la *Revista Guatemalteca* señala: “Tenemos más elementos naturales, en estas nuestras tierras, desde donde corre el Bravo fiero hasta donde acaba el digno Chile”. Y más adelante, al apoyar un intercambio comercial beneficioso, pone a la América Latina de un lado, y a Europa y Estados Unidos de otro.<sup>11</sup>

En la identificación de su (nuestra) América que hace el joven Martí en el citado prospecto, se debe apreciar el esfuerzo que realiza por salir de una explicación idealista al atribuir esas distancias entre la América Latina y Europa (y Estados Unidos) a la evolución histórica diferente. Para Martí, la América Latina es “más joven en historia”, no cuenta “con seculares precedentes”, y posee “tristes memorias históricas,—secretos de muchas desdichas”, evidente alusión al período colonial.<sup>12</sup>

Pero cuando el análisis martiano de nuestra América se hace más riguroso y valioso es cuando aporta su comprensión de aquella como síntesis de lo europeo y lo autóctono (indígena). Fernández

<sup>10</sup> Véase Pedro Pablo Rodríguez: “Martí en Guatemala”, *Bohemia*, La Habana, año 69, no. 18, 6 de mayo de 1977, pp. 84-89.

<sup>11</sup> “Prospecto para la *Revista Guatemalteca*”, 11 de abril de 1877, *OC*, t. 7, p. 104; *OCEC*, t. 5, pp. 291.

<sup>12</sup> Ídem.

Retamar ha señalado que ya en 1877 Martí refuta la oposición entre civilización y barbarie y ve a la América Latina como la armonía de elementos “naturales” y “civilizados”.<sup>13</sup> Ello constituye precisamente la clave metodológica que comienza a alejar a Martí desde su juventud de las concepciones liberales vigentes entonces, que consideraban el pensamiento, las instituciones, la tecnología —en fin, las sociedades capitalistas europeas y norteamericana— como el modelo del progreso, y lo indígena como un elemento retardatario cuando menos, y hasta de necesaria extinción, como estimó Domingo Faustino Sarmiento, verdadero antípoda de las concepciones martianas. Andar por el camino de entender lo americano, nuestra América, como mixtura de lo europeo y lo aborigen, significa trascender la oposición entre una cultura civilizada y adelantada y otra bárbara y atrasada. Es significativo que cuando Martí se refiere al elemento indígena no lo llama atrasado: para evitar una comparación que falsea la realidad y que da un sentido peyorativo a lo que quiere identificar, siempre se refiere a lo “natural”. Inteligente y hermosa manera de sintetizar el menor grado de desarrollo encontrado por los europeos cuando la conquista: el indígena está más cerca de la naturaleza. De esta manera refuerza el valor que confiere a su cultura, pues no olvidemos que para él la naturaleza americana es grandiosa y digna de admiración, y da lugar a elevados propósitos.

Si tomamos como ejemplo su trabajo “Los códigos nuevos” (1877), veremos que Martí describió la síntesis de pueblos en América como un proceso antagónico que asimiló, por una parte, al pueblo conquistado e interrumpido en su desarrollo natural y, por otra, a una civilización devastadora. Por eso ve un futuro necesariamente mejor, al haberse creado un pueblo nuevo, “en esencia distinto”, y por eso desde entonces tendrá una visión optimista del futuro de nuestra América a la que califica de tierra nueva.

Veamos sus propias palabras:

<sup>13</sup> Roberto Fernández Retamar: “Martí y la revelación de nuestra América”, prólogo a *Nuestra América*, La Habana, Editorial Casa de las Américas, 1974.

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad, desenvuelve y restaura su alma propia. Es una verdad extraordinaria: el gran espíritu universal tiene una faz particular en cada continente. Así nosotros, con todo el raquitismo de un infante mal herido en la cuna, tenemos toda la fogosidad generosa, inquietud valiente y bravo vuelo de una raza original, fiera y artística.

Toda obra nuestra, de nuestra América robusta, tendrá, pues, inevitablemente el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones, y si herido, no muerto. ¡Ya revive!<sup>14</sup>

Como complemento de la toma de conciencia de esta identidad común, ya en su folleto *Guatemala*, publicado en 1878, lanzó su idea de la necesidad de la unidad latinoamericana. “Por primera vez me parece buena una cadena para atar dentro de un cerco mismo a todos los pueblos de mi América!”<sup>15</sup>

Es evidente, pues, que en *Guatemala* la comprensión de la identidad latinoamericana sitúa al pensamiento martiano en un plano superior, en el que se aprecian elementos de un análisis historicista, lo que le permite a Martí comenzar a alejarse de las explicaciones idealistas que se limitaban a entender el latinoamericanismo como una comunidad espiritual, moral, geográfica, etc. Aquí se encuentra otra clave metodológica que permite al latinoamericanismo de

<sup>14</sup> “Los códigos nuevos”, *El Progreso*, Guatemala, 22 de abril de 1877, *OC*, t. 7, p. 98; *OCEC*, t. 5, p. 89.

<sup>15</sup> “Guatemala”, 1878, *OC*, t. 7, p. 118; *OCEC*, t. 5, p. 240.

Martí avanzar por el camino que lo llevará en su madurez a desbordar el liberalismo.

Se trata de que su análisis no se preocupó por reseñar, como sí hacían tantos de sus contemporáneos, la violación de los principios liberales en la América Latina, sino que se dedicó a tratar de conocer la verdadera naturaleza histórico-social de la realidad de esta región. O sea: en vez de partir del modelo para descubrir sus desajustes en el Continente, su esfuerzo cognoscitivo se dirigió a la realidad con independencia del modelo. Por tanto, Martí invirtió el camino cognoscitivo tradicional, lo que le permitiría, en su período de madurez en “Nuestra América”, señalar las razones históricas y sociales que necesariamente provocaban el disfuncionamiento del modelo liberal en la América Latina, y que le permitieron entender que el modelo era inapropiado para la realidad social, y no que esta tuviese “defectos” —como el caudillismo, o la incultura y el “atraso” de sus habitantes— que trasgredían a aquel. Aunque no parece acertado hablar de que en Guatemala se produce en Martí un cambio de problemática, el proceso descrito sí indica que hay un importantísimo cambio de perspectiva a la hora de plantearse el conocimiento de la América Latina.

El proceso mental para producir este cambio se produjo en Martí seguramente con una limitada conciencia y sin violentaciones. Con ello quiero decir que no hay elementos que permitan afirmar que lo animaba el propósito de poner en solfa los supuestos liberales de su pensamiento. Es más, como veremos, estos estuvieron presentes, durante su juventud, ante el análisis de la política de México y de Guatemala. De lo que sí hay conciencia plena en Martí es de su misión reveladora de la identidad de nuestra América. Así le dijo en una carta al español republicano y liberal Valero Pujol, en 1877: “Vivir humilde, trabajar mucho, engrandecer a América, estudiar sus fuerzas y revelárselas, pagar a los pueblos el bien que me hacen: este es mi oficio. Nada me abatirá; nada me lo impedirá”.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> Carta a Valero Pujol, 27 de noviembre de 1877, *OC*, t. 7, p. 112; *OCEC*, t. 5, p. 192.

Entre sus amistades y en los extensos círculos de relaciones que tuvo en España, en México y en Guatemala, predominaba el liberalismo en aquellos años setenta y, además, en ambas naciones latinoamericanas Martí vivió bajo regímenes políticos que proclamaron su adhesión al liberalismo y que fundamentaron su obra de gobierno en esta doctrina. Martí, por su parte, siguió activamente la política interna de ambas naciones y apoyó las medidas de corte liberal puestas en vigor en las mismas. Aunque parezca a primera vista el camino más largo, fue el rodeo que significó el preocuparse por los problemas de la sociedad —aunque viese con buenos ojos la política liberal aplicada por los gobiernos—, lo que le permitió alcanzar más tarde una correcta comprensión acerca del modelo político.

En realidad, pues, no hay tal rodeo. Se trata de que Martí profundizó en la comprensión de problemas determinantes —estructurales— de las sociedades latinoamericanas, lo que, cognoscitivamente, le abrió el paso, con posterioridad, a entender la política como una instancia determinada por las raíces de la sociedad. Como prueba de lo que apuntamos debe considerarse el hecho de que al referirse a los gobiernos de México y Guatemala, las críticas martianas se dirigen únicamente, entre 1875 y 1878, a la violentación de los principios políticos liberales por los mandatarios Porfirio Díaz y Justo Rufino Barrios. El primero, a pesar de que fue apoyado por muchos de los intelectuales amigos de Martí y por varios sectores de liberales descontentos con la reelección del presidente Sebastián Lerdo de Tejada, le fue desagradable por haber ascendido al poder mediante la fuerza. Y en cuanto a Barrios, le reprochó su conducta autoritaria, en tono fuerte que mantuvo hasta mediados de la década de los años ochenta. En conclusión, que sus observaciones críticas a ambos mandatarios se mueven en el campo liberal. Sin embargo, en “Nuestra América” su crítica no será a hombres, ni al caudillismo realmente, sino contra el sistema de gobierno implantado tras la independencia.

Por tanto, se ha de considerar que en su período mexicano-guatemalteco no hubo en Martí un cuestionamiento de los supuestos liberales que aún dominaban su pensamiento. Acicateado seguramente

por la contradicción que observó en la práctica de los republicanos españoles al negarse estos a admitir la república cubana y por la búsqueda de experiencias para su patria, el joven liberal José Martí, mientras aplaudía los que consideraba intentos positivos de aplicar el modelo creado en Europa y Estados Unidos, se planteaba, paralelamente, el conocimiento de la identidad latinoamericana. Así, puede afirmarse que fue la realidad colonial cubana y su interés por solucionar su problema fundamental, lo que impulsará su mente por esa vía. La búsqueda consecuente de la fundamentación para la identidad latinoamericana —impulsado entonces por más razones— lo conducirá a tomar conciencia plena de la contradicción entre el modelo y la realidad en otro momento de su juventud, cuando se establezca por varios meses en Venezuela en 1881. Pero esa será una fase ya de desarrollo de su latinoamericanismo, formado en México y Guatemala.

En resumen, la temática latinoamericanista, iniciada con su llegada a México en 1875, es desde entonces uno de los componentes fundamentales del pensamiento de Martí, y en ella se aprecian aspectos que, metodológicamente, comienzan su proceso de distanciamiento del liberalismo que culmina en los años noventa: la comprensión de que la América Latina es una cultura en que se mezclan lo aborigen y lo europeo, y, aunque incompleta, la fundamentación de la especificidad latinoamericana en razones históricas y sociales. Indudablemente que la comprensión de la identidad latinoamericana desde su juventud fue un antecedente necesario para la manifestación de una ideología de liberación nacional en su madurez.

Así, desde su temprana juventud, las ideas del Maestro hicieron de la América Latina uno de sus centros de atención, presidido por ese objetivo que enunció en carta a Mercado en 1877, y que mantuvo como divisa hasta el fin de su vida cuando cayó peleando por Cuba y por nuestra América: “Dar vida a la América, hacer resucitar la antigua, fortalecer y revelar la nueva”.<sup>17</sup>

<sup>17</sup> Carta a Manuel Mercado, 21 de septiembre de 1877, *Correspondencia a Manuel Mercado*, compilación y nota de Marisela del Pino y Pedro Pablo Rodríguez, introducción de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2003, p. 89; *OC*, t. 20, p. 32; *OCEC*, t. 5, p. 173.

## Como la plata en las raíces de los Andes. El sentido de la unidad continental en el latinoamericanismo de José Martí\*

Cuando se trata del tema de la unidad latinoamericana en Martí, suele tenerse la impresión de que el revolucionario cubano se refirió a la unión política de las naciones del Continente. Quizás sean responsabilidad de ello sus juicios a propositito de Bolívar, en los cuales se destaca su entusiasmo ante el proyecto y la práctica del Estado unificado impulsado por el Libertador, y la sistemática presencia en sus escritos de los llamados a la unión, los cuales sintetizó en su fórmula particular de nominar a la región: nuestra América. Sin embargo, ver únicamente en tal sentido la idea de Martí sobre la unidad de los pueblos al sur del río Bravo, compromete seriamente el entendimiento de la riqueza de sus apreciaciones sobre el asunto y hasta la comprensión verdadera de todo su pensamiento latinoamericanista.

A pesar de haber sido admirador de la obra y el pensamiento políticos bolivarianos, Martí se refirió con gran realismo a las limitaciones histórico-sociales que impidieron la permanencia del Estado que el Libertador denominara Colombia. En su discurso de 1893 sobre Bolívar, escribió Martí lo siguiente:

Acaso, en su sueño de gloria, para la América y para sí, no vio que la unidad de espíritu, indispensable a la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se

\* Publicado en *Anuario del Centro de Estudios Marianos*, no. 3, La Habana, 1980, pp. 322-334.

acomodaban sobre el seguro de la realidad: acaso el genial previsor que proclamó que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir, no pudo, por no tenerla en el redañó, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular, de la pelea de todos en abierta lid, que salva, sin más ley que la libertad verdadera, a las repúblicas.<sup>1</sup>

Por eso, la concepción martiana de la unidad supera dialécticamente la bolivariana, al integrarla como una parte significativa e inseparable de su pensamiento latinoamericanista.

Ya desde la juventud, las ideas de Martí sobre el carácter de las sociedades latinoamericanas aprehenden aspectos ocultos o valorados de modo opuesto por sus contemporáneos. Es natural imaginar que, formado en la tradición del pensamiento político liberal cubano, el adolescente José Martí haya observado intereses comunes y vínculos entre las naciones republicanas del norte y del sur de América, en su lógico rechazo a la monarquía absolutista española. Sin dejar de valorar altamente la significación, en el desarrollo de sus ideas, de su crítica a la república española por no permitir el establecimiento de la república cubana independiente, se ha de considerar su estancia de casi cuatro años en México y en Guatemala como el momento de formación de sus concepciones latinoamericanistas. Tras salir de su isla de cañaverales y negros esclavos, y conocer las brumas europeas y los secos soles de Castilla, el joven Martí conoció en aquellos países latinoamericanos la naturaleza continental siempre imponente —ya en sus bosques tupidos o en sus cumbres nevadas, ya en sus mesetas o en sus cálidas costas del Golfo y del Caribe—, y junto ella, sociedades donde cohabitaban hombres y costumbres establecidos desde muchos siglos antes en esas tierras, y otros venidos del otro lado del Atlántico. Así expresó la revelación

<sup>1</sup> “Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar el 28 de octubre de 1893”, *OC*, t. 8, p. 246.

que tuvo entonces de nuestra América en “Los códigos nuevos”,<sup>2</sup> trabajo escrito en Guatemala, donde el joven Martí demostró poseer una conciencia latinoamericanista sólidamente afincada en la comprensión del carácter mixto de las sociedades latinoamericanas, y, sobre todo, que la materialización verdadera de la mezcla de aborigen y de europeo definiría el futuro de la que en 1877 comenzaba ya a llamar nuestra América, como afirma en el propio trabajo citado: “Toda obra nuestra, de nuestra América, robusta, tendrá, pues, inevitablemente el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones, y si herido, no muerto”.<sup>3</sup>

Es importante observar, de paso, que esa definición de América Latina, abierta hacia el futuro, se aleja de la tradicional visión que por entonces definía a la región exclusivamente por su oposición a España como metrópoli política, pero que sustentaba —hasta con la denominación de Hispanoamérica— el reconocimiento de la identidad continental, de modo unilateral, en la vertiente europea, y echaba a un lado —en la mayoría de los casos— al elemento aborigen. Es obvio, además, que semejante apreciación de su pertenencia a una unidad histórico-social que se definía a partir de una mezcla de aportes étnico-culturales, no incluye ya a Estados Unidos, como el mismo Martí señaló expresamente en el prospecto de la *Revista Guatemalteca*, al escribir que el propósito de la publicación era promover el intercambio útil y el conocimiento mutuo entre las tierras que van desde “el Bravo fiero hasta donde acaba el digno Chile”, por una parte, y el “mundo viejo, y el septentrión del nuevo”, por el otro.<sup>4</sup>

Estos puntos de vista le ayudarían, durante sus años en Estados Unidos, a profundizar en aspectos de esa sociedad que no fueron

<sup>2</sup> “Los códigos nuevos”, 29 de abril de 1877, *OC*, t. 7, p. 98; *OCEC*, t. 5, p. 89.

<sup>3</sup> Ídem.

<sup>4</sup> “Revista Guatemalteca”, *OC*, t. 7, p. 104; *OCEC*, t. 5, p. 291.

comprendidos por buena parte de sus contemporáneos en Latinoamérica. Despreciando o ignorando, en el mejor de los casos, el aporte de las culturas indias, la oligarquía agraria del Continente permaneció viéndose como una continuadora exclusiva de la cultura hispánica, y por extensión de la europea, mientras que las poderosas burguesías comerciales y las germinales burguesías industriales oteaban hacia un horizonte al norte: Inglaterra, en Europa, o Estados Unidos en América. El desarrollo industrial capitalista, responsable principal del mantenimiento de las sociedades agrarias o mineras, exportadoras de materias primas o alimentos, fue la luz que atrajo los ensueños de mariposa de los ideólogos del progreso latinoamericano, quienes vieron, por lo general, al elemento aborígen como un obstáculo al avance hacia el camino de la industrialización. La quincena de años en Estados Unidos sirvió a Martí, sin embargo, para extraer conclusiones diferentes. El gigantesco desarrollo industrial sustentado en un aumento sostenido del mercado interno, y autoabastecido en buena medida, de materias primas propias, por el que atravesó Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XIX, no levantaría en el revolucionario cubano el afán de seguir las vías y métodos de aquella nación para alcanzar el desarrollo latinoamericano: Martí estaba protegido por la fuerte conciencia de autoctonía, que le apreciamos desde México, la que contribuiría, indudablemente, al proceso de su apresamiento de rasgos significativos del paso a la etapa imperialista en los Estados Unidos, y sus consecuencias de dominación para la América Latina.

En fecha tan temprana como 1881 escribía en su intimidad, en uno de los *Cuadernos de apuntes*: “¿Se unirán, en consorcio urgente, esencial y bendito, los pueblos conexas y antiguos de América? ¿Se dividirán, por ambiciones de vientre y celos de villorio, en nacioncillas desmeduladas, extraviadas, laterales, dialécticas?”<sup>5</sup> Insistía desde entonces en la unidad del modo siguiente:

¡Pues no vive próspera ni largamente pueblo alguno que tuerce su vía de aquello que le marcan sus orígenes, y se consagra

<sup>5</sup> *Cuaderno de apuntes*, no. 5, OC, t. 21, p. 164.

a otro fin que aquel fatal que presentaban los elementos de que consta! ¡Pues en igual continente, de iguales padres, y tras iguales dolores, y con iguales problemas,—se ha de ir a iguales fines! ¡Acelera su fin particular el pueblo que se niega a obrar de concierto con los pueblos que le son afines en el logro del fin general!<sup>6</sup>

Obsérvese que la fundamentación de la unidad la hace atendiendo a razones geográficas (“en igual continente”), históricas (“de iguales padres y tras iguales dolores”), y sociales (“con iguales problemas”).

Ya en Estados Unidos, las observaciones de los primeros tiempos sobre ese país, en las cuales el juicio ético expresaba la asunción de los valores latinoamericanos, se fueron convirtiendo en el transcurso de los años ochenta en un dramático llamado de alerta y en una vigilia permanente, que culminarían en el angustioso quehacer político de la última década para, en una carrera contra reloj, detener la expansión norteamericana hacia nuestra América.

El estudio detenido de los orígenes, la evolución histórica y el impetuoso desarrollo de Estados Unidos tras la Guerra de Secesión, demostró a Martí que se estaba abriendo una época de franco peligro para la independencia latinoamericana. Y ante ello, la unidad de la región se torna imprescindible para él: “Hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes”, decía en 1891 en “Nuestra América”.

La unidad latinoamericana es, pues, lógica consecuencia del antimperialismo martiano, o, mejor, es la otra cara de esa moneda, debido a la estrecha interdependencia de ambos aspectos de su pensamiento. Por tanto, deben sentarse algunos juicios a propósito de su antimperialismo.

En rápida ojeada, resulta evidente de la lectura de las “Escenas norteamericanas” que Martí comprendió que Estados Unidos atravesaba por una fase de formación de monopolios industriales, los cuales establecían nexos de propiedad con la banca, a la vez que utilizaban sus posiciones y relaciones con los grupos en los partidos

<sup>6</sup> *Ibíd.*, pp. 164-165.

políticos —especialmente con el Partido Republicano—, para influir en la política del país, de manera de ampliar sus mercados exteriores. La agresividad comercial que se destapó en Estados Unidos a fines del siglo XIX fue el lógico resultado de la concentración monopolística, la cual se sirvió de los tradicionales anhelos de expansión territorial, que habían agrandado la nación hacia el oeste a lo largo del siglo, para impulsar un renovado interés hacia el Caribe, México y América Central.

Que Martí entendió cabalmente que comenzaba un nuevo período en las relaciones interamericanas, lo demuestran sus conocidas palabras al enjuiciar las razones y los propósitos que movieron al gobierno norteamericano a convocar la Conferencia Internacional Americana de Washington, que sesionó durante 1889 y 1890.

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española, la hora de declarar su segunda independencia.<sup>7</sup>

Es de suma importancia señalar que en el propio trabajo de donde se ha tomado la cita anterior, Martí explica cómo el desarrollo histórico de Estados Unidos, desde su fase colonial, ha seguido derroteros diferentes a Latinoamérica, y es precisamente ese camino recorrido el que desemboca en los objetivos expansionistas que han llevado a la convocatoria de la Conferencia. Con un brillante análisis

<sup>7</sup> “Congreso Internacional de Washington. I”, Nueva York, 2 de noviembre de 1890, *OC*, t. 6, p. 46.

histórico apoyado en un sólido conocimiento de los estudios que se comenzaban entonces sobre los diferentes procesos históricos recorridos por ambas partes de América,<sup>8</sup> Martí insiste, en las crónicas sobre esa primera conferencia panamericana, en que la nación del Norte es “un pueblo agresivo de otra composición y fin”,<sup>9</sup> y que el Continente está “ocupado por dos pueblos de naturaleza y objeto distintos”.<sup>10</sup> Incluso dedicó todo un trabajo a demostrar las causales históricas de tales distinciones; se trata del discurso llamado “Madre América”, leído a los delegados a la Conferencia Panamericana, en el cual hace un pormenorizado estudio paralelo de los procesos evolutivos en ambas partes de América. No cabe duda, al estudiar tales textos, que el latinoamericanismo de Martí cuenta con una poderosa apoyatura histórica que insiste en señalar la especificidad de las sociedades latinoamericanas frente a la norteamericana. Podría decirse que su pensamiento entra, con los artículos dedicados a la conferencia panamericana de Washington, en la fase del explícito deslinde definitivo entre América Latina y Estados Unidos.

Pero hay más. Como Martí no fue un historiador ni un sociólogo, sino un político, ese deslinde a que arriba en sus análisis es motivado por el gran problema de su tiempo: la política expansionista del naciente imperialismo norteamericano cuya marcha, a plena conciencia, intentará detener desde entonces.

Por eso su latinoamericanismo se define por oposición: la América Latina es una identidad, no solo por razones históricas y étnico-culturales, sino también porque su presente y su futuro enfrentan una nueva amenaza de dominación.

De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el continente, y anuncia, por boca de sus estadistas,

<sup>8</sup> Cf. su artículo sobre el libro del argentino Vicente G. Quesada, que estudia la época colonial, publicado en *Patria*, Nueva York, 14 de febrero de 1893, *OC*, t. 7, pp. 389-392.

<sup>9</sup> “Congreso Internacional de Washington. I”, ob. cit, p. 53.

<sup>10</sup> “Congreso Internacional de Washington. II”, *OC*, t. 6, p. 63.

en la prensa y en el pulpito, en el banquete y en el congreso, mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar otra, que todo el norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial del istmo abajo, y de otra están los pueblos de origen y fines diversos, cada día más ocupados y menos recelosos, que no tienen más enemigo real que su propia ambición, y la del vecino que los convida a ahorrarle el trabajo de quitarles mañana por la fuerza lo que le pueden dar de grado ahora.<sup>11</sup>

Es evidente, como se ha visto en las citas, que junto a la expansión territorial, Martí aprecia que Estados Unidos pretende una expansión económica a expensas de América Latina: con ambas, nos ha dicho, se trataba de “crear en forma nueva el despotismo”.<sup>12</sup> Sabido es que la fase imperialista del capitalismo destaca la exportación de capitales como forma principal de la dominación sobre los pueblos dependientes. Martí no atribuye a este aspecto la responsabilidad fundamental en la expansión económica del imperialismo de Estados Unidos hacia la América Latina, sino que reitera el interés por encontrar mercados consumidores de sus productos industriales, puesto ya de manifiesto en 1883 con el tratado comercial con México, tan criticado por el cubano.<sup>13</sup> Incluso en una de las crónicas sobre la conferencia panamericana llama a poner capitales en Argentina,<sup>14</sup> repitiendo una idea expresada también para *La Nación* de Buenos Aires en 1888,<sup>15</sup> aunque advierte, ante la presencia norteamericana en Honduras seis años más tarde, desde las páginas de *Patria*:

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 56.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 62.

<sup>13</sup> “El Tratado Comercial entre los Estados Unidos y México”, *OC*, t. 7, pp. 17-22; *OCEC*, t. 18, pp. 11-16.

<sup>14</sup> “Los delegados argentinos en Nueva York”, *OC*, t. 6, p. 110.

<sup>15</sup> “La República Argentina en el exterior”, *OC*, t. 7, p. 343.

De tiempo atrás venía apenando a los observadores americanos la imprudente facilidad con que Honduras, por sinrazón visible más confiada en los extraños que en los propios, se abrió a la gente rubia que con la fama del progreso le iba del Norte a obtener allí, a todo por nada, las empresas pingües que en su tierra les escasean o se les cierran. Todo trabajador es santo y cada productor es una raíz; y al que traiga trabajo útil y cariño, venga de tierra fría o caliente, se le ha de abrir hueco ancho, como a un árbol nuevo; pero con el pretexto del trabajo, y la simpatía del americanismo, no han de venir a sentársenos sobre la tierra, sin dinero en la bolsa ni amistad en el corazón, los buscavidas y los ladrones.<sup>16</sup>

La cita parece referirse a la emigración de trabajadores, de colonos, pero es conveniente recordar que tales empresas de colonización, de cierta frecuencia en la América Central de finales de siglo, solían tener poderosos vínculos con los círculos financieros norteamericanos. De todos modos, estos criterios martianos parecen obedecer no solo a la obvia necesidad de capitales para el desarrollo de las economías latinoamericanas de entonces, sino, además, al hecho de que a finales del siglo pasado todavía Estados Unidos estaba empeñado en una aguda lucha contra Inglaterra por el dominio de los mercados latinoamericanos. En aquella época es indudable que el peso y el sentido de la expansión económica del imperialismo norteamericano se daba por el intento del control comercial —como ya sucedía en Cuba, donde el financiamiento norteamericano de las operaciones comerciales ya era de gran peso en la producción azucarera—, paso indispensable para asegurar la entrada posterior en la esfera productiva de los capitales excedentes. Por otra parte, no puede descontarse que la exportación de mercancías es un objetivo del comercio capitalista, que caracterizó las relaciones, durante su fase industrial, entre las naciones desarrolladas y las que ya se sumergían en el subdesarrollo, pero que no desaparece en la etapa imperialista, sino que hasta se incrementa

<sup>16</sup> “Honduras y los extranjeros”, *OC*, t. 8, p. 36.

cuantitativamente al ampliarse el mercado mundial, aunque cambiando su carácter: en la medida en que la producción monopolística domina las exportaciones, es obvio que el comercio internacional en tiempos del imperialismo se ajusta a los requerimientos de las grandes corporaciones financieras. Por tanto, aunque no estamos en condiciones de ofrecer referencias martianas que indiquen la comprensión de este asunto, sus señalamientos críticos al hegemonismo comercial norteamericano en América Latina constituyen, objetivamente, una oposición a un movimiento económico del naciente imperialismo.

Sin embargo, la sagacidad martiana no dejó de advertir sobre los peligros que acarreaban las exportaciones de capital, que comenzaban a ser frecuentes a través de los préstamos o de las inversiones directas en las vías de comunicación: “viene con el extranjero”, decía en 1889, “el veneno de los empréstitos, los canales, de los ferrocarriles”.<sup>17</sup>

Veamos cómo él mismo responde a la pregunta “¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica de los Estados Unidos?”, que se hizo en la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, en mayo de 1891:

Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político. La política es obra de los hombres, que rinden sus sentimientos al interés, o sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio de los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser

<sup>17</sup> “Congreso Internacional de Washington. II”, ob. cit., p. 61.

libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesita menos, al que lo desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América.<sup>18</sup>

Obsérvese cómo la agudeza de los juicios martianos apresa la íntima relación entre la dominación económica y la política relación que precisamente caracteriza a la opresión neocolonial, propia de la época del imperialismo.

Ante esta nueva dependencia hacia el naciente imperialismo de Estados Unidos, que tomaba las formas de la expansión territorial y económica, solo cabía como respuesta la unidad entendida en sentido estratégico. Por eso escribiría en 1890: “Las familias de pueblos, como los partidos políticos, frente al peligro común, aprietan sus lazos”.<sup>19</sup>

Martí no estableció explícitamente el plan para la unidad latinoamericana ni, mucho menos, habló de un proyecto de Estado unificado. En sus apreciaciones críticas sobre el ideal bolivariano —escritas en 1893, durante su ininterrumpido período de madurez— ya observamos el realismo de su pensamiento en este sentido; pero es indudable que su proyecto revolucionario y antimperialista tendía a allanar el camino estratégico para tal unidad. Como escribió en el prólogo a los *Versos sencillos* (1891): Cuba no podía apartarse por las intrigas imperialistas “de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana”.<sup>20</sup> Es de sumo interés esta idea suya —que reitera— sobre el completamiento, en Cuba, de “la patria hispanoamericana”. Ella hace estimar que en el Maestro hay una peculiar y avanzada idea nacional: esta no remite a las fronteras administrativas creadas por el colonialismo español o a las estatales aparecidas tras la independencia. La verdadera nación es una sola —la América Latina toda—, pues ella, como vimos que entendió

<sup>18</sup> “Conferencia monetaria de las repúblicas de América”, *OC*, t. 6, p. 160.

<sup>19</sup> “La Conferencia de Washington”, *OC*, t. 6, p. 80.

<sup>20</sup> “Prólogo a los *Versos sencillos*”, *OC*, t. 6, p. 143; *OCEC*, t. 14, p. 297.

desde los años en México y Guatemala, es —como conjunto— una identidad histórico-cultural diferenciada de Europa y de Estados Unidos. Por tanto es válido afirmar que su sentido nacional no tuvo una naturaleza localista, que se reafirmó en la medida en que comprendió los objetivos expansionistas de Estados Unidos. Recordemos al efecto, simplemente, sus advertencias en “Nuestra América” con respecto a los celos aldeanos que limitan el horizonte y no dejan ver en el cielo a los cometas que andan engullendo mundos. Al mismo tiempo, el combate de liberación nacional, que comenzó en Cuba y que se habría de extender a Puerto Rico, es, entonces, una fase que constituye un prerrequisito de la unidad continental.

Por eso, en absoluta concordancia con todo lo anterior, su estrategia político-revolucionaria, para llegar a esa unidad latinoamericana, habría de obstaculizar la expansión territorial del imperialismo norteamericano, como ya escribía, seis años antes de su muerte en combate, a Gonzalo de Quesada, en medio de los trajines de la conferencia panamericana:

El interés de lo que queda de honra en la América Latina, —el respeto que impone un pueblo decoroso—la obligación en que esta tierra está de no declararse aún ante el mundo pueblo conquistador—lo poco que queda aquí de republicanism sano—y la posibilidad de obtener nuestra independencia antes de que le sea permitido a este pueblo por los nuestros extenderse sobre sus cercanías, y regirlos a todos:—he ahí nuestros aliados, y con ellos emprendo la lucha.<sup>21</sup>

No deja de insistir en que las Antillas libres serían una encrucijada comercial abierta a todos los continentes, de manera de obstaculizar el expansionismo económico norteamericano hacia la América Latina. Se trata, pues, de que el internacionalismo martiano, expresado a través de su objetivo unitario para la América Latina, pasa por su nacionalismo popular y revolucionario.

<sup>21</sup> Carta a Gonzalo de Quesada, Nueva York, 16 de noviembre de 1889, *OC*, t. 6, p. 122.

El que en silencio tuviera que ser la tarea martiana —como decía a Mercado el 18 de mayo de 1895, y como había advertido también a Quesada desde diciembre de 1889: “En las manos de todos no podemos poner nuestro pensamiento, porque sería lo mismo que entregarlo al enemigo, que tiene tantos lomos a sus pies”—,<sup>22</sup> no es óbice para entender que Cuba independiente, con la fundación de la república “nueva”, abriría el camino de la imprescindible unidad latinoamericana, gradual y a largo plazo en las formas político-estatales, más mediata en el acercamiento de las estructuras económicas como resultado del abandono de los moldes oligárquico-agrarios, y de urgencia extrema en cuanto a la acción diplomática y política concertada contra los apetitos del imperialismo norteamericano. Esos eran los “deberes difíciles” que la situación geográfica sellaba a Cuba, y que la labor del Partido Revolucionario Cubano habría de preparar, como se expresa en el artículo tercero de las *Bases*.<sup>23</sup> Así, frente a la república oligárquica que Martí puso en solfa en 1891 en “Nuestra América”,<sup>24</sup> por no fundarse de acuerdo con los intereses del indio, del negro y del campesino, y por imitar en su forma de gobierno los modelos liberales de Europa y de los Estados Unidos, se levantaría la república democrática y popular, que, según dijo hace ochenta años en el *Manifiesto de Montecristi*, daría

[...] un porvenir en que las condiciones de asiento, y del trabajo inmediato de un pueblo feraz en la república justa, excederán a las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza o arrogancia que la guerra a veces cría, del rencor ofensivo de una minoría de amos caída de sus privilegios; de la censurable premura con que una minoría aún invisible de libertos descontentos pudiera aspirar, con violación funesta

<sup>22</sup> Carta a Gonzalo de Quesada, Nueva York, 13 de diciembre de 1889, *OC*, t. 6, p. 126.

<sup>23</sup> “Bases del Partido Revolucionario Cubano,” *OC*, t. 1, p. 279-284.

<sup>24</sup> José Martí: *Nuestra América. Edición crítica*, investigación presentación y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Marianos-Casa de las Américas, 1991; *OC*, t. 6, pp. 15-23.

del albedrío y naturaleza humanos, al respeto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en las virtudes y talentos; y de la súbita desposesión en gran parte de los pobladores letrados de las ciudades, de la suntuosidad o abundancia relativa que hoy les viene de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia, y de los oficios que habrán de desaparecer con la libertad.<sup>25</sup>

Parece que Martí, comprometido en la ejecución del primer paso de su estrategia revolucionaria, en la guerra para la independencia de Cuba, y en fomentar y auxiliar la de Puerto Rico, según reza el artículo primero de las *Bases* del Partido Revolucionario Cubano, pensaba que el acercamiento entre las Antillas mayores —Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico: “las tres Antillas hermanas, que han de salvarse juntas, o juntas han de perecer”—<sup>26</sup> sería de más temprano alcance en virtud de las desembozadas aspiraciones de ocupación de las mismas que se manifestaban en Estados Unidos. Pero ni aún en ese caso en que parece evidente su deseo de que la aproximación entre ellas no fuese lejana, osa Martí insinuar la conveniencia de la unión estatal:

No parece que la seguridad de las Antillas, ojeadas de cerca por la codicia pujante, dependa tanto de la alianza ostentosa y, en lo material, insuficiente, que provocase reparos y justificara la agresión como de la unión sutil y manifiesta en todo, sin el asidero de la provocación confesa, de las islas que han de sostenerse juntas, o juntas han de desaparecer, en el recuento de los pueblos libres. Por la rivalidad de los productos agrícolas, o por diversidad de hábitos y antecedentes, o por temor de acarrearle la enemiga del vecino hostil, pudieran venir a apartarse, en cuanto cayese en forma cerrada su unión natural, las tres islas que, en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir, se tienden los brazos por sobre

<sup>25</sup> “Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario Cubano a Cuba”, *OC*, t. 4, p. 96.

<sup>26</sup> “Las Antillas y Baldorioty Castro”, *OC*, t. 4, p. 407.

los mares, y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangriento, como tres guardianes de la América cordial y verdadera, que sobrepujará al fin a la América ambiciosa, como tres hermanas.<sup>27</sup>

En rigor, pues, parece admisible que para el revolucionario cubano la unidad latinoamericana —imperativo motivado por las intenciones expansionistas tanto territoriales como económicas del naciente imperialismo norteamericano— era un proceso a largo plazo y que abarcaba muchas instancias antes de poder arribar a la unidad estatal. Esa unidad, que no se oponía, sino que estimulaba la formación de unidades subregionales como la de las Antillas Mayores y la de la América Central —cuya unidad política incluso fue aplaudida por Martí como una aspiración legítimamente asentada en la historia—, exigía como condición *sine qua non*, la reestructuración de las repúblicas latinoamericanas, cargadas, como dijo en varias ocasiones, de peligros internos, los cuales sintetizó en la idea de la permanencia de los hábitos y costumbres coloniales a través de la ausencia de formas de gobierno que respondiesen a los intereses de las mayorías populares. Al ser el lógico remate de su estrategia de liberación nacional, el sentido de la unidad continental en Martí, aunque continúa una tradición del pensamiento de la región —y no podía dejar de ser así puesto que, objetivamente, la identidad latinoamericana, como la entendió el revolucionario cubano, era histórica: se manifestaba en concordancia con el proceso ocurrido durante la colonia y la república independiente—, significa, al mismo tiempo, una ruptura, al ascender a un escalón superior. Porque conscientemente defiende los intereses populares en Cuba al luchar por la independencia, y en la América Latina al pretender asegurar su independencia con el detenimiento de la expansión imperialista y con el reajuste de sus estructuras sociales, económicas y políticas de manera de hacer causa común con los oprimidos, José Martí abre la concepción de la unidad latinoamericana para dar cabida en ella —más que a las formas político-estatales— al jugoso contenido de las

<sup>27</sup> *Ibíd.*, p. 405.

transformaciones sociales que darían base firme al combate contra la dominación imperialista.

Este aspecto, punto nodal de su estrategia continental, cuya materialización se iniciaría al crearse la república “nueva” en Cuba, quedó, como sabemos, sin una amplia fundamentación positiva en su pensamiento: el programa de transformaciones concretas solo puede estimarse a través de sus críticas a aspectos específicos de las realidades latinoamericanas, y de sus ideas a propósito de la república cubana por fundar. La organización del Partido, y los preparativos para la “guerra necesaria” —implementación en la práctica de los objetivos de su estrategia—, le impidieron desarrollar *in extenso* esa fundamentación. Pero, de todos modos, es indudable que su idea unitaria continental se basa en las transformaciones de estructuras sociales, dando así a su antimperialismo un completamiento tal que lo hace rebasar la simple observación sagaz de una coyuntura política, para convertirlo en un elemento caracterizador de su especificidad como pensador y dirigente político. Ello lo sitúa como el hombre mayor del mundo colonial y dependiente en el siglo XIX, muy por encima del movimiento democrático-revolucionario de entonces, tanto, que desbrozó el camino a quienes, en el siglo XX y partiendo de su pensamiento, han asumido, desde la teoría marxista-leninista la conducción del movimiento de liberación nacional para unirlo, en armonioso proceso único, a las transformaciones de tipo socialista. Así, pues, las palabras que dejó escritas y el ejemplo de su obra política han servido y sirven como trincheras de ideas para la continuación del combate por la liberación nacional, ese que él convocara en la América Latina cuando llamó a los árboles a ponerse en fila, para que no pasase el gigante de las siete leguas.

## “Nuestra América” como programa revolucionario\*

Quizás la constante reiteración de las ideas centrales contenidas en la última carta de José Martí a Manuel Mercado, el 18 de mayo de 1895, haya contribuido a crear la extendida opinión de que ese importantísimo texto constituye la clave, el develamiento de su pensamiento político.

No pretendo disminuir la significación de esa misiva inconclusa: en ella Martí ofrece explícita y acabadamente los definidos propósitos antimperialistas de su obra. Mostrando hasta dónde su conciencia del cálculo político refrenó la expresión cabal de su pensamiento, escribió en esas letras a Mercado tras referirse a los objetivos antimperialistas de su acción: “En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin”.<sup>1</sup> Estas conocidas frases demuestran sobradamente su carácter de documento inexcusable a la hora de estudiar el ideario político martiano.

\* Publicado en *Anuario del Centro Estudios Martianos*, no. 14, La Habana, 1991, pp. 215-225. También en “José Martí a cien años de ‘Nuestra América’”, *Panorama de nuestra América*, no. 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

<sup>1</sup> Carta a Manuel Mercado, 18 de mayo de 1895, José Martí: *Correspondencia a Manuel Mercado*, compilación y nota de Marisela del Pino y Pedro Pablo Rodríguez, introducción de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos-Casa de las Américas, 1991; OC, t. 4, pp. 167-168.

Pero creo que a veces hemos tomado demasiado al pie de la letra aquello de que “En silencio ha tenido que ser [...]”, y no se ha prestado atención suficiente a lo que sigue, cuando dice: “[...] y como indirectamente”.

El texto que hoy nos reúne nuevamente es uno de los mejores ejemplos de que, más que el silencio, Martí buscó con frecuencia el camino indirecto para orientar acerca de cuál era el alcance de sus ideas.

No podía ser de otro modo, pues la vastedad y hondura de sus propósitos exigían que estos fueran comprendidos en su esencia transformadora de aquel presente y del futuro inmediato, so pena de no poder arrastrar seguidores suficientes para la acción práctica y quedar entonces todo su programa en el plano de la mera utopía.

Si algo caracterizó a aquel político que fue José Martí, se trata de su maravilloso sentido de realismo que le llevó a comprender —y a plantear— la verdadera problemática de su época que, por supuesto, no se apreciaba a flor de piel. Por eso, Martí no fue un pensador utópico, ajeno a los requerimientos y posibilidades de su tiempo, sino el diseñador y artífice de una profunda estrategia de liberación nacional para Cuba y las Antillas que culminaría con la unidad latinoamericana frente al naciente imperialismo estadounidense.

El propio Martí reafirmó ese sentido de la política en “Nuestra América” cuando escribió: “Estrategia es política”.<sup>2</sup> Este texto es uno de los casos, no usuales, pero tampoco de excepción, dentro de sus escritos públicos, en que aparecen expuestos en todo su alcance no solo objetivos definitorios de su ideario sino, además, el conjunto de análisis que sustentaba sus conclusiones para la acción política, al extremo que el ensayo puede ser considerado como la primera exposición cabal de su programa revolucionario para la América Latina.

<sup>2</sup> José Martí: *Nuestra América. Edición crítica*, investigación presentación y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Marianos-Casa de las Américas, 1991, p. 22; *OC*, t. 6, p. 21.

## I

Como han hecho notar varios de los conferencistas que me han antecedido, el texto martiano que nos ocupa no puede ser entendido al margen de las circunstancias de aquel 1890, año en que, indudablemente, fue escrito.

El Congreso Internacional Americano de Washington, promovido por Estados Unidos y su secretario de Estado James Blaine, para encauzar las vías del avance comercial y económico hacia el Sur, en medio del cual se manejó la posibilidad de la anexión de Cuba, permitió entender a Martí que el imperialismo estadounidense ya estaba actuando, que se iba pasando entonces de lo posible a lo real. Luego, para él, no bastaba ya con describir, y explicar —como hiciera para sus lectores de Latinoamérica a través de sus crónicas norteamericanas— las nuevas características que había ido cobrando el país norteño durante los ochenta. Había llegado, por tanto, el momento de denunciar esas acciones expansionistas —como, en verdaderos análisis de coyuntura, había ido haciendo sistemáticamente en sus crónicas mientras duró aquella Conferencia Panamericana— y pasar a emprender la acción de rechazo y enfrentamiento a aquellas: había ya que dar la respuesta que impidiera el curso de los acontecimientos en el sentido buscado por esas fuerzas imperialistas.

Luego, se imponía estimular la reacción en Cuba y en América Latina. De ahí, por un lado, el reforzamiento vigoroso de su tarea unificadora hacia la emigración cubana, cuyos frutos primeros cosecharía a fines de 1891, y, por otro, la publicación, comenzando ese mismo año, de “Nuestra América”, documento de evidente objetivo concientizador.

Así, este ensayo puede entenderse como el cierre de la serie de crónicas sobre la Conferencia de Washington: “Nuestra América” es, de hecho, el balance del cónclave y de las encrucijadas que se abrían tras él para América Latina. A la vez, ha de ser apreciado también como obra de síntesis e integración de su pensamiento anterior. De ahí por qué el texto recurre al género ensayístico: ha

de decir mucho en poco espacio; debe demostrar argumentada y razonadamente sin recurrir a un aparato crítico ni al estudio monográfico.

## II

“Nuestra América” enfoca y engloba, en la problemática latinoamericana de aquel entonces, a dos grandes grupos de asuntos, a los que no por gusto Martí mismo califica como los peligros internos y los externos de América Latina.

Los peligros internos vienen desde la historia colonial de nuestros pueblos y del mantenimiento de esas condiciones y características tras la independencia. “La colonia continuó viviendo en la república [...]”.<sup>3</sup> Quiero llamar la atención acerca del enfoque histórico-social con que Martí aborda estos peligros, lo cual es no solo la demostración de lo necesario para su América de otra opción frente al modelo del Estado liberal, fracasado en este lado del Atlántico, tanto por ser un modelo calcado de otras realidades sin atenderse a estas de la América Latina, como por sus propias limitaciones ínsitas a su carácter burgués.

La autonomía y la identidad de América Latina —dos aspectos del mismo asunto— son la respuesta de Martí, su contribución para solucionar el problema. Esa insistencia del escrito en la contraposición entre el “mestizo autóctono” y el “criollo exótico”, entre el “libro importado” y el “hombre natural”, si hurgamos a fondo, es la importante contribución martiana al adecuado planteo histórico-social del asunto, y, por tanto, a su adecuada solución.

El permanente desajuste entre la teoría liberal y su práctica en América Latina fue algo, por supuesto, apreciado por muchos antes y coetáneamente a Martí. Es más, ese fue tema que preocupó desde la epopeya de la independencia, y, a todas luces, así fue entendido

<sup>3</sup> José Martí: *Nuestra América. Edición crítica*, investigación presentación y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Marianos-Casa de las Américas, 1991, p. 20; *OC*, t. 6, p. 19.

en principio por Bolívar, quien, como sabemos, fue acusado de monárquico más de una vez por su negativa a fundar Colombia sobre el calco de los esquemas liberales entonces conocidos.<sup>4</sup> Creo que esta es la línea esencial de parentesco, de ascendencia bolivariana sobre Martí, quien en más de una ocasión le llamó Padre, pienso que por considerarlo todo un fundador de pueblos, es decir, un “gobernante creador”, para usar sus palabras en “Nuestra América”.

Sabemos que desde su estancia en Guatemala, el revolucionario cubano declaró que América Latina era un pueblo nuevo, una identidad nueva, resultado de la unión de dos pueblos y de sus culturas: la europea y la aborígen.<sup>5</sup> Por eso, desde aquel 1877 era evidente su rechazo a la idea de que en el Continente había una batalla entre la civilización (lo europeo) y la barbarie (lo aborígen), como declara categóricamente en el ensayo publicado en 1891: “No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza”.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> En su célebre discurso ante el Congreso de Angostura, Bolívar dijo:

Pero, sea lo que fuere de este gobierno con respecto a la nación americana, debo decir que ni remotamente ha entrado en mi idea asimilar la situación y naturaleza de dos Estados como el inglés-americano, y el americano-español. ¿No sería muy difícil aplicar a España el código de libertad política, civil y religiosa de Inglaterra? Pues, aún es más difícil adaptar en Venezuela. las leyes del Norte de América. ¿No dice *El espíritu de las leyes* que estas deben ser propias para el pueblo que se hacen?, ¿que es una gran casualidad que las leyes de una nación puedan convenir a otra?, ¿que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos?, referirse al grado de libertad que la Constitución, puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? ¡He aquí el código que debíamos consultar y no el de Washington!”

Ver *Simón Bolívar: Doctrina política*, prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez, Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1940, pp. 63-64.

<sup>5</sup> “Los Códigos nuevos”, *OC*, t. 7, p. 98; *OCEC*, t. 5, p. 89.

<sup>6</sup> *Nuestra América. Edición crítica*, ob. cit., p. 16; *OC*, t. 6, p. 17.

En “Nuestra América” se amplía ese concepto de identidad a aquel presente histórico: no solo mantiene su reconocimiento de 1877 en cuanto a que los aborígenes americanos crearon una civilización, sino que, además, extiende el valor de la autoctonía a la del que llama el “hombre natural”, identificado en el propio ensayo con el indio, el negro, el campesino.

El alcance revolucionario para las ciencias sociales y la política del significado dado por Martí a los elementos populares para la formación de una cultura y una identidad autóctonas, originales, propias, es algo que solo ha comenzado a admitirse en nuestros días. Y solamente quiero insinuar su costado de comprensión de las diferencias entre las clases dominantes y las dominadas, sin desentenderme de que ese reconocimiento del “hombre natural” (cuyo desdén, incluso, explica para Martí el fenómeno del tirano o caudillo latinoamericano), no implicaba para el Maestro alejarse de su aspiración a un equilibrio de todos los elementos del país (que incluiría, por supuesto, al criollo y al culto).

Tampoco puede obviarse cómo su concepto del hombre natural reúne al indio (el descendiente de la cultura original), al negro (aportador de otros elementos a esta nueva identidad latinoamericana) y a un sector social bien definido: el campesino, es decir, el trabajador de la tierra en países de franca economía agrícola bien lejos todavía de la industrialización.

El indudable afán de justicia hacia ese hombre natural que se transpira en “Nuestra América”, junto a ese reconocimiento de la autoctonía a través de las formas del gobierno, y de cultura, obviamente: “la universidad europea ha de ceder a la universidad americana”,<sup>7</sup> son las bases del programa republicano de Martí. En “Nuestra América” se aprecia, pues, el núcleo de las ideas que ampliaría más adelante —entre 1892 y 1895— al hablar de la “república nueva” que habría de fundarse en Cuba.

Este concepto republicano resultaba francamente renovador y transformador, puesto que aspiraba a que las independencias se

<sup>7</sup> Ibídem, *Nuestra América. Edición crítica*, ob. cit., p. 18; OC, t. 6, p. 18.

afianzasen sobre un cambio de espíritu, no de formas, o sea, buscaba el fin de las sobrevivencias coloniales.

Sé que para algunos solo se puede hablar de transformación revolucionaria con el cambio de un régimen social a otro, y estamos todos absolutamente claros que “Nuestra América” no propugna la sustitución del modo de producción capitalista. Sin embargo, quisiera que nos preguntáramos si el paso de sociedades agrarias con vínculos del señorío en lugar del salario como forma de explotación del trabajador, a sociedades de diversificación agrícola e industrias surgidas de ella, con un numeroso campesinado libre, dueño de su tierra y base de un amplio mercado nacional, no solo habría representado un evidente desarrollo para los pueblos latinoamericanos a fines del siglo XIX y principios del XX, sino —incluso— el decurso de la historia por caminos diferentes hasta para el propio capitalismo industrial en fase de transición hacia el capitalismo financiero, requerido para ese cambio de asegurarse nuevas zonas de dominación, abastecedoras de materias primas a bajo costo, receptoras de sus mercaderías y aportadoras de jugosas cuotas de ganancia en virtud de las particularidades de su estadio económico dependiente.

No eran sueños vanos ni utopías los que llevaron a Martí a escribir en el párrafo final de “Nuestra América” que el problema que pretendía resolver era “para la paz de los siglos”.<sup>8</sup> Frase e idea que, por supuesto, nos recuerda a todos el *Manifiesto de Montecristi*, en el que escribió que al caer, en tierras de Cuba un guerrero de la independencia, lo hacía —obsérvese bien la interrelación de lo insular, lo continental y lo universal— “por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo”.<sup>9</sup> Eran aquellos, sí, los nobles sueños de un político revolucionario empeñado en transformar su Isla y su América para alcanzar el equilibrio de su mundo y del venidero.

<sup>8</sup> *Nuestra América. Edición crítica*, ob. cit., p. 25; *OC*, t. 6, p. 22.

<sup>9</sup> “Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario Cubano a Cuba”, *OC*, t. 4, p. 101.

Los peligros externos, nos dice Martí, no le vienen de sí a nuestra América, sino de los Estados Unidos, país al que, por cierto, nunca llama por su nombre en el ensayo. Este asunto es tratado “como indirectamente”, a mi juicio, a través de dos vías fundamentales. La primera, justamente con el párrafo inicial del ensayo, apela al lenguaje figurado: “los cometas [...] que van por el aire dormidos engullendo mundos” y “los gigantes que llevan siete leguas en las botas”, aunque su frase final, a pesar de su indudable sentido aforístico, lleva directamente a la estrategia antimperialista: “Trincheras de ideas, valen más que trincheras de piedras”. Esta frase nos introduce el segundo párrafo, en el que establece su propósito de unidad continental mediante un segundo procedimiento, el lenguaje directo: “Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes”.<sup>10</sup> Por tanto, desde su comienzo, “Nuestra América” nos fija la existencia del peligro externo, y de la necesidad de la unidad latinoamericana para afrontarlo.

El sentido de inmediatez que apreciamos en estas ideas se explica por lo dicho antes acerca de las circunstancias bajo las cuales fue escrito el ensayo: para Martí ante la Conferencia Panamericana, ya era la hora, primero, del recuento, y luego, de la marcha unida, fuerte y segura, con sentido de ejército que va al combate (“en cuadro apretado”). Y al final, para recalcar ese sentido de unidad, el símil que apela a la geografía continental: “como la plata en las raíces de los Andes”.

El tema se retoma posteriormente en los dos últimos largos párrafos. Así, de hecho, la estructura de “Nuestra América” comprende tres partes que se ensartan sucesivamente: metáfora descripción inicial sobre los peligros en ciernes, que explica su violento ataque en el tercer párrafo contra los sietemesinos faltos de fe en su propia tierra; descripción de alerta y de llamado a la unidad que se amplía y fundamenta a la vez con el estudio de los peligros internos en la segunda parte; mientras que la tercera explica los peligros ex-

<sup>10</sup> Toda las citas en este párrafo en *Nuestra América. Edición crítica*, ob. cit., p. 14; *OC*, t. 6, p. 15.

ternos y explicita claramente cuáles son al situarlos en el país del Norte.

Con sagacidad notablemente precoz para aquel tiempo, Martí comprende la interrelación entre ambos tipos de “peligros”: los externos pueden aprovecharse de los de dentro; la dominación imperialista avanza y se asienta en las debilidades de las repúblicas coloniales que han abandonado al hombre natural. Así, en el párrafo décimo —último de la segunda parte— Martí escribe: “El tigre de adentro se entra por la hendija, y el tigre de afuera”.<sup>11</sup>

En la parte final del ensayo el estilo martiano abandona el predominio de lo metafórico y se acoge especialmente al sentido recto. Así, asienta el peligro externo en las diferencias de “orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales”.<sup>12</sup> De nuevo el análisis —con solo tres palabras: orígenes, métodos e intereses—, nos ubica sólidamente en el terreno histórico-social. Para Martí no hay razas, es decir, no hay linajes humanos distintos, pues la condición humana es una y la misma en todas partes, sino circunstancias que la hacen variar.

Por tanto, para el revolucionario cubano no había diferencias de naturaleza entre los Estados Unidos y América Latina, sino de evoluciones diferentes de sus procesos históricos respectivos. Creo que con ello nos entregó la más profunda y acabada crítica al pensamiento liberal en América Latina, producida durante el siglo pasado, junto al rechazo a toda forma de pensamiento colonizado: ¿es posible sociedades que sirvan de modelo a otras?; ¿sociedades que puedan ser consideradas más perfectas, mejores, que deben ser copiadas por otras? Estas son las preguntas que nos responde con una rotunda negativa.

He ahí el fundamento filosófico de su crítica a los calcos en las formas de gobierno: no hay razas; “el alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color”.<sup>13</sup> Luego no hay razas ni

<sup>11</sup> *Nuestra América. Edición crítica, ob. cit.*, p. 22; *OC*, p. 21.

<sup>12</sup> *Nuestra América. Edición crítica, ob. cit.*, p. 23; *OC*, p. 21.

<sup>13</sup> *Nuestra América. Edición crítica, ob. cit.*, p. 24; *OC*, p. 22.

pueblos escogidos, ni ninguno de ellos está exento *per se* de virtudes y defectos. Son las diferencias de orígenes, métodos e intereses, es decir, las respectivas evoluciones históricas las que provocan diferencias entre las sociedades y sus integrantes. La comprensión de la originalidad, de la identidad de cada pueblo, permitirá el verdadero desarrollo en cada sociedad y ámbito geográfico de esa alma igual y eterna.

Ese análisis histórico-social se completa cuando nos explica que la América del Norte surgió de sí misma y con factores contrapuestos en su historia (“con la escopeta y la ley”, nos dice); y se encuentra en una coyuntura transicional que él no ve con buenos ojos “la hora del desenfreno y la ambición”, en la que pudiera verse lanzada por sus “masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil [¿James G. Blaine, entonces Secretario de Estado, siempre aspirante a la presidencia?].”<sup>14</sup> Ahí están las bases del “desdén” de los Estados Unidos hacia nuestra América, y de su posible codicia ante la próxima visita al Sur. Por eso, ante ese cercano encuentro, insiste Martí en su estrategia unitaria: “el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, *una en alma e intento*, vencedora veloz de un pasado sofocante”.<sup>15</sup> Es decir: unida y sin las pervivencias de la colonia.

He dejado para finalizar algunas reflexiones acerca de la propia frase que titula el ensayo: nuestra América. A mi juicio, es un concepto propio de Martí. Se trata de una construcción típica en él que une un nombre con un adjetivo, al igual que escribe la “república nueva” o la “América nueva”. La lectura repetida de los textos martianos permite advertir ese rasgo de su estilo el adjetivo con valor más sustantivo que calificativo, que, en casos como este, crea un nuevo sustantivo y que en esta ocasión denomina a una región geográfica, a una identidad histórico-social. Hacia 1891, para Martí no es lo mismo nuestra América que América solamente, como tam-

<sup>14</sup> *Nuestra América. Edición crítica, ob. cit.*, p. 23; *OC*, p. 21.

<sup>15</sup> *Idem.* (El subrayado es de PPR). *OC*, p. 22.

poco lo serían más adelante la “república nueva” y la “república” solamente.

Sabemos que Martí escribió nuestra América, al menos en una ocasión durante su residencia en México.<sup>16</sup> Pero, sin lugar a dudas, es en Guatemala donde empieza a conceptualizar el término porque allí su pensamiento ya tiene claro que la América Latina es distinta, es otra frente a Estados Unidos, y que, además, es un pueblo nuevo resultado de la mezcla de dos culturas: la europea y la aborigen.

El uso continuado de la frase en sus escritos a lo largo de la década de los ochenta, y su insistencia repetida durante las crónicas dedicadas entre 1889 y 1890 a la Conferencia de Washington, indican que estamos ante todo un concepto cuya fundamentación teórica resulta ser precisamente este ensayo publicado el 10 de enero de 1891.

¿Por qué Martí habló de nuestra América y no de Hispanoamérica, como solía decirse entonces? Recordemos, por ejemplo, que él —en contextos particulares— escribió América española más de una vez.

Hispanoamérica era de uso, mucho más frecuente en la literatura de la época que América Latina, como decimos hoy. Este último nombre —con todos los equívocos a que conduce y todo lo engañoso que implica eso de latino—, en realidad no se fue imponiendo hasta las primeras décadas del siglo xx. Es indudable —a pesar de los reparos— que expresa una conciencia de identidad superior a Hispanoamérica, puesto que aquel reúne a las antiguas colonias españolas, portuguesa y hasta francesa, y sostiene una marcada voluntad de diferenciación con la América sajona, elemento presente entre los primeros escritores hispanoamericanos residentes en París y Madrid que se apropiaron del término entre las décadas de los treinta y de los cincuenta del siglo pasado.<sup>17</sup>

<sup>16</sup> “Si Europa fuera el cerebro, nuestra América sería el corazón”, en “*Hasta el cielo* (por José Peón Contreras)”, *OC*, t. 6, p. 423; *OCEC*, t. 3, p. 156.

<sup>17</sup> Arturo Ardao: *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, cap. III, 1980.

Aunque en alguna ocasión Martí escribe “nuestra América latina”,<sup>18</sup> creo es más que patente —y el mismo hecho del ensayo es prueba suficiente— su preferencia por nuestra América.

Martí empleó a veces el término Hispanoamérica, pero es evidente que ante sus obvias limitaciones se dedicó a construir un nuevo nombre, un nuevo concepto que definiese a ese entorno geográfico e histórico-social que va del Bravo a Magallanes.

Nuestra América —creo es la clave del asunto— significa en Martí pertenencia, conciencia de una comunidad espiritual, de una identidad y —a la vez— conciencia de la necesidad de esa unión para el futuro. El análisis del propio ensayo de 1891 es la confirmación plena de ello.

Pero hay más. No me parece arriesgado afirmar que Martí conoció los textos y referencias de Blaine sobre la América Latina, quien —según la opinión del panameño Ricaurte Soler— fue “el primer político norteamericano en emplear la expresión nuestra América, para designar no ya al conglomerado estadounidense, sino la extensión de todo el Continente”.<sup>19</sup> Ampliación lógica del concepto de América por quienes se apropiaron para su parte del nombre de todo el Continente. Sabemos que a pesar del nombre oficial —United States of America— desde su aparición como Estado, tanto en lenguaje común como oficial, United States of America es sencillamente *America*, y sus ciudadanos *americans*. Luego, por qué no —en consecuencia— llamar *Our America* a los territorios del Sur, puestos allí para la grandeza del Norte de América por el destino manifiesto?

Claro que esta *nuestra América* del político imperialista implica posesión, todo lo contrario a la pertenencia que vimos en el sentido empleado por el cubano.

<sup>18</sup> “El Tratado Comercial entre los Estados Unidos y México”, “Agrupamiento de los pueblos de América”, *OC*, t. 7, p. 325; *OCEC*, t. 18, p. 11.

<sup>19</sup> Ricaurte Soler: “De nuestra América de Blaine a nuestra América de Martí”, *Casa de las Américas*, La Habana, no. 119, marzo-abril, 1980, p. 21.

No puedo dejar de pensar que Martí —seguidor acucioso y acusador de las andanzas de Blaine— decidiera a plena conciencia difundir su concepto sobre esas bases de pertenencia y de reconocimiento de la identidad latinoamericana, en su ensayo de 1891, como una manera de contraponerse a la expresión del entonces secretario de Estado.

¿No se trataría entonces —el uso y la conceptualización del término nuestra América— de una expresión consciente de su batalla contra la nueva dominación imperialista? ¿Acaso es aventurado suponer que Martí comprendió que para la unión latinoamericana “en alma y espíritu” teníamos que tener nuestro propio nombre, que llevase ínsita esa idea de unidad?

Así, frente al panamericanismo que nacía como otra ideología unificadora de la época, expresando y manifestando la conciencia de pueblos dominadores sobre otros más débiles, Martí no enarbola como respuesta el panhispanismo (que sería una vuelta a la España colonial de cuyos rezagos aún había que salir) sino que entrega su original y propio concepto de nuestra América, con todas sus implicaciones de pertenencia y de identidad ante la especificidad común de subdesarrollo, colonialismo y naciente neocolonialismo; un concepto que no se basa en filiaciones espirituales con pueblos fuertes aspirantes a ser nuevos dominadores y que busca imponerse sobre pueblos débiles. Para el revolucionario cubano se trata, pues, de la unión de los débiles, que parten de iguales condiciones de debilidad y que aspiran a un desarrollo común, sin dominadores ni dominados.

Este es, pues, el profundo sentido revolucionario —por liberador y anticolonial— del propio concepto de nuestra América creado por Martí.

### III

En 1877, en Guatemala, en carta personal, Martí escribió que su oficio era “engrandecer a América, estudiar sus fuerzas y

revelárselas”.<sup>20</sup> Cuatro años después, en Caracas, en una, carta de despedida el día anterior a su partida de la capital venezolana, escribió: “De América soy hijo: a ella me debo”, y también, a “cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro”.<sup>21</sup>

El 1° de enero de 1891, en la madurez de su existencia, y en medio de los aprestos para su gran combate ant imperialista y liberador, Martí ofreció al público latinoamericano que eran sus lectores, “Nuestra América”, escrito presidido por ese mismo afán de servicio revolucionario que siempre le animó.

“Pensar es servir”. Así dijo en el último párrafo de este ensayo de alerta y consejo, de denuncia y previsión. Por eso su definición de la política habla el lenguaje militar: “El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política”.<sup>22</sup>

Como buen estratega, como buen político, con “Nuestra América”, Martí entrega un importante peldaño inicial de su magno plan para “la paz de los siglos”. “Nuestra América” resulta la síntesis de sus esfuerzos de estudio, revelación, sacudimiento y fundación —que ya entendía de urgencia desde 1881— de la América nueva, la que no brindaría hendija alguna al tigre de adentro ni al de fuera. Como obra de pensamiento y de servicio, el ensayo del Año Nuevo de 1891 inauguraba —a la vez que proclamaba— la estrategia, el programa político martiano para la remodelación Latinoamericana y el detenimiento de la acción imperialista de Estados Unidos mediante la unidad continental.

Él lo afirmó en las últimas frases del ensayo, entre signos de admiración, reconociendo a los padres fundadores de la independencia y la presencia insoslayable de la cultura autóctona, aborígen. Oigámosle una vez más:

<sup>20</sup> Carta a Valero Pujol, director de *El Progreso*, 27 de noviembre [1877], *OC*, t. 7, p. 112; *OCEC*, t. 5, p. 192.

<sup>21</sup> Carta a Fausto Teodoro de Aldrey, 27 de julio de 1881, *OC*, t. 7, p. 267; *OCEC*, t. 8, p. 110.

<sup>22</sup> *Nuestra América. Edición crítica*, ob. cit., p. 22; *OC*, t. 6, p. 21.

Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestras, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!<sup>23</sup>

Esas mismas semillas germinales que hoy nos empeñamos en hacer crecer desde esta Isla redimida, para así extender a las otras islas dolorosas del mar y a las naciones románticas del Continente, esta América nueva que ya va brotando entre nosotros.

Que así sea.

<sup>23</sup> *Nuestra América. Edición crítica*, ob. cit., p. 25; *OC*, t. 6, p. 23. El autor de las notas, Cintio Vitier, señala (nota 47) que en la primera publicación del ensayo en *La Revista Ilustrada* de Nueva York, apareció escrito “generación real” y no actual, como dicen las *Obras completas*. Según Vitier, la edición de *El Partido Liberal*, de México, citada por estas *Obras*, dice “generación” por lo que estima la palabra actual fue incluida por Gonzalo de Quesada en la edición de 1910 de las obras martianas, posiblemente, quizás siguiendo indicaciones del propio Martí.

## La independencia antillana y el equilibrio de América y el mundo\*

La guerra de independencia de Cuba,—nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes—, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo.<sup>1</sup>

### I

Esta conocida frase procede del *Manifiesto de Montecristi*, el escrito firmado por el delegado del Partido Revolucionario Cubano y el general en jefe del Ejército Libertador, José Martí y Máximo Gómez, el 25 de marzo de 1895 —un mes después del estallido de la Guerra de Independencia—, con el fin de explicar las razones y propósitos de aquel conflicto.

A pesar de tratarse, indiscutiblemente, de un documento programático, la idea de que la independencia de Cuba y de Puerto Rico tenía el objetivo de contribuir al equilibrio del mundo, durante mucho tiempo fue asunto dejado a un lado —y con probabilidad hasta francamente inadvertido— en los estudios en torno al pensamiento político de José Martí. Quizás esta idea del equilibrio del mundo queda en el *Manifiesto* algo sumergida ante el enjundioso análisis dedicado a debatir tanto las dudas y vacilaciones dentro de algunos cubanos aún irresolutos, como la campaña colonialista, que presentaba entonces la lucha armada por la independencia como un asunto de caudillos, como guerra de razas y como algo encaminado

\* Publicado en *Contracorriente*, La Habana, año 4, no. 11-14, enero-diciembre, 1998, pp. 46-54.

<sup>1</sup> “Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario Cubano a Cuba”, *OC*, t. 4, pp. 100-101.

a eliminar a los nativos de España residentes en la isla. Pero para quienes revisan los textos de Martí, sobre todo a partir de 1889, salta a la vista con cierta frecuencia la referencia al asunto. Ese pasar inadvertido, ese olvido se relaciona con toda probabilidad con un tipo de lectura predominante durante mucho tiempo, desinteresada en evaluar el profundo y consciente alcance universal de la obra martiana.

Sin embargo, desde hace algunos años —según ha ido avanzando la comprensión de que el Maestro produjo un verdadero sistema de ideas, y de que este guarda una íntima relación con las principales líneas históricas que se apreciaban en su época—, los estudiosos de su obra han ido comprendiendo que la idea del equilibrio del mundo no fue en modo alguno una frase suelta al paso en sus textos.<sup>2</sup>

La búsqueda continua y sistematizada en sus *Obras completas*, el creciente interés en asumir el estudio cronológico de su pensamiento, y el deseo de asir la lógica interna de su cogitar, son factores que han contribuido, por un lado, a constatar la presencia de esa idea en varios de sus textos, y por otro lado, a considerar que ella es punto esencial dentro de la estrategia revolucionaria martiana y todo un concepto muy propio de su pensamiento político.

<sup>2</sup> El único texto dedicado a examinar el tema en particular es el de Julio Le Riverend, “El historicismo martiano en la idea del equilibrio del mundo”, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, no. 2, 1979, pp. 111-134. Ver también Rolando González Patricio: “El deber de Cuba en América”, en *Cuba y América en la modernidad de José Martí*, Santa Clara, Ediciones Capiro, 1996, pp. 5-17; Jorge Ibarra: “La república moral martiana”, en *José Martí, dirigente político e ideólogo revolucionario*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1980, pp. 242-243, y La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2008, pp. 200-267; texto en el que dedica algunas páginas al asunto, y aunque considera la idea del equilibrio del mundo correcta como concepción estratégica, encuentra utópica su argumentación. Quizás quien primero llamó la atención hacia el tema, aunque no lo sometió a análisis, fue Emilio Roig de Leuchsenring en *La República de Martí*, La Habana, quinta edición, 1960.

Este centenario del 98 —como se ha dado en llamar al proceso abierto por la injerencia de Estados Unidos en la Guerra de Independencia— parece entonces un momento propicio para examinar, al menos someramente, qué se planteó Martí con tal idea, cuál fue su alcance, qué lugar ocupó dentro de su estrategia y cuáles fueron las fuentes histórico-sociales para llegar a su formulación. Todo ello nos permitirá valorar de forma más acertada el sentido de la obra martiana, y su carácter previsor o, mejor, anticipador y contrapuesto al proceso histórico desatado finalmente con los acontecimientos de 1898.

## II

Es indudable que el otoño de 1889 fue el momento que abrió el pensamiento martiano hacia la explicitación de la idea del equilibrio.<sup>3</sup> Comenzaba entonces la Conferencia Internacional Americana de Washington, suceso que —como se ha repetido numerosas veces— indicó por las claras a Martí que sus previsiones de mucho antes<sup>4</sup> empezaban a cumplirse: Estados Unidos convocaba a los países de América Latina a establecer sólidos lazos con el vecino del Norte, de manera que este pudiera ampliar sus mercados consumidores y garantizase ciertas materias primas, tratando de hacer de la región coto de su exclusividad y, en consecuencia, alejando a sus rivales europeos.

Que Martí entendiera así la razón de la convocatoria estadounidense no es prueba suficiente de su extraordinaria capacidad de análisis ni de su brillantez como político y estadista. Las cancillerías europeas —tanto las de las potencias ya con intereses en Latino-

<sup>3</sup> Coincido con Le Riverend, p. 113, y González Patricio, p. 9.

<sup>4</sup> Al menos desde 1884, en el periódico neoyorquino *La América*, dijo Martí claramente que: “la intimidad entre [Estados Unidos y América Latina] se anuncia tan cercana, y acaso por algunos puntos tan arrolladora, que apenas hay el tiempo necesario para ponerse en pie, ver y decir”, “Los propósitos de *La América* bajo sus nuevos propietarios”, *La América*, enero 1884, OC, t. 8, p. 268; OCEC, t. 19, p. 14.

américa como las demás— valoraron el asunto en iguales términos, como sucedió exactamente con más de uno de los mismos gobiernos de nuestra América. Y de forma similar fue apreciado por la prensa y por los más diversos analistas de la época como incluso el propio Martí se encarga de señalar en sus crónicas durante la Conferencia, al ofrecer con frecuencia las declaraciones y puntos de vista expresados de forma descarnada en esa dirección dentro de Estados Unidos.

Lo singular —y lo relevante— en Martí se halla en su óptica desde y en favor de los pueblos latinoamericanos y en su convicción de que era imprescindible acelerar la independencia de las Antillas españolas para asegurar la independencia continental. Por consiguiente, más que por haber captado el fondo de los sucesos, el pensamiento del cubano se destaca por su planteo estratégico para impedir la materialización de los objetivos expansionistas y dominadores de Estados Unidos.

Él mismo explicó con lenguaje claro y directo las pretensiones estadounidenses, en las muchas veces citada idea que escribió en una de sus primeras crónicas acerca de la Conferencia.

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo.<sup>5</sup>

Y, para no dejar dudas acerca de su combativo rechazo a semejantes propósitos, cierra este párrafo del modo siguiente: “De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del

<sup>5</sup> “Congreso Internacional de Washington”, Nueva York, 2 de noviembre de 1889, *OC*, t. 6, p. 46.

convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia”.<sup>6</sup>

### III

Pero todo lo ocurrido durante 1889-1890 en el pensamiento de Martí solo es comprensible si atendemos a dónde había llegado hasta aquel año en su entendimiento de las características de su tiempo y del futuro inmediato. El 24 de enero de 1880, Martí pronunció uno de sus discursos fundadores. En los campos de Cuba se peleaba nuevamente desde medio año atrás, y él había sido uno de los conspiradores principales dentro de la isla para impulsar ese esfuerzo, hasta que fue detenido y deportado por segunda vez a la metrópoli. De la península escapó hacia Nueva York, para incorporarse al Comité Revolucionario que en aquella ciudad dirigía el nuevo movimiento patriótico. Conocido como la Lectura de Steck Hall, este fue su texto de presentación ante los emigrados y su dirigencia, de la que desde entonces formó parte.

El párrafo que plantea la tesis central resulta el antecedente más remoto hallado en sus escritos que nos sitúa en el camino de la elaboración de su concepto del equilibrio del mundo. Martí sostiene su idea de que la revolución que tenía lugar en Cuba no era solo resultado de la cólera, sino también de la reflexión, aspecto este que lo llevaba a fijar su atención en el porvenir económico de la Isla, dado que el canal de Panamá —cuya construcción comenzaba por entonces— abriría perspectivas a Cuba en el comercio internacional. Obsérvese en la cita, a continuación, la cercanía de su lenguaje en 1880 a las frases del *Manifiesto de Montecristi* con que se inició este trabajo.

Y en este instante en que los mares amenazan de uno y otro lado del Continente salirse de quicio, para llevar sobre su espalda corva y móvil a los pueblos amarillos la artística riqueza de los pueblos blancos; en este punto de la

<sup>6</sup> Ídem.

historia humana en que, por faena que pasma, parece que la tierra se va abriendo a una era de comunión y de mayor ventura, estamos en gravísimo riesgo los cubanos de perder para siempre el más cómodo, sencillo y provechoso medio de levantar la maltratada patria a inesperada altura de fuerza y opulencia.<sup>7</sup>

En sus palabras, es obvia la alusión a los trajines canaeros y a sus consecuencias para el comercio y la navegación. La idea acerca del renovado papel que tocaba desempeñar a Cuba dentro del tráfico mundial, estará presente también un año después en su discurso pronunciado en el Club de Comercio de Caracas, texto en el que describe a la Isla como un navío, evidentemente para reforzar así su sentido de intermediaria en las rutas comerciales.

Véola ya, cargado el seno de los híbleos frutos del pueblo colombiano,—ir a cambiarlos por las serenas ciencias y afañosas industrias del pueblo de Jafet, adelantando por sobre el agua blanda, con indígena gracia al encuentro de los hombres de tierras fatigadas que vienen a nosotros enamorados del ardiente sol!—Y veóla ya, en aquella zona que parece por mano superior aderezada para celebrar la fiesta de los pueblos,—como redondeando espiritualmente la tierra, celebrar sobre su puente pintoresco, colgado de plátanos, salpicado de naranjas, alfombrado de flores, la comunión portentosa venidera, en el seno de la naturaleza rejuvenecida de los pueblos más viejos y probados en la radiante historia de los hombres:—Inmenso y grave beso de los mundos; ciclopeo tálamo de donde ha de surgir, asombrosa como hija de cíclopes, la verdadera y definitiva gloria americana!<sup>8</sup>

<sup>7</sup> “Asuntos cubanos. Lectura en Steck Hall”, Nueva York, 24 de enero de 1880, *OC*, t. 1, p. 192; *OCEC*, t. 6, pp. 143-144.

<sup>8</sup> “Fragmento del discurso pronunciado en el Club de Comercio”, Caracas, 21 de marzo de 1881, *OC*, t. 7, pp. 286-287; *OCEC*, t. 8, p. 43.

En ambos textos citados se aprecia que Martí explícitamente ve a Cuba como puente mercantil entre América y Europa,<sup>9</sup> y que esa relación sería altamente beneficiosa tanto para Cuba como para el resto del continente.

Sin embargo, esta visión de su época, sin dudas amable, cedió su lugar casi de inmediato al criterio de que el tiempo de cambios que se vivía era de “reenquiciamiento y remolde”, y por tanto aún de futuro incierto e impreciso,<sup>10</sup> aunque Martí admitía que se daban posibilidades para la liberación política y espiritual del hombre —y de los pueblos—, a pesar de que la búsqueda de lo material —la metalificación, como él decía desde su adolescencia conceptuosa— hacía presa en la modernidad, especialmente en Estados Unidos, y ponía en peligro esa opción liberadora.<sup>11</sup>

Luego, desde entonces —inicios de los ochenta—, el mundo se hallaba en un desequilibrio que Martí no fijaba en la geopolítica:<sup>12</sup> aquel orbe era inestable, sin rumbo plenamente definido aún, porque para Martí se trataba de una época nueva, todavía sin cuajar.

## IV

Centrándome en la dimensión geopolítica en esta ocasión, es evidente que esta se fue afirmando en el revolucionario cubano durante el decursar de los años ochenta del siglo pasado.

<sup>9</sup> Rolando González Patricio, ob. cit., p. 8.

<sup>10</sup> El texto esencial en que expuso sus ideas al respecto es el “Prólogo al *Poema del Niágara*”, de su amigo venezolano Juan Antonio Pérez Bonalde, verdadera síntesis filosófica martiana acerca de la modernidad, publicado en 1882. La cita es de *OC*, t. 7, p. 225; *OCEC*, t. 8, p. 146.

<sup>11</sup> “Invento muy útil”, *La América*, Nueva York, agosto de 1883, *OC*, t. 8, p. 407.

<sup>12</sup> Aunque de sus crónicas europeas y de sus *Escenas norteamericanas*, publicadas durante 1881 y 1882 en *La Opinión Nacional*, de Caracas, se puede colegir que las relaciones internacionales no quedaban excluidas para él de tal desequilibrio.

Desde la perspectiva actual, tras la Guerra franco-prusiana y el ascenso de Alemania unificada a potencia mundial e imperialismo de nacimiento acelerado, se produjo durante aquel decenio un relativo equilibrio entre las potencias europeas: en el Viejo Continente, estas se dedicaron a despojar a la débil Turquía, mientras se ampliaba el mundo colonial por las inmensidades de África, Asia y Oceanía. La propia firma del acuerdo de Berlín para repartirse prácticamente la totalidad del continente africano; el desbordamiento por el Cercano Oriente, las penínsulas malaya e indochina y los archipiélagos del Pacífico; y la confluencia hasta armada para arrancar jirones del antiguo Imperio chino, muestran la capacidad de los estados más poderosos de entonces para conveniar aquel reparto del mundo sin entrarse a cañonazos entre ellos. Se trataba de que aún había suficiente espacio relativamente libre para ser ocupado, aunque al final Alemania e Italia quedarán con muchas menos posesiones que Inglaterra y Francia, mientras Rusia se expandía por el Asia Central sin rivalidad fuerte.

Mientras tanto, sin mucho ruido, Estados Unidos renovaba su atención hacia zonas de su tradicional interés como México, Canadá, la América Central y las Antillas —en lo que destacaba su marcado interés por el canal interoceánico—, y dirigía sus navíos comerciales y de guerra hacia el área del Pacífico, especialmente hacia el reino de Hawái, finalmente anexado en 1898, y las islas Samoa, que terminaría compartiendo con Alemania.

Se trata, pues, de que los años ochenta fueron de un relativo equilibrio geopolítico entre los grandes —que continuaron su crecimiento territorial y su desarrollo hacia nuevas etapas del capitalismo— y de un enorme desequilibrio para los pequeños y débiles.

Martí siguió de cerca en sus escritos periodísticos de aquel decenio tal vasto movimiento de hombres, medios e intereses, aquella especie de globalización que conducía aceleradamente a la formación de un verdadero mercado mundial abarcador de todo el planeta. Está claro que el grueso de sus textos —y, por tanto, de sus observaciones y análisis— se refieren a Estados Unidos, país al que dedicaba las crónicas solicitadas por los periódicos en que colaboraba.

Así brindó un cuidadoso y puntual seguimiento de las declaraciones y acciones concretas expansivas de esa nación, a la vez que alertaba a sus lectores de Hispanoamérica en el sentido de que no se trataba de hechos fortuitos, sino de una política que se iba diseñando y haciendo práctica de manera acelerada, en virtud de los requerimientos de mercados consumidores y abastecedores de la industria estadounidense, que ya abarrotaba su propio mercado nacional, y se veía impedida de competir en sus propios terrenos geográficos con las naciones industrializadas europeas.

Por eso, durante aquellos años, sus textos alertaban ante las provocaciones desde Texas, donde se deseaba anexar varios estados del norte de México; y denunciaban el continuado interés anexionista hacia la República Dominicana o, al menos, hacia la península de Samaná; la injerencia en la guerra civil haitiana para apropiarse de la península de San Nicolás; las sostenidas ambiciones y la ola anexionista hacia Canadá; y los intentos de comprar Cuba a España.

Pero al cubano tampoco escaparon —no podían hacerlo a quien, como él, tuvo una marcada vocación ecuménica y una ética de servicio universal desde la óptica de los oprimidos del orbe— las acciones dominadoras europeas en otros continentes. De esa manera se refirió adversamente lo mismo al control británico sobre Sudán y la India, que a la conquista francesa de Annam, que a los despojos y humillaciones a China, y en más de una ocasión habló con admirado respeto del árabe fiero que a caballo, con el cuchillo entre los dientes, moría por su libertad y su cultura islámica.

La frecuencia y sistematicidad de tales análisis indican por las claras que Martí tuvo una perfecta conciencia del desequilibrio entre pueblos y naciones dominadas y dominadoras que caracterizaba los años de su madurez intelectual y política. Y dado que Cuba y América Latina —tanto en su presente como en su porvenir— constituían el propósito central de su pensamiento y de sus actos, no se limitó simplemente a tratar de entender y de explicar qué estaba sucediendo en el mundo, sino, sobre todo, a organizar cómo prevenir los efectos negativos de tales acontecimientos hacia Cuba y el

continente, región a la que pronto asignó un papel decisivo para el futuro de la humanidad.

Así, en medio de la Conferencia Internacional Americana de Washington, escribió en una de sus crónicas, el 2 de noviembre de 1889, que aquella reunión permitiría saber quiénes defendían “la independencia de la América española, donde *está el equilibrio del mundo*”.<sup>13</sup> Y reafirmó la idea mes y medio después, el 19 de diciembre del mismo año, en su discurso “Madre América”, cuando preguntaba a sus oyentes —por cierto, los representantes de Iberoamérica ante aquel cónclave continental— lo que sigue: “¿y preferiría [la América Latina] a su porvenir, que es *el de nivelar* en la paz libre, sin codicias de lobos ni prevenciones de sacristán, los apetitos y los odios del mundo [...] o salir por el mundo de limosnera a que le dejen caer en el plato la riqueza temible?”.<sup>14</sup>

De estas citas cabe apuntar dos elementos: primero, es patente que América Latina tenía ya para Martí ese rol de equilibrio nivelador del mundo, y, en segundo lugar, para él la pretensión hegemónica de Estados Unidos hacia el continente no solo hacía peligrar la soberanía de nuestros pueblos, sino que, además, impedía que estos desempeñaran precisamente aquel rol mundial.

Aunque él no lo hace explícito, creo resulta evidente que, de acuerdo con el panorama geopolítico de aquellos tiempos —cuando África, Asia y las islas del Pacífico eran sometidas a la dominación colonial directa—, no es descabellado que el revolucionario cubano estimara que a las naciones de Iberoamérica correspondía desempeñar tal papel nivelador, ya que se trataban de estados constituidos, en su mayoría, desde la tercera década del siglo, y cuyo advenimiento y existencia como repúblicas habían transcurrido por casi setenta años en medio de las contradicciones de las potencias europeas. De algún modo la historia independiente de América Latina —y Martí

<sup>13</sup> “Congreso Internacional de Washington”, ob. cit., pp. 62-63. (El subrayado es de PPR).

<sup>14</sup> “Discurso pronunciado en la velada artística-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana”, 19 de diciembre de 1889, *OC*, t. 6, p. 139. (El subrayado es de PPR).

demuestra en más de uno de sus escritos haberla estudiado a fondo— había sido la del juego de equilibrios entre los países poderosos, por lo que resultaba lógico que la emergencia de Estados Unidos le pareciera que inclinaba hacia un lado esa balanza.

De todos modos, por aquellos mismos días en que comenzaba la Conferencia de Washington, en carta privada al patriota Serafín Bello le explicaba su preocupación —tanto por el entusiasmo que levantaba el encuentro entre los emigrados de Nueva York, muchos de ellos creídos de que traería resultados beneficiosos para Cuba, como por la mayoría, a su juicio, de los gobiernos latinoamericanos dispuestos a ayudar— que Estados Unidos se apoderase de la Isla, sin comprender que en ello les iba “su tranquilidad y acaso lo real de su independencia”, si consentían en que “la llave de la otra América” quedase en esas manos extrañas.<sup>15</sup>

Apréciese, pues, cómo en el mismo momento Martí entendía que el Continente debería desempeñar un papel nivelador en el mundo, y que Cuba era, a su vez, punto tan decisivo para el control de la región, que acude a una metáfora tan directa y explícita como la de la llave, obvio recuerdo además de la antigua frase emblemática que calificaba a La Habana y por extensión a la Isla como la Llave del Nuevo Mundo.

Me parece perfectamente congruente con este desarrollo anterior de la idea, que insistiera más de una vez en el estratégico papel que les tocaba a las Antillas españolas para llegar a ese equilibrio del mundo cuando, a partir de 1892, entró de lleno a reunir a los patriotas cubanos para organizar la Guerra de Independencia de Cuba.<sup>16</sup> Ha de considerarse que él mismo había advertido poco

<sup>15</sup> Carta a Serafín Bello, Nueva York, 16 de noviembre de 1889, *OC*, t. 1, p. 255.

<sup>16</sup> Comparto con Le Riverend el criterio de que es a partir de ese año en que aparece tal relación en sus textos, pero difiero de él en cuanto a que ello signifique una segunda formulación del concepto del equilibrio del mundo. Para mí, se trata de la explicitación o el desarrollo de un elemento indudablemente incluido en sus formulaciones anteriores, como puede leerse en la cita de su carta a Serafín Bello.

tiempo antes que se hacía difícil a Estados Unidos su expansión por tierra firme.<sup>17</sup> Desde entonces se reitera en sus textos que serían las islas antillanas aún en manos españolas las encargadas de cumplir lo que antes había asignado a toda la región o, al menos, que con su independencia ellas abrirían un proceso equilibrador en el propio continente entre el Norte y el Sur, lo cual facilitaría posteriormente a la América Latina toda contribuir al equilibrio del mundo.

Con toda probabilidad —si nos atenemos a sus escritos de esos momentos—, más de una razón lo condujo a esta precisión que delimitaba geográficamente el fiel de la balanza mundial. Apunto las más importantes, ya que no puedo someterlas a análisis en esta ocasión.

- a. Como dijo en 1890 en su ensayo cenital “Nuestra América”, en las repúblicas de América Latina había continuado perviviendo la colonia, lo cual las debilitaba internamente frente a la injerencia estadounidense, en marcha declarada desde la Conferencia Panamericana, a la vez que impedía su acción unida.
- b. Cuba y Puerto Rico llegarían, desde la propia preparación de la contienda independentista, a constituir una república “moral”, nueva, de mayoría popular, de equilibrio social mediante la paz, el trabajo y los derechos para todos los sectores populares marginados tradicionalmente durante la colonia. Así se crearían bases sólidas para una acción unitaria antillana y latinoamericana.
- c. En sus referencias geopolíticas posteriores a 1890-1891, Martí hizo evidente su estimativa de que Estados Unidos privilegiaba su atención hacia las Antillas españolas como

---

<sup>17</sup> En la carta citada a Serafín Bello, había escrito en 1889: “Llegó ciertamente para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre el Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico, y sobre las Antillas, sobre nosotros”, *OC*, t. 1, pp. 255.

camino hacia el resto del Continente.<sup>18</sup> Con toda probabilidad influyeron en su criterio la evidente búsqueda de las Antillas españolas por el país del Norte como zonas abastecedoras de azúcar crudo para sus refinerías del Este —en particular Cuba, como lo demostraría la imposición a España del Tratado de Reciprocidad Comercial en 1893, impulsado por la misma burguesía azucarera de la Isla—, y el avance de los trabajos canaleros en Panamá, cuyo fin a mediano plazo ya podía avizorarse, ruta que exigía el control naval del Mar Caribe, dada su importancia para la economía y la seguridad estadounidenses.

- d. Las relaciones internacionales iban demostrando que las potencias europeas, en particular, la Gran Bretaña —todavía el mayor poder naval—, daban prioridad a su control y expansión en otros continentes y aun en la América del Sur frente a Centroamérica y las Antillas, las que resultaban áreas relativamente marginales dentro de su política mundial, y en las que se trataba de mantener el *statu quo* (débiles y pequeñas repúblicas, y colonias insulares en manos de una vieja potencia debilitada como España), lo que, sin embargo, al mismo tiempo facilitó históricamente la implantación de la hegemonía estadounidense.

No obstante, Martí estimaba que, de materializarse esa hegemonía estadounidense, levantaría en su contra a las potencias europeas a pesar de su desinterés relativo por el área, probablemente pensando él que para estas sería una amenaza inadmisibile el control exclusivo del canal por el país del Norte. Tal es lo que se desprende del contexto en que escribió en 1893, en “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”, lo que sigue: “En el fiel de América están las Antillas, que serían si esclavas, mero pontón de la guerra de una

<sup>18</sup> Ver “El remedio anexionista”, *Patria*, Nueva York, 2 de julio de 1892, *OC*, t. 2, pp. 49-50 y “Otro cuerpo de consejo”, *Patria*, 19 de agosto de 1883; *OC*, t. 2, p. 373.

república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder”.<sup>19</sup>

Luego Cuba y Puerto Rico libres serían la clave también del equilibrio, en primer término, del propio continente americano, en desequilibrio acelerado ante el veloz hegemonismo estadounidense y la debilidad o incapacidad de resistencia y unidad latinoamericana.<sup>20</sup>

- e. No puedo dejar de mencionar un último elemento de análisis. La idea del equilibrio tiene también una dimensión nacional, interna, para la república por instaurar en Cuba. Un texto capital como “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”<sup>21</sup> fundamenta en profundidad cómo el equilibrio social, por un lado, garantizaría la fortaleza de una república de unidad que habría de cumplir su deber equilibrador con América y el mundo, y, por otro lado, tal equilibrio social solo sería alcanzable si se cumplía con la justicia social elemental que afectara los desbalances que polarizaban la sociedad colonial insular.

Por tanto, el equilibrio social interno de la república por fundar en Cuba —y en Puerto Rico— iba dirigido al mismo tiempo contra los desequilibrios del país y contra los que para Martí preñaban de incertidumbres aquel fin de siglo.

<sup>19</sup> “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”, *Patria*, Nueva York, 17 de abril de 1894, *OC*, t. 3, p. 143.

<sup>20</sup> Un texto de reciente aparición, la carta de Martí del 23 de julio de 1894 solicitándole una entrevista a Porfirio Díaz, el presidente de México, es bien explícita al respecto: “El ingreso de Cuba en una república opuesta y hostil—fin fatal si se demora la independencia hoy posible y oportuna—sería la amenaza, si no la pérdida, de la independencia de las repúblicas hispano-americanas de que parece guardián y parte por el peligro común, por los intereses y por la misma naturaleza”. Obsérvese la inclusión de lo geográfico en ese carácter protector de Cuba para América Latina.

<sup>21</sup> “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”, *Patria*, Nueva York, 17 de abril de 1894, *ob. cit.*, pp. 138-141.

f. En conclusión, la independencia antillana con el fin de contribuir decididamente al equilibrio de ambas secciones de América y del mundo es, al mismo tiempo, propósito final de la estrategia político-revolucionaria de José Martí y aspecto clave de ella. Su talento de estadista, su proyección ecuménica de revolucionario humanista le hicieron laborar arduamente y hasta entregar su vida en combate para hacer realidad su propósito: “impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”.<sup>22</sup>

<sup>22</sup> Carta a Manuel Mercado, 18 de mayo de 1895, *Correspondencia a Manuel Mercado*, compilación y nota de Marisela del Pino y Pedro Pablo Rodríguez, introducción de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2003 p. 337; *OC*, t. 4, p. 33.

## Las crónicas españolas de José Martí o el discurso de la modernidad para la metrópoli desde la colonia\*

Es indudable que el periodismo fue para José Martí el gran ejercicio de la prosa, y que fueron esos escritos los que le convirtieron en autor conocido y admirado en su tiempo como un renovador de la lengua y el estilo. Su madurez como hombre y escritor, ocurrida durante el decenio de los años ochenta del siglo XIX, halló vehículo expresivo —además de en su poesía— en sus numerosas y formidables crónicas para la prensa hispanoamericana, textos que al fin, durante los últimos años han atraído la atención de sus estudiosos, en particular las que el mismo Martí llamara sus “Escenas norteamericanas”.<sup>1</sup> Sin embargo, sus crónicas de temática europea no han provocado todavía similar interés.<sup>2</sup>

\* Comunicación para el I Simposio *José Martí Zaragoza. Las relaciones tecnocientíficas y culturales entre Cuba y España: ayer, hoy y mañana*, 2004.

<sup>1</sup> Susana Rotker: *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*, Casa de las Américas, La Habana, 1991. Julio Ramos: *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989. Colectivo de autores: *José Martí y los Estados Unidos*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1998. José Martí: *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892*, edición crítica, coordinadores Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez, ALLCA (Colección Archivos, 43), Madrid, 2003. *El periodismo como misión*, compilación y prólogo de Pedro Pablo Rodríguez, La Habana, editorial Pablo de la Torriente, 2002.

<sup>2</sup> Cintio Vitier: “Cinco aspectos en las crónicas italianas de Martí. (1881-1882)” y “Valores perdurables en las crónicas españolas de Martí. (1881-

Fue el diario caraqueño *La Opinión Nacional*<sup>3</sup> la publicación que marcó la aparición del cronista: durante menos de diez meses, entre el 6 de septiembre de 1881 y el 3 de junio de 1882, allí se publicaron sus primeras Escenas norteamericanas y europeas.<sup>4</sup>

Son en total cincuenta y nueve crónicas las consideradas europeas, de las que veintidós se refieren a España, que superan en cantidad a las dedicadas tanto a Francia como a Italia, los otros dos países que trató en esos textos.<sup>5</sup>

---

1882)”, en *Temas martianos*, segunda serie, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1982 y Mercedes Rivas: “De la noticia a la crónica en las *Escenas españolas* de José Martí”, en *Un domingo de mucha luz*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1995, p. 277-286. Es interesante que en su misma carta a Gonzalo de Quesada, de 1º de abril de 1895, en que le orientaba cómo ordenar su obra escrita, Martí no se refiere en particular a las crónicas europeas. ¿Fue olvido o las soslayó conscientemente? Si las olvidó en el apuro de redactar una carta junto a otras muchas el mismo día en que partía para la guerra de Cuba, ello indica de todos modos que no las valoraba con similar aprecio a las de temática estadounidense, que estimaba debían reunirse en sendos tomos titulados “Caracteres norteamericanos”, “Norteamericanos” y “Escenas norteamericanas”, es decir, tres de los seis tomos que proyectaba con sus obras.

<sup>3</sup> Considerado el iniciador del periodismo moderno en Venezuela, este diario fue fundado y dirigido por Fausto Teodoro de Aldrey, español republicano que acogió afectuosamente al cubano a su llegada a Caracas en enero de 1881 y le abrió las páginas de la publicación. Aunque a mediados del año siguiente Martí cortó sus colaboraciones por no aceptar los deseos del hijo de Aldrey en materia religiosa y respecto a sus enjuiciamientos críticos sobre Estados Unidos, seguramente el cronista dialogó con el español con frecuencia acerca de la sociedad peninsular y sus problemas.

<sup>4</sup> También colaboró mediante la “Sección Constante”, suma informativa de variados sucesos de todo tipo generalmente del mundo europeo y estadounidense. Ya en algunos de sus textos para la *Revista Universal*, de México, y en varios de los publicados en inglés en *The Hour* y *The Sun*, de Nueva York, se manifiestan los rasgos del cronista.

<sup>5</sup> A Francia dedicó diecinueve textos, dieciséis a Italia, uno a la entrevista entre el zar y el kaiser y otro a la revuelta en Egipto contra los británicos.

En esos acercamientos a la problemática española, Martí evidencia la hondura que lograba ya su pensamiento. Por entonces avanzaba en la conformación de su idea esencial de que el mundo estaba entrando en una nueva etapa, que él llamaría meses después de “reenquiciamiento y remolde”,<sup>6</sup> la cual significaba, a su juicio, la posibilidad del progreso humano sustentado en la revolución científica y técnica que se vivía, mediante el destierro pleno de todos los viejos dogmas medievales y el impulso ilimitado del conocimiento, y a la vez de la viabilidad productiva para desterrar la miseria, siempre y cuando se garantizaran la justicia, la equidad y la igualdad verdadera de derechos y posibilidades.

Tal análisis lo inserta en una de sus crónicas españolas refiriéndose particularmente a Europa, región que considera en época de tránsito entre lo pasado y lo futuro; pueblos “históricos”, pero “embrionarios, y como en larva lo cual, [dice] se ve en lo confuso de sus letras, en lo inquieto de sus hombres, en el descolor de su teatro, en lo vario y numeroso de sus leyes, en lo híbrido y movedido de sus teorías; [...] pueblos en renovación, [con la fuerza de los] poseedores de antaño y, [la] tal vez útil, de los poseedores venideros”.<sup>7</sup>

Sus crónicas españolas, a través de la información, análisis de los acontecimientos y asuntos ocurridos durante aquellos meses de

---

Casi siempre Martí remitía crónicas de los tres países en el mismo envío y el periódico solía publicarlas en días diferentes, al igual que en algunos casos el diario divide en dos los textos, como sucede con tres de las escenas españolas. Están publicadas casi todas las crónicas europeas en el tomo 14 de sus *Obras completas* y algunas de tema literario y artístico en el 15; conforman los tomos 10 y 11 de la edición crítica de sus *Obras completas*.

<sup>6</sup> Así escribiría en su “Prólogo al *Poema del Niágara*”, publicado a principios de 1882, verdadero ensayo sobre la modernidad desde la perspectiva latinoamericana y de los pueblos de menor desarrollo capitalista. *OC*, t. 7, p. 223; *OCEC*, t. 8, p. 144.

<sup>7</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 15 de abril de 1882, *OC*, t. 14, p. 460; *OCEC*, t. 11, p. 148-149.

1881 y 1882, muestran su opinión acerca de qué dificultades y perspectivas afrontaba España en aquel proceso modernizador de carácter universal.

La casualidad lo puso ante un momento significativo de la sociedad española de la época, como puede comprenderse al ver que las crónicas españolas fueron escritas en Nueva York entre el 20 de agosto de 1881 y el 23 de mayo del siguiente año.<sup>8</sup> Se trata del ascenso al gobierno de los liberales acaudillados por Práxedes Mateo Sagasta con las elecciones parlamentarias del 21 de agosto de aquel año, tras la caída del gabinete conservador presidido por Antonio Cánovas del Castillo. Se abría así el singular experimento del gobierno del monarca Alfonso XII con muchas de las fuerzas y de los políticos activos durante el Septenio septembrino que mantuvo fuera del poder a la dinastía borbónica. Parecía, pues, que el país entraba en una nueva etapa, favorable para culminar su difícil tránsito hacia la modernidad burguesa. Ese será justamente el tema central de estas crónicas españolas de Martí.

En el primer texto, escrito por el cubano el día antes del sufragio de la Península, ya Martí señala las líneas maestras del criterio que guiaría desde entonces sus análisis acerca de la política y la sociedad española a lo largo de estas crónicas. Aunque vaticina el triunfo de Sagasta, su enjuiciamiento va más allá de la contingencia electoral para enfocar los problemas profundos del país, cuyas verdaderas soluciones estima más allá del alcance de las fuerzas que prevé victoriosas en los comicios.

Considera Martí en ese texto que no era en el ámbito de las instituciones políticas donde se resolverían tales problemas, sino mediante “amplio trabajo, trabajo fácil, [...] bastante a satisfacer las necesidades exasperadas de las clases pobres”. El trabajo, [añade], ahuyenta “las cóleras” y la “miseria”.<sup>9</sup> En el mismo párrafo dice que

<sup>8</sup> El mismo 20 de agosto está fechada también la primera de sus “Escenas norteamericanas” para *La Opinión Nacional*.

<sup>9</sup> “Otra carta de Nueva York. (De nuestro corresponsal). España-Francia”, Caracas, 6 de septiembre de 1881, *OC*, t. 14, p. 37; *OCEC*, t. 10, p. 13.

las instituciones políticas “no andan seguras sino cuando se cimantan sólidamente en el bienestar público”.<sup>10</sup>

Es de notar su preocupación por las clases pobres, perspectiva desde la que siempre miró la sociedad, ya tratase de Europa, de Estados Unidos, de América Latina o de Cuba.

En el mismo escrito, cuando comenta los incendios intencionales ocurridos días antes en los campos andaluces, señala que ellos son muestra de la miseria pública, “el clamor urgente de una nueva época que quiere ser regida con arreglo a sus necesidades reales y visibles, y no a la fría y soberbia que desenvuelve tenazmente, con escasez de sentido humano, en plan meramente mental y especulativo”, y termina, sentenciosamente, su juicio: “Crimen son esas llamas; pero aviso”.<sup>11</sup>

La palabra aviso quiere decir, obviamente, que la desatención a la miseria inicua, llevaría inevitablemente a nuevos y más terribles estallidos sociales, como explicita en la crónica escrita el 3 de septiembre de 1881, cuando al anunciar de numerosos arrestos por esos incendios dice que quizás ellos acelerarían un “sistema popular de gobierno” que diese empleo a las fuerzas ahogadas y vías de manifestación a los rencores para privarlos de expresiones violentas como aquellas.<sup>12</sup>

Tanto estaba el problema social en el centro de su óptica que sus análisis de los primeros meses del gobierno de Sagasta vigilarán

<sup>10</sup> Ídem.

<sup>11</sup> *Ibidem*, *OC*, pp. 39-40; *OCEC*, p. 16.

<sup>12</sup> “Noticias de España”, *OC*, t. 14, p. 70; *OCEC*, t. 10, p. 37. En el escrito anterior había advertido sobre la vecindad, en toda Europa, “de una convulsión tan tremenda, que parece que ha de venir estrecho los hombros del nuevo fantasma la mortaja roja que envolvió en sus postrimerías el extraordinario siglo pasado”, *OC*, p. 14, p. 40; *OCEC*, t. 10, t. 16. En sus “Escenas norteamericanas” hasta 1886, insistirá en la idea de que el país del Norte, a diferencia de Europa, escaparía a esos cataclismos sociales porque su sistema político permitía las conquistas de derechos a las clases pobres y reitera varias veces que la violencia propugnada por los anarquistas era la importación de esos conflictos sin salida en Europa.

reiteradamente las combinaciones de la política española con las que, según él, se caminaba, lentamente y sin violencias sangrientas, hacia una sociedad moderna más equilibrada y humana.

Al comienzo de las nuevas Cortes califica la actualidad española como una marcha hacia un porvenir nebuloso, como una batalla entre dos épocas: “la de gloria militar, dominio de castas y provecho ilegítimo de pocos”, y otra de “gloria del trabajo, gobierno de la razón libre, y provecho legítimo de todos los hombres trabajadores”.<sup>13</sup>

El cubano parece enfrentar así a la España tradicional, feudal, con la moderna y burguesa. Ciertamente lo hace, aunque no desestima ese pasado no capitalista sin el despliegue del franco espíritu mercantilista, pues considera que en comparación con otras naciones donde el problema se presenta agriado y dificultado por colosales odios, en España toma un carácter menos violento y amenazador, “merced a la naturaleza hidalga y desdén de la fortuna material que distingue a sus hijos. [...] La verdad llega allí más tarde, pero como ha derramado menos sangre, llega más segura. Resulta esto de que el amor a los bienes de la tierra [...] es señaladamente menor que en otros pueblos [entre los españoles]”, un pueblo, para Martí, “sobrio y espiritual”.<sup>14</sup>

Curiosa, seguramente, esta dialéctica apreciación suya para sus amigos y lectores liberales de ambos lados del Atlántico, acostumbrados a la negación absoluta del pasado feudal y de sus valores, y para quienes el progreso se evaluaba en términos inequívocamente positivos. El cubano, preocupado desde su arribo a Estados Unidos con la metalificación de aquella sociedad, característica que consideraba enemiga de lo humano, probablemente por ello modificó o elevó su estima por los valores caballerescos y el tradicional sentido hispano de la honra.<sup>15</sup>

<sup>13</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. Noticias. España”, Caracas, 4 de octubre de 1881, *OC*, t. 14, p. 94; *OCEC*, t. 10, p. 54.

<sup>14</sup> Ídem.

<sup>15</sup> Véase en comparación la serie de tres artículos titulados “Impressions of America”, publicados en *The Hour*, de Nueva York, 1880, *OC*, t. 19, p. 101; *OCEC*, t. 7, pp. 131, 142 y 146.

Desde ese enfoque, el periodista despliega sus dotes de cronista en la descripción y análisis del debate político español, siguiendo paso a paso, entre otros asuntos, los debates en las Cortes, las incidencias y alineaciones de los diferentes grupos, líderes políticos, las manifestaciones en Cataluña contrarias a la modificación de los aranceles proteccionistas, los manejos de la Iglesia católica contra el matrimonio civil, las visitas del rey a El Ferrol, a Cáceres para encontrarse con el monarca lusitano y a Portugal, y las relaciones exteriores, en particular con Francia e Inglaterra.

A diferencia de buena parte de la clase política hispana y de su prensa, Martí no se entusiasmó con la llegada al gobierno de Sagasta y del abanico de grupos que lo condujeron al triunfo electoral. Para él, ni el nuevo ministro ofrecía un programa esencialmente renovador ni las circunstancias de la política española al uso tampoco lo permitían. Tal punto de vista, sin embargo, no le condujo a entregar una visión en blanco y negro del nuevo gobierno, y sus opositores, ni siquiera de la misma monarquía, a pesar de su manifiesta repulsa a esa institución.<sup>16</sup>

Desde el día previo a las elecciones ya había fijado los límites de Sagasta: la gestión de este, a su juicio, prepararía el advenimiento de la república “nominal, represiva, heterogénea, y transitoria, que lo tendría a él entre sus jefes junto a Castelar y al general Serrano; pero nunca sería el adalid de la república enérgica, práctica y activa” por que luchaban Martos, Salmerón y Ruiz Zorrilla. Tal preparación no obedecía a un proyecto sagastino ni de sus seguidores, sino que sería consecuencia de las realidades sociales españolas.

<sup>16</sup> Por ejemplo, al relatar el viaje de Alfonso XII a Portugal dice que los reyes se sienten sacudidos en sus tronos viejos y que se está viendo el combate de los reyes y los pueblos, y que es hora de que estos acaben de desprezarse frente a sus monarcas. En el mismo texto, compara las visitas de reyes con un baile de máscaras, símil para indicar lo falso de aquellos oropeles, en “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 7 de febrero de 1882, *OC*, t. 14, pp. 341 y 343; *OCEC*, t. 11, pp. 56 y 58.

Aunque en uno de sus textos califica el éxito sagastino en las urnas de convulsión, transición y sacudimiento, de hecho, su análisis prefiere casi siempre hablar de transición, o como continúa en la primera cita: se trata de “una de las formas del nuevo cuerpo nacional en ebullición”.<sup>17</sup>

Antes del comienzo de sus sesiones, llama a las nuevas Cortes “ficticias e impuras”, y considera que no resolverían problema alguno de manera fructífera y durable y que llevarían al país de modo precipitado o evolutivo a una revolución.

Ese sentido transicional sin llegar al fondo, al vuelco definitivo y decidido hacia el necesario futuro, de la acción política sagastina, asentada también en su carácter mañoso, taimado, de político oportunista que sacrifica los principios a lo personal, será reiterado y perfilado por Martí en numerosas ocasiones, según va analizando los diversos sucesos que ocurrían.<sup>18</sup>

Lo interesante es que según avanzan los trabajos de las Cortes y la acción del gobierno, el cronista va precisando su opinión de que la política española se caracterizaba por el ajuste o equilibrio entre diferentes grupos políticos y que prácticamente no había movimiento hacia el necesario cambio social profundo.

La razón social verdadera de esa transición lenta, indefinida e imprecisa la señaló acertadamente desde la crónica fechada el 16 de septiembre de 1881, cuando afirmó que en esas Cortes faltaba la

<sup>17</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. Noticias. España”, Caracas, 4 de octubre de 1881, *OC*, t. 14, p. 94; *OCEC*, t. 10, p. 54.

<sup>18</sup> Un año antes había publicado un texto en inglés en *The Sun*, de Nueva York, acerca de la política española en que caracteriza a Sagasta como un Mefistófeles de salón. (Véanse “The Spanish Volcano” y el manuscrito en francés acerca de Sagasta, obvia versión de un fragmento de ese texto en “Sagasta”, *OC*, t. 14, p. 27; *OCEC*, t. 7, pp. 289 y 311). En las mismas crónicas europeas son de destacar las diferentes apreciaciones trazadas por el cubano entre el político español y el francés León Gambetta, quien también arribó al gobierno por la misma época, al que presenta como un político más decidido y definido en sus proyecciones.

burguesía “generosa y honrada”, “el elemento sano y pujante”. Para él, ello no solo ocasionaba la inseguridad del régimen monárquico legitimado y sostenido desde entonces por Sagasta y sus liberales y demócratas, sino que ni siquiera la república “aristocrática y artificial” de Castelar, ni la república “híbrida e insegura” que con toda probabilidad sustituiría a la monarquía por acuerdo de los republicanos pacientes y los liberales dinásticos, traerían el vuelco que el país reclamaba.<sup>19</sup>

Dos asuntos vale aclarar de estos juicios. Primero, que dadas sus referencias a la burguesía en otros textos así como el conjunto de sus análisis en estas Escenas españolas, no es que Martí entendiese que la burguesía, como clase, no estaba representada en las Cortes, sino que se trata del sector desvinculado políticamente de la monarquía, no comprometido con las estructuras del monopolio comercial y del control proteccionista de los mercados peninsular y coloniales: esa era para él, evidentemente, la burguesía generosa, honrada, sana y pujante. En segundo lugar, es de apreciar que, siendo republicano, el cubano comprende que por encima y más allá de la forma de gobierno lo importante son las fuerzas sociales predominantes en un régimen político y la acción emprendida por ellas. Lo que explica su sagaz realismo práctico acerca de los republicanos: modernidad, desarrollo, progreso y justicia social no eran obviamente para él sinónimo de gobierno republicano.

Ya en lo que serían los finales de esta serie de “Escenas españolas”, el 23 de marzo de 1882, escribe un texto en que somete a brillante análisis esos engranajes internos de la política española entre las distintas agrupaciones. Comienza por afirmar que el país está de tránsito desde 1812, lo que ha hecho pasar a las nuevas instituciones del estado embrionario y avanzar por cauces fijos.

Dentro de esas instituciones se hallan los partidos políticos, de los que señala: “Los partidos de España son hoy como excelentes

<sup>19</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. Noticias. España”, Caracas, 4 de octubre de 1881, *OC*, t. 14, pp. 94-95; *OCEC*, t. 10, p. 55. En el mismo texto afirma que solo los republicanos de Ruiz Zorrilla le parecen encarnar a la burguesía.

ensambladuras, que se desencajan y reagrupan, y quedan en cada forma nueva como ensambladuras perfectas”. Esa, dice que es una gran victoria de los españoles, pues es una “política racional, sincera y visible, cuyos elementos se ajustan o despartan con arreglo a pacífica y serena lógica”. La califica hasta de política artística.<sup>20</sup> Incluso vaticina que el país “llegará al goce de la libertad sin aquella depuración enorme y tremenda de la República Francesa”.<sup>21</sup>

Pero el país no acaba de enrumbar plenamente por donde lo requiere, pues se buscan las soluciones por los márgenes, sin ir al fondo: “no es con ardides políticos, no es con pláticas de liberalismo formal, no es con alardes de reorganización del ejército, no es con halagos a las fuerzas mercantiles del país, con lo que ha de reconstituirse aquella trabajadora nación; ni la reconstrucción depende, sino en parte, de la forma de gobierno”.<sup>22</sup>

En la misma crónica, del 1º de octubre de 1881, había descrito los grandes asuntos por atender:

El empleo del menguado erario en obras públicas.

La renovación progresista, pero tenaz y radical, de los orígenes de la vida.

La conversión rápida del pueblo ignorante e indolente en pueblo conocedor y laborioso.

El sacudimiento de los campos, como petrificados de espanto desde sus esfuerzos en las comunidades y germanías, y amenos y risueños como los campos árabes.

Y —resume— “con la sana y reconstructora política de nación, y la enfermiza política de ciudad habría de reconstruirse la península gallarda”.<sup>23</sup>

<sup>20</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 9 de enero de 1882, *OC*, t. 14, p. 499; *OCEC*, t. 11, pp. 220-221.

<sup>21</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 18 de octubre de 1881, *OC*, t. 14, p. 442; *OCEC*, t. 11, p. 133.

<sup>22</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 23 de febrero de 1882, *OC*, t. 14, p. 140; *OCEC*, t. 10, p. 88.

<sup>23</sup> Ídem.

Claro que el cubano no está ofreciendo en verdad un prontuario de esa reconstrucción para España y que tampoco son de igual categoría los asuntos que aquí expone. El problema del campo es, desde luego, el de mayor importancia entre los que plantea, pero hay otros también muy significativos que no señala. De lo que se trata es de apreciar que, con este breve inventario, a todas luces desea resaltar la insuficiencia de la monarquía constitucional elaborada luego de la Restauración, aun en aquel momento, con la llegada de los liberales al gobierno.

Con su lenguaje sentencioso expresa su postura respecto a las limitaciones de ese gobierno: “Ni pueblos ni hombres han de ser tan medrosos que lleguen a tener miedo de sí mismos. Es buen hora que la política sea artística, y pocas ciencias requieren tanto arte y medida y estudio y buen gusto como ella. Pero ha de ser sincera. Demorar un problema, no es más que agravarlo”.<sup>24</sup>

Sin embargo, no echa en saco roto los aspectos de cambio que significaban la transición de Cánovas a Sagasta y se refiere a ello en más de una ocasión.

La presencia de Sagasta hace a la monarquía “juvenil, impresionable, activa, alegre, humana”, mientras que Cánovas implicaba la monarquía “regañona, despótica, ceñuda, desdeñosa, anacrónica”. La obra de este era alzar un dique con el trono a la ola democrática. A Cánovas se oponían las fuerzas nuevas; a Sagasta, las viejas. Concluye, favoreciendo así la gestión de este: hay que gobernar con las fuerzas nuevas porque son las que andan, “para no ser arrollado por su fatal incontrastable curso”.<sup>25</sup>

En otra ocasión califica la política sagastina de “promesas” y de “concesiones recortadas”, pero de todos modos le encuentra de positivo que es un crecimiento porque da fuerza y empuje, aunque

<sup>24</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 28 de diciembre de 1881, *OC*, t. 14, p. 268; *OCEC*, t. 10, p. 192.

<sup>25</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 29 de octubre de 1881, *OC*, t. 14, pp. 145-146; *OCEC*, t. 10, pp. 92-93.

llegaría el momento en se hallaría en un callejón sin salida: “O afrontan de lleno estos políticos forzosamente tímidos las cuestiones vitales que intentan regir, o estas cuestiones, llegada su hora álgida, hallarán forma y dejarán detrás de sí a los tímidos políticos”.<sup>26</sup>

En noviembre de 1881 escribía que, aunque era imperfecto aún el ejercicio de la democracia en España, de ese modo se preparaba al pueblo para una práctica de su propia y original manera, por lo que consideraba que la democracia iba arraigando en el país.<sup>27</sup>

Como buen analista político, Martí sigue los vaivenes de las luchas de los partidos y grupos españoles. De un lado, el bloque sagastino con los liberales, ganador de las elecciones por la defección del general Martínez Campos de las filas canovistas, el otro bando, sin que el primero contara con el apoyo franco, sino condicionado a sus intereses de Serrano, Moret, Ruiz Zorrilla y eventualmente de Castelar, Martos, Salmerón y Montero Ríos, todos ellos en un abanico de posiciones con diferencias notables. Quizás lo único que los podía unir era la enemistad con Cánovas y la esperanza de algunos de volver a los intentos reformadores y modernizadores de la Constitución de 1869 y a una República. Por eso el bloque gobernante y la llamada izquierda de la época aceptan de hecho la monarquía al participar en las elecciones y en las discusiones en las Cortes. Y el rey, para Martí, jugando su propio juego de salvar la monarquía e impedir la república.

Pero todos, grupos y líderes, se hallan lejos del pueblo y de sus intereses reales, según el criterio del cubano. Por eso pregunta: “¿Qué son los pueblos en manos de los políticos de oficio?” Y a continuación, tras señalar que emplean sus talentos para vivir en alto sobre la patria, se le escapa del alma la exclamación fustigante, probablemente contenida a lo largo de la mayoría de estas crónicas:

<sup>26</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 16 de noviembre de 1881, *OC*, t. 14, p. 188; *OCEC*, t. 10, p. 129.

<sup>27</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España II”, Caracas, 16 de diciembre de 1881, *OC*, t. 14, p. 258; *OCEC*, t. 10, p. 182.

¡Cuándo habrá de ser que se fatiguen los hombres de estas tierras viejas de ser gobernados por vanidosos logreros! ¡Cuándo, en cruzada urgente y majestuosa, sembrarán de escuelas útiles y prácticas, como misiones de la religión moderna, ciudades y aldehuelas, suburbios y villorrios! ¡Cuándo, con súbito alzamiento del decoro, que echa abajo montañas, y con pujante rebelión pacífica, apartarán de las urnas de votar a diputadillos y a alguaciles, y pondrán en estas copas de salud nombres de gentes sanas y buenas, que den a su tierra patria, zozobrante y congojosa, gobierno digno de hombres!<sup>28</sup>

En la misma crónica, datada el 4 de febrero de 1882, a propósito de las discrepancias en el bloque gobernante entre Martínez Campos y Serrano en torno a la gobernación de Madrid, dice: “Es como un baile de disfraces, bailado sobre un tablero de ajedrez, a cuyo torno duermen descuidados los verdaderos jugadores”.<sup>29</sup>

Cada uno de los actores principales de aquella especie de mascarada recibe, sin embargo, la apreciación singular del periodista, cuyo vuelo de cronista se eleva cuando habla de sus caracteres y de sus palabras en las sesiones de las Cortes. Vale la pena apreciar algunas de sus presentaciones de los personajes fundamentales, en las que se despliega su atrevido lenguaje modernista.

La oratoria de Martos es de “golpes sonoros y recios de una maza de plata en casco abollado”; Cánovas es como “un oso que despedazaba entre sus brazos colosales a un jilguero”; Sagasta, “una astutísima zorra” que “se deslizaba por entre las garras del oso robusto”,<sup>30</sup> y que une ductilidad y energía.<sup>31</sup> Moret es “hombre de noble apostura,

<sup>28</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 23 de febrero de 1882, *OC*, t. 14, p. 373; *OCEC*, t. 11, p. 84.

<sup>29</sup> *Ibidem*, *OC*, p. 374; *OCEC*, p. 85.

<sup>30</sup> “Cartas de Nueva York. España”, Caracas, 15 de diciembre de 1881, *OC*, t. 14, pp. 245-246; *OCEC*, t. 10, p. 173.

<sup>31</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 29 de octubre de 1881, *OC*, t. 14, pp. 148-149; *OCEC*, t. 10, p. 96.

de escultórico rostro, de grandes ojos luminosos, de ademanes de elegancia extrema”.<sup>32</sup> Castelar, de cuya oratoria dijo con indudable admiración: su palabra, “flameante y brilladora como la espada del ángel del Paraíso”.<sup>33</sup> Martínez Campos es brazo y no cabeza, “y en cuanto a nudos políticos sabe más de tajarlos que de atarlos”.<sup>34</sup> De Serrano dice que aspira a presidente de la república.<sup>35</sup> Su mirada es amable sobre la reina María Cristina: “Es una hermosa dama, perspicaz”.<sup>36</sup>

El problema colonial de Cuba aflora con relativa frecuencia, según así lo exige el análisis de la política peninsular. La cuestión cubana está tratada con “discreción y decoro”, dice Cintio Vitier, quien agrega que la distancia inevitable entre el patriota ardiente y el comentarista “está salvada de mano maestra”.<sup>37</sup> Como observa ese estudioso, en sus “Escenas españolas” Martí aplica las normas que siguió también en las crónicas dedicadas a Estados Unidos: dejar que los hechos hablen por sí mismos y que de ellos se desprendan naturalmente los juicios y lecciones.<sup>38</sup> Quizás, sin embargo, en estos textos es mayor su presencia directa como analista, aunque las

<sup>32</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 30 de noviembre de 1881, *OC*, t. 14, p. 209; *OCEC*, t. 10, p. 145.

<sup>33</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 18 de octubre de 1881, *OC*, t. 14, p. 141; *OCEC*, t. 10, p. 90.

<sup>34</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, España”, Caracas, 23 de marzo de 1882, *OC*, t. 14, p. 404; *OCEC*, t. 11, p. 108.

<sup>35</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 23 de febrero de 1882, *OC*, t. 14, p. 373; *OCEC*, t. 11, pp. 84-85.

<sup>36</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 18 de octubre de 1881, *OC*, t. 14, p. 142; *OCEC*, t. 10, p. 91.

<sup>37</sup> *Temas martianos*, ob. cit., p. 168.

<sup>38</sup> Ídem.

referencias a su patria no propagandizan su ideal de independencia ni explicitan su postura a favor de la lucha armada.<sup>39</sup>

Sí es patente que el cronista encuentra equivocada la política sagastina respecto a la Isla, tanto para los intereses insulares como para los españoles, pues no resuelve los problemas esenciales de la colonia<sup>40</sup> ni va a impedir que el asunto desemboque en una nueva guerra liberadora, desastrosa para propia metrópoli. No se declara la plena abolición de la esclavitud,<sup>41</sup> se asume tímidamente y sin verdadero interés de solución el expoliador control comercial de ciertos sectores peninsulares sobre la Isla,<sup>42</sup> no hay verdaderas libertades democráticas como las reconocidas por la propia Constitución

---

<sup>39</sup> El mismo Martí explicitó cómo su pluma de cronista atenazaba la expresión abierta de sus ideales patrióticos: “El nombre humilde que va al pie de estas letras, quita al que las escribe el derecho de dar juicio”. Más adelante, como recriminándose por no contenerse suficientemente, exclama: “¡Ah, cosas de la patria, que rebosan, y quitan freno, y ponen alas, a la pluma loca!”, ver “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 23 de marzo de 1882, *OC*, t. 14, p. 406; *OCEC*, t. 11, p. 110. Tampoco sabemos si había llegado a algún acuerdo con los editores de *La Opinión Nacional* en cuanto a su manejo del tema español.

<sup>40</sup> Martí ofrece una síntesis de los que considera problemas cubanos fundamentales, ver “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 30 de noviembre de 1881, *OC*, t. 14, pp. 211-212; *OCEC*, t. 10, p. 148). Se nota en su relación el peso que concedía la falta de libertad de comercio, a la dictadura del capitán general, a la política impositiva destinada al pago de la deuda y a la falta de libertad de prensa, asuntos todos objetados también sistemáticamente por los autonomistas.

<sup>41</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 2 de junio de 1882, *OC*, t. 14, p. 505; *OCEC*, t. 11, p. 226.

<sup>42</sup> Martí analiza detalladamente el plan sobre las tarifas aduaneras del ministro de Hacienda, Juan Francisco Camacho, ver “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 16 de noviembre de 1881, *OC*, t. 14, pp. 185-188 y 2 de junio de 1882, pp. 504-505; *OCEC*, t. 10, pp. 125-129 y t. 11, p. 226,

española vigente<sup>43</sup> y son mal tratados los diputados cubanos del Partido Liberal que abogan por la autonomía o se inmiscuyen en los asuntos españoles.<sup>44</sup>

De ahí las varias advertencias acerca del terrible final bélico a donde conduciría esa incapacidad de la clase política española para efectuar reformas de fondo en su política colonial. Aunque vimos que aguantaba la expresión plena de sus ideas patrióticas, es como si con estas admoniciones se le escapase su condición de político previsor que intentase convencer no solo a los lectores caraqueños sino a los de Madrid.<sup>45</sup>

Cuando comenta el cierre de periódicos y la deportación de periodistas en Cuba, concluye: “¡Es guerra inevitable y paz imposible!”<sup>46</sup> El 15 de octubre de 1881 afirma: “los pueblos que han tenido una

<sup>43</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional. España*”, Caracas, 29 de octubre de 1881, *OC*, t. 14, p. 151; *OCEC*, t. 10, pp. 98-99. Destaca en varias ocasiones el cierre de periódicos y la deportación de periodistas que debatían la política colonial, ver *OC*, t. 14, pp. 150 y 377; *OCEC*, t. 10, pp. 97 y 23 de febrero de 1882, t. 11, p. 89.

<sup>44</sup> Se extiende Martí en las duras respuestas de personalidades del gobierno a la defensa de la autonomía hecha por el diputado y coronel Bernardo Portuondo Barceló, ver “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional. España*”, Caracas, 30 de noviembre de 1881, *OC*, t. 14, pp. 212-213; *OCEC*, t. 10, pp. 148-149; y a la propuesta del senador cubano José Güell y Renté respecto a cómo solucionar la ocupación británica de Gibraltar, ver “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional. España*”, Caracas, 28 de diciembre de 1881, *OC*, t. 14, pp. 267-268; *OCEC*, t. 10, pp. 191-192.

<sup>45</sup> Pueden parecer frases apocalípticas, como dice Mercedes Rivas (ob. cit., p. 279), pero es indudable que en el contexto de los análisis en que se escriben se tratan de advertencias de político previsor. Más de una vez, a lo largo de los años ochenta del siglo XIX, los mismos autonomistas hablaron en términos similares y en ocasiones hasta más “apocalípticamente”.

<sup>46</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional. España*”, Caracas, 18 de octubre de 1881, *OC*, t. 14, p. 141; *OCEC*, t. 10, pp. 89-90.

vez las armas en la mano no olvidan ya nunca el modo de usarlas: el interés o la fatiga, las postran; el interés mismo, o la ira, los levanta amenazadores”.<sup>47</sup> En el texto del 23 de mayo de 1882, al examinar la propuesta presentada en las Cortes por el ministro de Ultramar, Fernando León y Castillo, en cuanto al presupuesto y al comercio de Cuba, señala, que, sin embargo, “quedan en pie, sombríos e insolubles, todos los problemas”.<sup>48</sup>

Quizás cuando menos detiene la manifestación de su creencia en la separación de la Isla es cuando se refiere a la defensa del autonomismo hecha en las Cortes por varios diputados cubanos, a quienes enjuicia así: “¡Débiles remedios a tan grandes males! Ni blandura de nombres ni indirectos caminos quiere política honrada y saludable. Lo que urge, ha de pedirse urgentemente”.<sup>49</sup> Pero obsérvese que con la acción de pedir, aleja discretamente la posible alusión inicial a la lucha armada, única solución que sabemos él estimaba adecuada.

Queda claro, pues, que el objetivo del cronista es demostrar que España se hallaba aún en tránsito hacia la modernidad plena, y que el proceso político iniciado en 1881 con el ascenso de Sagasta y los liberales al gobierno no aceleraría todo lo necesario tal proceso, aunque las propias condiciones sociales y el enfrentamiento de las clases sociales y los grupos políticos conducirían, preveía Martí, al cese de la monarquía y su sustitución por la república.

No es un liberal ni un republicano español el que escribe estas escenas. El patriota y revolucionario, aunque se contiene, no puede abandonar la perspectiva desde y por Cuba, cuya dominación colonial desea concluir. Se trata, sin embargo, de una mirada leal y

<sup>47</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 28 de octubre de 1881, *OC*, t. 14, p. 149; *OCEC*, t. 10, pp. 96-97.

<sup>48</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 1882, *OC*, 14, p. 505; *OCEC*, t. 11, p. 226.

<sup>49</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. Animada batalla”, Caracas, 16 de noviembre de 1881, *OC*, t. 14, p. 188; *OCEC*, t. 10, p. 128.

amistosa hacia el pueblo español, por quien —más que por los políticos— es que el cubano expresa preocupación y patentiza deseos de avance y progreso.

Por eso se entusiasma con los proyectos educativos que se manejan entonces en la Península respecto a la mujer, para la que quiere, además de educación, trabajo y respeto humano.<sup>50</sup> Por eso considera que favorecer la emigración y las guerras coloniales de conquista no ayuda a ese pueblo.<sup>51</sup> Su sensibilidad popular y anticolonial lo lleva a pronunciarse contra las acciones españolas en Marruecos, que dejan sin cubrir el necesario espacio de atención y solución de los problemas internos peninsulares.<sup>52</sup>

Es Martí en estas Escenas españolas, el cronista consciente de una época que, como siempre, pone por delante el beneficio de los pueblos y el bien del hombre.

<sup>50</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 23 de febrero de 1882, *OC*, t. 14, p. 377; *OCEC*, t. 11, p. 89.

<sup>51</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. España”, Caracas, 4 de octubre de 1881, *OC*, t. 14, p. 95; *OCEC*, t. 10, p. 55. Allí califica las emigraciones de “bochornosas” y las conquistas de “perniciosas”.

<sup>52</sup> “Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. Noticias. España”, Caracas, 17 de septiembre de 1881, *OC*, t. 14, p. 69; *OCEC*, t. 10, p. 35.

## Autoctonía y universalidad en José Martí. Puntos para un debate en su contexto histórico\*

### I. El ideal del progreso.

Los procesos emancipatorios y de formación nacional de los pueblos latinoamericanos han ido teniendo lugar en estrecha relación con las etapas y momentos del desarrollo de la modernidad, como venía sucediendo desde el mismo momento en que la conquista incorporó a sangre y fuego a las sociedades aborígenes a los procesos que determinaron el afianzamiento y extensión del modo de producción capitalista.

Para la fase industrial, la ruptura del imperio español en América y su reducción al ámbito antillano significó la posibilidad de abrir enormes territorios y variadas poblaciones a la ampliación del sistema mundial del capitalismo mediante la conversión de sus polos fabriles en abastecedores de mercancías y en consumidores de materias primas provenientes muchas de ellas de nuestro continente.

Ese afán de llegar en pleno sentido geográfico a crear un mercado mundial se ensanchó rápida y continuamente durante el siglo XIX, y conoció una verdadera explosión desde sus últimos decenios al ser incorporados masivamente los territorios asiáticos, africanos y del Pacífico a esa dinámica. Ello fue un

\* Ponencia presentada en el VII Encuentro Internacional de la Asociación de Historiadores de Latinoamérica y el Caribe (ADHILAC), Caracas, 2007. Publicada en *Cuba Socialista*, no. 53, La Habana, octubre-diciembre, 2009, pp. 23-31.

hito más del salto exponencial que a finales de dicha centuria alcanzó estructuralmente el sistema del capitalismo con la aparición de los monopolios, la expansión de la banca y su interrelación con los capitales productivos, más el aprovechamiento de la revolución científico y tecnológica que dinamizó la producción portentosamente

Parecía que no había límites al desarrollo del capital ni al conocimiento y dominio de la naturaleza y de sus recursos, y que la sociedad industrial era el modelo que habría de imponer el modo de vida moderno por todo el planeta.

Se fueron cubriendo entonces las últimas tierras ignotas y las culturas más exóticas, las que, casi sin excepciones, se vieron empujadas a incorporarse a los procesos modernizadores en función de los intereses de las potencias de la época. Ni antiguos y extensos imperios abarcadores de múltiples pueblos, como India, China, Turquía y Persia parecían poder detener aquella arrolladora marcha, que convirtió a algunos de ellos en meras dependencias coloniales.

Tal camino sustentaba y legitimaba una concepción del mundo, un sistema de pensamiento y varias ideologías que de alguna manera tendían a sintetizarse en el positivismo, y que justificaban en términos del progreso esa etapa del desarrollo del sistema mundo del capitalismo. El progreso era el centro de las aspiraciones y de la lógica que se imponía, a cuyo alrededor se organizó un cuerpo conceptual formado por la libertad, el mercado y la ciencia. La primera, a pesar de su seria restricción a francas minorías en su ejercicio político, se asociaba, sin embargo, con la práctica económica entendida con la plena libertad de acción del capital y de la propiedad, y el libre cambio como la vía para abrir las nuevas rutas del mercado internacional. La ciencia todopoderosa era como una nueva religión del antropocentrismo, mientras que el maquinismo era la concreción de aquella en el ámbito productivo y de la vida cotidiana. El capital y el mercado extendían su accionar a las disímiles expresiones de la vida social, se adentraban en la esfera espiritual para atenazar ya al arte, y conquistaban los hábitos de vida y los deseos incitando al

consumo. La imagen, tanto o más que la vida urbana, se convertía en el signo del progreso, como sinónimo de lo moderno.

Filosófica y sociológicamente el progreso se concebía como un proceso rectilíneo, uniforme e indetenible a escala universal, y se inscribía en la antigua dicotomía civilización-barbarie: progreso, avance, modernidad, novedad, cosmopolitismo, rapidez, industria, capital, ciencia, libertad, eran atributos y manifestaciones de la civilización frente a la barbarie, que era el atraso, lo viejo, el retraso, el aldeanismo, la lentitud, la manufactura, lo rural, el tradicionalismo, el despotismo y muchas veces hasta la religión. El progreso era el desiderátum, alcanzable y repetible si se adoptaban los modelos considerados exitosos en Europa y Estados Unidos.

## II. Las reformas liberales y las expectativas de progreso.

La segunda mitad del siglo XIX señaló la época en que florecieron las reformas liberales en Latinoamérica. Con amplia diversidad en sus características nacionales, el ascenso de gobiernos de corte liberal promovió indudables cambios en ciertas estructuras y comportamientos de nuestras sociedades, a la vez que aceleró el acceso al poder de los grupos identificados con los intereses de las burguesías. Tales cambios pretendían acelerar el desarrollo mercantil al interior de los países de la región e insertarlos también, de modo provechoso, para sus élites en los mercados internacionales.

Las reformas liberales fortalecieron el papel del Estado y su carácter centralizador y homogenizador, en consonancia con el espíritu de acelerar la formación nacional. En muchos casos, los símbolos de la nación se crearon o se terminaron de perfilar entonces, mientras que el ideal del progreso se impuso como meta que parecía alcanzable en corto tiempo mediante esas reformas. La modernidad, semejante a su manifestación en los grandes polos industriales, fue el objeto de las reformas, y París, Londres y Nueva York, sus paradigmas.

Aún nos falta entrar más a fondo en la comprensión de los proyectos liberales del Continente, en el balance de sus prácticas, la forma de sus imaginarios y en la evaluación de sus resultados. Todavía suelen presentarse tales procesos en términos absolutamente positivos, tal y como lo escribieron sus protagonistas y la historiografía liberal y positivista, o se critican acerbamente por estimarse simplemente como un período que no pudo efectuar una renovación absoluta de las estructuras económicas y sociales en buena parte de nuestros pueblos, y porque la aplastante mayoría de nuestros países no pudo alcanzar un camino de verdadero desarrollo propio, sin subordinaciones ni dependencias.

Se hace necesario matizar más, conocer mejor históricamente los procesos reformadores nacionales, no solo en sus instancias políticas sino en la vida social en su conjunto, y abrir ancho campo al estudio de Latinoamérica en sus relaciones políticas y económicas con las potencias de la época y con el desenvolvimiento del capitalismo como sistema mundial de dominación, tanto en las influencias de aquel sobre nuestros países como en la propia naturaleza y características de las modalidades del capitalismo entre nosotros.

Lo cierto es que para las élites ilustradas y los grupos hegemónicos del Continente, las reformas liberales tendieron a ser vistas con entusiasmo, con conciencia de renovación y con optimismo ante las perspectivas consideradas favorables del progreso. Una ola de esperanza recorrió nuestra región y acompañó al tesonero esfuerzo de políticos y propietarios para meterse de lleno en la modernidad industrial, de cuyas manifestaciones fueron, ciertamente, beneficiarios. El humo de la fábrica, del ferrocarril y del barco de vapor, como esos mismos medios de transporte y las máquinas fabriles, fueron imágenes reiteradas con sentido positivo en las bellas letras, los discursos y los documentos oficiales. Sin embargo, los hechos históricos, los análisis y las luchas sociales que ponían en solfa las bondades ilimitadas de progreso industrial, se desconocían, se silenciaban o se deformaban para evadir así la comprensión de que aquel momento de desarrollo del capitalismo avanzaba sobre la miseria y la explotación

más inicua de grandes masas obreras y, crecientemente, de la explotación inmisericorde de las poblaciones de las nuevas zonas coloniales.

Aunque el pensamiento y la práctica de las reformas liberales, en algunos casos, intentaron agrupar a sectores artesanos y campesinos, reivindicando nombres y elementos de la historia indígena precolonial como símbolos de la nación moderna que se intentaba construir, en verdad hicieron poco para darle presencia efectiva a esos grupos tradicionalmente excluidos, y en más de un caso hasta revitalizaron prácticas coloniales para su dominación, así como su conversión en fuerza de trabajo para el desarrollo capitalista o ejercieron una despiadada violencia contra ellos encaminada a su eliminación del panorama social.

Hasta gobernantes indios, mestizos, mulatos o negros, fueron, paradójicamente, adalides del progreso alcanzado por las sociedades europeas y estadounidense, entendidas como el modelo civilizatorio de la cultura occidental, que excluía las culturas indígenas americanas y las culturas populares que se conformaban al ritmo del mestizaje.

### III. José Martí ante la disyuntiva entre progreso y tradición.

No hay tiempo en esta comunicación para desarrollar *in extenso* ni con las citas necesarias las ideas martianas. Mi propósito es sencillo: diseñar la peculiar perspectiva con que Martí se acercó a este gran problema de su tiempo, partiendo de un texto bien conocido y que ha disfrutado, por suerte, de sistemática publicación y comentario durante los últimos decenios. Me refiero a “Nuestra América”, ensayo aparecido en 1891 y considerado cada vez más como uno de los textos esenciales del pensamiento continental por su originalidad, brillantez expositiva y carácter de síntesis. Me valdré también de su “Prólogo al *Poema del Niágara*”, texto de 1882, verdadero manifiesto, a mi ver, acerca de la modernidad desde la óptica latinoamericana.

Dedicado a descifrar la clave del enigma continental, como él mismo dijo, el ensayo de 1891 es una eficaz combinación del análisis sociológico y del histórico para explicar las razones esenciales de lo que se consideraba el retraso de nuestros pueblos ante la modernidad y el reconocimiento, al mismo tiempo, de la necesidad de asumir aquella a partir de sus propias condiciones y requerimientos.

El cubano, fiel a las bases de su ética humanista y a su toma de partido por las clases populares desde su juventud, partió de un fuerte y consciente sentido de autoctonía que expresó desde su precoz adolescencia cuando escribió “Imitemos. ¡No! Copiemos. ¡No! Creemos”.<sup>1</sup> Este principio lo ratificó una y otra vez en sus textos mexicanos mediante la fórmula “A conflictos propios, soluciones propias”.<sup>2</sup> Por entonces, su visión de los problemas continentales, a pesar de su indudable originalidad en muchos de sus planteos, se movía dentro de los cánones del liberalismo triunfante al analizar los temas de la construcción de la nación, especialmente en lo referido a las materias económicas, la psicología y cultura de los pueblos indígenas, y la enemistad al caudillo y al autoritarismo en política.

Pero su perspectiva se ancho espectacularmente al integrarse esa voluntad de autoctonía con su peculiar comprensión de que los hispanoamericanos eran pueblos nuevos, resultados de un proceso antagónico del choque entre dos civilizaciones, que habrían de recuperar su riqueza cultural indígena como savia para adelantar en esas nuevas entidades, que ya no eran estrictamente indias ni españolas.

Evidenciaba así Martí su criterio de que no eran pueblos bárbaros los encontrados a la llegada europea, con lo cual ponía al descubierto su idea de que la humanidad se caracterizaba por su unidad como especie y por su diversidad cultural, y su rechazo, de hecho, a la idea de culturas superiores o inferiores, que el positivismo fundamentaba entonces “científicamente”. De igual modo, su criterio implícito sobre el mestizaje como fenómeno cultural más que somático o étnico, contribuía junto a lo anterior a sustentar el sólido y consecuente

<sup>1</sup> *Cuaderno de apuntes*, no. 1, *OC*, t. 21, p. 16.

<sup>2</sup> “A conflictos propios, soluciones propias”, *Revista Universal*, México, 23 de septiembre de 1875, *OC*, t. 6, p. 334; *OCEC*, t. 2, p. 187.

rechazo al racismo y al mismo concepto de razas que apoyaban la antropología naciente y la biología.

Por la vía de tales presupuestos conceptuales, su reconocimiento del liderazgo popular en los procesos revolucionarios, reafirmación así de su confianza e inspiración en las clases populares, dio pie firme a su inusual afrontamiento crítico a la problemática continental. Esta no se caracterizaba por incapacidades de razas inferiores, de geografía, sino por su apego a los modelos de los centros del capitalismo moderno. Se trataba de disfuncionalidad entre los esquemas y normas de organización política y social aplicados miméticamente desde otras realidades y las propias naturaleza y características de las sociedades de nuestra América.

Esa disfuncionalidad, expresada históricamente —a diferencia de lo ocurrido generalmente en los países tomados como modelos— en la permanente inestabilidad política y en la imposibilidad de alcanzar altas cotas de desarrollo económico, no residía solamente en lo ajeno de tales modelos sino en que ellos implicaron, además, en términos históricos y sociales, el apartamiento de los sectores populares, irrepresentados en tales modelos.

Por eso “la colonia continuó viviendo en las repúblicas”,<sup>3</sup> señalamiento que a veces se entiende solo como la indicación de que las repúblicas criollas mantuvieron las viejas estructuras. Pero Martí, con tacto ante los gobiernos liberales de su tiempo, muchos de ellos posibles y necesarios aliados para la lucha liberadora cubana, no deja de advertir cómo el presente y el futuro inmediato no escapaban a ese dilema, a esa contradicción que obviamente apreciaba irresuelta aún.

Sus frases en cuanto a que en nuestra América era falsa la oposición entre civilización y barbarie, y que el verdadero conflicto resultaba entre el “criollo exótico” y el “hombre natural” —entendido este expresamente por él como el indio, el negro y el campesino—, nos indica su comprensión de los intereses de clases contrapuestos y

<sup>3</sup> José Martí: *Nuestra América. Edición crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1991, p. 21; *OC*, t. 6, p. 19.

del peso negativo de la perspectiva modernizadora para la *intelligentzia* continental. Era la razón universitaria de algunos contra la razón de todos. La alusión, es evidente, no se dirige solo contra los ilustrados neoclásicos de la independencia, y contra los románticos y los conservadores, sino también contra los liberales que arribaban al poder y contra los positivistas.

Cuando Martí llama a oponer la universidad americana frente a la europea y nuestra historia frente a la de Grecia, y cuando pide que nuestros gobernantes hablen las lenguas del país y conozcan sus problemas para resolverlos creadoramente, queda claro que no hay un rechazo de la universalidad y un refugio en la tradición. Para el cubano son tan repudiables la tradición colonial y sus epígonos republicanos como el cosmopolitismo moderno que desconoce sus raíces y el carácter de su propio presente, tan frecuente entre los gobernantes liberales y en la intelectualidad positivista en pos del progreso. Ni espíritu aldeano, ensimismado en sí y con orejeras ante el cambiante y agitado mundo moderno, ni uso del metro moderno para vestir a los pueblos de nuestra América.

No solo es falso para Martí el conflicto entre civilización y barbarie, sino que también lo es el planteado entre tradición y modernidad. Hombre de armonías en su filosofía, creyente en la unidad del género humano y en la riqueza y singularidad que le daba su diversidad, Martí evita los extremos antitéticos, casi como un método cognoscitivo que priorizaba el apresamiento de la totalidad. Lo peculiar, lo propio, lo autóctono de nuestras culturas era para él tan valioso y aportador al universal espíritu humano, como lo autóctono de otros pueblos y culturas. Fue un propulsor del intercambio entre culturas, con respeto pleno de unas hacia las otras, porque para él no las había mejores y peores. Lo autóctono era, pues, expresión de lo universal, y este se manifestaba a través de la diversidad de autoctonías. No eran admisibles ni moralmente válidas para él las culturas y las civilizaciones conquistadoras, dominadoras. Por eso llamaba al enfrentamiento de los peligros que su modernidad abría para nuestra América. La unidad continental, “como la plata en las raíces de los Andes”<sup>4</sup> era su

<sup>4</sup> Ibídem, p. 11.

respuesta ante el tigre de adentro (la balcanización de nuestros pueblos, las divisiones causadas por la injusticia social y la inequidad, el mimetismo y el desprecio de lo propio) y también ante el tigre de afuera (las potencias que se repartían el mundo y los apetitos de los expansionistas de Estados Unidos hacia América Latina).

En dos palabras: para él se trataba de afrontar tanto la tradición paralizadora y divisora portada por los sectores ilustrados y dominantes e insertada en el conjunto de nuestros pueblos, como la apertura ilimitada, acrítica, sin matices a la modernidad, impulsada por sus focos hegemónicos y deseada por buena parte de esos mismos sectores dominantes e ilustrados.

No se trata, desde luego, aunque a veces hay quienes lo hayan leído así, que Martí rechazara al liberalismo y al positivismo y a sus exponentes en bloque. Más de una vez explicó sus aportes y la importancia de asumirlos. Incluso, hay que reconocer que en el cuerpo de su ideario y en muchas de sus expresiones es patente la impronta de ambos en tanto y en cuanto conformaban la cultura de la época, en la que el mismo Martí se fue formando desde su niñez y adolescencia, además de que, desde luego, el cubano compartía sus afanes renovadores y su comprensión de la necesidad de resolver viejos problemas venidos desde el colonialismo.

Sin embargo, desde su estancia en Guatemala y desde su “Prólogo...” de 1882, Martí entendió que su tiempo histórico era de mudanzas, de “reenquiciamiento y remolde” le llamó, y que ello daba la posibilidad tanto para el perfeccionamiento espiritual de las personas, como el alcance de toda la justicia y de la libertad plena, que no era solo la política sino la de cada individuo.

Luego, su diferencia esencial con el pensamiento y la política dominantes en el continente, como se ha visto, radica en la lógica de su discurrir; se pueden compartir enfoques, pero la organización del discurso, desde sus puntos de partida, es otra. El cubano quería representar a los intereses populares apartados, y quería partir de sus saberes y perspectivas unidos a cuanto estimara que expresaba el espíritu continental propio, autóctono. Con inteligencia de hombre y político de su época supo entender que el mundo moderno se

imponía, no solo por su dinamismo y hegemonía, sino porque daba paso a nuevas perspectivas para el desarrollo social y para el individuo y su espiritualidad. Para él se trataba, entonces, de permitir de veras esa plenitud espiritual y no de que las fuerzas mercantiles impusiesen la lógica del capital, la ganancia y la dominación. Esa plenitud podía avizorarse y proyectarse, según él, entre otras cosas, justamente porque los avances científicos y tecnológicos, así como la socialización de la vida moderna lo permitían.

Se impuso, claro está, otra modernidad que no fue la que pretendía Martí. La prevista por él era humanista y por ello universal, con la manifestación de la diversidad y con una armonía natural, que incluía a los seres humanos y a las sociedades. “Desatar a América y desuncir al hombre”<sup>5</sup> fue su manera de sintetizar los objetivos de su lógica, que le permitió con asombrosa claridad y premonición situarse del lado de pueblos como India, Túnez o Indochina doblegados por las grandes potencias, prever la conversión acelerada de la república norteamericana en una potencia imperial que negaría sus orígenes y haría peligrar la independencia de nuestra América y particularmente la de Cuba, y diseñar una estrategia revolucionaria de alcance continental que comenzaba por la independencia cubana.

Su universalismo no solo arrancaba de su criterio de que este se constituía desde la diversidad de pueblos y de culturas, sino que, además, implicaba una vocación ética de mejoramiento y superación humanas. Por eso, en su ejecutoria política insistió en que la guerra organizada en Cuba para la independencia era “por el bien mayor del hombre”.<sup>6</sup>

De hecho, pues, autoctonía y universalidad no son opuestos para Martí, sino dos maneras de expresarse, en estrecha unidad, su humanismo, su sentido filosófico de la armonía y su ética.

<sup>5</sup> “El general Gómez”, *Patria*, Nueva York, 26 de agosto de 1893, *OC*, t. 4, p. 450.

<sup>6</sup> “Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario Cubano a Cuba”, *OC*, t. 4, p. 101.

# Índice

|  |
|--|
| Nota del autor / 5   |
| Prólogo / 7  |
| José Martí y la idea de la liberación nacional / 11  |
| El Partido Revolucionario Cubano: culminación de la ideología revolucionaria martiana / 66                                 |
| Originalidad y tradición en el Partido Revolucionario Cubano. Apuntes para un estudio / 77                                 |
| Alcance y trascendencia del concepto de república de José Martí / 93   |
| La república, Martí y la nación / 101  |
| Otro acercamiento a La Mejorana / 117  |
| 18 de mayo de 1895.  |
| La última carta de Martí a Manuel Mercado / 126  |
| El otro ante Estados Unidos.   |
| Las “Impresiones” de un español recién llegado a Nueva York / 132  |
| El reto martiano al imperialismo / 148   |
| Formación del pensamiento latinoamericanista de Martí / 164  |
| Como la plata en las raíces de los Andes. El sentido de la unidad continental en el latinoamericanismo de José Martí / 181 |
| “Nuestra América” como programa revolucionario / 97  |
| La independencia antillana<br>y el equilibrio de América y el mundo / 212  |
| Las crónicas españolas de José Martí o el discurso de la modernidad para la metrópoli desde la colonia / 227               |
| Autoctonía y universalidad en José Martí.<br>Puntos para un debate en su contexto histórico / 245                          |

